

EL LATIDO DEL TIEMPO



CARI ARIÑO

La fascinante historia de una estirpe de mujeres
desde 1920 hasta 1995.

E

EL LATIDO DEL TIEMPO

Cari Ariño

Traducción de Rosa Alapont



Título original: *El batec del temps*

Traducción: Rosa Alapont

1.ª edición: enero 2015

© Cari Ariño, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B 876-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-946-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Agradecimientos

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Segunda parte

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Tercera parte

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Cuarta parte

29

30

31

32

33

34

35

Quinta parte

36

37

38

39

40

41

42

Sexta parte

43

44

45

46

47

48

*A Tanit y Marc, que con sus vidas
han llenado la mía de sentido*

Agradecimientos

A Lourdes y Josep Maria de Tarragona, por el generoso acompañamiento que me brindaron por su querida ciudad. Reubicaron para mí, desde la memoria del pasado, comercios, cines, festividades y, sobre todo, la cotidianidad que llenaba la vida de la gente en los años cincuenta. Su amplia información de primera mano me sirvió para conocer mejor los lugares por donde latía Veva.

A todos mis compañeros de trabajo, amigos y amigas, que han escuchado activamente y durante meses la evolución de los personajes.

A mi agente literaria, Sandra Bruna, que me acogió con total proximidad y confianza.

A Marc, por haber subido al tren de mi vida en 1978 y seguir a mi lado con una fidelidad incombustible. A su amor debo la tranquilidad necesaria para escribir.

A Francesc Miralles, mi agradecimiento infinito por la atenta lectura y la revisión de la novela. Página a página, él ha sido para mí un maestro, pero, sobre todo, un amigo querido. Sin su entusiasmo, el camino de *El latido del tiempo* habría sido más lento y difícil.

A todos vosotros, lectores y lectoras, en quienes he pensado mientras escribía. Sois los verdaderos destinatarios de mis horas de imaginación y trabajo.

CARI ARIÑO

Primera parte



Bastaba ver cómo reverdecían los árboles del patio del convento para darse cuenta de que el frío se había acabado. La hermana Dolores entró en la clase en busca de Lina. Apoyada en el pupitre y mirando absorta hacia la ventana, la pequeña contemplaba cómo las esponjosas nubes flotaban libres.

Un rumor de susurros recorrió el aula cuando la monja pidió a Lina que la acompañase. Todas las internas sabían que no se iba al despacho de la directora por cualquier nimiedad.

La niña palpó el bolsillo desgarrado de la bata gris y temió que aquel descosido fuera el motivo por el que querrían reñirla. Todas las mañanas, con la fila formada antes de salir del dormitorio para ir a la capilla, la hermana Dolores les recordaba que a Dios no le gustaban las niñas sucias y desastradas.

«Yo no tengo la culpa», pensó, mirando de nuevo el bolsillo que le habían rasgado de un tirón mientras jugaba al escondite en el patio.

Cogida de la mano de la hermana Dolores, recorrió el pasillo con la atención puesta en no pisar las juntas de las baldosas. Según su amiga Sisca, hacerlo traía mala suerte. Plantando el pie en el centro de cada cuadrado, daba largos pasos repitiendo para sí: «Blanca, negra, blanca, negra...» Los santos, como guardianes en sus pedestales, las miraban pasar.

Llegadas ante la puerta del despacho, la hermana Dolores le ordenó que esperase sentada en el banco, justo delante de la Virgen con el Niño en brazos que presidía el corredor. Indicando la imagen con la mirada, añadió:

—Pórtate bien. Ella te vigila.

Lina miró aquella Virgen María que tanto le gustaba y acto seguido se subió los calcetines. La goma floja los mantenía siempre caídos. Se había quedado sola en el pasillo y el silencio era absoluto.

Entretanto, en el interior del despacho, la hermana Dolores y la superiora hablaban del futuro de la niña. Hacía dos semanas que les habían comunicado la grave enfermedad de Natalia, la madre de Lina, y a petición de la mujer se lo habían ocultado.

Con el corazón partido, Natalia Alzira había decidido abandonar este mundo sin despedirse de su hija. Quería que la recordase vital y alegre, tal como era cuando la visitaba en el convento. Tal vez no había sido la mejor madre del mundo, pero se había negado rotundamente a que Lina fuera dada en adopción. Para evitarlo, les había pedido que a su muerte enviaran a la pequeña a Llonera, donde vivía su única hermana, Carmina.

Cuando la superiora supo que Natalia tenía familia, hecho que hasta ese momento ignoraba, pidió referencias al párroco de Llonera sobre la tal Carmina Alzira.

No menos preocupada por el futuro de la niña que Natalia lo estaba la hermana Dolores. Hacía siete años que aquella había dejado a su hija en régimen de pensionado, cuando la pequeña aún no

tenía tres. Dejaron que la hermana Dolores se ocupara de ella y la monja quería a aquella chiquilla como si fuese propia.

Por sentimientos distintos pero igual de sinceros, tampoco la superiora estaba dispuesta a entregar a Lina en manos de cualquiera. Pese a que casi desde el principio Natalia había dejado de abonar las mensualidades correspondientes a una interna de pago, la niña constituía para todas las hermanas un caso especial, ya fuese por su dulzura o por la manera en que Natalia había sabido seducirlas a todas. Incluso a Anastasia, la mujer que hacía la colada grande los lunes.

—Hoy he recibido del cura de Llonera la respuesta a nuestra carta —comunicó la superiora a una hermana Dolores ansiosa de noticias—. Dice que la señorita Carmina ha cumplido los treinta, está soltera y es caritativa. Añade también que nunca ha provocado habladurías y que es buena cristiana.

La hermana Dolores escuchaba atenta y asentía con la cabeza, gesto con el que rubricaba su conformidad. La superiora prosiguió:

—Vive sola desde la muerte de su padre, hace dos años. Era el maestro de la escuela del pueblo.

—Jamás hubiera dicho que Natalia fuese hija de un maestro —comentó sorprendida la hermana Dolores. Como si algún pensamiento hubiera suscitado una duda, sugirió—: Quizá sería mejor que antes de enviarle a la niña informáramos de la situación a la señorita Carmina, y que se pase por aquí. Así conocería a Lina antes de llevársela, y nosotras a ella.

—Hermana... ¿qué la atormenta?

—Si la señorita Carmina se entera de los orígenes de Lina y de la vida de prostíbulo que ha llevado Natalia, tal vez no quiera acogerla por miedo al escándalo.

—No criamos a niñas para quedárnoslas, hermana. Un día Lina tendrá que salir al mundo. Si hacemos venir a la tía nos exponemos a que no se la lleve —observó la superiora.

—Pero... ¿le ha aclarado usted al cura el parentesco de la pequeña?

—No lo he precisado, como si se tratase de un familiar lejano. Dejemos que sea la señorita Carmina, si se queda a la niña, la que decida qué quiere decir y qué quiere callar de cara al pueblo.

—Quizá si yo la acompañara... —se ofreció Dolores en un último intento por asegurarse de que la persona que recibiría a la pequeña era la adecuada.

—Mañana haremos que Anastasia acompañe a Lina a Llonera. —Y, como quien desea librarse de un peso, añadió—: Ahora, hermana, haga pasar a la niña, aún nos queda la parte más difícil.

Aquella decisión sobre la vida de Lina se producía a las cuatro de la tarde de un día de mayo de 1920. Hasta septiembre la hija de Natalia no cumpliría once años.

Amedrentada en aquel despacho que se le antojaba inmenso, la chiquilla miró el crucifijo donde Jesús colgaba atormentado. A sus pies, la superiora contrastaba con su cuerpo grande y rechoncho. La mujer se quitó las gafas y juntó las manos sobre la mesa. La hermana Dolores mantenía cogida la mano de la niña, como si la mala noticia tuvieran que recibirla ambas.

—Lina, te he hecho venir a mi despacho para comunicarte una noticia muy triste. Tú no lo sabías, pero tu madre estaba enferma y Dios se la ha llevado. Ella pensaba mucho en ti y nos pidió que, cuando ya no estuviera, te llevásemos con una tía que tienes en Llonera. ¿Alguna vez te habló de ella?

Conmocionada por su repentina orfandad y con los ojos húmedos, la niña negó con la cabeza. Las palabras se le habían atascado en la garganta. Le habían enseñado a vivir con conformidad y resignación, y así lo había hecho desde que tenía memoria.

—Dios es Nuestro Señor —añadió la hermana Dolores como si ese hecho pudiera mitigar su dolor—. Hemos de aceptar su voluntad. ¿Lo entiendes, Lina?

La pequeña volvió a tocarse el bolsillo desgarrado y asintió con la cabeza. Hacía meses que su madre no la visitaba y ella la esperaba con ansia. Natalia no iba con demasiada frecuencia: cuatro o cinco veces al año como mucho. Tan poca asiduidad no impedía que Lina la tuviera presente en todo cuanto hacía: «Cuando venga mi madre, le diré... preguntaré... contaré... pediré... enseñaré...», se decía. Sin embargo, cuando llegaba Natalia, siempre sin previo aviso, nunca recordaba qué era todo aquello que debía decirle, preguntarle, contarle, pedirle o enseñarle. El tiempo de espera restaba importancia a cualquier asunto.

—No te quedarás aquí para siempre, hijita —le prometía Natalia en cada visita.

—¿Dónde vives, madre?

—Lejos. Un día vendrás conmigo. Ya lo verás.

—¿Cuándo?

—Algún día —remataba antes de cambiar de conversación—. Estás delgada. ¿Te alimentan bien las monjas?

—Sí.

—¿Y te dan merengues?

—No —respondía entre risas Lina, que ya suponía lo que vendría a continuación—. Merengues no me dan, madre.

—¡Me lo imaginaba! Vayamos a comernos uno ahora.

Después de que la superiora le diera un beso en la frente en señal de pésame, las tres rezaron juntas un padrenuestro por el alma de Natalia. La hermana Dolores se la llevó cogida de la mano hacia el amplio dormitorio de las niñas. Lina se dejó llevar y caminaba sin mirar las baldosas del suelo.

Ahora ya no le importaba pisar las líneas de la mala suerte.

Una vez a solas, cruzó la habitación entre las camas alineadas a ambos lados y, al llegar a la suya, esperó sentada hasta que la hermana volvió con una maleta pequeña y ajada.

—Mete tus cosas aquí. Hoy no hace falta que vuelvas a clase.

—Hermana Dolores, ¿ya no veré a mi madre... nunca más?

—Así es, Lina. Ahora vive con los ángeles.

Tras abrazarla muy fuerte, la dejó sola. Con manos temblorosas y las lágrimas resbalando por sus mejillas, la niña metió todas sus pertenencias en la maleta y aún sobró sitio.

Del pequeño armarito junto a la cama cogió el retrato donde aparecían las dos. Por entonces ella solo tenía un año y estaba en brazos de Natalia, como la Virgen María del pasillo. Por eso le gustaba tanto aquella figura.

La fotografía se la había regalado su madre dos años atrás, el día que cumplió los ocho. Recordaba aquel cumpleaños como el mejor de su vida. Habían pasado solo quince días desde la última visita y no esperaba verla de nuevo tan pronto. Junto con el retrato le había envuelto un vestido precioso lleno de lazos y encajes y unos zapatos de charol. Tras la primera exclamación de alegría al ver aquella ropa tan bonita, Lina la había rechazado con semblante triste al tiempo que decía:

—Madre, la «hermana demonio» dice que todas las desgracias te ocurren por ser tan guapa. Yo no quiero serlo.

—No debes hacer caso de lo que dice esa monja vieja y amargada. Lo dice porque es fea como un pecado. —Natalia estaba furiosa, pero dulcificó la voz para preguntar—: Y tú, hijita, ¿qué piensas de mí?

—A mí me gustas mucho, madre. Te he mentado. Cuando sea mayor quiero ser tan guapa como tú.

—¡Eso está mejor! No me gusta que esa bruja te diga cosas que te pongan en mi contra. Me quejaré a la superiora.

—No hace falta que lo hagas, madre. La hermana Dolores dice que no se lo tenga en cuenta, porque es viejecita y está enferma.

Su madre era lo más bonito que había tenido y la hacía sentirse orgullosa ante las demás niñas, que acechaban el pasillo para verla pasar. Le costaba creer que no volvería a verla.

La hora de la cena fue un tormento para Lina. Durante toda la comida tuvo que soportar las miradas y susurros de sus compañeras. Su timidez provocaba que las mejillas se le enrojecieran enseguida, por eso le habían puesto el apodo de «Tomatita».

Su única amiga de verdad, Sisca, esa noche le cogió la mano por debajo de la mesa.

Más tarde, cuando la hermana Dolores apagó la luz del dormitorio, Sisca se deslizó en su cama.

—Hazme sitio.

Su abrazo le desató el nudo de tensión contenido todo el día.

—No llores, Lina. Nos descubrirán...

—Tengo miedo, Sisca. Mañana me marchó y no sé adónde. Siempre había soñado que sería mi

madre quien se me llevaría.

—Debes ser fuerte. Te vas de aquí. Yo, en cambio, me quedaré para siempre. No tengo ninguna tía que se haga cargo de mí, y a mi madre... ni siquiera la he conocido.

—¿Y si no me acepta?

—Entonces volverás.

Al despuntar el alba, la hermana Dolores miraba desde la ventana cómo se alejaba aquella figurita de diez años vestida de luto, caminando al lado de la lavandera del convento.

La superiora no se había fiado de que la hermana Dolores acompañara a Lina. Sabía que a la primera duda suya o de la señorita Carmina, la devolvería a Lérida sin pensárselo dos veces. Aparte de eso, deseaba que su llegada al pueblo despertara la mínima expectación posible, y hacerlo acompañada de una monja no era la mejor manera de pasar desapercibida.

Desde el primer momento había pensado en Anastasia para llevar a cabo el encargo. La lavandera era una mujer corpulenta que frisaba los cincuenta años. Ni un solo cabello escapaba del moño con que se recogía el pelo en la coronilla. Aquel día llevaba el vestido nuevo de los domingos para causar buena impresión a la hermana de Natalia.

Al poco de arrancar, el coche de línea dejó atrás Lérida y Anastasia cayó dormida, repantigada en el asiento. Estaba agotada a causa del insomnio de las dos noches anteriores. No lograba asimilar la muerte de Natalia. No se la quitaba de la cabeza y se había prometido que su hija no correría la misma suerte que otras que, al cabo de un tiempo de dejar el convento, ya eran chatarra. Había querido a aquella alocada pelirroja que la besuqueaba cada vez que visitaba a Lina y le encomendaba que la niña fuera limpia y aseada, «como la señorita que es», añadía.

Natalia jamás olvidaba llevarle un regalo a cambio. Casi siempre un pañuelo de cuello. La lavandera tenía una colección que solo sacaba del cajón para contemplarlos y palpar la suavidad de la tela con sus manos quemadas por la sosa y la lejía. Esa mañana, en su memoria, había estrenado el negro con pavos reales estampados. También guardaba entre las sábanas limpias, como un tesoro, la pastilla de jabón de tocador con aroma a violetas. No la habría empezado por nada del mundo. Le bastaba con olisquearla cada vez que abría el armario. Nadie le había hecho nunca un regalo, solo Natalia.

La última vez que había visitado a la niña, Anastasia la había encontrado cambiada. Su cutis había perdido brillo y estaba demacrada. Como no tenía dinero para pagarle la colada, se había quitado de la solapa el broche dorado, una damisela con sombrilla, y se lo había regalado.

Cuando se lo quitó para dárselo, ella no quiso aceptar aquel regalo, pues le parecía excesivamente valioso, pero Natalia la obligó a quedárselo mientras la abrazaba fuerte. Había sido más o menos por Navidad. Fue su última visita al convento.

Mientras Anastasia dormía, Lina contemplaba boquiabierta la extensión de los campos y los pueblos que iban dejando atrás. Acostumbrada a que su mundo acabase en los muros del convento, aquellas llanuras eran para ella algo inmenso, demasiado inalcanzable para sus ojos, poco habituados a contemplar horizontes situados a más de veinte metros.

El corazón le latía ansioso por el amasijo de sentimientos contradictorios que batallaban en su interior. La emoción la mantenía excitada, pero cuando recordaba el motivo del viaje, se entristecía por la pérdida de una madre a la que había conocido muy poco, aparte de por la despedida de la

hermana Dolores y de Sisca. También la atemorizaba tener que convivir con una mujer a la que no conocía en absoluto. Siempre había creído que no tenía parientes. Ahora su única esperanza era caer bien a aquella desconocida.

Cuando Anastasia despertó, el sol ya estaba alto.

—¡Comamos, pequeña! —dijo mientras sacaba de la cesta lo que había llevado en un hato de tela—. El hambre me dice que ya es hora de comer.

Al cabo de cuatro horas, el conductor anunció «¡Llonera!», y Lina pegó la cara al cristal con curiosidad. Hasta que el vehículo no enfiló la recta tras la curva, no vio el campanario rodeado de casas y el pueblo entero, que emergía entre viñas y olivos.

El coche de línea las dejó en un lado de una plaza porticada. Sin pérdida de tiempo, Anastasia preguntó por la casa de Carmina Alzira a dos mujeres que charlaban con la cesta colgada del brazo y el delantal anudado a la rolliza cintura. Ambas la repasaron de arriba abajo antes de que una de ellas respondiera:

—Siga por aquella calle hasta llegar al puente del río. Una vez cruzado, gire por el sendero que encontrará a su izquierda y continúe adelante cinco minutos. No tiene pérdida.

—Es blanca, con una verja —añadió la otra—. Solo hay esa casa.

Cuando se alejaron, Anastasia refunfuñó:

—Chismosas, ahora ya tenéis pitanza para media hora más. En cuanto a ti, Tomatita —dijo a Lina, a la que le costaba seguir su rápido paso—, tendrás que acostumbrarte a vivir fuera del convento. Ya veremos de qué pie calza la hermana de Natalia.

Pasado el puente, mientras seguían el camino polvoriento, la niña imaginaba a aquella tía a la que estaba a punto de conocer. Quería creer y deseaba que se pareciera mucho a su madre.

«Si eran hermanas, seguro que también será pelirroja y tendrá los ojos verdes. Ojalá también huela a violetas y lleve vestidos tan bonitos como mi madre.»

—¡Apresúrate, niña!

«Tengo que gustarle para que me acepte. La hermana Dolores dice que no he de preocuparme por eso. Que si la señorita Carmina no me quiere, volveré al convento con ella. Pero a mí me gustaría vivir fuera como hacen otras.»

No era solo Lina quien pensaba en el inminente encuentro y lo que podía derivarse de él. Anastasia no había dejado de pensar en ello desde que la superiora se lo había pedido. Daba vueltas y más vueltas a las palabras de la monja:

«Anastasia, la niña tiene que quedarse en Llonera. Convince a la tal Carmina Alzira como puedas. Lina no tiene empuje para luchar sola fuera de estos muros. Y tampoco la aceptará nadie como criada, es demasiado floja. Si, pese a todo, la devuelves al convento... entonces haré lo posible para que cuando tenga la edad sea novicia. Guapa y cándida como es, lo más probable es que fuera acabe como Natalia.»

Anastasia estaba de acuerdo. También ella había sido una niña de aquel convento y sabía de qué le hablaba la superiora.

Al llegar a lo alto de una subidita, el grito de Lina la sacó de sus cavilaciones.

—¡Es allí! ¡Anastasia, la casa blanca es aquella!

Bajo la sombra del porche hecho de cañas, Carmina cosía un volante en un delantal y se deleitaba pensando en el poema de amor que Gabriel Allisá le había regalado un par de días atrás.

Su enamorado era un amante de la poesía recién entrado en la treintena. Hacía dos años que vivía en Llonera.

Gabriel había tomado la decisión de dejar Barcelona a raíz de la huelga general de agosto de 1917. Su hermano y su padre pertenecían a la CNT y estaba harto de oír hablar de revolución a todas horas, tanto dentro como fuera de casa. No confiaba en que 1918 fuera mucho más tranquilo que el año anterior y, cansado de los altercados entre sindicatos y patronal, además de asustado por los tiroteos que se producían en la ciudad, al saber que la plaza de Llonera había quedado libre por la muerte del maestro, la había solicitado.

El día que conoció a Carmina en la rectoría de la iglesia, ella llevaba luto y se cubría el cabello con una mantilla. En la fisonomía de la muchacha no había ningún rasgo destacable, aparte de la ternura que le rezumaba desde el corazón. Era precisamente eso lo que hacía que todo en ella resultara armonioso y equilibrado.

Esa noche, Gabriel Allisá escribió en su cuaderno privado de notas:

Ella es como el vientecillo que, en un día sofocante de verano, se extiende por el cuerpo plácidamente. Estoy enamorado.

Siguiendo la costumbre de las canciones de trovadores y las leyendas de caballeros que salían en las novelas que le gustaban, Gabriel la bautizó secretamente como «ángel esperado».

Hacía ya dos años de aquel enamoramiento repentino, y pocos días atrás Gabriel se había atrevido a regalarle un poema que le había dedicado.

Mientras cosía el volante, Carmina pensaba en aquel poema y también en que en agosto se cumplirían dos años del entierro de su padre. Justo el día que ella cumplía los treinta. Su pérdida la había sumido en la soledad más profunda que había sentido jamás. El poema de Gabriel confirmaba su sospecha de que él la amaba. A cada verso que leía, el corazón le latía a un ritmo y con un desasosiego hasta entonces desconocidos.

Sin embargo, Carmina distaba de saber que el cambio que estaba a punto de producirse en su vida tranquila y pautada no sería a consecuencia de Gabriel Allisá.

—¿Es usted la señorita Alzira? —preguntó Anastasia desde la verja.

Carmina se sorprendió al ver a aquellas dos personas ante la puerta de la reja y se acercó.

—Yo misma —confirmó con una sonrisa—. ¿En qué puedo servirla?

—He de hablar con usted y no quiero hacerlo aquí plantada —soltó Anastasia mientras señalaba las sillas dispuestas en la puerta del patio—. Hemos hecho un largo viaje y estoy cansada.

—Pero... yo a usted no la conozco de nada —replicó con sorpresa por el tono exigente de aquella

desconocida—. ¿Qué quiere de mí?

Anastasia no respondió enseguida. Se balanceaba sobre los talones, con los brazos cruzados. Fruncía el ceño y miraba en derredor. Aparte de que la casa quedaba demasiado en las afueras del pueblo para que viviera en ella una mujer sola, no le parecía un mal sitio para la hija de Natalia. Finalmente, dijo:

—Me llamo Anastasia Rovira y traigo el encargo de dejarle a esta criatura. —Cogió a Lina por los hombros y se la puso delante—. Se llama Angelina. ¿A que sí, nena?

Lina se ruborizó y pronunció un «sí» más esmirriado que sus trenzas. Atemorizada por cómo podían ir las cosas, buscaba en aquella mujer algún rasgo que le recordase a su madre. Sospechó que se habían equivocado de casa, porque no se le parecía en nada.

—Y... ¿por qué tendría que quedarme a esta niña? —preguntó Carmina, más sorprendida aún.

Anastasia sacó una carta del bolsillo del faldón y se la entregó.

—Es de su hermana, Natalia Alzira —dijo, callando que había fallecido.

Al oír el nombre de Natalia, la mujer cogió el sobre con manos temblorosas. Acto seguido abrió la puerta de la verja. En el mismo lugar donde, minutos antes, soñaba con el amor de Gabriel Allisá, las invitó a sentarse.

Hacía doce años que no tenía noticias de su hermana y no quería leer la carta delante de nadie. A fin de hacer más cómoda la espera de aquella señora y la chiquilla que ya intuía que era de Natalia, sacó una jarra con agua de limón y una bandeja con bollos.

—Si no le importa, señora Anastasia, leeré la carta dentro.

—Tómese el tiempo que quiera —respondió mientras masticaba un trozo de magdalena, rociando migas—. Hasta mañana no sale ningún coche de línea y he de pasar la noche en el pueblo.

Lina se moría de curiosidad por ver una casa de verdad. Una casa sin monjas, donde solo vivían aquellos que la hermana Dolores denominaba «la gente». Así que, mientras Anastasia se apresuraba a engullir bollos, ella se escabulló al interior.

Al entrar, a mano izquierda, una escalera llevaba al piso de arriba, y justo delante de la entrada había una puerta de doble hoja cerrada y un perchero de pared. «Todo está limpio y ordenado como en el convento», observó la niña.

Lina avanzó sigilosa por un corto pasillo disimulado detrás de una cortina, hasta una puerta abierta: la cocina. Era amplia, iluminada a aquella hora por el sol poniente, con la chimenea en un rincón. Con la carta abierta sobre la mesa, la mujer la leía y acariciaba cada línea mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Carmina se había culpado todos los días de su vida por haber desistido tan pronto de buscar a Natalia, con la excusa de no enfrentarse a su padre. Aquella carta mataba el sueño de que las hermanas se reunirían algún día. Eso ya nunca se cumpliría.

Absorta en los gestos y reacciones de su tía, Lina la observó callada. No se dio cuenta de que tenía a Anastasia detrás hasta que la mujer habló:

—¿Qué me dice, señorita, se quedará a su sobrina o tendré que llevármela como una huérfana al convento?

Las palabras de aquella mujer añadieron mayor amargura a su conciencia y atravesaron a Carmina como dardos en la garganta. Se le desbocó el corazón. Tomar decisiones rápidas no era su fuerte.

No podía encararse con Lina, que la contemplaba con la esperanza de que la abrazase. Renunciar a ella supondría sumar una traición más a la memoria de su hermana. La pequeña había llegado hasta allí por voluntad expresa de Natalia, y por segunda vez le fallaría, pues no se veía con arrestos para hacerse responsable de la niña.

Hacía menos de una hora, cosía feliz pensando en Gabriel, la última oportunidad de saborear el amor que jamás se había permitido en vida de su padre.

Tomó un sorbo de agua que la ayudó a serenarse e invitó a Anastasia a sentarse a la mesa. Tras enjugarse la cara y las manos con el delantal, dijo, bajando la cabeza y la voz:

—Comprenderá, señora Anastasia, que esta situación me pilla de improviso. Tengo que pensármelo antes de tomar una decisión.

—¡Vaya por Dios! ¿Y ahora qué hacemos? —exclamó como quien hace acopio de paciencia—. Señorita, dígame un sitio del pueblo donde esta desdichada niña y yo podamos pernoctar mientras usted se lo piensa.

—Pueden dormir en mi casa, si quieren.

—¡Eso está mejor! —exclamó Anastasia poniéndose de pie.

Hizo sentar a Lina en la silla que ella desocupaba para que tía y sobrina pudieran hablar y, a continuación, salió de la cocina.

Mientras se dirigía al porche, juntó las manos, con la esperanza de que la fragilidad de la niña conmoviera a Carmina y se la quedase.

Aquel final de mayo hacía buen tiempo y el día se alargaba. Tranquilizada al saber dónde pasaría la noche, Anastasia se sentó en el patio a contemplar el atardecer y esperar acontecimientos.

El cansancio del viaje y la serenidad del campo la relajaron tanto que se durmió allí mismo.

En la cocina, las desazones eran de índole muy distinta. Sentadas a la mesa, tía y sobrina buscaban la una en la otra, sin conseguirlo, rasgos y similitudes de Natalia.

La pequeña lo observaba todo como un pajarillo asustado, y a Carmina se le humedecieron los ojos al recordar las palabras de su hermana en la carta:

Lina es buena. Si la ves callada o que no sonrío, no pienses que es desagradecida. Es una niña tímida y de talante triste. Ya la conocerás. En el fondo se parece más a ti que a mí.

—¿Qué te gusta comer? —preguntó Carmina para romper el denso silencio.

—De todo.

—¿Tienes muchas amigas en el convento?

—Solo una, Sisca.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—En septiembre.

—¿Sabes leer?

—Sí.

Aquella conversación de preguntas breves y exiguas respuestas incomodaba a Carmina. El silencio se instaló de nuevo entre ellas, hasta que la mujer permitió a su corazón reconocer un rasgo de parentesco con aquella niña, y dijo:

—Te llamas como tu abuela, ¿lo sabías?

—Yo no tengo abuela. Ahora ya no tengo a nadie, solo a ti.

La observación de la pequeña conmocionó a Carmina. Aquellas palabras reflejaban la misma soledad que ella había sufrido desde que tenía dieciocho años, cuando su vida había estallado en mil pedazos a causa de Natalia.

—Anda, sal al patio, Lina, puedes contemplar las flores —le ordenó con voz temblorosa—. Yo aún tengo que preparar vuestras camas para la noche.

La niña obedeció. Fuera encontró a Anastasia profundamente dormida y fue a sentarse en un banco de piedra junto a la verja. Hundió la cabeza entre las rodillas y con la manga se enjugó los mocos y las lágrimas.

«Mi madre olía a violetas, pero ella huele a jabón como la hermana Dolores, y me gusta», se repetía, y entonces le entraba otra racha de llanto. «Todavía no ha dicho que no me quiera. No lo ha

dicho.»

Al subir a hacer las camas, Carmina se encerró en la habitación. Al fin sola, lloró con la cabeza bajo la almohada para que nadie la oyera. Mientras lamentaba la muerte de Natalia, se sentía confusa y sumida en un mar de sentimientos contradictorios. Odiaba a su hermana por haber hecho añicos su vida, como también había hecho con su hija. Pese a todo, la había querido tanto... El suyo era un amor fraternal lleno de admiración por una valentía de vivir en libertad que ella jamás había tenido.

Los nombres de Natalia, Lina y Gabriel se mezclaban en su mente. Y sobre todo resurgían como fantasmas las palabras con que la había advertido su padre, cuando ella tenía dieciocho años, recién llegados a Llonera:

—Que no me entere yo que se te acerca ningún zoquete.

Carmina recordaba las noches de llanto y rabia por haber abandonado a su amado valle del Pirineo, junto con sus sueños. Todo por culpa de la cabeza loca de Natalia: la hermana risueña, fascinante, inteligente... La que despertaba la admiración de todos. La niña de los ojos del mismo padre al que había traicionado. Y fue ella, Carmina, la hija sensata y buena, la que no provocaba quebraderos de cabeza y obedecía sin quejarse, la que tuvo que ocuparse de la casa desde la muerte de su madre, quien sufrió las consecuencias.

Tendida en la cama de bruces y con la cabeza bajo la almohada, Carmina lamentaba el día en que había abandonado a regañadientes las montañas del valle que adoraba y las visitas diarias a la tumba de su madre. Cómo la huida inconsciente de Natalia no solo la había alejado de su paraíso particular, sino que la había condenado a vivir sin permiso para enamorarse y tener hijos. Solo le había quedado la obligación de ocuparse de su padre.

Precisamente ahora, cuando ya no esperaba ningún regalo de la vida, había llegado Gabriel, el hombre al que había amado en secreto sin que él lo supiera. Y mientras leía el poema que él le había dedicado y que no podía entender sino como una declaración, la prueba y confirmación del amor anhelado, aparecía otra vez la sombra de Natalia para quebrar su futuro.

Le rogaba antes de morir que se ocupase de su hija, una niña cuya existencia Natalia jamás había tenido la consideración de hacerle saber.

Y más allá de su amor por Gabriel, enterrado antes de ver la luz, estaba el pueblo. ¿Cómo explicaría que aquella chiquilla era la hija de una hermana a la que nadie había visto antes? Su padre se había hartado de repetir a todo el mundo que no tenía más familia que Carmina.

¿Qué pensarían de ellas? ¿Cómo tapar tantas mentiras inventadas durante años?

Demasiado bien sabía que, en un pueblo pequeño como Llonera, las preguntas no satisfechas darían lugar a especulaciones que la gente colmaría de respuestas morbosas. Carmina no se sentía con fuerzas para enfrentarse a esa guerra.

Abandonó la habitación decidida a no quedarse a Lina.

Entretanto, Anastasia vio al despertar que la niña estaba fuera, sola. Sintió curiosidad por saber

cómo habían ido las cosas entre las dos mientras ella dormía. Entró en la casa justo cuando Carmina bajaba la escalera.

—Escuche, señorita, enseguida oscurecerá. —Había descansado y empleó un tono más amable—. Tengo que marcharme a primera hora de la mañana y necesito que me diga si se queda a la chiquilla.

—No me la quedo, señora Anastasia —se obligó a responder Carmina.

—Mírela allí, junto a la verja, señorita —le rogó cogiéndola del brazo y obligándola a mirar afuera—. Es un angelito, no la engaña. Un angelito que a todo el mundo le importa menos que una mierda seca.

Carmina suspiró antes de dirigirse a la cocina, seguida de Anastasia, que no pensaba darse por vencida.

—Es una niña obediente que se hace querer. Ya lo verá.

—¡Usted no lo entiende! —se defendió Carmina, agobiada por tanta insistencia—. ¿Qué quiere que haga una mujer sola como yo con una niña? Y ¿qué diré a la gente del pueblo cuando me pregunten quién es y de dónde la he sacado?

—A la pequeña puede cuidarla. En cuanto a la gente... No les haga caso. Hablan durante un tiempo y luego se olvidan.

—No puedo quedármela... así como así —se justificó nerviosa Carmina—. Llonera es un pueblo pequeño y tengo una reputación. Mi padre era el maestro y no quiero que se mancille su memoria. La gente no sabe nada de la mala vida que llevaba Natalia. Ni siquiera saben que yo tenía una hermana. Mi padre lo ocultó desde el día que llegamos.

—Ah, ¿no es usted de aquí? —preguntó Anastasia, bajando la guardia. Había supuesto que aquella era la casa natal de Natalia.

—Lo cierto es que no. Vinimos cuando yo era joven, un año después de que muriese mi madre. —Cogió el cazo con hierbaluisa, que se mantenía caliente junto a la chimenea, y sirvió una taza a cada una—. Mi padre estaba disgustado con mi hermana y contó a todo el mundo que no teníamos más familia. No sé por qué lo hizo, pero fue así.

Anastasia escuchó paciente sin decir nada. Ella sí que podía imaginar los motivos: Natalia estaba hecha para vivir en el lujo. Jamás se habría conformado con vivir en aquella casa de un pequeño pueblo rodeada de campos.

Se habían conocido en una pensión de Lérida donde la lavandera se ocupaba de la ropa blanca. En alguna ocasión le había dejado a Lina para que la cuidase mientras estaba con algún cliente.

Una noche Natalia no volvió.

Anastasia no sabía qué hacer con una niña de casi tres años. Tenía que seguir trabajando. Le pasó por la cabeza llevarla al convento donde ella trabajaba un día a la semana, pero temió que si Natalia no volvía la entregasen a alguna familia.

Se concedió otra semana de tiempo y luego otra, mientras la pequeña la acompañaba a todos los lugares donde hacía coladas.

Cuando ya habían transcurrido quince días, Natalia apareció vestida con gran elegancia. Le contó llorando que no podía llevarse a Lina. Tenía un amante que podía suponer la salvación económica para las dos.

Gracias a la intervención de Anastasia, que consideraba el convento su segunda casa, Natalia pudo dejar a la niña en régimen de pensionado. La superiora encomendó la pequeña a la hermana Dolores, una monja joven que hacía apenas una semana que había dejado el noviciado para tomar los votos religiosos.

Sumida en tales pensamientos, Anastasia miró cómo Carmina, con un delantal limpio y planchado para proteger un vestido oscuro sin florituras, le servía la taza de hierbaluisa. Comparó a las hermanas Alzira y sonrió al recordar a Natalia con sombrero de plumas. La muchacha era como una maniquí de la revista *El hogar y la moda*, que ella curioseaba tomándola prestada a cocineras y sirvientas.

Los primeros cuatro años Natalia había acudido a ver a Lina con coche y chófer, como una marquesa. El mismo tiempo que vivió mantenida por un señorito de Barcelona. Cuando decidió ensanchar fronteras hacia París y Roma, las visitas se convirtieron en anecdóticas.

Siete años después de dejar a Lina en el convento, los ojos esmeralda de Natalia se habían cerrado en la Casa de la Caridad de Barcelona.

La lavandera se entristeció al recordarlo mientras el tintineo de las cucharitas al remover el azúcar de la tisana quebraba el silencio.

De repente, Carmina preguntó:

—¿Qué hacen las muchachas huérfanas cuando dejan el convento?

—¿Quiere saber qué será de Lina?

Se disponía a contarle los planes de la superiora de quedársela como novicia, cuando de pronto cambió de opinión. La monja también le había ordenado que convenciera a Carmina a toda costa. Contestó:

—Cuando la chiquilla cumpla catorce años, o antes, entrará a servir. Después, si tiene suerte, se casará. Y, si no, será puta o criada. Esa es la vida de las que no tienen raíces.

—Ella tiene raíces. Es la hija de mi hermana —saltó Carmina, alarmada—. Pero ¿qué quieren de mí las monjas? Esta mañana, al levantarme, ni siquiera sabía que Natalia hubiera muerto. Hace doce años que no tenía noticias tuyas. Y a media tarde aparece usted con esa criatura inocente y me pide que me la quede. Así, como si tal cosa.

—Todo ha ocurrido muy deprisa, señorita. Pero es que...

—Ahora déjeme hablar a mí —la interrumpió Carmina en un tono autoritario muy diferente de su talante habitual—. ¿Quiere saber cómo nos tratarán en el pueblo si se enteran de que mi hermana era

una mujer de mala vida? ¿Y cómo mirarán a Lina?

Las contradicciones entre el deber y el deseo deshacían los nervios de Carmina, que rompió a llorar. Anastasia le cogió la mano.

—¡Rediós! Qué distinta es usted de Natalia.

—¿La conocía? —le preguntó tras enjugarse las lágrimas y sonarse.

—Por supuesto, trabajo en el convento desde hace muchos años.

Para no hacer más dramática la situación, Anastasia pasó por alto cómo había conocido a Natalia y se limitó a describir solo algunos retazos de cómo habían ido las cosas.

—Las hermanas se quedaron a Lina, más como a una huérfana que como a una interna, cuando ella dejó de pagar —explicó—. Cuando le hicieron saber que la habían instalado en el dormitorio de las niñas acogidas por caridad, Natalia se enfadó mucho, pero no hizo nada por remediarlo.

—Pero ¿nunca le habló de mí?

—La verdad es que no. —Al ver la cara de decepción de Carmina, aclaró—: Llega un día, señorita, en que las mujeres que sufren un tropiezo ya no ven el camino de retorno y entonces reniegan de la familia.

—Nos queríamos mucho. ¿Por qué no vino a verme si tenía problemas? Ella sabía dónde vivíamos. Yo misma se lo hice saber en una carta cuando dejamos el valle.

Carmina se acercó a la ventana para mirar a la niña. Seguía sentada junto a la verja, abrazándose las rodillas. Se dijo que si seguía mucho rato allí fuera, tan quieta, cogería frío.

—Iré a visitarla de vez en cuando —afirmó con decisión, creyendo que había encontrado el punto medio entre la acogida y la renuncia.

—Tal como hacía Natalia... Lo que usted propone no resolverá el futuro de Lina. Recuerde que no estará siempre en el convento.

Aquella respuesta hirió el amor propio de Carmina. Se quedaron en silencio y Anastasia esperó paciente a que la otra hablara de nuevo.

—Puedo quedarme a la niña una semana —concedió finalmente—. Después la devolveré al convento. Iré a buscarla de vez en cuando y la gente de aquí se acostumbrará a verla... Ya me inventaré algo.

—Qué quiere que le diga... No es lo mejor para ella, pero la entiendo. Las personas no somos una buena raza. Se lo diré tal cual a la superiora y, si no está de acuerdo, que vuelva ella a buscarla.

Mientras cenaban a la mesa, nadie miraba a nadie. Anastasia comía. Tía y sobrina revolvían el plato.

—Lina, ahora que nos hemos conocido, puedes quedarte una semana. Será como unas vacaciones —dijo la tía.

—¿Y no podría quedarme para siempre? —preguntó con timidez la niña mientras dejaba la cuchara en el plato y ocultaba las manos bajo la mesa.

Carmina enmudeció. Anastasia captó una brizna de esperanza y terció:

—No seas desagradecida, niña. Necesitas que te dé el sol y el aire. ¡Te quedarás una semana! Señorita, el lunes que viene la mete en el coche de línea y yo misma la recogeré en Lérida.

—¿Viajará sola? —se sorprendió Carmina.

—No se preocupe, tiene diez años. No le pasará nada.

La lavandera peló la naranja con la satisfacción de saber que, de momento, la hija de Natalia quedaba en familia, tal como había sido el deseo de la madre antes de morir.

—Ven, te enseñaré el dormitorio —dijo Carmina cuando acabaron de cenar.

Lina experimentó la alegría que mostraban las internas de escasos recursos cuando dejaban el convento. Ella misma, a cada visita de su madre, había esperado oír: «Recoge tus cosas. Nos vamos.» Pero eso nunca ocurrió.

Carmina cogió la maleta ajada que descansaba en el recibidor y ambas subieron al primer piso. El último escalón daba al distribuidor de tres habitaciones.

—Esta será la tuya, Lina —dijo al abrir la puerta del cuarto más alejado de la escalera.

—¿Dormiré sola?

—No tengas miedo. Duermo aquí al lado. Estaré cerca.

En señal de agradecimiento, Lina la abrazó. Carmina se conmovió al sentir el cuerpo de la chiquilla.

—Las dos nos recuperaremos del fallecimiento de Natalia. Nos costará pero lo conseguiremos, pequeña.

—¿Cuándo se irá Anastasia?

—Por la mañana. Tendrás que despedirte esta noche. El coche sale muy temprano.

«Para siempre. Me despediré de ella para siempre», pensó.

Tal como habían previsto el día anterior, la lavandera se marchó muy de mañana.

Tendida en la cama, Carmina pensaba en Gabriel. Se había enamorado de él poco a poco, sin apasionamientos. Si él no se atrevía a ir más allá después de dedicarle aquel poema, nada le impediría amarlo en secreto como hasta entonces. Pero si le hacía una declaración en toda regla, lo aceptaría. Ambos eran libres para casarse. No hacían daño a nadie.

La tos de la niña en la habitación contigua la devolvió a la realidad. No se hacía a la idea de que la hija de Natalia estuviera durmiendo tan cerca de ella.

Entrase o no Gabriel en su vida, de momento aquella sobrina era un problema que requería una solución.

Sacó del secreter el poema de Gabriel. Lo besó antes de releer los versos que casi podía recitar de memoria:

Ella es el sol ardiente que me hace vivir,

el astro que me tiene cegado.

Es el rumor de las hojas del roble

mecidas por un viento pausado.

Es el ángel que en las noches oscuras

colma de calma mi alborada.

Es la llama que me calienta el corazón,

el manto que me abriga con la mirada.

La vida huirá si esa luz se apaga,

y el día claro, oscura noche será

cuando herida de amor llorará el alma.

Dulce luna, farol de la noche silenciosa,

rompe la penumbra que a los dos nos separa

para que Venus reluzca amiga.

En el mismo cajón descansaba la carta de su hermana. Sopesó las cuartillas, una en cada mano. ¿Qué hoja pesaba más? ¿Los versos de Gabriel o las súplicas de Natalia?

Sonrió por su ocurrencia. Tal vez ambas cosas eran posibles. No abandonaría a Lina, solo necesitaba tiempo para encontrar una solución y digerirlo con más calma. Dio un beso a cada carta y las metió en el secreter. Después se colgó al cuello la cadenita con la llave diminuta.

En la cómoda contempló el ajuar que había bordado siendo jovencita con la ilusión de estrenarlo

algún día. Con los años había proseguido la labor solo por entretenerse.

De debajo de un mantel sin estrenar sacó la fotografía coloreada con anilinas de su hermana, una encantadora joven pelirroja de ojos verdes que esbozaba una sonrisa fresca y perfecta. La estrechó contra el pecho.

La escena de su último encuentro se iluminó en su interior.

—Carmina, echemos una carrera hasta el prado de arriba.

Al llegar a la cima, muy acaloradas, se dejaron caer en la hierba. El agua del riachuelo bajaba ruidosa y crecida por el deshielo. Desde allí arriba se veían los tejados de pizarra. Y más abajo, las casas de los pueblos vecinos, todos recorriendo el valle como colgados en la ladera, siguiendo los caminos y la carretera.

Boca arriba y con las piernas dobladas, Natalia miraba las nubes que surcaban un cielo azulísimo. Ella estaba de pie con los brazos abiertos como una estrella cuando su hermana le dijo:

—Me ahogo en este pueblo, Carmina. Todo el valle se me queda pequeño.

—¡Cómo puedes decir eso! —exclamó ella girando sobre sí misma, aspirando el fresco aire primaveral—. Yo no podría vivir sin estas montañas.

Natalia se incorporó para sentarse y, abrazándose las rodillas, la miró con una seriedad que no se avenía con su talante impetuoso.

—Deja de hacerte la tonta y escúchame. Lo que tengo que decirte es importante y me queda poco tiempo. ¿Recuerdas al soldado que te presenté?

Preocupada, Carmina se sentó a su lado. Lo recordaba como un vanidoso que no le había gustado nada.

—Lo licencian y se vuelve a su pueblo. Esta noche me escaparé con él.

—¿Te has vuelto loca, Natalia?

—Espero un hijo suyo. —Lo dijo como si no tuviera la menor importancia, mientras la apartaba para levantarse—. Estate atenta al correo. Te enviaré noticias, ¿entendido?

Carmina le cerró el paso.

—¡No te irás! Se lo contaré a padre ahora mismo para que te lo impida.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Y qué haremos los dos sin ti? —En un intento inútil de hacerla desistir, añadió—: Hace solo un año que enterramos a mamá... Lo que me estás diciendo hundirá a padre. ¡Él te adora!

Natalia señaló un grupo de vacas que pastaban a menos de veinte pasos.

—No he nacido para cuidar rebaños. Y más te vale, hermanita, que no tenga que quedarme aquí por tu culpa.

Carmina se quedó llorando en el prado.

Una vez en casa, no habían vuelto a dirigirse la palabra. Ya de noche, cuando Natalia se acercó a darle el beso de despedida antes de su huida, ella la rechazó tapándose la cabeza con la manta.

—Le dejo una carta a padre en el despacho. En ella se lo cuento todo, Carmina. Quizá pase mucho tiempo antes de que volvamos a vernos... Te querré siempre.

Ella se sentía cobarde por no avisar a padre de los planes de su hermana.

Saltó de la cama y desde detrás de los cristales vio a Natalia correr a la luz de la luna hasta abrazarse con el moscón que se la llevaba. Subieron al coche del hombre que los esperaba. Las luces del automóvil serpentearon hasta desaparecer.

Al día siguiente, oculta entre las sábanas, oyó cómo su padre daba patadas a cuanto encontraba. Había leído la carta y maldecía a sus hijas mientras subía la escalera a zancadas. Abrió con malos modos la puerta de la habitación donde ella seguía llorando metida en la cama y la culpó, con toda su ira, por su silencio cómplice.

Por orden de su padre, se cerraron todas las ventanas de la casa, con la expresa prohibición de abrirlas. Dentro solo reinaba la oscuridad. Tanto de día como de noche, Carmina iba de la cocina al dormitorio con la lámpara de aceite, como un fantasma.

Su padre permaneció dos días enteros encerrado en el despacho. Ella le dejaba la comida en una bandeja sobre una silla al lado de la puerta, y la recogía después sin que la hubiera probado. Al acabar, subía a encerrarse en su habitación hasta la hora de cocinar una cena que tampoco comería nadie.

Tumbada, miraba la cama vacía de Natalia, separada de la suya por una mesilla de noche. Al alargar el brazo en busca de una hermana ya inexistente, se deshacía en lágrimas. También ella decidió enterrarse en aquella tumba en que se había convertido toda la casa.

Al cuarto día de la huida, su padre entró de nuevo en su habitación. Carmina seguía en la cama.

—Voy a correos —dijo blandiendo una carta.

Al volver, abrió las ventanas para que entrase de nuevo la luz. Arrancándole las sábanas, le ordenó:

—Levántate.

El día de San Juan, Carmina estaba preparando arroz con caracoles cuando su padre entró en la cocina para dejarle una carta abierta delante. Ella fue a cogerla, convencida de que era de Natalia. Él la detuvo.

—Es la respuesta a la solicitud que envié hace unos meses. Nos vamos a Llonera —dijo mientras volvía a doblarla y se la guardaba en el bolsillo—. Me han dado plaza de maestro en una escuela muy lejos del valle. Nos vamos a vivir a las tierras del Ebro, Carmina.

—¡No podemos, padre! —Se había abrazado a él implorando—: Si Natalia vuelve, no nos

encontrará. Y madre... ¿Quién la visitará y llevará flores a su tumba?

Su padre se la quitó de encima. Ella insistió desesperada:

—¡Avisemos a Natalia, padre! Le diremos dónde estamos, ¿eh?

—Jamás de los jamases —sentenció él con voz compungida, disimulando su orgullo herido—. Allí donde vamos no la conocen. Para nosotros ha muerto.

Habían transcurrido tres meses desde su marcha. Empezaba el verano. Cumpliendo la promesa de enviarle noticias, Natalia le había escrito desde Castellón. Saber cosas de ella la había tranquilizado.

Sin embargo, el anuncio de su padre hizo que de repente su mundo se hundiera, incapaz de reaccionar ante tanta pérdida. Su madre, la casa, las montañas, el valle... Y ahora su única hermana. Su existencia se había convertido en un mero destroz.

Desobedeciendo a su padre por primera vez, en cuanto se quedó sola en casa escribió a Natalia para decirle adónde se iban. Al acabar, visitó la tumba de su madre en el cementerio detrás de la iglesia, como todas las mañanas desde hacía un año, para decirle una vez más cuánto la echaba de menos.

«Tampoco tú, madre, de haber seguido viva, habrías podido detener a Natalia», le dijo mentalmente.

Antes de abandonar el valle para siempre, a finales de julio, recibió una última carta de su hermana. Le comunicaba que estaba sola y que había perdido al hijo que esperaba. También que dejaba Castellón. Le pedía, por favor, que la olvidara.

Desde aquella separación ya habían pasado doce años y todavía echaba de menos las montañas del Pirineo. No había sabido nada más de Natalia hasta la aparición de Anastasia. Como tampoco se había enterado de que, tras aquel primer embarazo frustrado, había tenido una hija, Lina.

Hacia el mediodía, Carmina subió a despertar a su sobrina. Abrió los postigos del dormitorio y la habitación se cegó de sol. Sentada a los pies de la cama, la contempló con ternura.

Al ver a su tía, la niña recordó que no se encontraba en el convento y se serenó.

—Lina, he pensado que te gustaría tener esta fotografía —dijo, y le tendió el retrato de Natalia que había sacado de la cómoda—. Cuando se la hizo, vivíamos felices con tus abuelos.

—¿Por qué nunca me visitaste en el convento?

—Ni siquiera sabía que existías...

—¿Podré quedarme contigo, ahora que ya me conoces?

—Debo pensarlo bien. —Volvió la cara para no enfrentarse a aquella mirada suplicante—. Sé que te cuesta entenderlo, pero no es fácil.

—Pero... tú vives sola —comentó la niña, subiéndose la manta hasta el cuello.

Carmina dio un beso en la frente a aquella cabecita recostada en la almohada.

—Vivía con tu abuelo hasta hace dos años, cuando murió.

—¿Puedo llamarte tía?

—De momento es mejor que me llames por mi nombre. Todo ha sucedido muy deprisa, Lina. Necesito tiempo para acostumbrarme.

—Carmina —pronunció—. Tu nombre me gusta. Te pareces a la hermana Dolores.

—¿Quieres mucho a esa monja? —le preguntó mientras le apartaba el cabello de la cara.

—Si me quedo contigo, solo me dará pena dejar de verla a ella y a Sisca.

—Anda, levántate, vístete y baja a desayunar —le dijo la tía, y salió del dormitorio para no oír más la insistencia de la niña; sentía que empezaba a gustarle tenerla en casa.

«Gracias, Jesusito. Sé que harás que Carmina me acepte», rogó la pequeña a la estampita que le había regalado la hermana Dolores.

Del armario, que parecía tan vacío como antes de guardar en él su ropa, sacó el vestido negro que le habían dado en el convento para el luto por su madre.

Antes de bajar a la cocina, contempló a aquella joven del retrato que le había dado Carmina y lo depositó junto al que tenía de ella con su madre. Las observó a ambas y no le pareció que fuesen la misma persona. No era exactamente la madre a la que recordaba. Ambas vestían de manera muy diferente.

Las miró con mala cara y dijo: «Me has hecho vivir como una recogida.» Tras aquel reproche, la castigó poniendo boca abajo ambos retratos.

Al verla en el umbral de la cocina, Carmina suspiró.

«Tan negra y menuda, parece una hormiguita... Pobre Natalia, no le gustaría ver así a su hija.»

Acabado el tazón de leche, Lina salió a regar las macetas de flores que rodeaban el patio. Carmina la observaba por la ventana mientras pelaba patatas y no se libraba de los recuerdos que volvían a ráfagas.

Una tarde, pocos días después de haber llegado a Llonera, mientras ella colocaba en su sitio lo que aún quedaba en las cajas, su padre estaba desde hacía horas en el Café del Siglo, una especie de salón bar de admisión reservada a los prohombres del pueblo.

Al volver a casa, se le acercó con paso inseguro y le ordenó:

—Olvida para siempre el pasado. Hazte a la idea de que venimos de la nada. Es una orden, Carmina. Aquí nunca deben saber nada de Natalia. Nos acarrearía la humillación... y la desgracia. Por nada del mundo tiene que venir a Llonera, ¿estamos?

—¿Y si nos necesita, padre? —preguntó horrorizada.

—¡Los muertos no necesitan a nadie! Y procura que a ti no se te acerque ningún zoquete. ¿Queda

claro?

Hasta la huida de Natalia había sido un hombre pacífico, amante de su familia, que adoraba a sus hijas. Ella no comprendía aquel cambio de carácter tan drástico. ¿Cómo podía ser tan cruel con sus propias hijas?

A lo largo de los años siguientes, todas las noches y todas las mañanas sacaba de su escondite el retrato de Natalia. Le daba un beso y lo guardaba de nuevo por temor a la ira de su padre.

Hasta que un día olvidó cumplir aquel ritual, porque también se había olvidado de sí misma. Solo le quedaba una razón para vivir: cuidar de su padre mientras siguiera allí.

De aquella casa, lo que más sorprendía a Lina era la cocina. Nunca antes había visto una chimenea, ni cómo se cocinaba la comida. Cuando Carmina le había preguntado qué quería que preparara para comer, no había sabido qué responder.

En el convento comía lo que le servían en el plato, y lo único que podía decir era que había alimentos que le gustaban más que otros. Como la pelota del cocido, porque era fácil de cortar y no formaba bola como le ocurría con la carne estofada.

Se había chupado los dedos con las chuletitas de cordero que Carmina asó en la parrilla. Y contempló admirada cómo chisporroteaban las brasas cuando les caía encima la grasa fundida de la carne. Le daba igual lo que Carmina le diera para comer. Solo rogaba que aquello no se acabase. Su tía era la madre que quería tener.

Cada rincón de aquella casa la fascinaba. Supo que detrás de la puerta de doble hoja que daba al recibidor estaba el despacho de su abuelo, cerrado desde su muerte. Y que las vidrieras del pasillo daban paso a un comedor que solo se utilizaba en ocasiones muy especiales.

Las baldosas del suelo eran marrones, todas iguales excepto una que tenía grabado un número: 1816. Se sentía tan a gusto que, al caminar por la casa, pasaba por encima sin miedo de pisar las juntas entre una y otra.

Esa segunda mañana, tía y sobrina la pasaron haciendo limpieza. Lina daba brincos todo el rato como un gatito. Quiso fregar los platos y rompió una taza. Después sacudió las alfombras desde una ventana y Carmina se apresuró a recoger la ropa tendida que había al pie. Cargó agua en el estanque con un cubo y lo llenó tanto que la mitad se perdió por el camino. Se empeñó en quitar el polvo de los muebles e incluso de los botines de su tía, la cesta de la compra y el paraguas.

Carmina no paraba de reír, mirando el revuelo que armaba la chiquilla con su predisposición a ayudar.

A media tarde se sentaron a la sombra del porche de cañizo. La mujer bordaba su nombre en el delantal mientras Lina aprendía a hacer cadeneta con el ganchillo. Trabajaban rodeadas por la calma del campo, cuando la niña se fijó en que una mujer se acercaba por el camino.

—¡Engracia! —exclamó Carmina al tiempo que dejaba la costura en el cesto—. Ay, Dios mío... No esperaba que pasara por aquí.

—¿Quién es? —quiso saber la niña, preocupada por la reacción de su tía.

—Una señora con reclinatorio propio en la iglesia, con eso está todo dicho. Entra en casa, Lina, y no salgas hasta que yo vaya a buscarte.

Obedeció sin rechistar, tal como estaba acostumbrada a hacer. Parapetada detrás de la puerta, observó cómo Carmina se encaminaba a la verja para recibir a la señora, que vestía de negro de pies a cabeza y se acercaba resollando como si se le acabase la vida.

—Si el domingo me hubiera dicho que hoy pensaba venir, señora Engracia, yo misma habría ido a buscarla. No le conviene cansarse.

—De repente me han entrado ganas de pasear. Por cierto... desde lejos me ha parecido ver a una niña contigo, ¿no?

Lina contuvo la respiración.

—Es la hija de una prima que ha enviudado —mintió Carmina—. Le pedí que la enviase a pasar unos días conmigo. Es una chiquilla enfermiza y yo estoy muy sola desde la muerte de mi padre.

—Una idea acertada y muy propia de ti, eso de ayudar a todo el mundo. ¿Y dónde está ahora esa criatura?

—La he enviado dentro.

—Hazla salir, mujer, que quiero conocerla.

Lina, que había sido educada en el temor al pecado y al ojo de Dios que todo lo veía, no daba crédito a las mentiras de su tía. Al oír que la señora de negro quería verla, corrió a esconderse.

—¿Dónde estás? —preguntó Carmina mientras la buscaba en la cocina.

—Aquí... Pero no hace falta que salga —respondió bajito desde la despensa.

—Pareces un ratoncito asustado —dijo su tía con un suspiro—. Ven conmigo, y si la señora te pregunta cómo te encuentras, le dices que ya estás mejor. Recuerda que has venido al campo a curarte.

—¿Estoy enferma?

—No, bonita. Por supuesto que no. ¡Anda, vamos y no tengas miedo!

—Lo tengo, y mucho —se reafirmó desde su escondite—. No has parado de decir mentiras.

—Por favor, Lina —le suplicó mientras se la llevaba cogida de la mano—. Ahora no tenemos tiempo para hablar de eso.

Una vez estuvieron fuera, Engracia la miró de arriba abajo.

—Enferma y de luto, pobrecilla —la compadeció pensando en la reciente viudedad de la prima de Carmina—. ¿Ruegas a Dios que acoja a tu padre, que en gloria esté, pequeña?

«¿Qué padre?», pensó la niña, horrorizada y mirando a su tía. No sabía qué responder y se aferró sollozando a su cintura. Estaba segura de que tras aquella sarta de mentiras volvería derecha y para siempre al convento y Carmina iría al infierno.

—La pequeña aún está muy afectada, señora Engracia —justificó con fingida naturalidad Carmina, mientras le apretaba la cabeza contra su vientre y le acariciaba el cabello—. Es una criatura muy sensible.

—Ya lo veo... No llores, nena —la consoló Engracia—. Ya verás como tu tía te cuidará bien. — Se enjugó con un pañuelo el sudor del cuello y aconsejó a Carmina—: Conviene que la alimentes

bien, porque da pena verla tan delgaducha.

Con permiso de su tía, Lina volvió adentro.

Mientras tomaban un poleo, Carmina y Engracia hablaron del buen tiempo y de lo bonitas que estaban las clavelinas plantadas en macetas. También de cómo, lamentablemente, los campos de trigo estaban cubiertos de amapolas.

Carmina se llevó un último sobresalto cuando antes de irse la señora Engracia le recordó:

—Mañana por la tarde te espero en casa como todos los jueves. No me importa que traigas a la niña. Que venga contigo esa pobre infeliz.

Ella no tenía previsto pasear a su sobrina por el pueblo, pero la visita semanal a casa de Engracia no la libraría de estar ya en boca de todos, incluida Alfonsa. Sobre todo de Alfonsa. Aquella criada le daba más miedo que una tormenta.

—Me he asustado mucho —gimió Lina cuando la visita se marchó—. Yo no tengo padre. No sabía qué responder cuando me lo ha preguntado. ¡Le has dicho un puñado de mentiras! Tendrás que confesarte.

—Pediré perdón a Dios a solas, sin recurrir al cura —dijo tirándole cariñosamente de las trenzas—. Nuestro Señor lo entenderá.

Lina subió a su habitación y cogió de la cómoda los retratos de Natalia.

—No sé qué pasa, madre —dijo sacudiéndolos—, pero me parece que tú tienes la culpa de todo.

Y la castigó por segunda vez. En esta ocasión guardó las fotografías en el cajón.

El jueves, Carmina abrió el balcón de par en par, como todas las mañanas, y aspiró el aire fresco. Desde la llegada de su sobrina no había dormido una sola noche de un tirón. La duda la mataba y el tiempo corría en su contra. Se debatía entre quedarse a la hija de Natalia o responder al amor de Gabriel, quien tal vez no aceptaría ocuparse de una niña de diez años. Era una carga que se negaba a imponerle.

No cesaba de cavilar las respuestas que le convenía dar a Engracia cuando fuera a su casa esa tarde. Estaba segura de que su repentina visita no había sido casual. El hecho de que se hubiera presentado sola, sin la compañía de la criada, se lo confirmaba.

Entreabrió la puerta del dormitorio de Lina y escuchó la respiración pausada de su sueño.

De camino a la cocina, se detuvo ante el despacho de su padre y entró sigilosamente. Sobre la mesa de nogal descansaban los tinteros bien colocados y los plumines alineados, tal como él los dejara. Se sentó en el sillón detrás del escritorio.

El día de su muerte habían celebrado que ella cumplía veintiocho años. Su padre la felicitó y se lo veía contento. Había cocinado la cazuela de cordero que tanto le gustaba, y al acabar, como siempre después de comer, el hombre se retiró al sillón del despacho a hacer la siesta.

Ella sospechó que algo no iba bien al ver que avanzaba la tarde y su padre no salía a beber agua como solía hacer tras la cabezada. Entonces entró a despertarlo.

Se lo encontró muerto.

Sola, sin padres ni noticias de su hermana, pensó en su futuro y hacia dónde debía orientarlo.

En el valle, aparte de un primo de su madre del que no había sabido nada en todos aquellos años, no le quedaba nadie.

En cuanto a la casa de Llonera, sin su padre no tenía ningún derecho a ella. Era propiedad del Ayuntamiento y formaba parte del sueldo que se destinaba al maestro de la escuela. Entonces, vista la situación, Engracia recurrió a su influencia para que Carmina pudiera ocuparla de por vida. Argumentó que era un gesto de gratitud que el pueblo debía a «la Señorita», rebautizada así por los lugareños.

No solo era la catequista, sino que a cambio de nada también enseñaba a los pequeños que dejaban la escuela antes de tiempo para ayudar en el campo.

Por el favor obtenido, Engracia había cedido a Gabriel Allisá, maestro sustituto, el segundo piso del edificio de dos plantas del que era propietaria, la casa más señorial de la plaza.

El primer piso ya lo tenía alquilado al notario. Por el hecho de ser soltero y vivir solo, a Engracia no la había convencido que Carmina ocupara la segunda planta. Había que evitar chismorreos.

Hija del antiguo farmacéutico de Llonera y única descendiente de familias con hijos únicos,

Engracia había heredado todo el patrimonio. La habían casado a los diecinueve años, muy enamorada, con el aprendiz de su padre, ahijado de un pariente lejano. Un marido que tenía tanto de holgazán como de atractivo. Con él había tenido a Alberto.

Cuando Carmina llegó al pueblo con dieciocho años y Engracia la conoció, albergó la esperanza de que su hijo se enamorase de ella. Le gustaba aquella muchachita tan considerada que mostraba buenos modales y amabilidad con todo el mundo.

No obstante, el chico les había salido un tanto tarambana. Estudiaba la carrera de Derecho en Madrid y, con la excusa de cultivar buenas relaciones de cara al futuro, solo volvía a Llonera en las festividades obligadas. Pese a las intenciones de su madre, Carmina no era ni de lejos la relación que Alberto deseaba.

Aunque tampoco había previsto que su futuro se vería truncado en Marruecos, adonde fue a luchar, lleno de romanticismo, para salvar la colonia española.

Tras perder al hijo, una mala gripe se le llevó al marido. Desde entonces Engracia quedó vestida de luto por siempre en aquel caserón, el mayor del pueblo, solo comparable al del terrateniente Pascual Martí.

Su única compañía en la casa pasó a ser Alfonsa, hija del pastor que se ocupaba de sus rebaños. Se la había llevado como criada cuando era una niña de trece años. Aunque malcarada y huraña, la lealtad de Alfonsa quedaba fuera de toda duda.

—La Señorita ya no vive sola —le había hecho saber a Engracia—. Sé de buena tinta que le han traído a una niña.

—¡Menuda ocurrencia, Alfonsa! Qué cosas dices... De ser así, el domingo, cuando estuvimos juntas, me habría dicho que esperaba a alguien.

La criada volvió a la cocina refunfuñando que ella ya había dicho lo que tenía que decir. Llena de curiosidad por el comentario, Engracia decidió comprobarlo por sí misma. Por eso se había presentado dos tardes atrás en casa de Carmina.

El día después de la visita, a eso de las cinco, la tía se aseguró de que su sobrina fuera limpia y bien peinada. Aprovechó los diez minutos de trayecto para aleccionarla.

—Si la criada de la señora Engracia te pregunta, no digas que tu madre era hermana mía, ni que vives en un convento.

—Claro que no vivo en el convento. ¡Ahora vivo aquí!

—No vives aquí, Lina. Solo estarás unos días. Tu abuelo siempre dijo que solo me tenía a mí. He dicho a la señora Engracia que eres hija de una prima. No hay que enredar más la madeja.

—¿Por qué no os gustaba mi madre ni a ti ni al abuelo? Yo la quería mucho.

—También nosotros queríamos a Natalia. Lo que no nos gustaba era lo que hizo.

—¿Y qué hizo para que no os vieseis más?

—Se enamoró del amor. Quería vivir a su manera.

—Y... ¿eso es malo?

—No lo es, pero puede hacerte descarrilar. —Ante la expresión de desconcierto de Lina, su tía aclaró—: Quiero decir que eso la alejó de nosotros.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderás cuando seas mayor. Ahora basta con que recuerdes lo que tienes que decir.

—¡Pero es mentira! —se quejó.

—Tú y yo sabemos la verdad. Será nuestro secreto.

Pocos metros después de dejar atrás el puente, enfilaron la calle que llevaba a la plaza. La niña reconoció los soportales donde las había dejado el coche de línea y se pegó a su tía al sentir clavadas las miradas de la gente, mientras Carmina respondía amable a los saludos de todos.

En cuanto doblaron por la calle Ancha, la tranquilizó:

—No te preocupes, Lina. Ya casi estamos. Es esa casa que tiene el portalón abierto de par en par.

El zaguán era amplio, con cinco escalones al fondo dispuestos en abanico, que conducían a una segunda puerta, esta cerrada.

Carmina llamó con la argolla dorada que mordía un león de bronce. Sin esperar respuesta, hizo girar el pomo. Mientras subía la escalera, con Lina bien cogida de la mano, vio que la criada ya las esperaba en el rellano con cara de pocos amigos.

Respondió al saludo de Carmina carraspeando con un sonido gutural y, sin pronunciar palabra, las acompañó a una sala.

—Avisaré a la señora de que ha llegado —dijo mirando de reojo a la niña.

Las dejó en penumbra, con la escasa claridad que se filtraba por un postigo entreabierto.

Lina no podía apartar la vista de un halcón disecado con las alas extendidas y que, con impenetrable mirada de vidrio, vigilaba la estancia desde una rinconera.

—Me da miedo ese pajarraco —le dijo a su tía al oído—. ¿Por qué están a medio abrir los postigos?

—Para que el sol no se coma el color de los muebles. Y el halcón no debe asustarte. Está muerto.

Al oír pasos por el pasillo, la pequeña se protegió acercándose aún más a su tía.

—Buenas tardes, Carmina —saludó la dueña de la casa, antes de reñir a Alfonsa—: ¿Cómo las dejas esperando a oscuras, cabeza de chorlito?

Sin hacer comentario alguno ni cambiar su hosco semblante, la criada atravesó la sala hasta los balcones. Cuando todo se iluminó, Lina pensó: «Ella también es un halcón.»

Desde un sillón tapizado de cretona que hacía juego con el empapelado de las paredes, Engracia

ordenó:

—Alfonsa, llévate a la niña a la cocina y prepárale un chocolate. Luego que salga a jugar al jardín.

Carmina, sentada sin abrir la boca en un sofá de raso dorado, se soltó de la mano de Lina. Al oír las órdenes de Engracia, la niña se le había aferrado con fuerza. La criada se la llevó sujeta por los hombros, empujándola por un ancho y largo pasillo hasta la cocina.

—Anda, come —le ordenó mientras le llenaba la taza de un chocolate negro y espeso que humeaba—. Seguro que Carmina no te da. Es la prima de tu madre, ¿no?

«Blanco, verde, blanco, verde...», repetía para sí la chiquilla, sin dejar de mirar fijamente los azulejos de la pared del fregadero. Se obstinaba en callar a fin de no meter la pata.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —insistió la criada sentándose frente a ella—. Oye, pánfila, ¿no te han enseñado que debes responder cuando los mayores te preguntan?

«Ya te haré hablar», pensó ante el mutismo de Lina, y le acercó un platito de bizcochos de soletilla.

—Pobrecita mía —dijo con voz fingidamente afectuosa—, mi señora dice que se ha muerto tu padre. Por eso llevas luto, ¿a que sí?

—Sí, señora.

—¡Caramba! —exclamó retirándole el platito justo cuando Lina cogía un bizcocho—. Pero si la mosquita muerta tiene voz... Y ahora dime, ¿te quedarás mucho tiempo con Carmina?

—Sí —respondió mirando el bizcocho, que le apetecía mojar.

—¿Hacía mucho que no la visitabas? Nunca te habíamos visto por aquí.

—Ya no quiero más chocolate —dijo enfurruñada, sin hacer caso del acoso de la criada—. Quiero salir al jardín.

—¡Quieta, quédate donde estás! No tienes nada que hacer en el jardín. Estropearás las flores.

Lina huyó de la cocina hacia la sala donde estaba su tía. Alfonsa no consiguió atraparla.

—No se entra sin permiso donde están las personas mayores, Lina —la riñó Carmina.

—Quería estar contigo.

—Lleva a la niña al jardín como te he ordenado, Alfonsa... Y déjala jugar tranquila, mujer —dijo Engracia.

Simulando paciencia, Alfonsa la cogió de la mano. Cuando cerró la puerta de la sala, tiró de Lina como si arrastrase un cordel hasta el final del pasillo. Abrió una puerta vidriera y la empujó afuera.

—¡Hala, ve y juega, so mema! —espetó mientras echaba el cerrojo a la puerta—. ¡Maldita sea! Vete a saber qué problemas nos traerás...

El jardín ocupaba un gran patio cuadrado, al que daban los balcones y ventanas de la casa. Lina se sentó en un banco de piedra, a la sombra de una morera. En el centro había una fuente hexagonal, de tres palmos de hondo, llena de agua y vigilada por cuatro peces petrificados con la boca abierta y aspecto agonizante. El surtidor brotaba desde una concha.

—¡Eh, tú! ¿Quieres entrar? —le preguntó Alfonsa al cabo de un rato desde la ventana enrejada de la cocina.

—Sí, por favor —casi gimió—. Quiero estar con mi tía.

—Pues te jorobas, porque no puedes. Y si te mueves del banco, soltaré al perro feroz para que te muerda.

—¿Dónde está? —preguntó asustada la niña, mirando en derredor.

—¿Ves aquella losa cuadrada que hay en el suelo? Está ahí encerrado y desde aquí puedo hacerlo salir si muevo una palanca —replicó la otra conteniendo la risa y apartándose de la ventana.

Sin despegar la vista de la losa, Lina se quedó quieta el resto del tiempo. Nunca un jardín tan lleno de flores le había dado tanto miedo.

Entretanto, dentro de la casa Carmina no lo estaba pasando mejor. Era consciente de que había mentido a la mujer que la había ayudado.

—Le conté a mosén Tomás lo que me dijiste sobre la niña —comentó Engracia—. Entonces me informó de que la superiora del convento de Lérida le había pedido referencias sobre ti. ¿Me dirás la verdad sobre Lina?

—Ya le he dicho que es hija de una prima, señora Engracia. —Tenía la cabeza gacha y le sudaban las manos—. Todos tenemos parientes. Yo no soy una excepción.

—Sí... Pero es muy raro que en tantos años nunca os haya visitado ninguno. Ni siquiera vinieron para el entierro del señor maestro. La aparición repentina de esa chiquilla da que pensar.

Carmina no podía más. El corazón se le escapaba por la boca. Encerrada en sí misma, pensaba ya en Natalia, que le había suplicado por carta que se ocupara de la pequeña, ya en su padre, que había renegado de la hija que había herido su orgullo. Al mismo tiempo, se preguntaba qué culpa tenían ella y aquella criatura inocente. ¿Por qué ambas tenían que sufrir las consecuencias de la mala cabeza de la hermana y el orgullo del padre?

—Si quieres que te ayude, debes decirme la verdad —insistió Engracia—. Llonera es un pueblo pequeño y la gente habla.

«He vivido entregada al servicio de los demás, sin casarme ni tener hijos. Ni siquiera he podido soñar con ello», se dijo Carmina con la vista clavada en el pajarraco disecado, ajena a las palabras de su protectora.

—¿Qué verdad ocultas tan grave como para no poder decirla?

«A nadie le importa cómo haya vivido Natalia», pensó Carmina. Acto seguido, amañó la

confesión lo mejor que pudo para poner fin al interrogatorio:

—La niña, señora Engracia, es hija de mi hermana. —Decidida a mentir para salvaguardar el buen nombre de la familia, prosiguió—: Se casó contra la voluntad de mi padre y él jamás se lo perdonó. Mi hermana se quedó viuda poco antes de que naciera Lina y dejó a la pequeña en el convento en régimen de pensionado para poder trabajar.

Engracia la miró con paciencia. Era perro viejo y sabía que trataba de embaucarla. No era ninguna ignorante. Rezar con devoción y merendar una vez por semana con mosén Tomás no habían turbado su claro pensamiento ni su inteligencia, ilustrada desde jovencita en la biblioteca de su padre.

—Nunca me habías hablado de esa hermana —dijo siguiéndole el juego a fin de averiguar adónde iban a parar aquellas medias verdades.

—No sabía nada de ella. Rompió toda relación conmigo antes de tener a su hija.

—Y ahora... ¿dónde está, si puede saberse?

—Ha muerto. —La voz le tembló al decirlo.

—¡Virgen Santa! ¿Y por qué no has dicho la verdad? ¿A qué viene que te inventes toda esa historia de la prima viuda?

—Porque no quería que nadie pensara mal de mi padre ni de la honestidad de mi hermana.

—Si no se satisface su curiosidad, aún piensan peor. ¿Qué piensas hacer con la niña?

—Me la quedaré. Podemos vivir juntas —decidió de repente, y a modo de reflexión añadió—: A nadie le importa. No renunciaré a la única familia que me queda, señora Engracia.

Ambas permanecieron en silencio, hasta que la anfitriona lo rompió.

—Si te preguntan, Carmina, en adelante di que es la hija de una prima fallecida y que la niña ya era huérfana de padre. No vendrá de una mentira más y así mantendremos el buen nombre del maestro. El hombre debía de tener razones de peso para renegar de una hija y negarse a conocer a su nieta.

—Dejaré la casa si hemos de suponer un problema, señora Engracia, y volveremos al valle. Mi padre...

—¡Basta! —ordenó la anfitriona con voz cansada—. No quiero saber más de lo que sé. Aunque no te lo creas, puedo comprender por qué tu padre actuó como lo hizo. Tres años antes de que vosotros llegais, en Llonera ocurrió un hecho espeluznante. ¿Sabes de qué te hablo?

—No, señora.

—No importa. No hace falta sacarlo a colación ahora... El maestro debió de enterarse al llegar. Aunque existía un pacto de silencio en el pueblo para cerrar heridas y enterrar aquella calamidad, alguien debió de contárselo y está claro que tu padre se asustó de lo lindo. Sin duda por eso negó la existencia de su otra hija, a fin de protegerte a ti... y quizá también a ella.

—Pero... ¿por qué tenía que actuar así mi padre? Tanto misterio me asusta. —La resistencia de la mujer a contarle los hechos no le gustaba. Insistió—: Por favor, dígame, ¿qué ocurrió?

—Tal vez algún día te lo cuente, si es necesario. Ahora no insistas, hay historias que es mejor no remover si se quiere vivir en paz. Sobre todo en pueblecitos como Llonera, donde todos se conocen y la gente se encuentra casi a diario. —Engracia le tendió una mano y Carmina la tomó entre las suyas—. Hice mal dejándote sola en casa del maestro. Tendría que haberte traído aquí, conmigo, pero me dio miedo que a Alfonsa le entraran celos. Ahora ya es tarde...

—No entiendo a qué se refiere, señora Engracia, y me quedaría más tranquila si me lo explicara. Por otra parte, me gusta seguir en la casa donde mi padre y yo vivimos.

—¡Malditos muertos! A veces se nos quedan dentro arañándonos el corazón y no nos dejan descansar.

Había transcurrido hora y media desde que habían llegado a la casa. Pese a que todos los jueves Carmina pasaba allí casi tres horas, Engracia hizo sonar la campanilla.

La criada apareció tan deprisa que hizo sospechar que estaba escuchando detrás de la puerta.

—Haz venir a la niña, Alfonsa. Ya se van.

Mientras bajaban la escalera, la anfitriona le recordó:

—El domingo no olvides pasar a buscarme para ir juntas a misa.

De vuelta hacia casa hicieron el camino en silencio. La niña ardía en deseos de llegar y, una vez dentro, se explayó:

—Me da miedo la gente de este pueblo y todo lo que hay dentro de ese caserón: el león de la puerta, el pajarraco muerto, los peces de piedra... Pero lo que más me asusta es Alfonsa y el perro que tiene escondido.

—¿De qué perro hablas, pequeña?

—Uno que es feroz y vive debajo de una losa de piedra.

—¡No tiene remedio! Esta Alfonsa no cambiará nunca. —Sonrió y le dio un beso en la mejilla—. Allí no hay ningún perro, Lina.

La tarde había sido un calvario para las dos y Carmina se sentía agotada. No había entendido las palabras de Engracia ni a qué hecho espeluznante se refería. Fuera como fuese, aquella mujer también le exigía mentir sobre el parentesco de la pequeña.

—Escucha, Lina...

Iba a comunicarle que se la quedaba para siempre, cuando de pronto se contuvo. Necesitaba tiempo para digerir la decisión que había tomado y pensar en el futuro de ambas.

La niña la miraba expectante, pero su tía se limitó a ordenarle:

—Lávate las manos. Cenaremos pronto.

La cocina daba a poniente y por la ventana se colaba un rayo de sol. Carmina pensó de nuevo en Natalia cuando, de pequeña, se embobaba jugando con las partículas de polvo que se deslizaban por un rayo de luz. Decía que tenía una amiga invisible que vivía en el País Secreto y bajaba a jugar con ella resbalando por el rayo de sol.

Como si aquel camino flotante que parecía descender del cielo pudiera unirla a una Natalia incorpórea, hermana mayor del tiempo de la infancia, le envió un mensaje: «No llevaré luto por ti, querida y fantástica Natalia. No conviene que la gente piense demasiado.»

Enjugándose las lágrimas, recitó, cual si se tratase de una despedida, los versos de Gabriel Allisá.

*La vida huirá si esa luz se apaga,
y el día claro, oscura noche será
cuando herida de amor llorará el alma.*

Una vez tomada la decisión de quedarse a su sobrina, Carmina, aliviada, durmió toda la noche como un tronco. Por la mañana tenía pensado pasar por la tienda de los Torres. No quería que Lina fuera a la iglesia el domingo vestida de luto tan riguroso.

Al peinarla, cuanto más la miraba, más se sorprendía de cuánto se parecía a la abuela. El cabello castaño con reflejos dorados de aquella chiquilla de piel blanca y mejillas sonrosadas era clavado al de su madre antes de que empezara a encanecer.

Alta y delgada, Lina había heredado asimismo aquella mirada melancólica en unos ojos de color miel, embellecidos por unas pestañas largas y espesas. Toda su fisonomía armonizaba con su temperamento tímido y reservado.

—Ahora, Lina, iremos a la tienda de los Torres y te compraré dos cortes de tela —dijo mientras le trenzaba el pelo—. Te los coseré antes de que llegue el otoño. Cuando empiece el curso, irás a la escuela, harás amigas y poco a poco te acostumbrarás a vivir aquí.

Lina se volvió para mirar muy sorprendida a su tía.

—¿Qué pasa? ¿Es que ya no quieres quedarte? No pareces contenta...

—He rezado todas las noches para quedarme contigo.

No obstante, en su deseo no había pensado que tendría que separarse de su tía para ir a la escuela. Pasar un solo instante sin estar anclada a su mano la colmaba de temores.

—¿Y si a la gente del pueblo no le gusto? —preguntó.

—Con que nos gustemos las dos nos bastará.

La niña la abrazó muy fuerte y luego corrió a su habitación. Sacó del cajón los dos retratos que tenía de su madre y los puso de pie sobre el mueble. En medio colocó la estampita de Jesusito.

La tienda estaba en la calle Mayor, junto a la rectoría. Lina leyó: CASA TORRES. SASTRERÍA.

Al empujar la puerta, sonó la campanilla.

De detrás de la cortina que ocultaba la trastienda salió un muchacho todavía adolescente, de mirada risueña y dulce. Sus ojos pequeños y alargados se quedaron clavados en Lina.

—Buenos días, Lorenzo —saludó Carmina, contenta de no encontrar a ninguna otra clienta—. Necesito dos cortes de tela para mi sobrina. Franela de invierno, por favor.

Bruscamente, la cortina se abrió de nuevo y apareció una niña muy agitada, como si su trabajo consistiera en correr de un lado para otro.

—Buenos días, Benita —la saludó Carmina pellizcándole cariñosamente la mejilla—. Te presento a Lina. Tenéis la misma edad e iréis juntas a la escuela.

La niña, regordeta, se apartó del hombro la trenza negra y gruesa que le colgaba hasta media

espalda. Sus ojos, pequeños y marrones, se parecían a los de su hermano. Se había apoyado de puntillas en el mostrador y miraba a Lina arrugando la nariz.

—Ya nos veremos, pues.

Luego echó a correr hacia la calle con el mismo ímpetu con que había salido de la trastienda.

Carmina sonrió. Ella era su catequista y sabía muy bien lo que costaba mantenerla quieta en los bancos de la iglesia.

—No le hagas caso —se disculpó el chico a Lina—. Mi hermana es un terremoto. Le pediré que sea amiga tuya. Es un poco traviesa pero no es mala chica.

A Lina se le habían sonrojado las mejillas. Agachó la cabeza y le dio las gracias. Era la primera vez que un chico le hablaba. En su mundo de convento solo existían las niñas.

Una vez que Carmina hubo elegido dos cortes de franela a cuadros, pidió a Lorenzo que añadiera para su sobrina un par de medias blancas de hilo, una cinta blanca de terciopelo, dos puños y un cuello de blonda blanca.

El muchacho lo envolvió todo, pero antes, sin que nadie se lo pidiera, cortó un par de metros de cinta de raso rojo.

—¿Puedo regalárselo a su sobrina, señorita Carmina?

—Claro, Lorenzo. —Sonrió mirando a la niña, que de nuevo se ruborizó—. Muchas gracias.

—Esto es para ti, Lina. El regalo de bienvenida a nuestro pueblo.

Lorenzo tenía trece años. Había dejado la escuela porque quería ser sastre, como su tío Torres, y desde entonces trabajaba en la sastrería, que era al mismo tiempo mercería. Las horas libres las pasaba devorando las novelas que le dejaba Gabriel Allisá.

Buscaba en las muchachas del pueblo los rasgos que imaginaba en los personajes femeninos de sus lecturas, pero ninguna se parecía a Emma Bovary, ni a Ana Karenina o Margarita Gautier... Había desistido de encontrarlas jamás en Llonera hasta que vio entrar a la señorita Carmina con aquella muñeca de porcelana vestida de luto, con aspecto tímido y melancólico.

Esa mañana supo que había encontrado al amor de su vida y que nadie conseguiría que renunciase a él.

Una vez que las dos clientas hubieron salido de la tienda, Benita volvió con el mismo ímpetu. Todo tenía que hacerlo corriendo. Cuando ella se encontraba en la sastrería, la campanilla de la puerta no dejaba de tintinear.

—Te harás amiga suya, ¿verdad, Benita? —le pidió Lorenzo mientras guardaba las cintas en las cajas.

—¿De esa pánfila? —respondió teatralmente llevándose las manos a la cabeza.

—Juega con ella, por favor. Es nueva en el pueblo y no tiene amigas. ¿Qué te cuesta?

—¿Acaso te gusta? ¡La pánfila te gusta! —Y empezó a saltar a la pata coja, de lado a lado de la tienda, sin dejar de cantar—: ¡Lorenzo se ha enamorado de la panpanpánnnfila!

El chico salió de detrás del mostrador para atraparla, pero la chiquilla huyó calle abajo.

Como todos los viernes, Engracia había reservado la tarde a mosén Tomás. Mientras esperaban a que Alfonsa trajera la merienda, le contó las novedades sobre Carmina y, de paso, las verdaderas raíces de la niña, por si ambos debían estar al acecho.

—Caramba, caramba... ¡Qué cosa más rara! —se sorprendió el cura—. ¿No decía el maestro Alzira que no tenían parientes?

—Lo que dijera o dejase de decir ya no importa. Hemos de ayudar a Carmina como buenos cristianos. A mí me traen sin cuidado los orígenes que pueda tener esa chiquilla.

—Pues a mí me preocupa mucho que vuelva a despertarse la fiera. Lo que ocurrió...

—Los tiempos han cambiado —lo interrumpió ella con decisión—, y ya han pasado quince años. Desde entonces ha llovido mucho, mosén. Tampoco hay ninguna necesidad de que se lo contemos a nadie.

—Quien hizo el juramento, señora Engracia, todavía vive.

—Sí, pero solo usted y yo sabemos de quién es hija la pequeña. El caso es que Lina es huérfana. A ojos de todos será la hija de una prima de la Señorita que ha fallecido y la ha dejado a su cargo.

El cura soltó una tosecilla y enarcó la ceja derecha. Ambos callaron al ver entrar a Alfonsa con la bandeja. Una vez solos de nuevo, Engracia dijo:

—Hablemos de otra cosa, mosén Tomás. Hace varios domingos que noto que el órgano no suena bien.

—Necesita un buen repaso. Todos nos hacemos viejos.

—¿Y entonces? ¿Acaso hemos de ser el hazmerreír de la comarca si viene alguien de fuera? No pueden oírnos cantar en misa con un órgano estropeado.

—Ay, señora Engracia, si todos los problemas fueran como ese... —Se interrumpió para mojar el bizcocho de soletilla en el chocolate y, antes de llevárselo a la boca, añadió—: ¡Qué puedo hacer, pobre de mí!

—Haga que arreglen el órgano, mosén, que yo lo pagaré.

—Usted, señora Engracia, siempre tan generosa. La gente de este pueblo no es consciente de la gran benefactora que tiene.

—Ya sabe que no espero reverencias de nadie. Pero... a usted sí que quiero pedirle un favor. El domingo, después de misa, me gustaría presentarle a la niña.

—De acuerdo —aceptó él alzando la mirada al cielo y juntando las manos como si rezara—. Enviaré al monaguillo a avisarlas cuando me haya cambiado para que las tres pasen por la sacristía.

Conoceré a esa desdichada, y quiera Dios que ni yo ni Llonera tengamos que revivir una situación tan negra como la de hace quince años, el maldito mil novecientos cinco.

Cuando el domingo tía y sobrina entraron en la iglesia en compañía de Engracia, todas las cabezas se volvieron a mirarlas y de los bancos surgió un rumor de susurros.

En los laterales de delante había seis hileras de bancos, todos sin respaldo, destinados a la chiquillería. Los del lado derecho para las niñas y los del izquierdo para los niños. En las dos últimas filas se sentaban los adolescentes que acababan de dejar atrás la infancia.

La parte central de la iglesia la ocupaban los bancos de los adultos.

Junto a las columnas estaban los reclinatorios privados. Delante de todo, en lugar preferente, Engracia ocupó el suyo, el más lujoso.

En su calidad de catequista, Carmina se encaminó a los bancos de las niñas para ocupar su propio reclinatorio. Las saludó con un movimiento de la cabeza y se santiguó, gesto que todas repitieron. Hizo sentar a Lina en el extremo de la tercera fila, justo a su lado. Pese a que el corazón parecía que fuera a salirsele del pecho, se sentía feliz. Por primera vez en su vida había vestido a una niña para ir a misa. Le había cambiado las medias negras por las blancas de hilo. Y una cinta blanca le rodeaba la cintura del vestido negro. Remató el medio luto añadiendo los puños y el cuello de blonda blanca. Tras lustrarle los zapatos negros, le dejó el cabello suelto, todavía ondulado por las trenzas, y le puso una cinta blanca que hacía las veces de diadema.

Carmina se sentía orgullosa de que Lina fuera suya, su niña ya por siempre jamás, alguien en quien volcar un amor maternal.

Los bancos de los chicos eran una agitación donde nadie imponía orden. Solo un aprendiz de sastre de ojos risueños y un maestro enamorado se mantenían quietos, mirando muy embelesados los bancos de las muchachas.

Arrodillada en el reclinatorio con las manos juntas, Carmina se atrevió a levantar la cabeza y su mirada se cruzó con la de Gabriel, que no se daba cuenta de lo alborotado que tenía el gallinero.

Un roce de telas en los bancos centrales se dejó oír en toda la iglesia cuando los feligreses se pusieron de pie al salir mosén Tomás para empezar el oficio.

Acabada la misa, todo sucedió tal como Engracia había organizado. Las tres entraron en la sacristía para presentar a Lina al sacerdote.

Por el alto rosetón se colaba la potente luz del sol. El cura adelantó la mano para que la pequeña se la besara.

Con un gesto despidió al monaguillo, que la miraba lleno de curiosidad. Acto seguido, el mosén apartó a la chiquilla de su tía y la llevó hacia el fondo de la estancia.

Tomó asiento en una silla de brazos con el respaldo alto y torneado. Lina permaneció de pie frente a él. Debido a su corpulencia, incluso sentado, mosén Tomás quedaba a mayor altura que la niña.

Criada en el convento, aquel lugar le resultaba muy familiar. Era la gente de la calle lo que la asustaba. Sotanas y hábitos los había visto desde siempre. Le era más próxima aquella sacristía que la plaza del pueblo.

—¿Rezas tus oraciones a diario, Angelina? —preguntó el cura con una mano apoyada en su cabecita—. Porque te llamas así, ¿verdad?

—Sí, mosén, pero todos me llaman Lina. Rezo todos los días a la estampita de Jesusito que me dio la hermana Dolores.

—Angelina, lo que tu tía hace por ti es una gran obra de caridad. ¿Eres consciente de que tendrás que agradecerse toda la vida?

—Sí, mosén Tomás.

—¿Y ruegas también a Dios por el alma de tu madre, para que perdone sus pecados y la acoja en su Reino?

—Ruego por ella y por la hermana Dolores, mosén.

Lina se alegraba de volver a ver una Virgen tan grande como la del pasillo de las monjas. Esta no llevaba al Niño en brazos, pero también lucía un manto azul igual de bonito, con estrellas pintadas a lo largo de todo el ribete. Adornaba su cabeza una corona dorada.

Mosén Tomás se sintió complacido con aquella criatura tan diferente de los «zoquetes del pueblo», como llamaba a la chiquillería de los campesinos. La pequeña que tenía delante había sido realmente criada en el amor de Dios por las Carmelitas. Decidió ser su protector a fin de proseguir la buena obra de las hermanas del convento.

Al mirar satisfecho a la señora Engracia, esta comprendió que le daba el visto bueno. Lina había triunfado. No obstante, Carmina ardía en deseos de llevársela a casa. Ahora era suya y no quería que fuese de la Iglesia. Era su niña.

A la salida, todo el mundo saludaba a la Señorita y daba la bienvenida a la sobrina.

La chiquilla caminaba desasosegada, pegada a su tía. Algo en su interior le decía que ella no era como la gente del lugar, que siempre sería una protegida. Poco sospechaba entonces que, por culpa de una sotana, esa misma voz del pueblo la conduciría al abismo.

Al día siguiente, lunes, Carmina madrugó para rematar la tarea. Había convenido con Anastasia que al cabo de siete días pondría a Lina en el coche de línea que la devolvería a Lérida.

Dio al conductor la carta donde explicaba a la superiora que se hacía cargo de la hija de Natalia. El hombre debía entregarla a Anastasia cuando esta fuera a buscar a Lina.

Esa misma tarde, mientras tía y sobrina hacían labores en el porche, la lavandera y la hermana Dolores esperaban a la pequeña en la parada de Lérida. Ambas se sorprendieron al ver que ya habían bajado todos y que en los asientos no quedaba nadie.

—¿No ha subido una niña en Llonera? —preguntó la lavandera al conductor.

—Ah..., ¿es usted la señora Anastasia? —dijo el hombre mientras se llevaba la mano al bolsillo—. Una señora me ha dado esta carta para usted.

—Es para la superiora. Y está cerrada —observó la monja al leer el nombre en el sobre—. ¿Crees que su tía se habrá quedado a Lina para siempre?

—De momento, no ha venido, hermana. Y mañana será otro día.

—Otra niña que se nos va, Anastasia. —La monja tenía los ojos velados por las lágrimas—. Sí, sé que debería estar contenta, y lo estoy, pero... también me duele perderla. Me cuesta ver su cama vacía.

—Nuestra Tomatita ha quedado bien colocada, hermana. No tiene de qué preocuparse.

Volvieron al convento cogidas del brazo, la lavandera con una sonrisa de oreja a oreja y la monja debatiéndose entre la alegría y el pesar.

En tan solo un mes, Lina había hecho suyo cada rincón de la casa y, libre como una mariposa, revoloteaba por los campos de delante.

Tal como había predicho Carmina, para los lugareños la niña dejó de ser una novedad. Incluso Alfonsa había dejado de divertirse haciéndole la puñeta y la dejaba en paz cuando visitaban a Engracia.

El segundo jueves que fueron, la criada le sirvió el chocolate y el bizcocho sin siquiera mirarla. Se la veía ensimismada en algún pensamiento y la presencia de la chiquilla no le producía mayor efecto que la banqueta del recibidor.

Al menos, eso parecía.

Terminada la merienda, envió a Lina al jardín y echó el cerrojo a la puerta.

—¿Por qué me encierras, Alfonsa? —se quejó la pequeña, colgada de la reja de la ventana.

—Para asegurarme de que no sales de ahí —dijo mientras lavaba la verdura para la cena—. Apártate de la ventana o te suelto el perro.

—No tienes ningún perro. ¡Eres una mentirosa!

—Vete a freír espárragos, so mema, o a jugar con los gatitos si lo prefieres.

Antes de que pudiera preguntar dónde estaban, oyó a su espalda unos tenues maullidos.

La gata lamía a sus crías, dos grises y una negra, tumbada a la sombra del jazmín, y soltó un bufido a Lina cuando esta hizo ademán de tocarlos. La niña volvió al banco de piedra y al cabo de un rato los tres gatitos jugaban a sus pies.

Recordó cuando ella y su amiga Sisca jugaban en el huerto de las monjas con los hijitos de *Cufa*, una gata atigrada de color naranja. Se sintió un poco mal por no haber pensado en su amiga hasta entonces.

El tercer jueves Alfonsa ya no cerró la puerta del jardín. Lina se había llevado la lana y el ganchillo para distraerse. La criada se sentó a su lado y se puso a hacer solitarios.

—Tengo sed. ¿Puedes darme agua, Alfonsa?

—Ve tú sola a la cocina y vuelve derechita aquí. —Lo dijo sin levantar la vista de la baraja ni cambiar el tono. Tras lamerse el dedo pulgar para coger mejor la carta, la amenazó—: Si me entero de que te has colado en la sala donde está la señora, te acordarás de mí.

También para Alfonsa, Lina había dejado de ser una novedad. Es más, empezaba a desear que llegara el jueves para verla. El jardín parecía más bonito con la niña jugando allí. Era consciente de que compartía con la pequeña la misma condición: ambas eran unas recogidas y unas protegidas.

—Pensándolo bien, no me das demasiado trabajo —le dijo cuando volvió—. Eres tranquila.

—¿Me dejas regar las flores?

—¡Ni las toques! De las flores solo se ocupa la señora.

—¿Vives siempre aquí, Alfonsa?

—¿Te he preguntado yo algo a ti? —Le pasó la mano por el rostro suavemente, con admiración—. Pues haz lo mismo.

Lina se dio cuenta de que tenía razón. De hecho, aparte del primer día, no había vuelto a preguntarle de dónde venía o quién era. Ni siquiera si tenía más familia.

Quien sí estaba interesada en saber lo que había hecho en el jardín era Carmina. De camino a casa, le preguntó:

—¿Te deja en paz Alfonsa?

—Sí. Ya no me encierra fuera, y cuando acaba el trabajo en la cocina, sale a hacerme compañía.

—Muy bien... Pero ten cuidado con lo que le cuentas.

—Ya no me pregunta nada, tía. ¿Vive con la señora Engracia?

—Sí. Cuando llegué a Llonera ya vivía en la misma casa. Por entonces era una chiquilla de

quince años. Soy tres años mayor que ella.

—¿Cómo es que tiene tantas marcas en la piel?

—Por la viruela. Eso es una desgracia para una chica.

—Hoy me ha tocado las mejillas. Dice que tengo una piel muy bonita... ¿Sabes?, no me ha gustado nada que lo hiciera. ¡Tiene dedos rasposos!

—Has de ser más compasiva con las personas, Lina.

—¿Alfonsa no tiene padres? ¿Es huérfana como yo?

—Sí que tiene. Su padre es el pastor que se ocupa del ganado de la señora Engracia. Y tiene un hermano que está casado y vive con sus padres.

Al pasar por delante de la plaza, de repente Carmina pensó en Gabriel. Le señaló el portalón y anunció:

—El miércoles, cuando vengamos al mercado, entraremos en esa casa y conocerás a Gabriel Allisá. Él será tu maestro, Lina.

—No quiero ir a la escuela, tía. ¡Enséñame tú! Me has dicho que lo haces con otros niños.

—Es solo porque trabajan en el campo con sus padres. No es tu caso.

Tía y sobrina bajaban tres veces por semana al pueblo. Los miércoles porque era día de mercado, los jueves a visitar a Engracia y los domingos a oír misa.

Lina no quería que se rompiera aquella rutina al empezar el curso, cuando tuviera que ir a la escuela. En realidad quien la atemorizaba era Benita.

Mientras Carmina esperaba turno en la carnicería, ella se sentaba en el escalón de la puerta. Miraba cómo jugaban las niñas al escondite inglés o a las cuatro esquinas. Nunca le habían pedido que jugara con ellas. Invariablemente, Benita le sacaba la lengua o le hacía burla con la mano.

Días antes de la Virgen de agosto, Carmina guardó el vestidito de luto en un cajón del armario, envuelto en papel de seda y con bolitas de alcanfor.

El escaso vestuario de Lina, innecesario en el convento debido al uniforme, las obligó a volver un par de veces a Casa Torres para comprar tela de verano.

Entretenido en el balcón, Gabriel las veía pasar. Sabía a qué hora volvía Carmina los jueves de casa de Engracia. Disimuladamente para que nadie sospechara, salía a regar la única maceta que tenía o bien subía la persiana para fingir, lupa en mano, que consultaba con atención un libro a la luz del día.

Cuando la veía con la niña cogida de la mano, pensaba entristecido que cualquier posibilidad de estar juntos se había evaporado.

Gabriel era un hombre de ciudad sin mayores pretensiones que ser un buen maestro. Sin embargo, era consciente de que los alumnos de Llonera no suponían un reto muy difícil. Tenía claro que de su

aula no saldrían ni abogados ni médicos. Bastaba con que aprendieran a leer y escribir y hacer las cuatro operaciones matemáticas.

Del alma de los alumnos ya se ocupaba mosén Tomás.

—Letra y vara, no necesita otra técnica, Gabriel —le había aconsejado el cura cuando tomó posesión de la plaza de maestro, dos años atrás.

No obstante, no entraba en su carácter disfrutar causando dolor a los demás, de manera que optó por seguir siendo lo que era: un maestro amable y considerado. Sabía que, aprendiesen más o menos, sus alumnos saldrían adelante del mismo modo que lo habían hecho sus padres. No tendrían otra carrera que la azada.

Aquella forma de ser no había pasado desapercibida a una persona igual de sensible y solitaria como Carmina. Había cumplido la promesa hecha a su padre de que no dejaría que se le acercase ningún «zoquete», y el hijo de la señora Engracia, Alberto, no había sido más que una fantasía de la pobre mujer que ni él concretó ni Carmina captó.

El único aspirante a su corazón había sido Gabriel. Como dos almas gemelas, cruzaban miradas y adivinaban su significado sin necesidad de palabras.

Él había respetado el luto que Carmina llevó por su padre, y cuando sus vestidos volvieron a lucir colores, se atrevió a entregarle el soneto y declararle su amor.

Había sido un enamorado paciente a lo largo de dos años. Le bastaba con ver a Carmina todos los sábados en la única aula de la escuela, como catequista de las niñas, para soñar con ella. Cuando llegaba, le cedía su sitio en la tarima y él se iba a corregir dictados a un pupitre de la última fila.

Pegados a la pared del pasillo, uno al lado del otro, los chicos recibían la catequesis y los varazos que mosén Tomás, cual director de orquesta, les propinaba. Gabriel se enfurecía por dentro y se removía en el asiento cada vez que oía un golpe. Le hubiera gustado salir al patio durante aquella maldita hora de no ser porque era el único momento en que podía contemplar a su amada.

Carmina, catequista desde que llegara a Llonera, estaba acostumbrada a la manera que tenía mosén Tomás de hacer aprender a los chicos las plegarias, los mandamientos y el recitado de los pecados veniales y mortales.

Ahora bien, con la llegada de Lina, para Carmina las prioridades habían cambiado. La decisión de ocuparse de la niña como si fuera hija suya era ahora lo más importante para ella. No había querido sumar esa obligación a las que ya tenía Gabriel y, para no arriesgarse a perder el único amor que había tenido, guardó silencio como un aplazamiento de la respuesta a su proposición.

El miércoles a media mañana la plaza estaba a reborar. Puestos de toda clase llenaban los soportales y las mujeres regateaban con los vendedores.

Sin detenerse en ninguno de ellos, se dirigió a casa de Gabriel. Al llegar al rellano del primer piso, Lina leyó la placa de la puerta: NOTARÍA. La niña pugnaba por liberar la mano que Carmina le tenía cogida y que apretaba más fuerte a cada escalón. Le hacía daño y tenía los dedos blancos por

la presión.

Siguieron subiendo otro tramo de escalera hasta el segundo piso, donde Carmina dijo «Ya hemos llegado» y llamó a la puerta.

Gabriel abrió en mangas de camisa, arremangadas por el calor, y con el primer botón desabrochado. En lugar de zapatos, calzaba unas cómodas zapatillas. Era alrededor de mediodía. Solo esperaba a Lorenzo, que debía pasar a recoger *Crimen y castigo*, de Dostoievski.

—Esta niña es mi sobrina, Gabriel. Irá a la escuela cuando empiece el curso y quería que la conocieras antes.

—Pasad, Carmina, por favor —las invitó a entrar tras reponerse de la sorpresa—. No sabía que ibas a venir. Perdona que tenga esta pinta.

Las acompañó al despacho y pidió que lo disculparan unos minutos. Era un espacio acogedor pese al desorden del escritorio, lleno de papeles que apenas dejaban dos palmos de espacio libre en el centro.

Gabriel volvió calzado y peinado, con la chaqueta puesta y el cuello abrochado con lazo.

Carmina sonrió. Le había gustado pillarlo tan hogareño. «Ahora ya sé cómo va por casa», se había dicho mientras esperaba sentada a que volviera.

El maestro se sentó en el sillón libre contiguo al suyo. Ambos estaban separados por una mesita baja sobre la que descansaba un libro. Miró a la niña, que se había quedado de pie al lado de Carmina. La hizo sentar en una butaca situada junto al balcón, de espaldas a ellos y con un libro de los hermanos Grimm.

La pequeña se entusiasmó enseguida, cautivada por las ilustraciones de palacios, príncipes y princesas. Al margen de la conversación de los mayores, se sentía bien en aquella sala.

—Tal como te he dicho, Gabriel —empezó Carmina atropelladamente, sin dar tiempo a que otras palabras pusieran de manifiesto sus emociones—, Lina tiene que ir a la escuela y necesitará que la ayudes. Aún no ha hecho amigas y temo que debido a su timidez lo pase mal.

—No debes preocuparte por eso, yo me ocuparé. ¿Dónde ha estudiado hasta ahora?

Carmina calló y él captó su desazón. Había llegado a sus oídos el rumor de que la Señorita había sacado a la pequeña de un orfanato para que le hiciera compañía.

—Tampoco necesito saberlo, da igual —añadió al advertir que su pregunta, hecha sin segunda intención, había puesto en situación apurada a su amada—. Solo quería saber cómo va de lectura, escritura y cuentas.

Carmina sonrió aliviada. El tono y el trato del maestro le demostraban que nada había cambiado en su corazón en lo tocante a ella.

—Lo he comprobado durante estos tres meses, Gabriel, y va bastante bien.

—No te preocupes, querida. Sabes que lo haré todo según tus deseos.

Le cogió la mano y, con los ojos cerrados, la retuvo entre las suyas, antes de atreverse a darle un demorado beso en el dorso. Era la primera vez que sus labios rozaban la piel de su «ángel esperado». Una declaración de amor a través del leve gesto de unas manos que se saludaban convencionalmente pero que en su tacto materializaban todos los poemas de amor que Gabriel le había dedicado a lo largo de dos años.

Ella lo miró con amor.

El primer día de colegio, Lina se empeñó en quedarse en casa. En el lugar del que procedía, las clases solo eran una prolongación de su rutina. Todas las niñas dormían, comían y estudiaban juntas. Las hermanas eran las maestras. No había que demostrar nada. Todos sus recuerdos arrancaban de aquel convento.

—Deja que me quede y enséñame tú —rogó insistentemente mientras Carmina le trenzaba el cabello.

—Haz de tripas corazón y adelante. No puedes quedarte encerrada en casa para siempre.

La escuela estaba rodeada por una tapia baja de piedra. El maestro estaba acechando detrás de los cristales a la espera de su llegada.

Carmina miró hacia la ventana y lo saludó con la mano. Después se fijó en Benita, que saltaba a la cuerda. La trenza le bailaba rítmicamente.

Al hacerle señas de que se acercase, la niña arrugó la nariz pero obedeció.

—Escucha, Benita, me gustaría que presentaras a Lina a las demás niñas y que os hicierais amigas. ¿Lo harás?

Asintió con la cabeza mientras se pasaba la lengua por los carnosos labios.

—Y tú, Lina, pórtate bien y estudia mucho —la animó, acuclillada, al tiempo que le arreglaba el cuello del vestido—. Vendré a buscarte a la hora de la salida.

Cuando se quedaron solas, a Benita le faltó tiempo para arrinconar a Lina contra la pared de ladrillo rojo.

—Aquí mando yo, «recogida». ¿Lo has entendido?

Lina bajó la cabeza. La otra la cogió por la manga y la llevó ante las demás, que las miraban divertidas a pocos pasos.

—¡Aquí presente y por si alguien aún no la conoce, os presento a la sobrina de la Señorita! —declamó cual si hiciera un pregón. Lo remató con una reverencia coreada por aplausos entre las risas de todas. Prosiguió—: Os hago saber también que estoy sentenciada a ocuparme de la «recogida».

Lina no podía ruborizarse más de lo que ya estaba y tenía ganas de echarse a llorar. La salvó el maestro al dar unas palmadas. Una treintena de niños y niñas de diversas edades corrieron hacia la puerta para formar dos filas.

Todos formaron, excepto Lina, que no se movió de donde estaba, de manera que Benita tuvo que volver atrás a buscarla.

—¡Qué haces, estúpida! —la insultó mientras la empujaba—. ¿No ves, pánfila, que ya estamos todos preparados para entrar?

Lina se negó a seguirla. Benita hizo su mueca habitual y con los brazos en jarras sentenció:

—No me gustas nada. ¡Ni pizca!

—Tú tampoco me gustas —se defendió la otra en voz baja.

—Si quieres jugar con nosotras, tendrás que obedecerme —la amenazó dándole golpecitos en la frente con el dedo—. Soy la capitana, la jefa de la pandilla.

La pequeña de los Torres estaba tan sorprendida como enfadada. Ninguna otra niña se había atrevido a no ser amiga suya cuando ella así lo decidía. Lina observaba en silencio.

—Como quieras, ya te apañarás tú sola. No me gusta la gente que mira y no habla —dijo Benita antes de correr a ocupar su sitio, delante de todas, dejándola en el patio.

Cuando Gabriel vio que Lina no estaba dentro, salió a buscarla y se la llevó cogida de la mano.

Al entrar en el edificio, la niña vio ante sí un ancho pasillo. Por el ventanal de la pared entraba el sol. Al fondo, tras una puerta abierta, había un aula llena de pupitres pegados a las banquetas.

Lina caminaba mirando al suelo y recorría las baldosas, «marrón, marrón, marrón, marrón», procurando no pisar las juntas para evitar la mala suerte.

—María, deja que la nueva ocupe tu sitio —pidió el maestro a una niña que estaba sentada en un pupitre individual delante de todo.

—Pero... ¡Me toca ocuparlo a mí! —se quejó María al verse desplazada.

—Ya lo sé, pero se lo dejarás a Lina porque es nueva.

María deseaba decir que se desplazara Benita, que ocupaba el primer lugar de la primera fila, pero calló ante la mirada amenazante de esta.

Sentada en aquel pupitre de madera, Lina pensó en las compañeras del convento. Sobre todo en Sisca. La punzada de nostalgia le dolió.

Faltaban solo ocho días para que cumpliera once años.

Durante las dos semanas siguientes, Benita la convirtió en objeto de sus burlas. En el momento de repartirse en grupos para el juego, Lina solo podía ser elegida por la niña de los Torres, que se había apropiado de la sobrina de Carmina como si fuera su juguete. Le bastaba con decir «hagamos que se ponga roja» para que Lina pareciese una sandía y fuera el hazmerreír de todas.

Sin embargo, cuando aquella mañana Benita, en lugar de llamarla por su nombre, la denominó «pánfila» por enésima vez, Lina no pudo más y le atizó un bofetón.

Asustada por su propia reacción, echó a correr mientras la otra la perseguía hasta atraparla.

—Te lo perdono porque eres una recogida —bramó Benita tras tirarla al suelo de un empujón—. Eso ya es bastante desgracia.

«Juro que la odiaré toda mi vida, lo juro», se repetía la chiquilla, camino de casa, tras salir de la escuela antes de hora.

Su tía recogía perejil cuando la vio llegar por el camino. Le contó entre lloros la pelea que había

tenido con Benita y se quejó de tener que ocultar de quién era hija, sobrina y nieta.

Esa tarde Carmina decidió hablar con Engracia. No permitiría que la vida de Lina se viera condicionada por el silencio como lo había estado la suya.

Puso manos a la obra ese mismo jueves.

Le costó dirigir la conversación hacia donde ella quería.

—¿La pequeña ya ha hecho amigas? —quiso saber Engracia.

—No quiere moverse de mi lado.

—Tendré que hacer algo al respecto —reflexionó la mujer—. Tal vez a Ofelia, la hija de los Martí, le venga bien tener una compañera de juegos. Hablaré con su madre.

Ofelia era la única heredera de Pascual Martí, el hombre más rico del pueblo. Había nacido lisiada de un pie y ese defecto la había privado de compartir juegos con las otras niñas. No bailaba, no saltaba a la cuerda ni corría. Se limitaba a bordar al lado de las amigas de su madre y de su abuela.

El pasado julio había cumplido trece años.

—¿Qué te ocurre, Carmina? —le preguntó de repente Engracia, preocupada—. Hoy no dices ni mu.

—Hay algo que me ronda la cabeza. Necesito saber lo que sucedió en Llonera hace quince años. Lo que usted dijo que algún día me contaría.

—Dejémoslo correr —la cortó la otra removiéndose incómoda en el sillón—. No traigas a cuento viejas músicas desafinadas.

—Mi padre era un hombre recto que me enseñó a decir la verdad —insistió Carmina—. Poco después de llegar aquí, cambió como si lo hubieran vuelto del revés. Me obligó a mentir sobre nuestra familia y desde entonces he vivido en el embuste. Ahora la historia se repite con Lina y no sé cómo justificarle por qué ha de hacerlo.

Engracia se llevó una mano a la frente, bajando la cabeza, y soltó un suspiro de cansancio.

—Te aconsejo que lo olvides y no pienses más en ello.

—Eso no es posible, señora Engracia. La pequeña está repitiendo mis miedos.

—Que te lo cuente no te servirá de nada. Cuando lo sepas, tú misma pedirás a la niña que calle o mienta.

—¿Por qué debería hacerlo? Al menos, deje que sea yo quien lo decida.

—¡Está bien, sea como quieras! —claudicó.

Pero no prosiguió hasta haberse terminado el chocolate. Carmina se abstuvo de meterle prisas. Cuando a la mujer se le antojó, se aclaró la voz con un trago de agua y, como quien empieza un relato, dijo:

—La guerra entre vecinos estalló por un hecho que no tenía nada de extraordinario, de no ser porque se utilizó para vengar otros agravios. Al fin y al cabo hijos bastardos siempre ha habido.

Al pensar en su sobrina, Carmina bajó la mirada. Engracia prosiguió como si con el relato estuviera vaciando de trastos el fondo de un cajón:

—El secretario del Ayuntamiento, el que había antes de que vinierais a Llonera, tenía un chaval de catorce años, hijo único. Al muchacho no se le ocurrió otra cosa que enamorarse de la hija de Macario Crispel, uno de los hombres más pobres del pueblo, y dejarla embarazada.

—Pero ¡si es un hombre soltero y viejo! —se extrañó Carmina—. No me consta que tenga ninguna hija.

—Crispel no es soltero, es viudo. Tenía una hija muy guapa, un hijo y una esposa. La muchacha tenía trece años y el secretario se negó a emparentarse con unos destripaterrones —dijo en referencia a las familias de campesinos pobres—. Sin embargo, contraviniendo las órdenes de su padre, el chico reconoció que el hijo era suyo y el secretario... —Engracia se contuvo—. No conviene pronunciar el nombre del diablo... En pocas palabras, consiguió una orden que obligaba a la joven a abandonar el pueblo por conducta inmoral. Poco faltó para que la encerrase en un reformatorio. Los campesinos, indignados por el abuso de poder del secretario, querían apalearlo, y Llonera quedó dividida en dos bandos: los destripaterrones y los mangantes, como se denominaban entre ellos.

—¿Y qué hizo la chica?

—No se marchó. Siguió adelante con el embarazo, prisionera en casa. Sin pisar la calle ni un solo día. Loco de rabia, Macario Crispel proclamó a los cuatro vientos que cuando naciera el bebé lo mataría con sus propias manos, antes que criar a un bastardo que llevase la sangre de un mangante. Por su parte, el secretario respondió a la amenaza diciendo que, por los derechos que tenía sobre el hijo de su hijo, no lo dejaría en manos de una gente que criaba a ramerías en lugar de a hijas decentes. Juró que lo reclamaría y lo daría en adopción a una familia más digna.

—¿Y el padre de la criatura qué decía? —preguntó Carmina, horrorizada.

—El chaval no podía decir nada. El secretario lo había metido interno en un colegio de curas. Sin embargo, de poco le sirvió esa precaución. El muchacho estaba al corriente de todo por el hermano de la joven, el otro hijo de Crispel, que tenía doce años. El chico iba en bicicleta hasta el pueblo de Mora y desde allí hacía llegar las cartas de ella, remitidas a nombre de un amigo cómplice.

»Cuando la muchacha estaba a punto de salir de cuentas, desaparecieron los tres: los dos hijos de Crispel y el hijo del secretario. El hombre montó en cólera al saber que su chico había huido del colegio.

»Ambos bandos hicieron batidas por los alrededores, pero cuando los encontraron ya era tarde.

»La joven yacía a los pies de un árbol, muerta y ensangrentada, con un recién nacido en los brazos, también muerto. Del mismo árbol colgaba del cuello el hijo del secretario.

»El pequeño de Crispel, al ver que el parto de su hermana no iba bien, debió de asustarse y corrió a buscar ayuda. No obstante, eso no se sabe a ciencia cierta. El caso es que, al día siguiente de descubrir los cuerpos en el árbol, un pastor encontró al hermano de la muchacha. Yacía en el fondo de un barranco con la cabeza reventada.

»Corrió el rumor de que el secretario había pagado a alguien para que lo matara. Y no creas que la cosa acabó ahí. La guerra que se declaró a renglón seguido entre los destripaterrones y los mangantes obligó al alcalde a solicitar la intervención de la Guardia Civil, que declaró el toque de queda hasta que hubieran enterrado los cuerpos. Tuvieron que pasar dos años para que se calmasen los ánimos y todo el mundo empezara a olvidar... si es que alguna vez lo han hecho.

—Pero... ¿qué relación teníamos mi padre y yo con esa desgracia? —quiso saber Carmina, que no salía de su asombro—. En mil novecientos cinco aún no vivíamos en Llonera.

—Tu padre debió de enterarse del juramento que hizo Crispel después de darles sepultura.

—¿Qué juramento?

—Ahora lo sabrás... El caso es que había que enterrar los cuerpos, y ambos bandos se enfrentaron de nuevo por ver quién enterraba primero a sus muertos. Era juicioso no hacerlo a la vez en un mismo sepelio.

»Crispel cedió para que se enterrase primero al hijo del secretario, siempre que no se hiciera en lugar consagrado, alegando que se había suicidado. El secretario tuvo que acatar por fuerza la ley de la Iglesia y lo enterraron junto a la tapia, fuera del cementerio.

»Al día siguiente, cuando el cortejo de los destripaterrones entraba ya en el camposanto para enterrar cristianamente a los dos hijos de Crispel y al nieto de ambas familias, que iba en el mismo ataúd que su madre, el alguacil les cerró el paso.

»Recurriendo de nuevo a su influencia, el secretario lo impidió. Argumentó que si su hijo no había sido enterrado en lugar cristiano, tampoco lo sería el recién nacido, que había muerto sin recibir el bautismo. Pidió que fuera arrancado de los brazos de su madre. Ambos bandos se sacudieron de lo lindo cuando abrieron el ataúd para sacar al niño a la misma puerta del cementerio.

—¡Eso es de una crueldad inimaginable! —exclamó Carmina—. ¿Cómo se pudo llegar a tales extremos?

—Fue una gota sumada a otra... hasta que se colmó el vaso y todos se convirtieron en bestias enloquecidas. La mujer de Crispel suplicó que no separasen a madre e hijo, y que enterraran a su hija también extramuros. Así se hizo, pero... el drama no había acabado.

»El secretario tampoco permitió que enterrasen dentro al hijo pequeño de Crispel. Decía que si el suyo estaba fuera porque se había ahorcado, aquel malnacido también se había quitado la vida tirándose por el barranco.

»La mujer de Crispel no soportó tanta desgracia y, al volver del cementerio, subió al desván y se arrojó desde el tejado. Al día siguiente la enterraban también fuera del camposanto, al lado de sus

hijos, de su nieto y un yerno que nunca llegó a serlo.

—Todos están al otro lado de la tapia —murmuró Carmina, impresionada por aquella historia macabra, fruto del odio.

Por más que lo intentaba, no podía imaginar a la gente tranquila y amable que conocía enfrentados unos con otros como fieras.

—Todos, en la parte de atrás —confirmó Engracia con los ojos cerrados.

—¿Por Dios! ¿Y qué pasó con el secretario?

—Poco faltó para que Crispel lo liquidara, a él y a su mujer. La pobre estaba tan desesperada por la muerte de su hijo como la madre de los otros dos. Se marcharon del pueblo deprisa y corriendo, protegidos por la Guardia Civil. Los destripaterrones que apoyaban a Crispel los habrían matado a los dos. Llonera no era un pueblo, era un infierno.

—¿Y nosotros qué...?

—Vosotros tenéis que ver con el juramento de Crispel —la interrumpió Engracia, abriendo de nuevo los ojos—. El hombre juró que si alguna vez vivía en el pueblo una madre soltera, ya fuese nacida en él o venida de fuera, la mataría junto con su familia. Jamás ha olvidado la desgracia de su hija.

—¿Y qué culpa tienen los inocentes de la maldad de los demás?

—Los inocentes, hija mía, son los que siempre la pagan en todas partes.

—Quizá Crispel haya renunciado ya a su venganza.

—No lo ha hecho. En su balcón aún cuelgan tres paños negros. Ahora que conoces toda la historia, medita si vale la pena que hables en el pueblo de tu familia. Por el hilo se saca el ovillo...

Se había hecho tarde y Lina estaba a punto de salir de la escuela. Engracia hizo sonar la campanilla para avisar a Alfonsa.

—¿Ella es la sobrina de Macario Crispel! —exclamó Carmina al recordar de pronto el parentesco de la criada.

—No debes preocuparte por ella. Alfonsa carga con su propia maldición y eso no es de tu incumbencia.

Cuando atravesaba la plaza, Carmina miró al grupo de octogenarios sentados en los bancos bajo los soportales. Ya no veía en ellos la debilidad de la senectud, sino a los hombres brutales que de jóvenes habían utilizado a unas pobres criaturas como chivos expiatorios de sus odios y frustraciones.

Pese a todo, la tranquilizaba pensar que no había sido la voluntad de su padre lo que había impedido el reencuentro con Natalia, sino el miedo a las represalias.

Retrocediendo en el tiempo, de rebote pensó en Ofelia, la heredera de Pascual Martí.

«Ofelia podría ir a la escuela de aquí. Necesita jugar con otras niñas», había comentado ella misma a Engracia, cuando la familia Martí la contrató para que hiciera de profesora particular en su casa.

«No te metas donde no te llaman, Carmina, y ve a enseñarle a leer y escribir», le había aconsejado la mujer.

Solo ahora empezaba a entender ciertas cosas. Ofelia era la única niña de las familias acomodadas que permanecía en el pueblo todo el año y estaba siempre sola.

Aunque ya habían pasado quince años desde la tragedia del secretario y los Crispel, los hechos habían marcado el ideario de los lugareños. «Amos y siervos no debemos mezclarnos en condiciones de igualdad nunca más», habían sentenciado los caciques.

Desde aquel acontecimiento, ningún hijo ni hija de familia rica había vuelto a la escuela del pueblo. Entre los siete y los diez años, eran enviados a internados de monjas y curas.

Solo Ofelia se había quedado. Su cojera era la excusa que su madre utilizaba para protegerla contra la voluntad de su marido de enviarla fuera como a los demás.

Pascual Martí se negó a que su hija se limitara a las labores de aguja. Por eso contrató los servicios de la señorita Carmina hasta que la heredera cumplió once años. Entonces el terrateniente, harto de que la niña estuviera siempre rodeada de mujeres, sustituyó a la Señorita por Gabriel Allisá, que seguía instruyéndola en casa.

Carmina temía ahora por el futuro de su sobrina. De haber conocido antes la historia, no se la habría quedado.

Lina caminaba al lado de su tía, respetando su mutismo, aunque preocupada porque intuía que se trataba de uno de esos silencios que dejan traslucir la inquietud de lo que la cabeza cavila.

—¿En qué piensas, tía? —le preguntó al llegar a casa—. Me asusta verte tan callada.

—Son cavilaciones de persona mayor —respondió sonriente, acariciándole la mejilla—. No debes preocuparte.

Antes de entrar, se sentaron en el patio. Los días aún eran largos y les gustaba estar allí mientras se ponía el sol.

—Espúlgame el pelo —pidió la niña al tiempo que apoyaba la cabeza en el regazo de Carmina.

—No lo necesitas. Tú no tienes piojos.

—Ya lo sé, pero me gusta que me toques la cabeza como si me los buscaras.

—De acuerdo, pero has de contarme cómo te ha ido hoy en el colegio —repuso Carmina, y empezó a pasarle los dedos por el cabello y recogerle los mechones escapados.

—Tan mal como siempre. Ya sabes quién tiene la culpa...

—No hace falta que seas amiga de Benita, hay más niñas.

—Ella les manda a todas —dijo resentida—. Dice que soy una recogida.

—Yo te he recogido, pequeña mía. No des importancia a sus palabras. Ya se cansará.

—Las niñas no dejan de preguntarme dónde vivía antes, qué hacía y dónde están mis padres.

—Diles que vivías en Lérida y que tus padres han muerto: tu padre antes que tu madre. Para las niñas de aquí, tú eres una desconocida. Ellas se conocen desde siempre. Es normal que quieran saber cosas de ti.

—La «monja demonio» decía que soy una hija del pecado, una niña sin padre. Un día la hermana Dolores se enfadó con ella por hablarme así.

—Todos tenemos padre, Lina. Júrame que no repetirás a nadie lo que acabas de decirme —le ordenó cogiéndole la barbilla para que la mirase a los ojos—. No podríamos venir al mundo si no tuviéramos padre.

—Pero no sé qué puedo contar de mí, tía —se quejó.

—Debes responder lo que acordamos... ¿Lo has olvidado?

—Que mi padre murió cuando yo era pequeña y no recuerdo cómo era y que mi madre me metió interna en el convento porque tenía que trabajar. Los abuelos vivían lejos y ella quería tenerme cerca. También ellos murieron, de viejos. Por eso, cuando mi madre cayó enferma, antes de faltar pensó en ti.

—Muy bien. ¿Y quién soy yo?

—La prima de mi madre.

—Pues esa es la historia que tienes que contar. Es nuestro secreto y no se lo dirás a nadie más.

—¿Por qué he de decir tantas mentiras?

—Para que la gente no crea que tu abuelo era un embustero y que yo también lo soy. Y tú no quieres que eso suceda, ¿a que no?

La niña ponía cara de no entender nada, pero murmuró:

—No... no quiero.

—Él era una buena persona que mintió obligado por las circunstancias, como tú y yo hacemos ahora.

—¿Y Dios? El octavo mandamiento dice que no debemos mentir.

—Dios está de parte de los inocentes y comprende nuestros motivos. No hacemos daño a nadie, Lina. Tú eres la sobrina que he recogido y estoy muy contenta de haberlo hecho.

—Contigo me siento bien, tía. Sigue tocándome la cabeza —pidió, recostándola de nuevo en su regazo.

Carmina la besó y se sintió feliz de no tener que contemplar sola cómo la montaña se tragaba el

sol de la tarde.

Segunda parte



En Llonera todo cambiaba tan lentamente que en ocasiones el tiempo parecía detenido. Era como un pequeño planeta que girase en una órbita diferente del resto del país.

Carmina oía decir que labradores de pueblos vecinos abandonaban el campo rumbo a Barcelona, alentados por las mejoras sociales y salariales promovidas por Primo de Rivera. Pero en aquel pueblo de las tierras del Ebro aún no se había movido nadie.

Escuchaba cómo Gabriel criticaba al dictador, muy enfadado, porque este había expulsado de la Universidad de Salamanca al rector, Miguel de Unamuno, mientras que Engracia se quejaba de que «aquel generalote» tenía medio arrinconado al pobre rey Alfonso XIII. A ella, en cambio, lo que la preocupaba era que los jóvenes a los que había enseñado de niños y que aún la saludaban con un «buenos días, Señorita», fueran reclutados y enviados a África.

Aparte de tales hechos, que constituían la prueba de que el tiempo seguía su curso, habían pasado seis años desde que llegara Lina. Lo notaba en el hecho de que los vestidos de la muchacha cada vez necesitaban pinzas más marcadas en el pecho y la cintura. Cada año debía levantar más los brazos para peinarla, hasta que un día las trenzas infantiles se convirtieron en un moño. Ya no caminaban por la calle cogidas de la mano sino del brazo. Y debía levantar la cabeza para darle un beso, en la frente solo poniéndose de puntillas.

Su relación con Gabriel había seguido un camino paralelo al crecimiento de Lina. Las uvas para despedir el año 1926 las habían comido juntos. Lentamente se había evaporado entre ellos la timidez de los pensamientos evocada en sus poemas. Habían pasado a disfrutar de conversaciones más terrenales, como:

«¿Qué te pasa hoy, Carmina?» «No me encuentro muy bien, Gabriel.» «No vengas a buscar a Lina esta tarde, ya te la llevaré yo, cariño.» «Carmina, ¿le pasa algo a nuestra niña?» «Rezonga porque tiene que ir a casa de Ofelia.» «Gabriel... este será el último curso de Lina en la escuela.» «Echaré de menos no ver cómo la acompañas todas las mañanas, Carmina.» «No te olvides de venir a vernos, Gabriel.» «¿Por qué no nos casamos, Carmina?» «Ya es tarde, cariño, y así estamos bien.»

Y se besaban cuando se quedaban a solas.

Los tres seguían siendo forasteros en Llonera pese al tiempo transcurrido desde su llegada. El maestro y la Señorita habían creado su universo privado e introducido en él a Lina, que en septiembre había cumplido los dieciséis.

Con las estaciones, el paisaje mudaba colores y fisonomía, y Carmina no necesitaba otro calendario que observar los campos que rodeaban la casa.

A las puertas de empezar un nuevo invierno, la tía contemplaba cómo su sobrina ordenaba la ropa blanca en los cajones de la cómoda. Con el dedo repasaba suavemente su nombre bordado en el embozo de una sábana. Ella misma la había animado a empezar el ajuar al ver lo enamorada que estaba de Lorenzo, el aprendiz de sastre, y cómo ardía en deseos de visitar la tienda con la excusa de comprar más hilos.

Lina cerró el cajón donde guardaba las sábanas y cogió la fotografía de su madre de encima del mueble. Cargada con una mantelería, Carmina se le acercó por detrás y también miró el retrato.

—Natalia era la persona más encantadora que he conocido, Lina. Nunca he dejado de quererla.

—¿Cómo era de pequeña?

—Soñadora y fantástica. Tenía una amiga invisible. Decía que bajaba a verla cabalgando sobre un rayo de sol. Congeniábamos mucho. Ella era la mayor, aunque solo por dos años.

—Tía, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Reconozco que al principio tu llegada me vino grande, pero luego mis días empezaron a tener valor gracias a tu presencia. No obstante, todavía me preocupa tu futuro si muero y no te has casado.

—¿Por qué me asustas?! —la riñó afectuosamente—. Tú no te morirás nunca.

—Si alguna vez te quedas sola, quiero que vuelvas al convento y pidas ayuda a las hermanas.

—Por favor, tía, no me pongas triste. Además... ¿por qué no habría de casarme?

—Nada me haría tan feliz. Y ahora, cuéntame, ¿cómo te va con tu mejor amiga, Ofelia?

A Lina no le apetecía nada hablar de ella. La niña rica la trataba como si fuera una criada y todos los jueves que pasaba con ella tenía que soportar su mal humor. Últimamente, incluso había estado más desagradable que de costumbre.

—Eres la única amiga que tengo en Llonera —le había dicho Lina.

—No te confundas, muchacha —le advirtió muy estirada Ofelia—. Vienes a entretenerme tal como hace tu tía con la señora Engracia.

La relación entre ambas quedaba circunscrita a la casa de los Martí. Si coincidían fuera de ella, apenas la saludaba con la cabeza.

Mientras Carmina dejaba la mantelería en el comedor, Lina, recostada en el alféizar de su ventana, contempló los campos pensando en Lorenzo, el único ser de aquel pueblo al que amaba, aparte de Carmina y Gabriel.

Lorenzo era un muchacho de temperamento tranquilo. Huía de los problemas, y si le venían de cara y no podía ignorarlos, procuraba resolverlos sin alharacas. Evitaba en la medida de lo posible las situaciones desagradables. Confiaba en que su tozudez haría desistir al contrincante.

Desde que era un mocoso tenía claro que de mayor sería sastre como su tío y no campesino como su padre, que no se resignaba a ver a su heredero en la sastrería, en vez de acompañándolo al campo. Había cumplido diecinueve años y a su madre, Teresa, la inquietaba no verlo interesado en ninguna chica.

—¿Te has fijado en alguna joven, Lorenzo? Mira que el pueblo es pequeño y herederas hay las que hay.

—Sí, madre —le respondía disimulando la risa que le provocaba aquella preocupación—. Lo

hago.

Según el censo de mosén Tomás, que calculaba a partir de la diferencia entre los bautizos y las extremaunciones anuales, en Llonera siempre faltaban entre veinte y veinticinco habitantes para llegar a los mil.

Las preocupaciones de Teresa por sus hijos no diferían de las de Carmina por su sobrina. A la primera, cada vez que se enteraba de que se había apalabrado una boda, le entraba la ansiedad y acuciaba a su marido:

—Benita se quedará para vestir santos.

—No digas eso, mujer. La chica vale mucho.

—Las mujeres valemos lo que tenemos de dote, Miguel —se enfurruñaba—. No te descubro nada que no sepas.

Miguel Torres se quedaba callado, junto a la chimenea, golpeando el suelo con las tenazas para aplacar el mal humor. Teresa se mantenía a la expectativa esperando a que él diera el primer paso.

—Di lo que tengas que decir, Teresita, y no mareemos más la perdiz —se impacientaba el hombre—. Seguro que ya lo tienes todo pensado.

—Aquí no quiero hablar —replicó muy resuelta, mientras se arreglaba la toquilla sobre los hombros—. Los chicos llegarán en cualquier momento. He quedado con tu hermano y Consuelo en que esta noche les haremos una visita. En su casa hablaremos con mayor libertad.

—¡Esta sí que es buena! ¿Qué les importarán a ellos nuestras cosas?

—Ellos... también son nuestras cosas.

—José me robó a Lorenzo. Si no se lo hubiera llevado a la sastrería, ahora mi hijo me acompañaría al campo.

—¡Anda ya! No digas tonterías, Miguel. A Lorenzo le gusta tanto la tierra como a mí la avena.

Sin dejar de rezongar, después de la cena se pusieron en marcha hacia la sastrería de los otros Torres. Entraron por la puerta pequeña, la que daba a la estrecha escalera que subía directamente a la vivienda.

En el comedor esperaba José con el porrón de vino rancio y dos vasos a punto. Miguel se sentó con cara de pocos amigos frente a su hermano. Las cuñadas se fueron a la cocina y los dejaron solos.

—No sé qué quiere mi mujer que hable contigo, José. Pero antes de que me lo digas, te hago saber que el hecho de que esté aquí no significa nada.

—¡Rediós! —renegó el otro con un puñetazo en la mesa—. Hay que ver cuánto trabajo me das.

Miguel reaccionó poniéndose de pie para marcharse.

—Siéntate y hablemos, hermano —ordenó el sastre—. Yo no tengo hijos y tú tienes dos. Sabes que los quiero como si fuesen míos. Lorenzo no vale para el campo y te consta. En cambio, para el

negocio y el oficio de sastre vale mucho. Hemos de procurar que miren a Benita como a un buen partido.

—Mis hijos aún son jóvenes —protestó tozudo.

—¡Están en su punto! La chiquilla tiene dieciséis. Si no nos espabilamos, perderá las mejores oportunidades. Pero el heredero oficial es Lorenzo. Sé de buena tinta que hay una familia interesada en Benita, pero no moverán pieza antes de saber cómo doto yo a tus hijos. Hermano, has de hacer heredera a la chica en lugar de al muchacho.

—¡Tú no estás en tus cabales! —gritó Miguel, levantándose de un brinco y derribando la silla en su ímpetu—. ¿Crees que me he vuelto loco y voy a desheredar a mi primogénito para que, cuando ya no pueda labrar, acabe mis días dependiendo de un yerno?

—No, Miguel —replicó apaciguando el tono su hermano—. Invertirás en tu vejez y en tu hija.

El labrador lo miró fijamente y le dijo:

—Sé muy bien que nuestro amigo Siracusa está al acecho. Casaría de buen grado a su Jaime con Benita con tal de juntar los campos.

—Nombraré heredero a tu hijo Lorenzo —prometió el sastre—. Se lo dejaré todo: casa, negocio y el dinero que tenga cuando muera. ¿Estás de acuerdo?

En la cocina, a las dos mujeres el silencio que acto seguido llenó la casa se les antojó eterno. Se cogieron las manos al oír nuevamente la voz de Miguel.

—¿Qué dice Consuelo de que entregues la sastrería a tu sobrino? Tu mujer también tiene parientes.

—Está de acuerdo conmigo.

—¡Hostia, hermano! Entonces, si ya lo tenéis todo pensado, ¿qué pinto yo aquí? —Levantando la voz hacia la cocina, gritó—: ¡Salid las dos y venid! Ya habéis escuchado suficiente a escondidas.

Con la cafetera y los dulces a punto para celebrar lo que ellas ya habían previsto que pasaría, Teresa y Consuelo se sentaron con sus maridos.

La mujer del sastre era de complexión pequeña. Quince años de matrimonio no habían disminuido un ápice su amor por José. Ella provenía de una familia de jornaleros tristes y huraños que apelaban al sufrimiento para ganarse el cielo. Cuando por su matrimonio Consuelo emparentó con los Torres, descubrió que en la intimidad del hogar, además de los gritos y los sacrificios, tenían cabida las risas, las bromas, la bondad e incluso la posibilidad de quedarse en la cama cuando uno se sentía enfermo.

Quería a los sobrinos de José como si fuesen sus propios hijos y adoraba a su cuñada Teresa, con la que se veía casi todas las tardes.

—¿Estás más tranquila, Teresa, ahora que el asunto está arreglado? —le preguntó, satisfecha al saber que Lorenzo heredaría el negocio de la sastrería.

—Si el pacto solo lo conocemos nosotros, Consuelo, no servirá de nada. Sé que a Carmen, la mujer de Siracusa, le gusta Benita como nuera. Pero no dejará que su Jaime se le acerque si antes no se entera de que en casa hemos cambiado de heredero.

—¿Le habéis contado a Lorenzo lo que hemos decidido entre todos?

—Aún no. Su padre se resiste a dar ese paso.

—¿Y Benita qué sabe de ello?

—Nada. ¿Acaso no oyes cómo canta?

Teresa estaba hasta la coronilla de oír todo el día el cuplé que su hija había aprendido de los comediantes que habían actuado durante las ferias.

—No te preocupes, cuñada, la casaremos bien —dijo Consuelo, riendo al oír con cuánta alegría cantaba su sobrina.

—A ojos de todos, el heredero sigue siendo Lorenzo —añadió la otra con tristeza—. Quiero mucho a mi hijo, Consuelo, pero si dejo que las tierras sean para él, permanecerán yermas o las malvenderá enseguida. Entonces, habremos malcasado a Benita inútilmente.

—No tienes que darme explicaciones, cuñada. Y dime... ¿sabes si a Lorenzo le gusta alguna chica?

—¡Qué más quisiera yo que saberlo! —Retomó la sábana que estaba remendando y prosiguió—. No creo que se peleen por él. Hay herederos más entusiastas con la azada que Lorenzo.

—Cada vez que lo veo detrás del mostrador... Teresa, me viene a la mente la hija de los Nadal y la tienda de sus padres. Lorenzo sabe llevar las cuentas y tratar con las clientas. Si los casáramos, él dirigiría muy bien ambos negocios.

—Lo más jodido es que ni siquiera hace intentos de enredar a ninguna joven —dijo la madre del muchacho—. Eso es lo que me preocupa.

Justo en ese momento, Benita subió del huerto con un cubo lleno de calabacines y judías verdes.

—Dime, hija, ¿qué chica le gusta a tu hermano? Seguro que tú lo sabes...

—¡Ay si te lo dijera, madre! —soltó riendo antes de alejarse cantando «la chica del diecisiete lleva zapatos de tafilete, sombrero de gran copete y abrigo de pedigrí».

Teresa se llevó las manos a la cabeza, harta de oír una vez más aquella musiquilla. Dejó la labor en el cesto de costura para acercarse a la chimenea y atizar la lumbre para que el fuego no se apagara.

—¡No te rías, hija! Es urgente que Lorenzo se busque novia —dijo una vez que Benita regresó—. Y deja de cantar esa canción, la tengo metida en el seso.

—¿Por qué es tan urgente que mi hermano se case?

Se sentó en un taburete de madera y se rehizo la trenza mientras esperaba la respuesta de su madre.

—Porque va delante de ti. Y también es preciso que tú te prometas sin demora.

Benita se detuvo en seco. Conocía muy bien a su madre. Siempre que luchaba con un pensamiento que la enojaba, lo hacía con el atizador en la mano, mientras golpeaba la leña.

—¿Con quién, madre?

—Antes tiene que prometerse tu hermano. Solo así conseguiremos un buen arreglo para ti.

—¿Con quién, madre? —insistió ansiosa—. ¿Con quién he de prometerme yo?

—A tu hermano lo harán heredero los tíos —dijo Teresa, mirando a Consuelo en busca de ayuda—, y tú serás la heredera de tu padre. Si queremos buscarte un buen partido, antes la gente debe ver que descartamos a Lorenzo como heredero de la casa solariega. Si no ven con quién se promete él, no se fiarán de que tú heredes.

—Madre... ¿quieres dejar de marear la perdiz y responder a lo que te pregunto?

—¡Con el heredero de los Siracusa, cojones! —exclamó Teresa mientras se entregaba de nuevo a la tarea de coser el remiendo de la sábana.

Benita se quedó helada.

De repente pensó en Néstor. En cómo reían los dos mientras bailaban pasodobles, tangos y valeses. Ignoraba que hacía tiempo que su madre planeaba su futuro. Todos los domingos por la tarde, en la sala grande del Sindicato, bailaba como una peonza ya fuese con el hijo de los Rovira, el de los Callats, el de los Maulets o, sobre todo, con Néstor, tan risueño y cantarín como ella. Bailaba despreocupada con quien le apetecía, porque no era heredera y no necesitaba aspirar a ningún heredero.

Miró a su madre y su tía Consuelo, atareadas cosiendo con la cabeza gacha, sin levantar la vista del hilo y la aguja.

—¡Cosed, cosed! —las riñó—. Que a mí ya me habéis fastidiado la canción y el día.

Salió a respirar al huerto. Su corazón se había colmado de una dolorosa tristeza a la que no estaba acostumbrada.

Benita amaba la vida y la saboreaba. Tenía dieciséis años y la negra y gruesa trenza aún le colgaba hasta media espalda.

Los días siguientes, en la casa de los Torres reinó el silencio.

—¡Miau, miau! —pedía la gata entre los pies de Teresa.

—¡Largo de aquí, minina! —Y le asestaba un puntapié, haciéndole pagar el que su hija no se decidiera a dar el sí—. Di algo, Benita. Un día u otro tendrás que casarte. ¡Qué mal hay en que sea con un heredero!

—Lo estoy rumiando, madre. Cuando me lo trague ya te lo diré.

No obstante, ella no había nacido para vivir enfurruñada, y menos con su madre, a la que quería mucho.

Sentados a la mesa, Benita miraba a Lorenzo. Le sorprendía no ver en él cambio alguno. Estaba convencida de que su hermano no había sido informado de la situación. Seguía sumido en su mundo de libros, paños y entretelas. Como si no durmiera bajo el mismo techo que ella y sus padres.

Su madre ni siquiera sospechaba que su hijo se hubiera fijado en la muchacha recogida por la Señorita.

—Jaime de los Siracusa. Es el que te conviene —le había dicho su madre.

Benita reflexionaba sobre cómo era posible que ese muchacho nunca la hubiera sacado a bailar, ni siquiera reía sus chistes.

Jaime era de la misma quinta que Lorenzo y Néstor. De la misma quinta, pero aparentaba más edad.

La primera vez que había observado esa diferencia, ella solo tenía doce años y el muchacho, quince. Oyó que su padre decía a su amigo Siracusa:

—A tu chico lo tienes hecho todo un hombre, Pedro.

En ese momento Benita descascaraba almendras al lado de su madre y la mujer de Pedro Siracusa, mientras los tres chicos jugaban en la calle. En realidad solo jugaban Lorenzo y Néstor.

Jaime se limitaba a mirarlos, recostado en la pared con la pierna doblada como una garza.

La observación de su padre hizo que de repente mirase a Jaime. De haber tenido el temperamento soñador de su hermano, en aquel preciso momento se habría enamorado de él. El heredero de los Siracusa era alto, fuerte y moreno, con unos ojos negros de mirada firme que dejaban atónito. Los puntos negros que le sombreaban el mentón eran algo más que pelusa.

Nada que ver con Lorenzo y Néstor, que aún se entretenían jugando con canicas de níquel.

Ya entonces era una niña práctica. No estaba hecha para soñar con la vida sino para vivirla, y tenía muy claro que no era una heredera y que en cambio Jaime sí.

Mientras seguía masticando la carne y las cavilaciones, Benita contemplaba a su familia sentada a la mesa. Su madre pinchaba las patatas con el tenedor como si quisiera asesinarlas. Con el pie seguía atizando golpes a los maullidos insistentes de la minina.

A su padre se le escapaba la risa por debajo de la nariz, porque la expresión de Teresa le dejaba claro que aún no se había salido con la suya.

Lorenzo, ausente de las preocupaciones de su familia, comía con la misma complacencia de siempre y echaba trocitos de tocino a la gata para ahorrarle patadas.

—¿Con quién bailarás el domingo, Benita? —preguntó, pendenciero, su padre.

Teresa dejó de comer y miró a su hija.

—Qué cosas preguntas, padre... ¡Con quien me saque a bailar! No pretenderás que lo pida yo, ¿verdad? —Y a renglón seguido preguntó con malicia a su hermano—: Y tú, Lorenzo, ¿con quién bailarás?

—Ya sabes que yo no bailo con nadie. Pasaré a recogeros a ti y a madre, como hago siempre.

Se oyó un maullido largo y ofendido procedente del comedor.

Se acercaba el Corpus, faltaba poco para el verano, y Lorenzo subía por la calle Mayor preocupado por el trabajo pendiente.

«No debo alargar tanto las siestas», se dijo.

En la trastienda encontró a su tío, que repasaba el libro de contabilidad mientras la tía Consuelo cosía los ojales de una camisa.

Le gustaba aquella casa sin aperos de labranza, sin corral con animales ni cuadra con mulas. En cuanto entraba en la sastrería, lo embargaba el placer de pisar el suelo entarimado de madera encerada y brillante, olfatear los frascos de colonia a granel y contemplar los estantes repletos de piezas de tela.

Allí era feliz.

Ya hacía más de una semana que los hermanos Torres habían hablado del pacto. El sastre observaba a su sobrino, que cosía la entretela en la solapa de una chaqueta. No percibía ningún cambio en él que revelara que Miguel le hubiera comunicado las intenciones de la familia.

A lo largo de la tarde estuvo tentado de preguntarle, y poco antes de la hora de cerrar, ya no pudo aguantarse más.

—¿Te ha dado la noticia tu padre?

—No... ¿Qué tiene que decirme?

—Ya lo hará él —resopló el hombre—. No quiero que me acuse de adelantarme.

El comentario de su tío no despertó en el muchacho ni una pizca de curiosidad. En casa había notado cierto malestar, pero creyó que era algo entre su madre y Benita, por la manera como se miraban y se hablaban.

—Me quedaré un par de horas más, tío —dijo cuando llegó la hora de cerrar—, voy justo de tiempo con los encargos.

—Como quieras, hijo. La tía y yo nos vamos a tu casa a ver a la familia.

Llevaba media hora solo en el taller cuando tintineó la campanilla de la puerta. Miró quién era a aquella hora y vio a Benita, que echó el cerrojo.

—No me entretengas, hermanita. Si necesitas cintas, cógelas tú misma.

—No he venido a buscar adornos, Lorenzo. He dejado a los tíos en casa con nuestros padres. Quiero hablar contigo a solas.

—Cuéntame lo que quieras, pero no me entretengas. Tengo trabajo.

—¿No has notado nada raro en casa desde hace unos días?

—Tal vez que tú y madre estáis algo enfurruñadas. Aparte de eso... Es curioso, el tío me ha hecho

una pregunta similar.

—¿Y no has sentido curiosidad por saber de qué se trataba? —se asombró por la indiferencia de su hermano.

—Dentro de dos semanas es el Corpus, Benita. Tengo que acabar cuatro pantalones de comunión y ajustar cinco más a medida. —La apartó de delante con suavidad—. Ahora no tengo tiempo que perder con adivinanzas ni con vuestras rabietas.

Y empezó a marcar con el jaboncillo una costura del camal que debía estrechar. Benita se lo quitó de las manos y, junto con las tijeras, lo guardó en el cajón.

—¡Oye! Pero ¿qué haces?

—Te equivocas. Es algo muy importante que nos afecta a los dos, ¡y mucho!

La muchacha empezó a contarle cuanto sabía, y cómo cambiaría la vida de ambos si las cosas se hacían tal y como habían previsto sus padres y tíos.

Lorenzo la escuchaba desde el sillón de su tío. Permaneció callado unos instantes antes de responder con complacencia:

—Pues esto me quita un peso de encima. Ahora podré venir a la sastrería sin la mala conciencia de estar perjudicando a padre.

—Nuestros padres te pedirán que busques novia. ¿Has pensado a quién se lo pedirás, Lorenzo?

Sin dudar un instante, dijo:

—A Lina. Nuestros padres tienen razón al decir que hay que hacer bien las cosas.

Benita se temía aquella respuesta. Siempre había tenido la esperanza de que aquel enamoramiento primerizo de su hermano quedara como una anécdota de amor infantil. Sospechaba que su madre jamás permitiría que Lorenzo, se casara con una recogida que no tenía ninguna propiedad para incorporar a las cédulas matrimoniales.

Su deseo era que su hermano se fijara en una amiga suya, Dolores Nadal, que estaba loca por él. Pero había constatado que no sería así. Y si ella tenía que aceptar a Lina para tener contento a Lorenzo, lo haría. Por él, lo que fuese.

No estaba tan segura de que la sobrina de la Señorita pensara lo mismo con respecto a ella. Resentida por naturaleza, Lina nunca le había perdonado las chiquilladas del pasado.

Tal vez sí que se había pasado un poco, pero también ella había sufrido las barrabasadas de otras. De hecho, no había pelea de niñas en Llonera que no incluyese insultos, mofas, tirones de pelo y al final... las paces. Al fin y al cabo, todas vivían en el pueblo y no les quedaba otro remedio que ser de nuevo amigas.

Con Lina, sin embargo, había sido diferente. Tal vez porque siempre estaba pegada a las faldas de su tía y tenía como única amiga a Ofelia, la coja de los Martí, no había llegado a integrarse del todo ni a intimar con ninguna otra chica.

En cualquier caso, una cosa era que ella la aceptase como cuñada y otra muy distinta lo que dirían en casa.

—Madre no querrá que sea ella —dijo—. ¡Pondrá el grito en el cielo, hermano!

—Es Lina quien ha de dar el sí.

—Si acaba siendo mi cuñada, te prometo que la querré.

—Y tú, ¿qué harás con Néstor?

—¿Por qué tendría que hacer algo? Es solo un amigo de infancia y un compañero de baile de los domingos.

Lorenzo suspiró ante aquella respuesta.

—Anda, vamos a casa. Veo que hoy no me quitaré el trabajo de encima.

—¿Dirás a nuestros padres que ya lo sabes y que has elegido a Lina?

—Esta noche les haré saber mis intenciones, pero solo si ellos me preguntan.

De vuelta a casa, Benita caminaba del brazo de su hermano y pensaba en Néstor. «Nunca hemos cruzado miradas de enamorados», se justificó.

—¡Caray! No pareces tú, tan callada... —observó Lorenzo—. Y dime, ¿te casarás con Jaime solo porque lo manda madre? ¡Nunca te habías fijado en él!

—Yo no soy una soñadora como tú. Jaime es un heredero. ¡Cómo querías que me fijara en él!

—Tal vez tengas razón.

—Jaime no baila nunca —reflexionó ella en voz alta—. Me esperan un montón de domingos aburridos. Tampoco ríe mucho. Es un chico muy formal y trabajador, como dice madre.

—Sí que lo es. Eso... y algo más, Benita.

—¿Qué quieres decir?

—No me hagas caso. —Ya se arrepentía de su insinuación—. Es que para ti me gustaba Néstor. Desde pequeños.

—Los tres erais inseparables... ¿Qué es lo que no te gustaba de Jaime?

—La cara de satisfacción que ponía cuando despellejaba a la ranita para utilizarla de cebo.

Benita calló. También ella despellejaba conejos para echarlos a la cazuela. Nunca se había parado a pensar en la cara que ponía entonces.

Pasando la pelota al tejado de su hermano, le preguntó:

—¿Cuándo se lo pedirás a Lina?

Ya estaban a la puerta de casa y la pregunta lo sorprendió. Los dos se decían tantas cosas con una sola mirada que jamás había pensado que un día tendría que declararse.

—No sé si hace falta que se lo pida. Yo diría que ya lo sabemos.

—¡Virgen santa! Los dos tenéis la cabeza llena de pájaros... Estáis hechos el uno para el otro, ya lo veo. Vuestra vida será como las de las novelas que lees.

—Será mejor, porque nuestra historia acabará bien.

En la cocina encontraron a sus padres solos. Los tíos ya se habían marchado. Su madre preparaba la cena y su padre, sentado junto al balcón para recibir el fresco que entraba, cavilaba pesaroso con la mano en la frente.

—Siéntate a mi lado, Lorenzo. —Miguel Torres tenía la voz triste—. Tenemos que hablar.

Cogió una silla baja con asiento de paja e hizo lo que su padre le pedía.

—Me revuelve las tripas lo que voy a decirte, pero quiero que pienses bien tu respuesta. Tu tío quiere hacerte heredero, hijo. A ti te corresponde elegir si quieres serlo suyo o mío.

—No tengo maña para el campo, padre. A usted lo quiero mucho y lo respeto, pero me gusta el trabajo del tío. Quiero ser sastre.

—¿Y entiendes bien lo que eso significa? —Aunque ya se lo esperaba, el labrador notó una punzada en la boca del estómago—. ¿Sabes lo que significa que renuncies a los derechos de primogénito de casa Torres?

—Lo sé y estoy de acuerdo.

—Bien, pero antes de pasar la herencia a tu hermana... querría que encontrases novia.

—Ya la he buscado, padre. Se lo pediré a Lina, la sobrina de la Señorita.

Teresa dejó caer un capazo lleno de verduras al oír a su hijo. De inmediato exclamó:

—¡Eso sí que no! De ninguna manera, Lorenzo.

—No cambiaré de idea, madre. —Hablaba en el tono paciente y obstinado que tanto temía Teresa—. Elegí a Lina el mismo día que la conocí. Cuanto antes la invitemos a comer acompañada de su tía, mejor.

—¿Y qué dirá la gente cuando sepa que te casamos con una recogida que no tiene nada?

—Te felicitarán porque habrás casado muy bien a tu hija —se desquitó Lorenzo.

—Y tú, Miguel, ¿no dices nada? —recriminó a su marido.

—¿Qué quieres que diga, Teresita?

—No te preocupes, madre —interrumpió Benita, mirando de reojo a su hermano—. Si no quieres a Lina por nuera, seguiré bailando con Néstor.

El golpe de tenazas que Teresa dio a los troncos hizo caer el puchero y el agua hirviendo que contenía. Miguel se apartó de un brinco para no quemarse.

La madre de Lorenzo se había jurado que no malcasaría a su hijo. Una cosa era que este no heredase de su padre a fin de conseguir un matrimonio ventajoso para su hermana, y otra muy distinta casarlo con alguien que no tenía ni una mísera propiedad.

—Consuelo, tú tienes al chico en la sastrería todo el día. Debes estar siempre encima de él y conseguir que mi hijo cambie de opinión. Haz todo lo necesario para que Dolores Nadal le entre por los ojos.

También Consuelo era una muchacha sin recursos antes de casarse con José. Había sido precisamente Teresa quien le brindó su apoyo para vencer las reticencias de sus suegros, ya fallecidos. Por eso no comprendía por qué ahora su cuñada estaba tan preocupada por la falta de fortuna de Lina.

Pese a todo, estaba dispuesta a intentarlo, aunque le constaba que no lo conseguiría. Demasiado bien sabía lo enamorado que estaba Lorenzo de la sobrina de la Señorita.

Ahora se arrepentía de haberle seguido la corriente a Teresa, por temor a enfurecerla contra el muchacho. Y aún más de haberle mencionado a la hija de los Nadal como posible candidata. Por más que la joven iba a comprar vestida primorosamente con la intención de enamorarle, él ni la miraba.

A quien contemplaba embelesado su sobrino era a Lina. La habría mirado del mismo modo aunque hubiera aparecido por la tienda vestida con harapos.

La creciente tirantez que se respiraba en casa de sus parientes hacía sufrir a Consuelo. De nada le servían las palabras de su marido para tranquilizarla:

—A mi cuñada no le quedará otro remedio que bajarse del burro y acatar los deseos de mi sobrino. Es cuestión de tiempo.

—Sí, José, pero el chico sufre.

—Lorenzo es todavía más duro de mollera que su madre. Si le gusta esa joven, se casará con ella. No le des más vueltas. —Ella lo miraba escéptica—. ¿Acaso no recuerdas cómo agotó la paciencia de mi hermano cuando quería hacerlo labrador contra su voluntad?

Consuelo rio al recordarlo. Aquella también había sido una temporada de malos humores, y tenía razón su marido en que la tozudez de Lorenzo había superado a la de su padre.

—¡Además, qué cojones! —exclamó mientras se acercaba a su mujer para besarla—. Teresa no tiene ningún derecho a decidir con quién tendrá que dormir el muchacho todas las noches.

La tristeza de no tener hijos propios la había compensado Consuelo ayudando a Teresa a criar a los suyos. Benita la hacía reír y la quería mucho, pero por quien sentía verdadero amor maternal era por Lorenzo.

A lo largo de los años había habido muchas peleas en el seno de la familia, pero ninguna había turbado la calma ni la salud de nadie. En cambio, ahora aquello se estaba convirtiendo en un

problema real. La negativa de Teresa a aceptar a Lina había hecho que el muchacho pidiera permiso a sus tíos para mudarse a su casa. Con todo el dolor de su corazón, su tía se había visto obligada a decirle que no podía ser. Consentirlo habría provocado rumores y, además, el acuerdo con Siracusa se habría frustrado.

La amargura los corroía a todos. Consuelo se sentía ya entre la espada y la pared. Ella misma se debatía entre la lealtad a su cuñada y la lealtad a su sobrino.

—Lorenzo, hijo, tu madre solo piensa en tu bien. Si te casaras con Dolores Nadal, tendrías dos casas y dos negocios.

—¿Y puedes decirme, tía, para qué quiero dos casas si solo puedo vivir en una? ¿Y para qué quiere un sastre una tienda de comestibles?

Lorenzo cosía, cortaba y probaba con semblante preocupado. La imposibilidad de contentarlos a todos hacía que se encerrase en sí mismo. Evitaba sentarse a la mesa a las horas de las comidas. Aquellas expresiones de duelo le quitaban el apetito.

Consuelo se desesperaba al ver a aquel muchacho tranquilo y bondadoso transformado en un joven irritable. Más que eso, le dolía que Teresa hablase como si le fuera indiferente el sufrimiento de su hijo.

—Ya se le pasará. Es un cabezota.

De sobras sabía Consuelo que a su sobrino no se le pasaría. Preocupada por su bajón, inclinó la balanza de la lealtad hacia él y decidió mantener una seria conversación con su cuñada.

—No puedo insistir más a tu hijo, Teresa —dijo amedrentada, con el corazón en un puño—. He hecho lo posible por cantarle las excelencias de Dolores Nadal y no quiere oír nada más al respecto. Mi insistencia hace que se aleje de mí. Si no cedes, esto acabará mal.

Teresa permanecía callada y ella siguió dándole argumentos para ablandarle el corazón.

—Amiga mía, tampoco yo tenía nada cuando José quiso casarse conmigo y tú me ayudaste para que mis suegros me aceptaran. Lina es una buena chica. Es guapa, educada, tiene maña y buenas manos para las labores. Puede llegar a ser una excelente tendera y tu hijo la quiere.

La madre del muchacho seguía muda. Absorta en la costura.

—Sabes que nunca ha mirado a ninguna chica. ¿Qué te hace pensar que ahora cambiará?

Agotada por la tensión y por el silencio de su cuñada, Consuelo se marchó antes de lo habitual aduciendo que tenía que planchar los encargos ya terminados.

A Teresa el enfurruñamiento le duró hasta el cuarto domingo de ver bailar a su hija con Néstor. Entonces comprendió que no podía tensar más la cuerda. No le quedaba otro remedio que aceptar, aunque a regañadientes, el noviazgo de su hijo, si quería llevar adelante su plan.

Esa noche, mientras se desvestía para meterse en la cama, se lo hizo saber a su marido.

—Solo aceptaré a la recogida con la condición de que sean Benita y Jaime quienes vivan aquí en

casa.

Miguel, que ya estaba entre las sábanas, empezó a rezongar y se levantó.

—La madre que te parió, Teresita. ¡Entre todos me habéis jodido a base de bien!

—Baja la voz, Miguel, o nos oirán los chicos. Piensa que si nos quedamos a Benita en casa, tendremos una hija para cuidarnos en la vejez.

—Y yo tendré un yerno que hará de amo en mi propia casa. ¡Hostia!

—Al menos el hijo nos saldrá barato. No necesitaremos darle dote. La recogida solo aportará sábanas, mantelerías y toallas.

Miguel añadió:

—Si la muchacha ha de casarse con Lorenzo, te prohíbo que en adelante la llares así. ¿Me has oído?

—De acuerdo, no volveré a hacerlo. Que se case con quien quiera, pero ya sabes que esas dos no tienen nada. Ni siquiera la casa donde viven es suya, pero si la chica lo hace feliz...

Benita, cuyo dormitorio era contiguo al lado de sus padres, lo oyó todo. Había una cosa de su futuro que la atemorizaba. Nunca se había atrevido a desear a Jaime por miedo a enamorarse y que la imposibilidad de tenerlo le arruinara la vida para siempre.

«Todo irá bien —se dijo—. Por cierto, ¿cómo bailará?»

Se durmió soñando que bailaba con él.

Al día siguiente, después de desayunar, Miguel pidió a Teresa que le sacara del armario la chaqueta buena.

—Voy a hablar con Pedro Siracusa y con mi hermano. Tú ve a buscar a Consuelo y tráela aquí. No la quiero en la tienda cuando estemos hablando los hombres. Las mujeres ya os habéis inmiscuido bastante hasta ahora.

La amistad entre los Torres y los Siracusa venía de los tiempos de sus abuelos. Formaban parte del grupo de campesinos que no eran «señores». Cuando la guerra de Crispel, los destripaterrones también se habían hecho un juramento:

«Jamás trabajaremos las tierras de los mangantes, solo las nuestras. Y aumentaremos el patrimonio casando a nuestros herederos entre sí.»

Las dos familias tenían algunas fincas contiguas. Se ayudaban en la cosecha y, al concluir la jornada, cada cual cargaba en el carro lo que era suyo.

Los hijos del viejo Torres y el viejo Siracusa habían crecido juntos. Miguel había compartido con Pedro trabajo y juegos. En cuanto a José, era harina de otro costal. Era el segundo hijo y tampoco le gustaba el campo. Su padre lo envió a aprender el oficio de sastre a Tortosa, donde se quedó cuatro años en casa de una tía mientras aprendía lo suficiente para establecerse por su cuenta. En la

casa que había heredado de su madre había puesto la sastrería y la tienda.

Cuando los dos amigos se casaron, Teresa y Carmen congeniaron tan bien como ellos.

Habían celebrado juntos el nacimiento de los primogénitos y, al cabo de tres años, a cada matrimonio les había nacido una niña: a los Torres, Benita, y a los Siracusa, Rosa.

Sus mujeres, Teresa y Carmen, tenían claro que a las muchachas, por ser segundonas y tener hermano, no las rondaría ningún heredero.

Miguel no tardó en comprobar con amargura que Lorenzo no tenía la menor afición al campo. Veía con envidia cómo el hijo de su amigo trabajaba como un hombre cuando apenas tenía doce años.

—Jaime tiene la misma edad que el nuestro, pero Lorenzo parece a medio hacer cuando está a su lado —se quejaba a su mujer.

—Me parece que el chico nos ha salido un poco melón, Miguel —dijo Teresa.

—El melón te lo tiraré yo a la cabeza como vuelvas a repetirlo.

En aquella época, cuando Lorenzo regresaba de la escuela, cogía la merienda y le faltaba tiempo para volver a marcharse.

—Voy a la tienda, madre.

«Aunque Miguel no quiera reconocerlo, nuestro hijo no será labrador», se dijo Teresa el día que visitó a su cuñada y se encontró a Lorenzo con la cinta métrica colgada al cuello ayudando a su tío, sujetando con alfileres un patrón sobre una pieza de tela.

Al volver a casa, se había sentado a meditar en el balancín. Lamentaba la desgracia de tener dos hijos que le habían salido al revés. Allí mismo, tomando el fresco en el patio trasero, Benita, que entonces solo tenía diez años, embotellaba tomate y cantaba una canción tras otra.

«Esta, que valdría para el campo, es mujer, y por más que Consuelo le cubra todo el vestido de blondas, lo luce como si fuera un saco», se apenó.

—¿Qué te pasa, madre? Hoy estás muy pensativa —preguntó la niña mientras golpeaba el culo de la botella sobre un montón de trapos para hacer bajar el tomate y que cupiese más.

—Os estáis haciendo mayores... —se resignó a decir Teresa—. Algo he de hacer.

—¿Y qué puedes hacer? ¿Ponernos un saco de almendras sobre la cabeza para que no crezcamos?

—Cuando estáis en la escuela, hija, ¿has visto si tu hermano va detrás de las niñas?

—¿Lorenzo? ¡Qué cosas dices!

Al año siguiente Lorenzo había cumplido los trece y se plantó frente a su padre para decirle que dejaba los estudios para ir a la sastrería a aprender el oficio del tío.

—¿Te has vuelto loco? Ir a la escuela sí que se te ha acabado, pero vendrás al campo conmigo —gritó Miguel, fuera de sí—. Serás labrador.

Llevarlo consigo todos los días solo le sirvió para desesperarse, al ver cómo el muchacho dedicaba más tiempo a seguir los saltitos de un grillo que a quitar rebrotes.

Transcurrido enero, cuando las aceitunas ya estaban en el molino, Miguel se rindió ante la tozudez de Lorenzo y lo dejó ir a la sastrería de su hermano. Teresa empezó entonces a cavilar seriamente sobre el futuro de sus hijos. Trazó el plan que justo ahora, cinco años después, empezaba a dar frutos.

Se había enterado por Consuelo de la decisión de José Torres.

—Cuñada, José quiere dejar sus bienes a Lorenzo.

—Vaya —se sorprendió—. ¿Y tú qué opinas? Tienes más sobrinos.

—Ya sabes que para mí los otros no cuentan.

A Teresa le faltó tiempo para contárselo a su amiga Carmen, la de los Siracusa.

—Si el sastre hace heredero a Lorenzo, ¿qué recibirá Benita? —preguntó la mujer.

—Convenceré a Miguel para que la casa y los campos de los Torres sean la dote de Benita.

A partir de aquella conversación, Carmen había reflexionado tanto como Teresa. La suya era una amistad de años y se tenían suficiente confianza para llegar al pacto de casar a Benita con Jaime.

—Los hombres solo piensan en sí mismos, Teresa. A nosotras nos toca pensar en las hijas.

—¿Qué quitaréis de la dote de Jaime para dárselo a Rosa?

—Quiero que mi hija se quede a vivir conmigo cuando se case. ¿Estarías de acuerdo en que la casa donde vivimos no fuera para mi hijo?

—Quiero lo mismo que tú, Carmen, que Benita viva con nosotros. Pero... ¿tu marido estará de acuerdo en quitarle la casa al hijo y meter a un yerno?

Cuando los hombres se reunieron para hablar del compromiso en la sastrería, las mujeres ya hacía tiempo que lo tenían todo dispuesto y decidido, tal como había adivinado Miguel.

Hacía días que Jaime Siracusa estaba molesto por los planes de su padre. Benita no era la mujer a la que deseaba y le importunaba el modo en que lo miraba últimamente en el baile del Sindicato.

No había nada decidido todavía, porque su padre le había prometido que, antes de concretar el compromiso, Miguel Torres debía desheredar a su hijo y este aceptarlo. Jaime había crecido con Lorenzo y lo conocía bien. Para él la tierra era tan solo un lugar placentero por el que pasear.

Pocos días antes de que su padre le comunicase sus intenciones de casarlo con Benita y juntar ambas haciendas, una joven le había robado el corazón. Pese a todo, sabía que Ofelia Martí era un imposible y que nunca conseguiría casarse con la hija del terrateniente más rico de Llonera.

Lo cierto es que esa tarde, por si aparecía en su calesa por el mismo campo donde se había fijado en ella por primera vez, mientras su padre cerraba el trato con Miguel Torres, él había ido a labrar. Sin embargo, la única persona que acudió a los campos de Pascual Martí fue Siuró, el mozo que podaba los olivos.

Hacia el final de la tarde, Jaime estaba recogiendo los aperos para volver a casa, cuando oyó unos gritos de auxilio en los campos del terrateniente. Sabía que el mozo aún estaba por allí podando los árboles. Lo había saludado a primera hora de la tarde y no lo había visto marcharse.

Acudió deprisa y lo encontró en el suelo junto a un ribazo.

—Chico, he dado un mal paso —dijo mientras se cogía una pierna y se retorció de dolor—. Creo que me he roto algún hueso.

Jaime lo subió a la yegua y lo llevó a casa de su amo.

Pese a que tenía cuarenta y cinco años, Pascual Martí no había perdido un solo pelo. El cabello empezaba a plateársele manteniendo el mismo espesor. Ni siquiera cuando era un niño, nadie se había atrevido a llamarlo «el señorito» de casa Martí. Para cualquiera de fuera de casa era Pascual Martí.

Cuando le avisaron que le traían al mozo, bajó a la entrada. Miró de hito en hito a Jaime y luego el pie del herido, sin tocarlo.

—Esto no tiene buena pinta, Siuró. Lo tienes hinchado como un odre.

Ordenó a dos de sus trabajadores que lo llevaran al médico. Acto seguido pidió al chico de Siracusa que lo siguiera dentro, al despacho.

—Gracias, pero no es necesario que lo siga a ninguna parte —replicó Jaime.

Iba con ropa de trabajo y le molestaba entrar mal vestido y sucio en la casa donde vivía Ofelia. Plantado en el umbral de la puerta, razonó con mayor suavidad:

—Ya he cumplido con mi obligación.

—¡Sube, muchacho, no seas tozudo! Quiero proponerte un trato y la calle no es el lugar adecuado.

En el exterior, un grupo de campesinos asistía a la escena.

Jaime sabía muy bien que los labradores destripaterrones como él no debían pisar las casas de los mangantes. Si subía se jugaba su reputación, pero la tentación era fuerte. Una casa como aquella era lo que él aspiraba a tener. No se resignaba a ser el mejor labrador destripaterrones de Llonera y deslomarse de sol a sol para sacar un mínimo provecho.

—¿De qué tienes miedo, chico? ¿Es porque vas polvoriento y no quieres ensuciar el suelo? —preguntó con malicia Pascual Martí para herir su orgullo—. No te preocupes, ya lo limpiarán las mujeres.

Tal vez nunca se le volviera a presentar una ocasión como aquella. Con gesto soberbio por el modo en que lo había tratado el cacique, Jaime sacudió el sombrero en el faldón de la mesa camilla situada junto a la entrada. El jarro con juncos secos depositado encima se tambaleó.

El dueño de casa siguió adelante pasando por alto aquel gesto ofensivo.

Al llegar al primer piso, lo siguió por una antesala con el suelo cubierto por una alfombra inmensa y sillas tapizadas alineadas contra la pared. Al fondo, a la derecha, tenía el despacho.

El terrateniente ocupó el sillón de piel detrás del escritorio, e invitó al muchacho a sentarse enfrente.

Pese a los esfuerzos que hacía por disimularlo, Jaime se sentía deslumbrado. Dejando aparte que fuera un cacique, ningún labrador destripaterrones necesitaba un despacho con una pared forrada de libros para saber los beneficios que le quedaban al final del año.

—Necesitaré a alguien que acabe de podarme la finca. Házmelo tú, Siracusa —le pidió mientras encendía un puro—. Siuró tiene para tiempo y a ti el campo te queda al lado.

—No soy mozo de nadie —replicó él.

Era consciente de a quién tenía delante y sus manos se aferraban con fuerza al sombrero de paja, pero la actitud de aquel amo lo ofendía. Sobre todo porque lo admiraba y era el hombre al que le habría gustado parecerse.

—Solo trabajo para mí —añadió alzando el mentón.

A Pascual Martí le gustó que el muchacho hablara de las tierras de su padre como si ya fuesen suyas.

—Si ejercieras el oficio de herrero y te llevara caballos y yeguas, los herrarías, ¿verdad que sí? Y si te llevase los carros a arreglar... también. Me darías un precio, harías el trabajo y yo te lo pagaría. Di qué pago quieres por podar los olivos.

—Ni soy herrero ni hierro yeguas. Tampoco trabajo a jornal. Encárgueselo a otro.

—Te lo pido a ti, Jaime Siracusa.

La cabezonería del joven le importunaba y al mismo tiempo le complacía. Le confirmaba que no andaba errado con el plan que había urdido para él y que el muchacho distaba de imaginar. Solo por

eso no lo echaba de su casa.

—Piensa un precio y mañana vuelve con la respuesta.

El verdadero interés de Pascual Martí por Jaime Siracusa era a causa de su hija. «Es guapa y rica pero huraña y coja», pensaba con preocupación cuando veía cómo Ofelia se iba haciendo mayor. Los dos posibles pretendientes del pueblo que aún quedaban libres le daban náuseas. No le gustaba el hijo del alcalde, Narciso Serina, que se pasaba la vida en la capital como eterno estudiante sin acabar nunca nada y renegaba de Llonera cada vez que volvía allí. Tampoco el hijo de su mejor amigo, con casi tantas tierras como él, pero con mayor afición a las cartas que a la propia hacienda.

Se había fijado por primera vez en Jaime hacía escasos tres meses. En compañía de Siuró, había ido a echar una ojeada a las tierras que la señora Martí había heredado recientemente de unos parientes. Las mismas donde aquella tarde el mozo se había lastimado.

Se hallaba valorando el terreno con Siuró cuando oyó unas maldiciones dirigidas a las mulas. Se acercó al ribazo y vio a un muchacho de unos diecinueve años, desnudo de cintura para arriba, fuerte y atractivo, labrando.

—Es el heredero de los Siracusa —le dijo Siuró.

«Este chico se comporta ya como amo», pensó Pascual Martí mientras lo observaba.

—No hay otro heredero tan trabajador y ambicioso como él —añadió el mozo—. Pero su padre lo deja tomar demasiadas decisiones, cosa que aún no le corresponde. En eso el viejo Siracusa se equivoca.

—Tú ocúpate de dejar estos olivos bien escamondados y después ara los bancales —ordenó a Siuró mientras subía al caballo negro con una estrella blanca en la frente—. Ya veremos lo que da de sí esta herencia.

Al recorrer la senda que daba derecho de paso a ambos campos, Jaime lo miró con expresión altiva cuando pasó por su lado.

Al llegar a casa, Pascual Martí lo tenía decidido. Se reconocía lo bastante a sí mismo en la mirada de aquel muchacho. Sin pérdida de tiempo, llamó a su hija y su mujer al despacho.

—Me asustas, señor Martí —dijo su mujer—. ¿A qué viene que nos hagas comparecer en tu despacho como si fuéramos compradores de trigo o vino, en lugar de hablar de lo que sea mientras cenamos?

—Precisamente por eso os he hecho venir al despacho. Hablaremos de un trato. Ofelia, dime, ¿cuántos años tienes?

—Ya lo sabes, padre. Estoy a punto de cumplir dieciocho.

—¿Y a estas alturas dominas ya todos los bordados y labores posibles, o aún te queda algún punto por aprender?

—Sé hacer todos los puntos que necesito para bordar cincuenta ajuares que no creo que utilice

jamás.

—¡Niña! —la riñó su madre.

—Señora Martí, esta conversación será entre Ofelia y yo. Te he hecho venir para que estés enterada de lo que me dispongo a ordenar y no quiero que pongas trabas. Por la noche, cuando estemos solos los dos, ya te daré las explicaciones que haga falta.

La señora Martí lo acató todo fingiendo desacuerdo. Pascual era un hombre por quien aún perdía el oremus, según expresión de su madre.

—Dime, padre, ¿qué quieres pedirme?

—A partir de mañana, Ofelia, aprenderás a llevar las cuentas y la hacienda.

—¡Madre de Dios! —exclamó la señora Martí—. Pero si es coja...

—Sí, madre —la interrumpió ella sin dejarla acabar—. Soy coja, pero del pie, no de la cabeza.

—¡Así me gusta, hija! —aprobó él riendo satisfecho—. Eres mi heredera y te enseñaré a llevar la hacienda como si fueras un hombre.

—¿Y qué dirá su marido, si lo tiene algún día? —se quejó la mujer.

—Tal vez no tenga que decir nada, madre —se defendió Ofelia.

—Exijo poner una condición. —Se volvió hacia su marido para añadir—: Los jueves seguirá bordando acompañada de Lina. No quiero que olvide que es una mujer, ya que has decidido que actúe como un hombre.

Ofelia se disponía a protestar, pero su padre accedió a la petición.

Desde el mismo día siguiente, se convirtió en el mentor de su hija. La llevaba consigo en los frecuentes viajes que hacía a la ciudad para negociar con clientes que le compraban directamente el trigo, el vino y el aceite. Con Ofelia gozaba del heredero varón que no había podido tener, y ella no lo decepcionó.

Por su parte, en aquellos viajes Ofelia disfrutó del mundo que hasta entonces solo había imaginado por las conversaciones con sus amigas y que la habían colmado de envidia mientras bordaba tulipanes y rosas en sábanas y toallas.

La felicidad hacía que su belleza fuera aún más radiante. Cuando estaba de pie, apoyada con ambas manos en la sombrilla que su padre le había regalado y que había sustituido al bastón, todos olvidaban su defecto. Quedaban embelesados por el brillo de su cabellera, adornada con una diadema de turmalinas que resaltaban como diamantes negros sobre su cabello dorado.

Admirado por la valía de su hija, Pascual Martí desechó la idea de casarla con uno de los dos pisaverdes que quedaban en el pueblo. De hecho, incluso lo avergonzaba haber pensado siquiera en ello. La valentía de Ofelia le había recordado la osadía de que él mismo había hecho gala en otros tiempos.

«Mis propiedades no las malbaratará un señorito que no sepa ni cuántas puntas tiene una horca», decidió.

Deseaba por yerno a un hombre fuerte y merecedor del amor de su hija. Alguien que llegase adonde ella no podría hacerlo nunca, ni por su condición de mujer ni por su discapacidad física.

Llevaba más de tres meses observando de cerca al heredero de Siracusa y el muchacho le gustaba. Viéndolo trabajar no le cabía duda de que amaba la tierra tanto como él.

Únicamente lo frenaba lo que dirían los de su clase y la encarnizada oposición de la señora Martí, que no accedería tan fácilmente a casar a su hija con un destripaterrones.

«Iré metiendo al chico en casa poco a poco», había tramado.

No lo preocupaba en absoluto lo que Ofelia pensara de sus planes. Con la excusa de conducir la calesa recién estrenada, la joven accedía a acompañarlo siempre que visitaba los olivos que lindaban con las tierras de los Siracusa.

En el contexto de ese plan, la caída de Siuró había sido providencial. Gracias al accidente, ahora tenía allí a Jaime, sentado en el despacho, y podía percibir cómo el muchacho se debatía entre el deber, el orgullo y el anhelo. Pascual Martí se había levantado a mirar por la ventana, de espaldas al joven, mientras esperaba a que este se decidiera. En los negocios no hay que tener prisa, ese era su lema, y esperaba paciente su respuesta.

—¡No puedo hacerlo! —Jaime subió el tono cual si requiriese un esfuerzo de voluntad—. Necesito todo el tiempo para mis campos.

—Contrata a gente —respondió con calma el terrateniente tras dar una chupada al puro.

—¿Se burla de mí? Mi hacienda no da para pagar jornales.

—Amplíala. Las dos hectáreas de olivos donde se ha lastimado Siuró lindan con las vuestras. Las heredó la señora Martí de unos tíos y yo te las vendería a buen precio con tal de quitármelas de encima.

—No querrá hacerme creer que ahora necesita vender tierras... —replicó Jaime con cierta sorna—. ¿A cambio de qué me las vendería?

—A cambio de que aceptes ser mi capataz con un compromiso de cinco años.

—Pero ¡usted ya tiene capataz!

—Picó se está haciendo viejo, las pupilas le empiezan a blanquear.

El muchacho lo miró de hito en hito, al tiempo que se ponía de pie, sin la menor modestia.

—¿Por qué me ofrece todo eso?

Pascual Martí sabía que la pregunta del joven no respondía a un agradecimiento, sino a la exigencia de una explicación. Estaba dispuesto a dársela y le divertía seguir el juego.

—Necesito a alguien como tú. Alguien que tenga buen ojo para elegir a jornaleros durante la

época de la cosecha y cantarles las cuarenta cuando hacen el gandul. Es lo que te pido: que elijas a gente por mí y la vigiles. Debo marcharme a menudo por negocios y no quiero dejar las fincas sin la supervisión de un hombre de confianza.

—Me lo pensaré... Me extraña mucho que quiera beneficiar a un destripaterrones como yo.

—No me tomes por idiota, chaval. Lo que uno posee no tiene nada que ver con lo que uno es. Y te he elegido por lo que eres. ¿Me has entendido?

Jaime lo había entendido perfectamente. Él no era un destripaterrones, en su corazón era un mangante que aún no poseía las tierras suficientes para serlo. Pascual Martí adivinaba la ansiedad en su mirada y se alegraba de ello. Mientras el muchacho calculaba cómo salir airoso de aquella situación, el terrateniente lo tenía claro y pensaba: «En cuanto acepte jubilaré a Picó. De momento las cosas me vienen de cara.»

Jaime se encaminó a la puerta y el terrateniente no se movió de donde estaba.

—¡Espera! —lo detuvo cuando el chico ya tenía una mano en el pomo para salir—. Debo pedirte una cosa más: no cuentes a nadie la oferta que te he hecho. Ni siquiera a tu padre. De eso depende que la mantenga en caso de que te interese. Si no aceptas, igualmente espero de ti la misma discreción. Esto no ha sido más que una conversación entre tú y yo. Lo que pueda ocurrir en un futuro depende de eso. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que no debo decir nada de lo que hemos hablado hasta que sea cosa hecha.

El despacho estaba presidido por los retratos al óleo de dos mujeres. Jaime miró el de Ofelia, una belleza como no había visto otra. Que llevara bastón le era del todo indiferente. Había querido poseerla desde el día que la vio llegar al campo conduciendo la calesa con su padre al lado.

Ebrio de tanta novedad, salió de la casa y pensó que era un loco por imaginar lo que en modo alguno podía ser posible.

Desató a la yegua de la argolla clavada en el muro exterior, junto a la puerta por donde entraban los carros de Pascual Martí. Sin montarla, la llevó de la brida y se encaminó hacia su hogar, desafiando las miradas de la gente.

En casa, su padre lo esperaba sentado a la mesa para comunicarle el compromiso con Miguel Torres. Su madre tomó asiento al lado de su marido. Jaime, de pie, empinó el porrón y dio un largo trago.

—Me han dicho que estabas en casa de los Martí —observó su padre.

—Siuró se ha lastimado un pie cuando estaba en el campo que tienen junto al nuestro. Lo he llevado a casa de su amo.

—¿Y tenías que entrar en casa de un mangante?

Jaime no respondió. Irguiendo el cuerpo y sacando pecho, dijo:

—Olvide ese asunto y hábleme de cómo ha cerrado el trato con el padre de Lorenzo.

—Tienes razón, hijo. —Miró de reojo a su mujer y se aclaró la voz—. Miguel dice que se lo dejará todo a Benita.

—Era lo que estaba previsto. —El muchacho se había sentado y apoyaba un brazo en la mesa y el otro en el respaldo de la silla—. ¿Y de qué más han hablado?

—Ha querido saber si haremos lo mismo contigo y qué le dejaremos a tu hermana.

—Bien, también yo quiero saberlo, padre. ¿Qué le dejarán a Rosa?

Carmen había tomado la precaución de enviar a su hija a casa de los abuelos. No quería que estuviera presente cuando informaran a Jaime de una decisión que ni ella misma conocía.

—Le dejaremos la casa.

—Pero... ¿se ha vuelto loco? —gritó dando un puñetazo en la mesa—. ¿Dónde se ha visto que el heredero tenga que marcharse de la casa solariega?

—Si te casaras con otra heredera, también tendrías que elegir en qué casa vivir —intentó aplacar su madre.

—Si los Torres cumplen lo que han dicho, Benita lo será —observó Jaime—. Pero Rosa no lo es, madre. ¿A qué viene darle la casa?

—Los campos, los animales para cultivar la tierra, todos los aperos y cualquier bien o dinero que pueda haber serán tuyos —levantó la voz su padre—. Pero la casa solariega es para tu hermana. Será su dote y no daré mi brazo a torcer al respecto.

Jaime se paseó furioso por la estancia hasta que, con un dedo en alto, dijo:

—Entonces pongo como condición que la boda de Lorenzo sea antes que la mía. No compartiré techo con el primogénito de otra casa.

—¿Y si no tiene novia? —preguntó su madre.

—¡Que se la busque! —gritó él. Luego tomó aire y, haciendo esfuerzos por contenerse, aclaró—: Antes de casarme, padre, debo asegurarme de que ha dejado el trato bien atado. No quiero cargar con Benita a cambio de nada por nada del mundo.

Carmen y Pedro se miraron. No estaban acostumbrados a que empleara ese tono con ellos.

—Di, hijo, ¿acaso quieres a otra y no lo sabemos? —preguntó la mujer con preocupación—. Si fuera así, no querríamos obligarte a una boda que no desees.

—No quiero a ninguna. —Titubeó—. Solo exijo que el trato no me perjudique. Si he de perder parte de la herencia, al menos que valga la pena.

«Abre los ojos, desgraciado, y planta los pies en el suelo —se dijo mirándolos de hito en hito—. Tus propios padres han apedreado las posibilidades que tenías de prosperar.»

Se puso el sombrero y salió rabioso, dejando a Pedro y Carmen con el alma en vilo. Bajaba ya la escalera cuando oyó como su madre le advertía:

—Piénsatelo bien, hijo. Es una buena boda.

Jaime había trabajado con ahínco en el oficio que le gustaba, la tierra. Miraba con envidia las fincas de los ricos y solo se había permitido un sueño: trabajar como nadie para agrandar el patrimonio y casarse con la hija de un amo, aunque estuviera lisiada de un pie.

En ese momento lo que menos le apetecía era pensar en Benita.

A media tarde, bajo el sol sofocante de julio, Lina cruzaba el puente para acudir a la poco deseada cita semanal en casa de Ofelia.

Gabriel Allisá había comido en casa y se había quedado a hacer compañía a Carmina, excusada durante todo el verano de las visitas a Engracia. La mujer ya estaba bastante distraída asistiendo a las meriendas, tertulias y bailes que las madres organizaban cuando sus hijas volvían de los internados. Era la excusa que utilizaban para liberarse del aburrido invierno pasado entre rosarios, novenas y visitas de cortesía.

Lina no comprendía por qué Ofelia se empeñaba en no asistir a ninguna de aquellas celebraciones estivales con sus amigas ricas. Le había dejado muy claro que no soportaba bordar ni necesitaba su compañía.

—No te lo tomes a mal, Lina, pero si fuera por mí, no vendrías ni un jueves más.

Hacia aquel encuentro forzado se dirigía, pues, camino de casa de los Martí, para soportar a aquella avinagrada. No obstante, antes debía pasar por la tienda de Lorenzo.

Mientras se enjugaba el sudor de la frente y la nuca, no sospechaba que cuando saliera de aquella sastrería su destino habría cambiado para siempre.

Consuelo, subida a un taburete, estaba quitando el polvo de los estantes. El tintineo de la campanilla de la puerta la hizo darse la vuelta. Entró diligente en la trastienda.

—Sal, Lorenzo —ordenó bajito y con picardía—. Hay una jovencita a la que debes atender tú.

El muchacho salió con la cinta métrica colgada al cuello, el primer botón de la camisa desabrochado y la camisa arremangada.

—Necesito tela para un vestido de verano, Lorenzo. He de empezarlo pronto si quiero estrenarlo para las fiestas —le dijo la muchacha con cara de felicidad.

—Eso está hecho. Esta de color rojizo te quedará bien.

Desenrolló tela de la pieza sobre el mostrador. No se quitaba la media sonrisa de la cara.

—Se te ve muy contento hoy, Lorenzo.

—Si no hubieras venido esta tarde, habría ido yo a buscarte. Ha llegado el momento de que hablemos de nuestro futuro, cariño.

—No es necesario que lo hagamos. —Lina soltó el tejido que tenía en las manos—. Tu familia no me querrá para ti.

—Saben que te quiero y lo aceptan. Mañana, cuando cierre la tienda, iré a hablar con la señorita Carmina para hacérselo saber. Ya puedes adelantárselo.

—No vengas hasta que yo te avise, Lorenzo. Antes quiero hablar yo con ella.

—Me gustaría que este domingo vinieseis a comer a casa de mis padres. Tengo ganas de presentar a mi prometida a la familia.

Lina frunció el ceño. La buena noticia se le había atravesado solo de pensar que tendría que comer en la misma mesa que Benita.

—A tu hermana le dará un ataque. No somos demasiado amigas, ella y yo.

—Dale una oportunidad. Es buena chica. —Lina no respondió—. Deja el paquete aquí. Te lo llevaré mañana cuando vaya. Este corte de vestido te lo regalo yo.

Lina habría querido volver a casa sin perder un minuto, para comunicar a su tía la gran noticia, pero suspiró paciente mientras se encaminaba hacia casa de Ofelia.

Llegaba quince minutos tarde y sabía muy bien que Ofelia le haría pagar el retraso, pero llevaba muy dentro del corazón la declaración de Lorenzo y le traían sin cuidado las pataletas de aquella malcriada.

Por si esto fuera poco, había olvidado las labores en casa y tendría que pasarse dos horas mano sobre mano.

No le sorprendió que, para castigarla, Ofelia la hiciera esperar un buen rato. Mató el tiempo disfrutando de la sala. Le gustaba soñar que algún día tendría una estancia similar. Se sorprendió pensando que, cuando se casara, pediría a Lorenzo tela como la de aquellas cortinas estampadas con aves exóticas. Y también un sofá parecido a aquel en que estaba sentada. Y siguió fantaseando con cuánto le gustaría tener un costurero como el de Ofelia. Y no digamos un reloj como el del bufete que con los cuartos y las horas hacía sonar una música mientras se abría la puertecilla y unos enanos golpeaban un yunque con un martillo: ahora uno, ahora el otro.

La declaración de Lorenzo no la había puesto nerviosa en absoluto. Con él siempre se había sentido bien. La preocupaba su familia, pero al fin y al cabo, pensó, tampoco tendría que convivir con ellos. Pediría a su prometido que se quedaran los dos con su tía. Tampoco le diría nada a Ofelia hasta que la noticia fuera oficial.

—Por poco hago que te echen —la riñó tan pronto como abrió la puerta.

Absorta en sus ensoñaciones, Lina se sobresaltó. No la había oído entrar.

—Si quedamos a las seis, es a las seis y no a la hora que a ti te venga bien —se quejó la anfitriona.

—Tenía que pasar por la sastrería, Ofelia. No imaginaba que te enfadarías tanto por unos minutos de retraso.

—No me moriría de pena si no vinieras, la verdad. A ver, enseñame lo que has comprado.

—Con las prisas me lo he dejado... —mintió para salir del paso—. ¿Voy a buscarlo?

—¡Ni hablar! —De un tirón se colocó el bastidor de bordar en el regazo—. ¿Crees que no tengo otra cosa que hacer que esperarte? Trabajemos, anda.

—He olvidado las labores en casa. Hoy me parece que no tengo la cabeza en su sitio...

—No te preocupes, chica, que para los pobres siempre hay trabajo. Puedes devanar una madeja de hilo para mi abuela.

En medio de aquel aburrimiento, a Lina le venía bien ocupar las manos y el pensamiento. Las devanadoras giraban y ella iba formando ovillo. Tampoco era una buena conversadora. No tenía cotilleos que contar, y Ofelia, aunque hacía cinco años que pasaban juntas las tardes de los jueves, nunca compartía nada con ella.

Fingiendo que se trataba de simple curiosidad, la hija de Martí dijo de repente:

—Por cierto, Lina... ¿has oído algo sobre el compromiso de Benita Torres?

—No sabía que tuviera novio. —Abrió unos ojos como platos—. ¿Quién es?

—Jaime Siracusa. He oído cómo chismorreaban las criadas. —Ofelia suavizó el tono al decirlo—. De hecho, todavía es un rumor. Parece que las familias cerrarán del todo el trato cuando Lorenzo Torres tenga prometida. ¿Sabes algo de eso?

Lina dejó de ovillar en seco y la miró. Sabía que Ofelia jamás le perdonaría que no le hubiera contado que sería ella, pero de ninguna manera lo sabría antes que su tía.

—¿Por qué me miras? —Ahora mantenía un tono suave, lejos de la rabia con que la había recibido hacía una hora.

—Eres tan guapa, Ofelia... La chica más guapa del pueblo.

Y era cierto que lo pensaba. Como también que aquel cutis que parecía cubierto de polvo de rosas, sin una sola peca que lo afease, se le antojaba de una frialdad de nieve.

—Guapa y lisiada —se quejó la muchacha al tiempo que con los dedos ahuecaba con coquetería las brillantes ondas de su rubio cabello—. No es justo que la zafia de Benita Torres se case y yo no.

Dejó en la silla el bastidor de bordar y pulsó el timbre del servicio.

De pie daba gozo verla. Tenía un cuerpo bien formado y la cintura estrecha. La mirada azul y nítida solo se le crispaba cuando caminaba renqueando, apoyada en el bastón. Entonces, su elegancia perdía puntos en aras de dotar de estabilidad sus pasos.

No la hería tanto su defecto congénito, al que estaba acostumbrada, como las miradas de lástima a su alrededor.

—Trae mistela y pastas, Saturnina —ordenó cuando apareció la criada. Al quedarse de nuevo solas, murmuró—: Ahogaremos las penas.

Todas las noches, desde la tarde en que lo había visto salir del despacho de su padre, Ofelia pensaba en Jaime Siracusa. Lo evocaba una y otra vez con el sombrero de paja en la mano, los pantalones sucios de tierra seca y la camisa arremangada con cuatro botones desabrochados, que dejaba a la vista su pecho tostado por el sol y unos brazos musculosos con las venas marcadas.

Desde la ventana de la sala, la misma donde pasaba las tardes de los jueves bordando con Lina, había observado su paso firme calle abajo. Esa primera vez se prometió que aquel labrador destripaterrones sería su marido.

Antes de que su padre le enseñase a llevar la hacienda, hacía tiempo que había dejado de asistir a los bailes que se celebraban en casa de sus amigas. No podía soportar la cara de resignación de cada una de ellas cuando se quedaban por turnos a hacerle compañía. Ella estaba obligada a quedarse con su madre y sus abuelas, sin bailar. Odiaba hasta los tuétanos aquel «que no se aburra, pobrecilla». Tampoco toleraba la alegría de sus amigas, que corrían a compartir con ella la noticia: «Ofelia, querida amiga, quería que fueses la primera en saber que tengo novio.» Ni los comentarios de las amigas de su abuela: «La pobrecilla es tan guapa... Lástima que sea lisiadita.» Así hasta el día que ya no pudo soportar más el «pobrecilla» y se negó en redondo a asistir a ninguna fiesta más.

—No te faltarán pretendientes, tontita —la animaba su abuela—. Eres rica.

—Si mi valor se reduce a lo que poseo, abuela, entonces seré yo quien elija a mi pretendiente. Me trae sin cuidado que sea rico o pobre.

Cuando vio por segunda vez a Jaime, labrando el campo, ya no dudó que aquel muchacho era el marido que ella deseaba.

Sin embargo, el compromiso de Jaime con Benita la había destrozado. ¿De qué le servía tenerlo todo en la vida si no lo tenía a él?

Volvió a sentarse al lado de Lina, que devanaba una segunda madeja de hilo. Le ordenó que parase porque le crispaba los nervios el estúpido girar de las devanadoras.

Saturnina había dejado la merienda en la mesa y Ofelia bebió sorbitos de mistela en silencio, ajena a su compañera de labores.

De vuelta a casa, Lina caminaba sin prisa para relajarse. Era verano y el día se alargaba.

Encontró a su tía sola. Estaba descansando en su habitación, completamente vestida encima de la cama, salvo los zapatos. Gabriel ya se había ido.

Sin pérdida de tiempo, Lina le contó emocionada la petición de Lorenzo.

—¿No dices nada, tía?

Interpretó su mutismo como una negativa. Finalmente añadió entristecida:

—Entonces, mañana le diré que no venga, que no habrá compromiso.

—¡No digas tonterías, Lina! —Su tía tenía un nudo en la garganta—. Es la mejor noticia que podías darme. Mañana, cuando venga Lorenzo, lo recibiremos en el comedor. Será un acontecimiento muy especial.

—¿Pondremos el mantel bordado y las servilletas a juego?

—Y los platos de postre de la vajilla y las copas de cristal que traje del valle. Llevan casi dieciocho años guardados y nada me hará más feliz que disfrutarlos para una ocasión semejante.

Al día siguiente, Lorenzo llegó a las siete de la tarde.

Si había alguna situación novelesca que el muchacho habría querido vivir, sin duda era aquella.

Lina había preparado café, leche y pastelillos de cabello de ángel hechos por su tía. Exultante, el pretendiente anunció:

—Señorita Carmina, mi madre las invita a las dos a comer el próximo domingo. Quieren saludar a Lina y bendecir nuestro compromiso.

—Este domingo es demasiado pronto, Lorenzo. Vuelve el viernes que viene a la misma hora que hoy. Antes de dar el paso, querría que Lina se lo pensara bien.

Los jóvenes se miraron sin entender qué era lo que la muchacha tenía que pensarse. Pero no concedieron mayor importancia al hecho. Mientras merendaban, hablaron del tiempo y Lorenzo les comentó los trabajos que tenía pendientes de acabar y qué telas había encargado su tío para la temporada siguiente. Por su parte, Carmina habló sobre el valle donde había nacido y lo feliz que se sentía desde que Lina estaba con ella en Llonera.

Ninguno de los tres mostraba incomodidad, ni prisa alguna. No se hicieron preguntas inoportunas y mantuvieron una charla distendida.

Al cabo de una hora, Lorenzo se despidió hasta el siguiente viernes.

—Ya lo tengo pensado, tía —afirmó la muchacha cuando se quedaron solas.

—Deja que se lo cuente antes a Engracia. Quiero ser yo quien le dé la noticia. No le gustará enterarse por otros.

—¿Por qué esa mujer ha de bendecir todo lo que hacemos o dejamos de hacer, tía?

—Cuando te cases, todos mis miedos se acabarán, tesoro mío.

Esa fue toda la explicación que Lina recibió a su pregunta.

Esa misma semana, tía y sobrina visitaron a Engracia para darle la noticia.

Mientras las mujeres hablaban, Lina siguió a Alfonsa a la cocina.

—¿Aún te gusta tanto el chocolate? —le preguntó la criada—. Desde que vas a casa de la lisiada, ya casi no te veo.

—No te cae muy bien Ofelia, ¿a que no, Alfonsa?

—Pertenece al bando de los mangantes.

—Como también la señora Engracia.

—¡No vuelvas a decir eso nunca más! —saltó la criada—. ¿Me oyes, jovencita? Mi señora no es como el resto de los mangantes.

Acto seguido, la mujer se echó de bruces sobre la mesa, hundiendo la cara entre los brazos, y rompió a llorar.

—No quería ofender a tu señora, Alfonsa, de verdad que no —aseguró la muchacha, pasmada ante su reacción, mientras la abrazaba—. Perdóname.

—Cintita Crispel era prima mía, Lina. Tú no sabes nada de la desgracia que ocurrió en este pueblo hace veinte años, y más vale que no lo sepas nunca —sollozó—. Las dos teníamos la misma edad. Todos están enterrados fuera del cementerio, pobrecillos.

—No sé de qué me hablas, Alfonsa, pero me duele haberte hecho llorar. —Le acercó un vaso de agua—. Bebe un poco, por favor.

—Anda, ve al jardín a contemplar las flores, como cuando eras pequeña.

Lina le dio un beso y sonrió para sus adentros. Sabía por qué la sirvienta, que con los años se había convertido en una amiga, la enviaba afuera.

Alfonsa echó el cerrojo a la puerta del jardín para asegurarse de que la muchacha no la pillaría escuchando la conversación de su señora.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Engracia en ese momento—. Quién me iba a decir que la joven a la que ama Lorenzo es Lina. ¡Eso sí que es una gran noticia, Carmina!

Eso fue todo lo que Alfonsa llegó a tiempo de oír.

Cuando estaban en la puerta despidiéndose, Engracia felicitó a Lina. Alfonsa tenía los ojos húmedos.

Dos días después, Carmina estaba arreglando las macetas cuando vio que Benita se acercaba con un sombrero de paja y la cesta colgada del brazo. Admiraba la energía y el buen humor que aquella muchacha ponía en todo lo que hacía.

—¡Qué alegría me da venir hoy, señorita Carmina! —exclamó entusiasmada al llegar al porche

—. ¿Dónde está mi futura cuñada?

—En la cocina planchando, Benita.

—¿Puedo entrar?

—¡Claro que sí! Como si estuvieras en tu casa.

Antes de que Lina llegase a Llonera, Benita había pasado muchas tardes haciendo deberes de repaso en la cocina de la Señorita y la conocía bien. Dejó la cesta llena de hortalizas al lado del fregadero y se sentó frente a la joven.

—¿Hacemos las paces, Lina? Me gustaría que el domingo entráramos juntas en la iglesia.

—Pero ¿y la señora Teresa, acaso no irá a la iglesia?

—Mi madre casi nunca va a misa mayor —aclaró Benita—. El domingo que tiene ganas va a misa primera.

—Que venga Lorenzo a buscarnos. Iremos con él.

—¡Eso no es posible! No se vería bien... Antes ha de presentarte a mis padres.

Tanto si quería como si no, el domingo Benita se le colgó del brazo apenas verla. Engracia caminaba apoyada en Carmina.

Junto a la puerta de la iglesia, Lorenzo esperaba a que Néstor y Jaime se acabaran el cigarrillo antes de entrar. Siracusa miró muy serio a Benita y ella, al pasar por su lado, le sostuvo la mirada con altivez.

—Me han dicho que será tu prometido —comentó Lina.

—Tal vez sí, pero aún no está todo dicho.

—¿A qué esperáis?

—A que Lorenzo, como hermano mayor, tenga novia de manera oficial.

—Nunca entenderé a la gente de este pueblo, Benita. Aunque viviera aquí cien años, no os entendería.

Mordiéndose el labio para que no se le escapara ni una palabra, Benita pensó que tampoco ella entendería nunca qué veía su hermano en aquella mema.

Las dos muchachas se sentaron en el extremo del banco situado junto al reclinatorio de Engracia. Como todos los domingos, Carmina se hallaba sentada al lado de los bancos de las niñas. Al levantar la cabeza, intercambió una mirada con Gabriel, que ya ocupaba su lugar junto a los chicos.

—Hoy nos miran todos —comentó Benita a Lina en voz baja.

—Pues no hagas nada que dé que hablar.

Fingiendo rezar, Benita repetía para sus adentros: «He prometido a Lorenzo que la querré, la querré, la querré...»

Acabada la misa, la gente se entretenía en saludarlas por la calle al verlas pasar.

—Ya hemos llegado —confirmó Benita ante un portalón de doble hoja lo bastante ancho y alto para que pasara por él un carro cargado hasta los topes.

—¿Qué son esos golpes en la pared? —se asustó Lina cuando ya estaban dentro.

—Es la mula, que da coces en la cuadra. No tengas miedo, está atada.

—¿Y vive dentro de casa con vosotros?

—¿Dónde quieres que la tengamos? —se sorprendió Benita—. La casa es grande y tenemos cuadra, corral, bodega y henil. No debes tener miedo, cuñada, nosotros ocupamos el piso de arriba. No supondrás que vivimos con los animales, ¿verdad?

—Es la primera vez que mi sobrina ve una casa de labranza, Benita —intervino conciliadora Carmina—. Todo le coge de nuevas.

—¿Y el carro lo guardáis dentro de casa? —siguió preguntando Lina al verlo al fondo del zaguán.

—Cuando tienen que utilizarlo a diario, en época de cosecha, lo dejan en la calle.

—¿Dónde está Lorenzo?

El novio observaba desde el rellano del primer piso cómo la mujer de su vida subía la escalera de piedra. Antes de que tuviera tiempo de responder, se oyó la voz de Teresa, asomada a la barandilla.

—Este hijo mío es tan ceremonioso que no me ha dejado bajar a recibirlos en la entrada —se quejó, antes de abrazar a Lina una vez que estuvo arriba—. Bienvenida a nuestra familia, hija.

—Y yo soy el padre, muchacha —añadió Miguel Torres, que había seguido a su mujer. Viéndolos juntos, entiendo que mi hijo esté tan enamorado.

A Lina la tranquilizó ver que también estaban invitados el sastre y Consuelo.

«Lorenzo se parece a su tío», pensó.

—Hala, todos a la mesa, que los platos se enfrían —invitó Teresa, abrumada por tanta ceremonia.

Ayudada por Benita, acto seguido sirvió la comida.

Lina probó la sopa de cocido y le sorprendió el buen sabor que tenía. Aún encontró mejor el pollo. A ella nunca le habían atraído las cazuelas.

Benita la miraba satisfecha.

—¿Te gusta el guiso? Lo he cocinado yo.

—Está bueno —se limitó a decir.

Por más que Lina lo encontraba delicioso, se abstuvo de felicitar a la cocinera.

En la mesa, todos se mostraban amables con Carmina, Teresa más que nadie. Para ella no era la

tía de su futura nuera sino la hija del maestro, la Señorita, que siempre había sido cariñosa con sus hijos.

Cuando fue con Benita a la cocina en busca de los postres, se exclamó:

—Si he de ser sincera, hija, aún no le he encontrado las excelencias a la novia de tu hermano.

—No te preocupes, madre, yo tampoco, pero reconozco que Lina le pega más a Lorenzo que la guindilla a los caracoles.

Rieron con complicidad a la vez que cargaban con una fuente de natillas cada una.

Acabada la sobremesa, Lorenzo las acompañó a casa y el compromiso quedó confirmado a ojos de todos.

Hasta entonces, Lina solo había visto a Lorenzo en el ambiente que a ella le gustaba: rodeado de piezas de tela, material de costura y botellas de litro de colonia que desprendían su intenso perfume cuando se vertían en otras más pequeñas con la ayuda de medidores y embudos.

—No quiero vivir en esa casa, tía —se sinceró Lina cuando se quedaron solas—. No me gustan los olores que salen de la cuadra y del corral.

—Es una casa de labranza limpia y agradable, Lina. Piensas así porque no estás acostumbrada. Mis abuelos, bisabuelos tuyos, fueron campesinos.

Pese a las palabras de Carmina, la muchacha pensó que Lorenzo no parecía hijo de sus padres. Pero se abstuvo de comentarlo en voz alta.

Al día siguiente, al salir de la sastrería, el chico la visitó de nuevo. Excusándose en que tenía trabajo en el piso de arriba, Carmina los dejó solos.

Él le cogió la mano por primera vez y Lina, al sentir el contacto, la retiró. Aquel gesto de Lorenzo no tenía nada que ver con las miradas y conversaciones que habían tenido hasta entonces en la tienda. De repente, le parecía un desconocido.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, desconcertado por su reacción.

—No sé cómo explicarlo... He sentido un escalofrío.

Permanecieron sumidos en un silencio que Lina consideró odioso.

Lo rompió el muchacho:

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero, Lina?

—Con palabras, no.

—Creí que no eran necesarias.

—Yo también lo pensaba, pero ahora... —La joven dudó—. Cuando me has tocado, me he dado cuenta de que me faltaban.

—Te quiero desde que tenías diez años. En mi corazón solo cabes tú.

—Cógeme otra vez la mano, cariño.

Rodeándole la cintura con un brazo, la acercó a él y le dio el primer beso en los labios.

A continuación descubrieron que con el beso acababan de entrar en el mundo de los adultos.

Lina comprobó que por mucho que quisiera a Carmina, Lorenzo acababa de adelantarla. Él empezaba a ser parte de ella misma.

—Si me quieres como dices, Lorenzo, ¿me concederás un deseo? —le preguntó con la cabeza apoyada en su hombro.

—Te daré lo que quieras. Ahora y siempre.

—Pues quiero que cuando nos casemos vivamos aquí con mi tía.

—Sí, amor mío. Mientras sea posible, viviremos en la casa del maestro.

—¡Siempre! ¿Me lo prometes?

—Siempre —repitió él sin tener en cuenta que no podría cumplir indefinidamente su promesa.

Allí y en ese momento, lo único que el muchacho comprendía era que por aquel ángel sería capaz de dar la vida.

Enterada del compromiso de Lina, Ofelia se ofendió tanto con ella por no haber compartido el secreto que le pidió que no volviera a su casa nunca más.

Lina se marchó impulsada por la rabia y la humillación de haber sido echada sin motivos. Atravesaba la plaza porticada, donde algunos lugareños jugaban al dominó, cuando de una mesa se levantó Macario Crispel.

Se plantó ante ella. Tenía las mejillas hundidas y mal color de cara.

—Muchacha, quiero morir en paz. Dile a tu tía que he quitado los paños negros del balcón.

Lina no entendió a qué se refería. Pensó que eran simplezas de un viejo que había perdido el juicio y no hizo caso.

Solo a la hora de cenar volvió a pensar en ello.

—Por si la vergüenza que me ha hecho pasar Ofelia no fuera suficiente —le contó a una Carmina atónita—, un viejo majadero me ha parado en medio de la calle para que te diga que ya ha retirado los paños negros del balcón.

Con el sobresalto, a su tía se le cayó el vaso de vino.

Tardó lo suyo en rehacerse. Solo entonces confió a su sobrina la historia que le había referido Engracia.

Lina recordó entonces la reacción de Alfonsa el día que nombró a su prima muerta, Cintita Crispel, y lloró tanto. De repente lo entendía todo.

—No debes preocuparte, tía. Me casaré con Lorenzo. Si tengo una hija, la querré con locura y

jamás me separaré de ella.

Mientras asentía con la cabeza a las palabras de su sobrina, Carmina pensaba en Alfonsa Crispel, la criada acusica, huraña y maleducada que escuchaba a escondidas y a la que tanto había temido.

Lo que Carmina no imaginaba era que había sido precisamente Alfonsa quien, sabiendo que su tío había adivinado su secreto, había protegido a Lina contra su juramento todos aquellos años.

Hacía semanas que la calma había huido de nuevo de casa de los Torres. Ahora que el asunto de Lorenzo estaba cerrado, madre e hija discutían por cualquier nimiedad.

—¿Qué te pasa que ya no cantas, Benita? —la instigaba Teresa.

—Hace tres domingos que Lorenzo os presentó a Lina y Jaime sigue sin sacarme a bailar. Me mira sin decir ni pío y eso me pone nerviosa.

—Ya lo hará... Ten paciencia.

—¿Sabes lo que te digo, madre? Que a Jaime se lo confite otra, que yo no lo quiero.

El domingo era la fiesta de la Virgen de agosto. La tía Consuelo le había hecho un vestido azul celeste con una flor de organdí muy pomposa cosida en un lado, bajo el hombro izquierdo. Por mucho que Benita se quejó de que no quería lucir aquella especie de coliflor en el pecho, Teresa se mantuvo en sus trece y no permitió que la tía descosiera la flor.

La tarde del 15 de agosto, la sala de baile del Sindicato brillaba más que cualquier domingo del año, con todas las muchachas estrenando vestido y peinado de peluquería.

Benita se mustiaba sentada mientras todas sus amigas bailaban. Se moría de rabia e incomodidad porque todo el mundo la miraba.

El viernes había armado la gorda cuando su madre la envió a la peluquería de Margarita.

—Nada de trenza, ya eres mayor —le había dicho—. Que la peluquera te haga un moño muy alto.

Ella había ido y cuando le hicieron lo que había pedido su madre, como tenía la cabellera muy espesa, le parecía que le habían pegado un pan de cuarto de kilo en la cabeza.

Con tal resultado, la peluquera la convenció de que, con la cara redondita tan mona que tenía, la favorecería mucho, pero que mucho, la nueva moda *à la garçonne*. Le enseñó la revista de modelos que el representante de tintes le había traído de Madrid y Benita dijo:

—Adelante.

Al volver de la peluquería, se sentó bajo el manzano del huerto de casa, resignada a recibir todos los gritos que su madre le endilgaría al descubrir su cabello cortado a ras de oreja.

Cuando Teresa, a punto de sufrir un síncope, le preguntó por la trenza, ella la dejó sobre la mesa, envuelta en papel de periódico, como si fuera una merluza.

No se le ocurrió otra explicación que:

—Me pesaba mucho, madre.

Llevaba ya tres cuartos de hora en el baile y Benita observaba cómo Néstor bailaba muy serio con otras chicas, mientras Jaime fumaba un cigarrillo tras otro y bebía en el rincón de siempre con sus amigos.

Obedeciendo a un gesto de Carmen Siracusa a su hija, Rosa cogió a Benita para bailar un vals con la que sería su cuñada, si el trato de sus padres se cumplía.

—Te queda muy bien la melena corta, Benita. Todas las niñas ricas han vuelto de la ciudad con el pelo como tú. Quizás ahora mi madre dejará que me lo corte.

—No le gusto a tu hermano, Rosa. Eso en tu familia deben de saberlo. —A ella la traía sin cuidado cómo llevaran el cabello las ricas—. Todos han jugado conmigo, poniéndome la miel en la boca.

—Espera un poco, querida amiga. Todo llegará...

—Aquí me tienes sola en el baile como una viuda, y ni siquiera estoy prometida. Ya no me saca a bailar ningún chico. Ni siquiera Néstor.

—No lo hacen porque todos saben que serás la novia de Jaime.

—¡Pues no parece que él lo sepa! —rezongó Benita mientras evolucionaban cerca de donde se encontraba el muchacho.

«Maldita sea la hora en que Siuró se dislocó el pie», pensaba él con el cigarrillo en la mano al ver como su hermana y Benita bailaban juntas.

Le gustaba la hija de los Torres, aunque ni tanto ni del modo como él habría deseado. Ya no era la chiquilla regordeta que les hacía la pascua cuando Lorenzo y él jugaban. No era muy alta ni llamaba la atención por la esbeltez del talle, pero tenía una cara bonita y un cuerpo bien proporcionado. Aquel peinado la favorecía, mucho más que la trenza larga, y no se podía negar que era divertida y lista.

«¡Vamos allá!», se decidió de repente, mientras vaciaba el vaso de un trago y lo dejaba sobre el mostrador.

Empezaba a sonar un pasodoble.

Sus amigos hicieron un alto en la conversación al ver su gesto. Jaime se acercó a Benita, que volvía a sentarse, y alargando la mano le ordenó:

—Vamos a bailar.

Cuando la cogió por la cintura y juntaron las manos, la joven perdió toda su seguridad. Supo que no volvería a pertenecerse a sí misma, tanto si se casaban como si no.

—Es la primera vez que te veo bailar, Jaime —le dijo, disimulando su emoción—. ¿Estás al corriente de lo que dicen de nosotros? ¿Cómo es que nunca bailas?

—Todavía no somos novios, así que no preguntes tanto.

En medio de la conversación, Benita fue consciente de que aquel hormigueo que le rondaba por debajo del ombligo desde que él le había puesto la mano en la cintura, volvería a sentirlo cada vez que la tocara.

Acabada la pieza, Jaime no la dejó sentarse para esperar al siguiente baile.

—En esta sala, Benita, no hay ninguna otra chica a la que habría elegido para bailar aparte de ti.

—¿Significa eso que seremos novios?

—Aún tengo que decidirlo.

—Por si te sirve de algo, a mí me gustaría.

Él sonrió y se miró en aquellos ojos risueños, tan parecidos a los de Lorenzo. Le gustaba su nariz pequeña y aquellos labios carnosos que de repente deseaba mordisquear.

Bailaron juntos el resto de la tarde, hasta que pararon los músicos. Al acabar, la acompañó a su sitio.

Carmen Siracusa, en la silla contigua, lo miraba con todo el amor del mundo.

—¿Por qué me miras tanto, madre?

—Jamás imaginé que bailaras tan bien, hijo.

Jaime nunca se había sentido atraído por las aventuras amorosas. Imaginaba la vida como un campo que había que arar y plantar según la conveniencia del momento. Tener mujer e hijos formaba parte del engranaje.

El lunes, mientras se encontraba en el huerto con su padre, decidió que le contaría la propuesta del terrateniente.

Pedro Siracusa esperaba paciente la respuesta de su hijo sobre el compromiso con Benita, de manera que se quedó helado.

—Pascual Martí me ha pedido que le podes los olivos de la finca que linda con la nuestra, padre. Le diré que sí.

—¡Antes muerto! No trabajarás para un mangante.

—Los tiempos cambian. Si quiere que me case con Benita, podaré los árboles de los Martí.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? —protestó dolido su padre—. Cuando te cases con Benita tendrás suficiente trabajo con la tierra de los dos. No te quedará ni una hora libre para ser el mozo de nadie.

—Me ha ofrecido venderme la finca a buen precio. Agrandaría la hacienda.

—Ahí hay gato encerrado, hijo. Los ricos no venden, compran.

—Siempre podré dejarlo si no me conviene.

—Cuando juntemos campos con los Torres no podrás con todo. Miguel y yo nos hacemos viejos.

—Cogeré jornaleros.

—¡Estás loco! ¿Cómo piensas pagar a jornaleros? Ese hombre te ha hecho perder el juicio. Los de nuestro bando nos ayudamos unos a otros, no nos alquilamos por un sueldo.

—Padre, no me pasaré la vida siendo un gañán. —Jaime no estaba dispuesto a ceder.

—Si aceptas el trabajo de Martí, seremos la vergüenza de los nuestros y perderemos amistades. Piénsate bien lo que decides, Jaime. Dios no quiera que vuelva la guerra de los Crispel.

—¡Ya basta, padre! Estoy harto de esa cantinela que nos impide prosperar. Seguro que si Pascual Martí hiciera esa oferta al hijo de los Maulets, le diría que sí. Ustedes han vivido su tiempo. Yo viviré el mío.

—Qué casualidad, ahí llega ese cabronazo. —Pedro Siracusa señaló el camino—. Al igual que el diablo, al que es mejor no mencionar si no quieres que se te aparezca, ahora viene el mangante más grande de todos. Viene muy arrogante a lomos de su caballo negro, tan negro como sus intenciones.

El labrador dio dos golpecitos en la espalda a su hijo y se fue hacia la casa, con la azada al hombro.

—Buenos días, chaval —saludó Pascual Martí sin apearse del caballo—. Me han dicho que te han buscado novia.

—Eso es cosa mía. Con usted solo he de hablar del trato.

—¿Trato? Ah, sí. Quedamos en que me podarías los olivos.

—Y también en que si lo hacía, me vendería a buen precio los bancales que lindan con los nuestros.

—Siracusa, aún tienes mucho que aprender —observó burlón el otro—. Para empezar, yo no hago tratos junto a un ribazo. Pásate por casa cuando vuelvas del campo, si todavía quieres hablar de ello. Y otra cosa: que sepas que nunca me lo juego todo a una carta —le advirtió al tiempo que fustigaba el caballo y salía trotando.

Jaime trabajó colérico el resto de la tarde.

De regreso, cuando ya se desviaba hacia casa de los Martí, hizo girar la mula y fue primero a lavarse y cambiarse de ropa.

Enterada por su padre de la posible visita de Jaime Siracusa, también Ofelia había hecho que le repasaran el peinado.

—¿Cómo sabes que vendrá, padre? Es un destripaterrones orgulloso.

—Me he encargado de untarle de miel el deseo. Tengo suficiente olfato para reconocer que es ambicioso. Su idea fija es prosperar.

—¿Y es de fiar? —preguntó ella con falsa ingenuidad.

—Eso tendrás que descubrirlo tú. Todavía puedo estar a tu lado mientras aprendes. Al menos, Siracusa te servirá para que aprendas a calibrar a las personas.

La criada los interrumpió para avisar de que la visita había llegado.

—Ordena que lo hagan esperar, padre. Si ha de trabajar para nosotros, es preciso doblegar su orgullo.

Ofelia se sentía muy herida por el compromiso de Jaime con Benita Torres. Las palabras de su hija hicieron dudar a Pascual Martí si era acertado hacer entrar en casa a Siracusa. Él era un hombre de mundo, pese a que tenía su reino en un pueblecito llamado Llonera. La reacción de la muchacha ponía de manifiesto un enamoramiento oculto, el deseo de retenerlo en casa para darle tiempo de prendarse del poder y el lujo de los Martí.

Sin embargo, ahora el cacique sabía que no podría casarlo con ella. Aquel imprevisto inesperado le obligaba a introducir cambios en sus planes.

Al mirar a Ofelia, no comprendió cómo le había pasado desapercibida aquella belleza y aquella fuerza que él había engendrado. Su mujer había sabido ocultarla a sus ojos, empujándola detrás de aquella cojera que no disminuía en absoluto sus capacidades.

De repente recordó el día en que su mujer había parido a la niña. Pascual Martí se dijo entonces que debían ir a por el varón. «No podrá ser, Pascual —había sentenciado el médico—. Elvira no tendrá más hijos.»

El que debía ser el acontecimiento más feliz de su vida, el día que nacería el heredero de casa Martí, le resultó el más funesto.

«Tu hija ha nacido con un pie lisiado. Será coja para siempre.» Muy alterado, fue a la habitación donde descansaban madre e hija y vio en la cama a dos preciosidades envueltas en encajes. «Os quiero igualmente», había dicho Pascual dando un beso a cada una.

Elvira había convertido a Ofelia en su juguete. Veía su minusvalía como una bendición, siguiendo las consignas de la abuela: «No es ninguna desgracia, hija; si no se casa, mejor. Será toda tuya.»

Sin embargo, la muchacha no era ninguna discapacitada. Por sus venas corría la sangre de su padre: era fuerte, luchadora y estaba decidida a comerse el mundo aunque fuese apoyada en un bastón.

Mientras su padre se perdía en aquellos recuerdos, Ofelia consideró que Jaime ya se habría desasosegado lo suficiente contemplando cuadros y muebles que él jamás tendría en su casa.

—Ahora ya podemos hacerlo pasar, padre.

Pascual Martí asintió con la cabeza.

—Ofelia, quiero que la primera conversación la tengamos a solas el muchacho y yo. Hazlo pasar tú misma y espera fuera.

No le gustó nada aquella orden.

Salió del despacho. Jaime, que esperaba de pie en la antesala, se sintió intimidado cuando ella se le acercó altiva hasta plantarse a solo dos palmos de él.

—Ordena mi padre que entres.

Airado por el menosprecio de su tono, la apartó bruscamente olvidando que era coja y ella se tambaleó.

Se apresuró a abrazarla a fin de que no cayera y, con la proximidad, la descubrió sin coraza, con la expresión de sobresalto que le había causado aquel golpe de debilidad.

Ninguno de los dos habló.

Jaime hincó una rodilla en el suelo para recogerle el bastón mientras ella se sujetaba a su hombro. Luego Ofelia se sentó en una silla de la antesala y el joven entró en el despacho ocultando su turbación.

—Siéntate y coge un puro —le ofreció desde el sillón el terrateniente.

—No hace falta, gracias. Fumo de petaca. ¿Le importa?

—Me apestarás el despacho de tabaco barato, pero hazlo.

—He venido a hablar de su oferta —dijo el muchacho con firmeza.

—¿Y se puede saber qué te he ofrecido yo?

—Le podaré los olivos de balde y usted me venderá la finca.

Pascual Martí prorrumpió en carcajadas y Jaime se levantó furioso de la silla para marcharse.

—¡Siéntate! Eres un zoquete. Te creía más inteligente que los demás, pero veo que andaba errado. ¿Por qué ibas a podarme cien olivos si tuviera que vendértelos ahora mismo?

—Usted dijo...

—¡No dije nada de eso!

Se contuvo para no dar un puñetazo en la mesa, limitándose a esbozar el gesto. Sospechaba que su hija estaba al otro lado de la puerta y no quería asustarla.

—Eso es lo que tú quisiste entender. Ahora calla y escucha. No sé por qué cojones estoy hablando con un pelagatos como tú. Hace tres semanas tenías para mí un valor que ya no tienes.

—Entonces, ¿qué hago aquí?

—Ofelia es la heredera de mi patrimonio. Es lista y he decidido enseñarle a llevar las cuentas de todo, pero necesito un capataz leal y fuerte que mire por las tierras sobre el terreno mientras ella lo hace desde el despacho.

—¿Y Picó? —preguntó desconfiado.

—Te enseñaré hasta que lo jubile. El trato contigo será por cinco años, eso fue lo que te dije. Transcurrido ese tiempo... quizás hablemos del precio del campo. ¿Aceptas?

—Tengo que pensarlo.

—¡Ya no hay nada que pensar, zopenco! Serás bien pagado. O aceptas o te largas.

Jaime miró el retrato de la muchacha y sintió que por nada del mundo quería perderla.

—Acepto.

En tono triunfal, Pascual Martí pidió a Ofelia que entrase. Una vez estuvo sentada al lado de Jaime, le comunicó el trato que acababan de cerrar.

La joven sostenía el bastón con la empuñadura de oro que representaba la cabeza de un águila.

Pascual Martí contempló a ambos en silencio. Aun sabiendo que ya no los casaría, reconoció que tenía ante sí a la mejor pareja de la comarca.

En espera de sus órdenes, los dos jóvenes permanecían callados y con la mirada alta.

—¡Ahora marchaos!

Esta vez Jaime apartó la silla para que no estorbase el paso de Ofelia y ella se lo agradeció con un tímido «gracias».

Al quedarse solo, saboreando el puro con calma, calculó nuevas alternativas para asegurar el futuro de la hacienda de su hija.

Estaban ya en 1927 y era notorio que el Gobierno de Madrid empezaba a tambalearse. Ahora bien, a él lo que de verdad lo preocupaba era el rumor de que Primo de Rivera quería extender los comités paritarios al campo. Por decreto, el Gobierno ya se había inmiscuido en los conflictos entre patrones y obreros en la ciudad.

Nada más lejos de su idiosincrasia que perder ni un ápice de poder sobre sus tierras. No dejaría que ningún sindicato le marcara sueldos y condiciones.

Al pensar en ello, Pascual Martí se aferró con fuerza a los brazos del sillón. Él nunca había sido un entusiasta del dictador. Desconfiaba por naturaleza de aquellos que aspiraban a contentar a todos.

Olfateaba acontecimientos en el horizonte que lo mantenían alerta. Su intuición lo llevaba a no obviar el papel que tenía destinado a Jaime. Le convenía que un muchacho como él estuviera de su parte. Captaba en Siracusa una promesa de hombre fuerte y ambicioso, que, por su estatus, sería escuchado por los de su clase si en un futuro los sindicatos armaban bulla.

Al mismo tiempo, también veía en él la ambición de querer pertenecer al poderoso círculo de los de arriba. El cacique sabía que un hombre así lo defendería en su condición de amo, porque él, Pascual Martí, era la personificación del poder que Jaime Siracusa acariciaba poseer algún día.

Dando una profunda chupada al puro, pensó: «En eso confío.»

Tercera parte



Los nervios la mantenían despierta. La víspera de su boda, desde la ventana de su dormitorio Lina miraba la sombra lejana del campanario rodeado de casas. La misma primera imagen del pueblo que un día muy lejano había contemplado desde el coche de línea al lado de Anastasia.

Ocho años después, aún vivía al margen de Llonera.

Su animadversión le había impedido apreciar la belleza de las balaustradas de madera de algunos balcones, los soportales medievales que enclaustraban la plaza Mayor, las ventanas con arcos de medio punto que ventilaban algunos desvanes, el retablo gótico de la iglesia, los rosetones con vidrieras y tantas otras cosas que convertían Llonera en un lugar bello.

Aparte de la plaza de la iglesia, que estaba pavimentada con adoquines en espiga, seguía siendo un pueblo de calles de tierra que las mujeres barrían todas las mañanas a primera hora. La plaza, con el ayuntamiento en uno de los lados, centralizaba la vida social. La tertulia de los ancianos, que se encontraban allí para pegar la hebra y disfrutar del sol en las mañanas de invierno, la amenizaban en verano sentados en los mismos bancos de piedra, que recibían la sombra de los plátanos.

Unas pasarelas en forma de arco sobrevolaban las esquinas de las calles más antiguas de la villa. Acogían pasillos o habitaciones construidos encima que ampliaban la casa y abrían ventanas que miraban unas calle arriba y otras calle abajo. Se daba el caso de que una misma vivienda tuviera una entrada por la acera de los pares y otra por la acera de los impares.

Llonera había crecido rodeando la iglesia hasta que la barrera del río impidió nuevas construcciones y hubo que abrir calles hacia la huerta. Lo cual lo había convertido en un pueblo de calles empinadas en la parte más antigua y cómodamente llano en la nueva.

Que Lina tuviera una acequia cerca de casa donde hacer la colada suponía una comodidad que, por otra parte, había jugado en su contra. Era en los lavaderos públicos donde las muchachas, entre risas y quejas, lavaban la ropa al mismo tiempo que los rencores, donde blanqueaban las sábanas y las vergüenzas. Entre aclarado y aclarado hacían amistad y deshacían enemistades.

Por el mero hecho de no mezclarse con las demás, ella nunca había dejado de ser una forastera. Al margen de la escuela y los juegos en la calle, las hijas de los campesinos se reencontraban en verano en la siega, en la trilla, en las fiestas que durante la cosecha se celebraban en las masías por la noche, cuando se quedaban a dormir porque los campos estaban lejos del pueblo. Era bajo las estrellas donde, tras las labores del día, se aventaban a porrillo canciones, risas y chistes.

—¿Qué es lo que no te gusta del pueblo? —le había preguntado el maestro en cierta ocasión.

—La gente, Gabriel, no puedo evitarlo —respondió ella con aire de cansancio—. Desearía que no fuera así, pero hay algo que me da miedo y no sé identificar. Me intranquiliza la gente.

—¡No conozco un pueblo más tranquilo que este, Lina! —se sorprendió Gabriel.

—Me parece tranquila la cocina de Alfonsa y la tienda de Lorenzo y esta casa y la tuya y la de Ofelia... si ella no estuviera, claro. Voy por la calle y me asustan las mulas y los carros. Incluso me

dan miedo los perros. Y tampoco me gusta que las mujeres que hacen calceta en los portales me miren cuando paso.

—Tú no sabes lo que significa vivir entre disturbios de verdad, Lina... Yo mismo hui atemorizado de Barcelona hace diez años, y, por lo que me escribe mi hermano, todo sigue como siempre, apestado por la política.

—No sé nada de esas cosas que dices. —Acabada la edad escolar, Gabriel se había convertido para ella en una presencia familiar—. He pasado mis dieciocho años repartidos entre el convento y esta casa. No me apetece ir a ninguna otra parte. Reconozco que la gente no tiene la culpa, pero, sea por lo que sea, me cuesta hablar con los lugareños y entenderlos.

A Lina la importunaba pensar en todo aquello justo la noche antes de casarse. Lorenzo le había prometido que siempre vivirían con Carmina y en aquella casa.

Delante de la propiedad se veía, como un espectro al claro de luna, la mesa desnuda preparada para el banquete en la era. Esa misma tarde, los amigos de Lorenzo se habían ocupado de cargar en los carros sillas y mesas suficientes para montar una lo bastante larga para que cupiesen todos.

Un escalofrío le hizo cerrar la ventana.

Detrás de la puerta colgaba el vestido de novia. Retiró la sábana blanca que lo protegía del polvo y acarició con la mejilla la suavidad de la seda.

«Los cambios de fortuna suceden en un instante, Lina, pero se preparan tiempo antes y se cocinan tiempo después», le había dicho Alfonsa, y le recomendaba que metiera un pellizco de lentejas dentro de la bolsita del pañuelo, la de blonda que le había regalado Engracia y que hacía juego con la mantilla.

Por fin, a la una y media de la madrugada logró conciliar el sueño.

Cuando Carmina entró a despertarla, de buena mañana, la casa entera olía a caldo, asados, pastelillos, confituras y almendrados.

La peluquera le trenzó y enroscó el cabello en un moño y rodeó el peinado con un lazo de organdí. Al ponerse el vestido, un dos piezas de raso de seda de color avellana con canesú de encaje, largo hasta media pierna, Carmina despidió a la peluquera.

Una vez solas, abrió la tapa de nácar del joyero. Cogió una medalla de la Virgen que colgaba de una cadenilla de oro y unos pendientes.

—Todo era de tu abuela. Ahora es tuyo, Lina.

La muchacha se contempló satisfecha en el espejo de la cómoda.

—Me cuesta imaginar que dentro de unas horas estarás casada. —Al decirlo la abrazó y apoyó la cabeza en la suya. Quería a la hija de su hermana como si fuera propia y había esperado aquel día con el ansia de cualquier madre—. Parece que fue ayer cuando llegaste de Lérida con aquella maletita ajada.

—Habría preferido casarme en junio, tía, en vez de en abril. ¡A Lorenzo y a mí nos da igual que junio sea el tiempo de la siega! Ninguno de los dos somos campesinos.

—Pero tus suegros sí que lo son. Dentro de unas horas la familia de Lorenzo también será la tuya. Y abril es igual de bonito.

—Esperemos que no llueva.

—Ha salido un sol radiante, no te preocupes. Démonos prisa, que están todos en el patio esperándote.

—Antes haz subir a Alfonsa, tía. Quiero que me vea.

Refunfuñando, Carmina bajó a la cocina. Alfonsa y dos mujeres más ultimaban el banquete para cuando novios e invitados volvieran de la iglesia.

Sobre la mesa del comedor estaban apilados la vajilla, los vasos y los cubiertos que sacarían a la mesa de la era, así como los manteles bordados que Benita le había ayudado a planchar el día anterior.

—¿Has metido en la bolsita del pañuelo lo que te di? —preguntó emocionada la criada de Engracia al verla vestida, peinada y calzada para la ceremonia.

Lina le enseñó la bolsita blanca que le colgaba de la muñeca derecha.

—Sí que lo he hecho, Alfonsa. Por cierto, a la hora de comer quiero que te sientes a la mesa con los invitados, ¿de acuerdo?

—¡Déjalo correr! No insistas. Me quedaré en la cocina atendiendo a que todo vaya como es debido. Eso sí, me gustaría verte salir hacia la iglesia desde esta ventana. Hay una buena vista. Te miraré hasta que cruces el puente. —La criada se dirigió a la tía, que se mantenía callada junto a la puerta—. ¿Puedo quedarme, señorita Carmina?

Esta asintió con la cabeza mientras ayudaba a Lina a ponerse la chaqueta sastre de terciopelo beis. No comprendía el afecto que su sobrina tenía a aquella mujer.

—¿Qué te ha hecho meter en la bolsita del pañuelo, Lina? —le preguntó al oído a punto de salir al porche.

—Lentejas crudas. Dice que dan buena suerte.

Eran las diez de la mañana. Gabriel, que era el padrino, ofreció el ramo y su brazo ante la mirada deslumbrada del novio. Abrían el cortejo Lorenzo con Benita, que era la madrina, y detrás la novia y el maestro; seguían en fila de dos en dos Carmina con Engracia, Teresa con Miguel Torres, el tío sastre y Consuelo, el matrimonio Siracusa, Rosa cogida del brazo de su hermano Jaime, y el resto de los amigos de Lorenzo, de Benita y de la familia.

Invitada por Carmina a despecho de su sobrina, Ofelia se sumó al grupo al lado de la Señorita cuando pasaban por delante de su casa.

En la plaza de la iglesia esperaba la calesa de los Martí para que, concluida la ceremonia, Jaime

condujera a Ofelia hasta el lugar del banquete. Al verla, Benita frunció el ceño.

«Eso significa que volveré sola», pensó.

Ese mediodía se sentaron a la mesa una treintena de comensales.

Las dos ayudantes que había elegido Alfonsa servían a todos siguiendo sus órdenes. La criada estaba al acecho de que aquel día no se sirviera a nadie antes que a su Lina, ni siquiera a mosén Tomás o la señora Engracia. Y menos aún a la señorita Ofelia.

Aunque se sentía feliz por los novios, a Carmina se le encogía el corazón al mirar a los jóvenes que en menos de un mes irían a cumplir el servicio militar a África. De todo el grupo, el que más la preocupaba era Néstor. Por su temperamento, sabía muy bien que Jaime se las arreglaría mejor. Ambos habían tenido la misma mala suerte en el sorteo. El resto de los muchachos de la quinta estaban repartidos por las Canarias y la Península.

También Lorenzo había sido reclutado, pero se había librado. Su tío el sastre había pagado a otro chico para que fuera en su lugar.

Justo el día anterior, mientras merendaban en la cocina tras descargar las mesas, Carmina había asistido a una discusión entre los jóvenes sobre ese tema. Lorenzo había comentado a Néstor que, según las noticias de la radio, el Protectorado español en África estaba tranquilo y que no debía preocuparse.

El muchacho no había podido por menos que replicar:

—Sí, Lorenzo, pero no todos tenemos como tú un tío que nos libre de ir. —Acto seguido buscó el apoyo del amigo al que, como a él, también le había tocado África—. ¿A que no, Jaime?

Siracusa no abrió la boca.

Hacía justo una semana Pascual Martí le había comunicado que se libraría de ir porque él mismo había pagado al sustituto. Jaime solo se lo había contado a los de casa y a Benita.

Engracia apuraba con la cucharita los restos de tarta del plato y también pensaba en los muchachos. Al verlos a todos tan arreglados a la mesa, celebrando la boda del amigo, no podía evitar pensar en su hijo Alberto, que había caído en Marruecos casi veinte años atrás durante la guerra de Melilla.

Con un hondo suspiro, murmuró cual si se le desprendiera un pensamiento:

—Quién sabe si volverán, pobrecillos...

—¡Claro que volverán! La guerra acabó el año pasado, señora Engracia, el moro se rindió —quiso tranquilizarla Gabriel—. Durante todo este mil novecientos veintiocho ni la radio ni los periódicos han comunicado que haya habido ningún conato ni batalla alguna.

—Las guerras se inician en un visto y no visto, señor maestro —rebatía Engracia—. Además, los de allá abajo no son buena gente, y tienen enfermedades que pueden matar tanto como las balas. Toda la culpa la tiene ese generalote que no deja mandar al pobre Alfonso XIII.

Para Engracia, cualquier problema del mundo se debía al dictador, que, según ella, había enviado a hacer gárgaras la tranquilidad del país con su manía de modernizarlo y de meter mano a todo lo que ya estaba bien.

A su lado, mosén Tomás, que tampoco estaba demasiado de acuerdo con el Gobierno, repetía su premisa como una letanía:

—Dios, un buen rey y fuera partidos.

—Puede que España haya ganado la guerra de África, Gabriel —intervino Carmina—, pero en Llonera todavía se lloran hijos mal enterrados por aquellas tierras.

El maestro se disponía a responder, cuando ella le indicó con una mirada que no siguiera removiendo ese asunto. Le había contado la muerte del hijo de Engracia y no quería que esta se entristeciera por los recuerdos en un día como aquel.

Él lo entendió y le dirigió una sonrisa al tiempo que se servía otra porción de tarta y ofrecía a los demás.

Los clarinetes que entonaban un pasodoble acapararon la atención de todos los comensales. Lejos de aquellas torpes conversaciones, los jóvenes habían iniciado el baile.

A la mesa solo quedaban los adultos y Ofelia. Mosén Tomás se sumó a la cháchara de las mujeres de los hermanos Torres y de Siracusa sobre futuros bautizos. Los hombres, ya bien achispados por el vino, reían ante el rubor del cura y se levantaron diciendo que abandonaban aquella mesa repleta de faldas.

Con ganas de jarana, Miguel Torres y Pedro Siracusa se pusieron a bailar un vals fingiendo que eran dos enamorados mientras José Torres y los demás se partían de risa ante el espectáculo.

Al tiempo que seguía el ritmo de su marido, Lina deseaba hacerle saber que Carmina era la hermana de su madre y que el maestro que había tenido antes de que llegara Gabriel era su abuelo. Tenía muchas ganas de volver a ser, siquiera en privado, una persona con un pasado claro, sin mentiras.

—He de contarte una cosa, Lorenzo.

—Mañana me cuentas lo que quieras. Hoy solo tenemos que querernos.

—Es importante.

—Tenemos toda la vida por delante, amor mío. Ahora disfrutemos de este momento para recordarlo cuando seamos viejos.

—¿Me querrás siempre?

—Si pudiera, amada mía, te daría la luna.

Lina apoyó la cabeza en su hombro, segura de la verdad que contenían las palabras de Lorenzo.

Con el fin de quitar a Benita el enfurruñamiento por el asunto de la calesa y por tener que volver

sola, Jaime no descansó ni un baile. Entre sus brazos, ella giraba pletórica.

—Ahora que mi hermano ya está casado, Jaime, ¿cuándo has pensado que lo hagamos nosotros?

—¿Tienes preparado el vestido?

La hermana del novio rio antes de decir:

—¿Has olvidado que tengo dos sastres en la familia, aparte de la tía Consuelo?

—Entonces, nos casaremos este agosto, cuando hayamos acabado la siega y antes de que empiece la temporada de la almendra —respondió el muchacho con determinación.

—Si tenemos hijos, Jaime, quiero que se parezcan a ti.

—Por tu bien, más vale que tengamos hijos, chiquilla, y espero que no te pongas de parto en tiempo de cosecha.

—Cuando nos casemos, tú me enseñarás cómo hacerlo —replicó con una sonrisa burlona.

Sentada entre Engracia y la Señorita, Ofelia se mortificaba al ver cómo Jaime bailaba y disfrutaba con Benita. Cuando Carmina la había invitado a la boda, su madre y su abuela insistieron en que aceptase. Su padre no hizo ningún comentario, aparte de que buscaría a un trabajador que la acompañara con la calesa tanto a la ida como a la vuelta.

Había dejado claro que él tenía trabajo y no podía ocuparse de ello.

Entonces ella le pidió que se lo dijera a Jaime, ya que también estaba invitado.

Comer a la misma mesa que él, se había dicho, era el único motivo que tenía para asistir a aquel banquete lleno de labradores destripaterrones. Sin embargo, lo que no había previsto era que allí, en la fiesta, Jaime no sería su sirviente, sino el novio de Benita.

Hacia ya una hora que, desesperada, lo veía bailar con la otra, mientras que ella, una vez más, era la coja que aguantaba el parloteo de mosén Tomás y las insistentes atenciones de Carmina, Engracia y las demás mujeres. Las criadas contratadas para servir el convite no dejaban de ofrecerle comida y en el estómago ya no le cabía ni una migaja más.

Todo el mundo se deshacía en mil atenciones con la señorita de la casa Martí, pero la realidad era que ningún joven se había sentado a su lado ni siquiera para darle conversación. Seguía siendo la única chica sentada a la mesa, la que nadie sacaría nunca a bailar.

Ofelia se juró que haría pagar a Jaime aquel espectáculo que le desgarraba el corazón de celos, mientras Carmina le ofrecía un pastelillo, que rechazó con malos modos. Enseguida se disculpó, alegando que estaba muy cansada y necesitaba irse.

Todos lo entendieron.

Gabriel hizo un gesto a Jaime, que entendió el mensaje y dejó a Benita a medio baile.

Cuando ambos estuvieron camino del pueblo, Ofelia le ordenó:

—Conduce a paso lento, mozo.

—Dueña, si vuelves a llamarme así, me bajo ahora mismo y te vas sola.

—Puedo hacerlo porque trabajas para mí —murmuró a media voz y con la barbilla alta.

Jaime vio como dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Con el corazón encogido, se atrevió a decir:

—Que sea el capataz de tu padre no tiene nada que ver, Ofelia. Igualmente serías mi dueña y señora, ahora y siempre.

No volvieron a pronunciar una sola palabra en todo el trayecto. Rodeados de silencio, por primera vez supieron que se amaban.

Al llegar, él la ayudó a bajar ante el portalón principal de la casa. Acto seguido, llevó la calesa a las cuadras.

Era domingo por la tarde y no había ningún trabajador. A Jaime le apetecía quedarse allí solo y no volver a la boda de Lorenzo. Se sentó en el banco de piedra del establo y sacó la petaca para liarse un cigarrillo.

Justo cuando lo encendía notó la presencia de alguien.

Oculto en la penumbra, ella lo contemplaba desde el umbral de la puerta que comunicaba la bodega con el pasillo interior de la casa.

—Sé que me deseas —le dijo a bocajarro.

Jaime aplastó el cigarrillo con la punta de la bota y se acercó sin dejar de mirarla de hito en hito.

El sol de las cinco de la tarde hacía crujir las piedras. Era la primera semana de agosto. En la calle hacía un calor infernal, pero en la bodega Jaime estaba fresco.

En la pared del fondo, frente a la puerta, había siete toneles de roble de doscientos cincuenta litros cada uno, cuatro debajo y tres encima. Era una bodega pulcra, con enlosado de piedra y sin una sola telaraña en ningún rincón. El ventanuco que daba al patio solo se abría para limpiar. Después se cerraba el postigo y la pieza quedaba a oscuras.

Antes de morir el abuelo Siracusa, el padre de Jaime había hecho instalar electricidad para sustituir las lámparas de aceite. No obstante, tres bombillas de solo veinticinco vatios cada una no proporcionaban a aquel espacio de ochenta metros cuadrados mucha más luz que el sistema anterior.

La mesa de nogal de tres metros, construida por su abuelo cuando era soltero, había aguantado meriendas, jaranas y cogorzas de cuatro generaciones. Todos los taburetes que la rodeaban provenían del tronco del mismo árbol.

Jaime se encontraba solo en casa. Sus padres habían salido hacía un par de horas para dar el pésame a los parientes de un difunto. El heredero se encontraba en la bodega a la espera de que, concluido el funeral, su padre y su futuro suegro, Miguel Torres, apareciesen por allí. Los había citado a los dos para dejar clara su postura una vez que estuviera casado con Benita. Solo faltaban cinco días.

Aún no comprendía cómo era posible que, sin que él sospechara nada, hubiera sido desposeído de la casa solariega. Eso lo obligaba a vivir en casa de su mujer. Un hogar, por otra parte, donde todavía mandaba un labrador en activo. Eso era lo que más lo desasosegaba. Harto de no dormir tranquilo, había decidido que, antes de la boda, debía cortar de raíz cualquier resquemor que royera las entrañas de los tres.

No veía en Miguel Torres a un hombre viejo ni débil y sabía que no permitiría así como así que nadie mandase en su hacienda. Tenía pensado aclararles, sin dar pie a negociación alguna, que echaría una mano a su suegro cuando este se lo pidiera pero que él solo se dedicaría a las tierras de los Siracusa. Cuando los dos hombres, padre y suegro, se hicieran viejos, seguiría el consejo de Pascual Martí y contrataría jornaleros.

Jaime no quería encontrar obstáculos ni que hubiese discusiones el día que eso ocurriera.

Para hacer tiempo mientras llegaban ambos hombres, puso la pajuela a los toneles. Con la misma mecha que había encendido la última tira azufrada se encendió un cigarrillo. Mientras fumaba con parsimonia y contemplaba todo aquello, le costaba digerir que en un futuro quien se casara con su hermana Rosa sería el dueño de la bodega y la casa.

Abatido por ese pensamiento, se sirvió medio vaso de vino rancio de la bota que cuidaba con mayor mimo. Dentro aún estaba la madre del vino que había criado su abuelo. Con el punzón largo que colgaba de un clavo en la pared pescó de la tinaja del adobo un trozo de panceta y se sentó a la mesa.

Entre trago y bocado, rumiaba las veces que su abuelo le había repetido que debía cuidar todo aquello porque un día lo heredaría. El curso que habían seguido los acontecimientos se le antojaba una broma del destino.

Le revolvía las entrañas imaginar que su dormitorio de heredero sería ocupado por otro y, por el contrario, él yacería en el que hasta hacía unos meses había sido de Lorenzo. El mismo donde de pequeño había leído las historietas de *Montbars, el pirata justiciero*, que a su amigo le regalaban sus tíos. Allí había librado batallas con soldaditos de plomo contra Néstor y Lorenzo, y mil veces habían expulsado a Benita, aquel retaco mandón con trenza, que daba patadas a la puerta muy enfadada porque quería jugar con ellos.

Sonrió al recordar cómo era su prometida de niña.

No estaba enamorado de la muchacha, pero le gustaba mucho. Hacía tres veranos había comprobado lo deseable que era al contemplar, inesperadamente, su desnudez. Poco podía imaginar entonces que un día se casaría con ella.

El episodio se había producido en época de siega. Al acabar de cenar, ambas familias tenían la costumbre de sentarse a la puerta de la masía y, bajo el cielo estrellado de junio, contar chistes y cuentos.

Él había ido a mear detrás de la casa, oculto a las miradas de todos. Estaba oscuro y solo se oía el canto de las cigarras y las risas provocadas por los chistes de Miguel.

Por la rendija del ventanal, que daba adonde él se encontraba, se filtraba un hilo de luz. Le extrañó que alguien hubiera dejado encendida la lámpara de aceite en el interior y, sin demasiado interés, miró mientras se abrochaba los botones de la bragueta.

Benita, de espaldas, estaba desnuda de cintura para arriba. La falda, arremangada y anudada por debajo del culo, dejaba a la vista sus piernas desnudas. Tenía un cuerpo bien torneado y firme, sin grasa ni pliegues. Rosa le lavaba la espalda con una toalla mojada para quitarle el picor provocado por el polvo de la paja.

Había cruzado los dedos para que la muchacha se diera la vuelta y poder verle los pechos, pero eso no sucedió. Ahora solo faltaban cinco días para disfrutar de aquel cuerpo moreno y poseerlo plenamente.

Jaime tenía veintiún años y solo había estado dentro de dos mujeres, Filipa y Tonia. Ambas le daban un poco de pena y tal vez por eso las dejaba entrar en su huerto a coger verduras y fruta siempre que querían.

Filipa era la viuda de un afilador que había caído enfermo y fallecido unos diez años atrás, cuando pasaban por Llonera. No había querido seguir carretera adelante sola con su hija de seis años y se quedó a vivir allí. La mujer había seguido el oficio de su marido y, para aumentar su peculio, se había convertido también en la puta del pueblo.

Jaime se había estrenado con Filipa cuando solo tenía quince años y seguía desfogándose con ella a menudo.

—Has tardado mucho en venir, Siracusa —lo reñía ella fingiendo enfado—. Ya sabes que tú puedes pagarme en especie. Los otros no, pero tú sí.

Con un litro de aceite tenía para cuatro jodiendas. Si era un litro de vino, entonces solo le fiaba dos. A Filipa le gustaba más beber que freír y a Jaime no le suponía ningún esfuerzo rapiñarlos de casa.

Sentía una predilección especial por el muchacho. Que entrara en ella un joven bien plantado como él le alegraba la noche.

El día que cumplió dieciocho años, en noviembre, Jaime quiso regalarse un buen polvo. Esa vez, Filipa, en lugar de llevarlo directamente al dormitorio, lo condujo a la cocina y lo hizo sentar a la mesa.

—Hoy no lo harás conmigo, chaval —le dijo mientras servía dos vasos de vino de una botella que Jaime reconoció—. Tonia hace quince días que es mujer.

La hija de Filipa tenía trece años.

Él no dijo ni pío, creyendo que había interpretado mal las palabras de la mujer, que enarcó las cejas a la espera de que dijese algo. Jaime preguntó sin acabarlo de creer:

—Pero... ¿qué dices? ¿Quieres convertir en puta a tu hija?

—Ya es hija de una puta. ¿Quién crees que se casará con ella? Yo me estoy haciendo mayor y tiene que empezar a ganarse la vida. —Apuró el vaso y lo dejó sobre la mesa con un golpe—. Quiero que la estrenes tú, pero has de pagar. Serán cincuenta pesetas.

—Ofrécela a los señoritos y amos de Llonera, si quieres —dijo con desprecio apretando los dientes—. Puede que incluso te paguen más.

—¡Y una mierda, cabrón! ¡Uno de ellos me hizo puta en este pueblo cuando fui a pedirle trabajo al quedarme viuda!

—Yo no tengo ese dinero.

—Te fio el coño de mi hija. Sé que cumplirás.

Jaime había visto crecer a Tonia. Su madre ni siquiera se había ocupado de que fuera a la escuela y había crecido como una salvajina. La anterior vez que había ido a hacerlo con Filipa, la niña lo miró con desdén. Antes de que su madre la echara a la calle, él le había dado el terrón de azúcar que no se había puesto en el carajillo de anís.

Mientras buscaba razones para decidirse, se palpó el bolsillo del pantalón. Tampoco ese día se había endulzado el carajillo.

—Trato hecho —aceptó.

Antes de entrar en el dormitorio de la chiquilla, Filipa le advirtió:

—No apagues la luz aunque ella te lo pida. Lo primero que hay que perder en este oficio es la

vergüenza.

Él cerró la puerta de la habitación.

En la cama, Tonia estaba tapada hasta el cuello. Sus ojillos de raposa reflejaban la mirada trémula de la virginidad.

Al destaparla, Jaime vio que de su cuerpo delgado apenas sobresalían dos pechos que comenzaban a crecer.

En el reloj de la iglesia dieron las seis de la tarde. Su padre y el amigo de este tardaban.

Volvió a llenarse el vaso de vino y lo saboreó con calma. Entristecido, lamentaba que el amor de su vida nunca sería Benita, sino Ofelia. La única vez que la había tenido en sus brazos había sido en la bodega de casa Martí el día de la boda de Lorenzo.

Jaime se le había acercado, mirándola de hito en hito, y la había arrimado a su cuerpo.

—Te quiero, Ofelia —le confesó aspirando en su cuello el aroma de su piel.

—Entonces baila conmigo, Jaime. Quiero saber lo que se siente cuando el hombre al que amas te abraza.

Él se sumergió en aquella mirada azul celeste y la levantó en vilo para que sus pies se posaran sobre los suyos. Bailaron lentamente, acompasados por el latido exaltado de ambos corazones.

Tras besar los labios color granada que ella le ofrecía, le desabrochó el vestido y acarició la suavidad de su piel. Cuando los dedos de Jaime se deslizaron hasta su entrepierna, Ofelia se estremeció e hincó las uñas en la espalda de aquel torso moreno. Los dos eran conscientes del límite que no cruzarían. Su amor prohibido estaba condenado a ser secreto.

Jaime sacudió la cabeza para ahuyentar el recuerdo de Ofelia y lavó el vaso antes de volver a la cuestión de las haciendas. Respetaría las decisiones de Miguel mientras el hombre fuera capaz de ocuparse de sus tierras, pero cuando ya no fuera posible, como marido de Benita decidiría con criterio de amo, tal como haría con las suyas. Miguel debía tener claro que él, Jaime, era el heredero de casa Siracusa y no un segundón. Como tampoco haría jamás de mozo en casa de su suegro. También quería dejar claro a su padre que, aunque Rosa se casara, mientras sus padres estuvieran vivos él mandaría en las cuadras, la bodega y los bajos.

Se disponía a pescar otro trozo de panceta cuando entraron su padre y Miguel. Ambos se sentaron frente a él, como socios que sabían muy bien que habrían de acomodarse a lo que decidiera aquel muchacho al que tanto uno como otro querían y admiraban.

Cinco días después se celebró el banquete en la sala del Sindicato. Mientras bailaban, Jaime deseaba a Benita. Comerse aquellos labios besucones que lo colmaban de ganas de ella y mirarse en sus ojos risueños, que lo sosegaban.

Esa noche los Torres decidieron dormir en casa de José y Consuelo a fin de que los novios pasaran la noche a solas.

Acabada la fiesta, los amigos los habían seguido armando jarana por la calle y aún seguían con el jolgorio delante de la casa.

Jaime había cerrado la puerta con llave.

Una vez en el dormitorio, redecorado con muebles y cortinas nuevos, alzó en brazos a su mujer y la llevó a la cama.

Encendió de nuevo la luz que ella había apagado.

—Quiero contemplarte entera, Benita. Me gustas mucho.

—Ya me verás cuando te conozca mejor —respondió ella mientras pulsaba el interruptor de pera que colgaba entre los barrotes de la cabecera.

A él le daba igual que la luz estuviera encendida o apagada. Solo deseaba disfrutar del cuerpo de su mujer. Se dijo que no necesitaba adorarla, le bastaba con tenerla a su lado.

Transcurrida una hora, Jaime fumaba satisfecho. Mirando a Benita la deseó de nuevo.

En el dormitorio se colaba el resplandor de la luna.

Saltó de la cama y dio una última calada antes de arrojar la colilla por la ventana que daba al huerto. Se alegró de que el cielo aún estuviera lleno de estrellas y el alba, lejana.

Jaime la besó con pasión y acarició cada milímetro de su cuerpo. Mientras la penetraba con suavidad por segunda vez, ella respondió a su deseo. Benita sentía que un placer hasta entonces desconocido la invadía y alzaba más allá de sí misma.

Jaime acompasó sus movimientos y una vez más se dijo cuánto le gustaba la muchacha de los Torres.

—¿Me quieres, Jaime?

—Tanto como a la tierra, los árboles y la hacienda. Del mismo modo como amo todo lo que es mío... ¡Si alguien te toca, esposa mía, que sepas que lo mataré!

Benita jamás había soñado que disfrutaría de un amor de novela. Como hija de labrador entendía el significado de las palabras de su marido y aquella manera de amar ya le bastaba.

El año 1930 había empezado con la dimisión y el exilio en París de Miguel Primo de Rivera.

De pronto parecía como si Llonera hubiera sido zarandeada. El talante de los lugareños había cambiado. Cuestiones políticas que antes ni siquiera les preocupaban, eran ahora la comidilla de cada día. La gente hablaba más de las elecciones municipales previstas para abril que del precio del trigo y el aceite.

A Carmina la inquietaban otras cosas más próximas, cosas ocurridas dentro de casa, no fuera.

De buena mañana encendía la chimenea, se hacía el café y aprovechaba unos momentos de paz que tal vez no volvería a tener en todo el día.

A fin de que la pareja de recién casados gozara de mayor intimidad, ella se había trasladado a la planta baja, a la habitación que había sido el despacho de su padre. Había hecho subir el escritorio y la librería al primer piso para que los usara Lorenzo.

A la mujer la sorprendía con qué facilidad ambos jóvenes se habían adaptado el uno al otro. En dos años de matrimonio no habían discutido ni una sola vez. Aquella tranquilidad solo se había visto turbada el primer año por la ansiedad de Lina, que no se quedaba embarazada, mientras que Benita, al cabo de once meses de casarse, ya había tenido su primer hijo, Carlos.

Apenas regresar del viaje de novios, Lina había empezado a coser ropa de recién nacido. El día que remató la última puntada al traje de bautizo, creyó ingenuamente que entonces el destino se cumpliría.

A principios de año Benita había ido a visitarlos con dos noticias: la dimisión del general y que esperaba un segundo hijo.

Lina se moría de celos al ver a su cuñada con el niño en brazos y de nuevo embarazada, mientras ella soñaba con una hija. Estaba obsesionada en que sería niña.

Para alivio de todos, en abril su segunda falta confirmó que también ella estaba encinta.

Durante los meses siguientes Lina soñó un montón de fantasías, mientras inventaba para su hija la vida de felicidad que a ella le había sido negada.

En España, diciembre de 1930 acabó con el fusilamiento de los dirigentes de la sublevación militar producida en Jaca para derrocar a Alfonso XIII, pero en Llonera, la noche de Fin de Año, justo antes de las campanadas, Lina estaba a punto de ser madre. El acontecimiento que prometía ser el preludeo de la felicidad se trastocó.

Esa noche, la vida de Lina pendía de un hilo.

Benita y la madre de Lorenzo estaban con ellos. Habían dejado a los niños en casa de los Siracusa, con su tía Rosa y su abuela.

—Es un parto difícil, Lorenzo. El bebé viene de nalgas —había salido Benita a decirle a su hermano, que no podía creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad—. El médico no las tiene

todas consigo... Solo podemos rezar.

Gabriel estaba al lado de Lorenzo, sentado ante la puerta de la habitación, para darle unos ánimos que ni él mismo tenía. El futuro padre esperaba atemorizado, aguzando el oído a cualquier ruido del interior. Hacía rato que no se oía gemir a Lina.

Tanto el maestro como él se temían lo peor cuando oyeron gritar a Benita:

—¡Es niña!

Lorenzo entró sin más y, antes de mirar a la recién nacida, comprobó que Lina seguía viva.

Respondió a la media sonrisa agotada que esta le ofrecía besándole la palma de la mano, que luego se llevó al corazón.

—Esta niña me ha absorbido las fuerzas, Lorenzo.

—Ya te volverán, no te preocupes.

Ella cerró los ojos, y la mano con que intentó acariciar el rostro de su marido se le desplomó a un costado.

Al cabo de una hora, mientras los hogares celebraban el Año Nuevo, Lina se iba poco a poco.

Con el alma por los suelos y conteniendo el llanto ante ella, todos esperaban la llegada de mosén Tomás acompañado de Gabriel, que había salido en su busca para que le diera la extremaunción.

El médico no creía que Lina pasara de aquella noche.

Benita sacó la cuna del dormitorio. Amanecía y debía regresar a casa para dar el pecho al pequeño Braulio, que solo tenía cuatro meses y que seguramente estaría llorando de hambre en brazos de su tía Rosa.

Con el fin de no dejar a la niña en aquella casa donde nadie tenía ánimos para ocuparse de ella, pidió en voz baja a su hermano que le permitiera llevársela envuelta en una manta. La cuidaría en casa mientras los demás esperaban el destino de Lina.

Lorenzo asintió con la cabeza. Sin pérdida de tiempo, cogió a la recién nacida y se encaminó al pueblo acompañada de Gabriel.

Al cabo de poco, Lina pidió que le acercasen a su hija para darle un beso de despedida. Carmina miró horrorizada a Lorenzo y este salió como alma que lleva el diablo por el camino a buscarla.

En menos de cinco minutos colocaba a su hija en el pecho de la madre.

Lina sobrevivió.

El 3 de enero todos respiraban aliviados y Lorenzo hizo saber a Benita que sería la madrina de la niña. Consultó en el almanaque cuál era el santo del día y, llena de satisfacción, exclamó:

—¡Se llamará Genoveva!

Pese a que Lina ya estaba fuera de peligro, un temor crecía dentro de Carmina al oír las quejas de

su sobrina, que todavía guardaba cama.

—Tía, tengo miedo. Siento que no la quiero lo suficiente —se lamentaba—. Esta criatura llora todo el santo día. No sé lo que le pasa ni lo que pide.

—Todos los recién nacidos lloran, hijita. Veva también debe acostumbrarse a vivir en el mundo. No le des más vueltas. Piensa únicamente en ponerte fuerte.

—Me tiene agotada... Me importuna tanta exigencia en un cuerpo tan pequeño.

—Eso es porque aún estás floja.

—Nunca me había embargado un sentimiento como este, tía. Es una tristeza muy profunda.

Carmina le dio un beso antes de arroparla con las mantas. A continuación entornó los postigos para amortiguar la claridad que entraba.

—Te recuperarás, preciosa mía. Ahora descansa.

La Señorita bajó en busca de Lorenzo, que leía el periódico en el salón. Benita estaba con él. Tenía al pequeño Braulio en brazos.

—La niña pierde peso, Carmina —comentó Lorenzo con preocupación cuando ella se sentó en el sillón.

—Me he dado cuenta. Succiona el pecho con mucha ansia y al acabar llora. Parece que se queda con hambre.

De repente oyeron gritar a Lina. Los tres subieron corriendo la escalera.

—¡Apartad a esta criatura de mi lado! —suplicaba Lina entre sollozos—. No soporto ni un minuto más sus lloros.

Benita pidió a la Señorita que sostuviera a su hijo y se llevó a la pequeña fuera del dormitorio a fin de que su cuñada se tranquilizase.

En un acto instintivo, a la vez que la acunaba para calmarla, Benita se sacó el pecho y Veva se aferró a él. Cuando Carmina y Lorenzo salieron de la habitación, la criatura aún mamaba con deleite.

Ambos se miraron sin hacer comentario alguno.

Al acabar de mamar, la niña se durmió satisfecha y su padre la devolvió a la cuna.

Esa noche, Lorenzo y Carmina cenaban en silencio. Tanto uno como otra habían dado vueltas durante horas al mismo pensamiento, sin atreverse a insinuar nada.

Cuando ya pelaba la fruta, la tía no pudo aguantar más.

—La niña le viene grande a tu mujer, Lorenzo. Tendremos que pensar en cómo ayudarla.

—Yo también me he dado cuenta de cómo mamaba Veva. Hablaré con mi hermana.

—Gracias, hijo.

Con los ojos llorosos, la Señorita se retiró a su dormitorio.

Al día siguiente, Lorenzo pidió a su tía Consuelo que fuera a buscar a Benita, tenía que hablar con ella a solas.

Ni él ni la tía habían comentado a Lina lo que pensaban hacer.

—Quiero pedirte un enorme favor, Benita. Ya sé que aún estás criando a Braulio, pero si te quedara un poco de leche...

—Tengo suficiente para los dos, hermano —lo interrumpió—. Podré criarlos al mismo tiempo, ya lo verás.

Lorenzo la abrazó emocionado y con voz ahogada le dijo:

—Te lo agradeceré mientras viva, hermanita. No te imaginas cómo sufro por las dos.

—No debes preocuparte por tu hija —lo tranquilizó—. Veva es de las que nacen bien agarradas a la vida. Saldrá adelante. Solo tiene hambre.

Ella también había pensado proponérselo a su hermano.

Lina, al saberlo, puso el grito en el cielo. No quería un ama de cría sino amamantarla ella misma, pero Lorenzo no pensaba ceder. Era la vida de su hija lo que estaba en peligro.

—No tienes suficiente leche, amor mío. Nadie te quitará a Veva. La pequeña es y será siempre nuestra.

Lina lloraba. Se sentía inútil y culpable, incapaz de satisfacer el apetito de su hija.

—No eres una mala madre, cariño. Esas cosas pasan. Néstor y yo somos hermanos de leche, ¿lo sabías? Mi madre nos crio a los dos.

La leche de Benita salvó a Veva, pero la muchacha tuvo que resolver antes otro problema doméstico. Jaime se había negado a que su dormitorio se convirtiera en una madriguera de gazapos.

Carlos solo tenía dieciocho meses, y Braulio, cinco. Ambos dormían en la habitación de sus padres.

—¡No jodas, Benita! Me da la sensación de que duermo en una conejera.

—¿Y qué quieres que haga? La niña ha de comer con frecuencia. No querrás que me vaya con los chiquillos a vivir en casa de mi hermano mientras la crío, ¿verdad?

—¡De aquí no sales! —exclamó él mientras jugueteaba haciéndole cosquillas—. Mañana trasladaremos a los tres mocosos al dormitorio de al lado.

Ella rio y se dejó querer.

Durante el invierno, la primavera y parte del verano, la abuela Teresa disfrutó con alegría y agotamiento de los tres nietos en casa.

Con la excusa de su debilidad, Lina tan solo se acercaba una vez por semana a ver a su hija.

Carmina adivinaba los sentimientos de celos mezclados con impotencia de su sobrina y buscaba mil razones para disculparla ante la madre de Lorenzo.

Por su parte, Benita procuraba tranquilizar a Lorenzo:

—Ya se le pasará, hermano. Cuando la pequeña esté con vosotros, verás como tu mujer se derretirá por ella. ¡Es una criatura preciosa!

En julio, una Veva de siete meses volvió a casa con cuatro preciosos dientes de conejito y decidida a comer papillas y roer cuanto se llevase a la boca.

Lorenzo quería a su hija con delirio. Apenas llegaba del trabajo, la cogía en brazos aunque estuviera dormida.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, el resto del día Lina dejaba que su tía se ocupara de la criatura cual si fuese una nodriza.

Carmina sufría por el desafecto de su sobrina hacia la pequeña. Empezó a temer que la muchacha hiciera con Veva lo mismo que Natalia había hecho con ella: delegar su crianza en terceros y despreocuparse de ella.

—Lorenzo, trae de la sastrería piezas de tela, cintas y encajes —se le ocurrió—. Quiero que Lina cosa vestidos para la niña.

—¿Crees que querrá hacerlo? —comentó él, escéptico.

—De alguna manera hemos de atarla a su hija.

El día de San Esteban de 1932, Llonera estaba a cinco grados bajo cero. La bandera tricolor de la República, rígida por el hielo, colgaba del balcón del ayuntamiento. Si alguien hubiera querido plegarla, se habría resquebrajado como un barquillo.

Hacia veinte meses que Alfonso XIII estaba en el exilio y España, impulsada por los acontecimientos políticos, avanzaba inexorable hacia el cambio. La proclamación de la Segunda República en abril de 1931 había relegado al pasado tanto la manera de vivir de los lugareños como sus creencias.

Todos los estamentos sociales del pueblo habían buscado cómo reubicarse en el nuevo modelo social. Todos menos mosén Tomás, a quien la adaptación resultaba imposible. Solo colgando los hábitos y dejando de ser quien era habría podido renacer, y eso era precisamente de lo que era incapaz.

En mayo, un mes después de la llegada de la República, el hombre se había dado por vencido. Las palabras de Azaña, cuando dijo que todos los conventos de Madrid no valían la vida de un republicano, lo estremecieron.

Al enterarse de que habían quemado conventos, colegios y centros católicos ante la mirada pasiva del Gobierno, mosén Tomás había rememorado lo sucedido en 1909 durante la Semana Trágica de Barcelona. Estaba convencido de que todo aquello volvería. El presentimiento de que asesinarían a monjas y curas se le había hincado dentro como una mala semilla y había ido germinando hasta reventarle el ánimo.

Sin embargo, no fue únicamente esa desgracia la que lloró el sacerdote aquel mayo del treinta y uno. La más dolorosa, la estocada en el corazón que no se esperaba, la había recibido de alguien tan cercano a él como era Gabriel.

El maestro se había atrevido a decirle que no volviera a la escuela a enseñar doctrina cristiana, que eso solo podía hacerlo en la iglesia y con permiso de los padres de los niños.

—No necesito ningún consentimiento para enseñar los mandamientos de Dios —refunfuñó.

—Lo lamento, mosén Tomás, eso no depende de mí —se disculpó el maestro, muy afligido, al tiempo que le entregaba un paquetito envuelto en tela blanca—. Yo me limito a cumplir órdenes, pero sabe muy bien que la enseñanza religiosa en la escuela pública ya no es obligatoria.

Al desenvolverlo, al cura le dolió como una puñalada encontrar el crucifijo que había presidido el aula durante generaciones de alumnos.

—Las cruces han de ser retiradas si hay alumnos que no reciben enseñanza religiosa —aclaró Gabriel con la mirada baja.

El cura se marchó sin decir palabra. De vuelta en la rectoría, cuando el ama le abrió la puerta, se sentía destrozado.

En agosto del año siguiente, quince meses después de aquellos hechos, mosén Tomás había recibido una alegría que poco le iba a durar: la Segunda República se tambaleaba tras el intento de golpe de Estado instigado por el general Sanjurjo. Pero el militar había sido arrestado.

El segundo año republicano siguió avanzando entre leyes y decretos. A principios de octubre, en Llonera había empezado el mal tiempo y no parecía que fuera a mejorar. Días seguidos de lluvia torrencial habían convertido en lodazales las calles, mientras que un cielo plomizo auguraba nieve.

El mosén había acabado la misa del día del Pilar presa de fiebre y tiritonas. Al advertirle el médico que aquel domingo, solo cuatro días después, no estaría en condiciones de levantarse de la cama, mosén Tomás pidió a la curia que le enviara un ayudante.

Con esa misión llegó a Llonera mosén Antonio Zamora, un joven con cara de niño recién salido del seminario. Cuando el viejo cura supo que el ayudante se quedaría indefinidamente, se sintió aliviado. Tenía fe en que un espíritu joven enderezaría a aquellos descreídos por mucho que Azaña afirmase que la nación había dejado de ser católica.

Transcurridos quince días desde la festividad de la Virgen, Engracia envió a Alfonsa a interesarse por su salud.

—Sigue guardando cama, pero no se preocupe, mujer, que mosén Tomás es fuerte —la consoló la criada—. Un resfriado por culpa del mal tiempo y nada más.

Pese a aquellas palabras bienintencionadas, Engracia sabía que su confesor y amigo sería un hombre tocado —y no muy lejos de ser hundido— si seguía empeñándose en ver a Azaña y sus «acólitos» como la mano del diablo.

Con la llegada de la Segunda República, ambos habían pasado el umbral de los sesenta y siete años, además de cruzar la frontera que dejaba atrás los valores de su generación.

En las tardes compartidas ya no hablaban de bautizos, de almas descarriadas ni de si el órgano de la iglesia sonaba bien o necesitaba una puesta a punto pagada por Engracia. Sabían que, una vez aprobada la Constitución, la Restauración borbónica con la que soñaban resultaría impensable. Incluso la dictadura de la que tanto se habían quejado estaba muerta y enterrada. La Segunda República los había convertido en dos seres de un tiempo perdido.

El día de Todos los Santos nevó. Aquella primera semana de noviembre se pareció más al invierno que al otoño y, pese a que la nieve no cuajó, sirvió para enfangar otra vez las calles. Solo la plaza empedrada de la iglesia lucía mojada y limpia.

A media mañana, los campos aún goteaban la escarcha de la noche, mientras que por la tarde la niebla se asentaba en el pueblo, tan densa que toda precaución era poca para no darse de bruces contra las paredes.

Obstinado en no ceder un ápice a la renovación, el cura no ganaba para disgustos. Quien de verdad le demostró aquel helado noviembre que las cosas eran de otra manera y que ya no había Dios, rey ni cacique que lo parase, fue Macario Crispel.

Gracias a él, 1932 acabó con un decreto que el alcalde de Llonera aún no había obligado a cumplir: la secularización del cementerio.

El viejo Crispel intuía por las palabras del médico que sus pulmones no aguantarían más allá de Navidad. El hombre quería ser enterrado al lado de su familia. Hacía veintisiete años que Macario tenía sepultados extramuros a su mujer, sus dos hijos y el nieto nacido muerto.

Había exigido al alcalde que cumpliera el decreto de secularización e hiciera trasladar al interior del recinto los restos de sus parientes. Pero el hombre le daba largas.

El día que mosén Tomás fue a dar la extremaunción a Crispel, el moribundo se negó a recibirla.

Su sobrina Alfonsa estaba a su lado cogiéndole la mano. Había hecho que el alcalde acudiera con el notario para obligarlo a poner en práctica lo que Crispel le había pedido meses atrás y aún no había resuelto.

Ya no había tiempo que perder, el viejo se moría. Con el fin de no reproducir una cuestión tan espinosa como la guerra de Crispel, en lugar de proceder a la exhumación de los cadáveres, el alcalde ordenó derribar de inmediato la tapia. La levantó cinco metros más allá para que, sin sacarlos de sus tumbas, todos aquellos muertos quedasen dentro del recinto y Macario pudiera ser enterrado al lado de su familia.

Esta ampliación forzosa del cementerio obligó al consistorio a hacer la primera expropiación de tierras. Por desgracia no era la finca de ningún cacique, sino la de un destripaterrones, y el Ayuntamiento tuvo que pagarla a precio de oro para no desencadenar un nuevo enfrentamiento entre vecinos.

El funeral de Macario marcó el fin de una época en un pueblo de costumbres arraigadas como Llonera.

Mosén Tomás cayó definitivamente en un vacío inconsolable. Sentía que le habían robado con malas artes todas las obligaciones de su oficio. Lloraba a escondidas cada vez que una pareja de novios solicitaba casarse en el ayuntamiento.

—Llévame a tu lado, Señor —rogaba arrodillado ante el altar—. Aquí en la tierra ya no presto ningún servicio.

Imaginaba enemigos por todas partes, y un día que predicaba las Sagradas Escrituras desde el púlpito en la iglesia medio vacía, vio a los feligreses sentados en los bancos y empezó a temerlos. No podía predicar la bondad mientras su corazón se colmaba de miedo.

La noche del 24 de diciembre, acabada la Misa del Gallo, decidió que aquella había sido su última celebración y que en lo sucesivo sería mosén Antonio quien se ocupase de lidiar con aquellos descastados que ya no distinguían el cielo del infierno.

Aunque su mirada triste la delataba, Engracia se resistía a dejarse abatir. Había compartido con mosén Tomás un puñado de confesiones a lo largo de los años.

Con el tiempo se habían convertido en dos amigos que lo sabían casi todo el uno del otro. Se

adivinaban los pesares y los gustos. La mujer comprendía muy bien el sentimiento de pérdida de su amigo, porque ella misma estaba hecha un saco de angustia a causa de las reformas decretadas sobre la agricultura.

Ya no la animaba pensar que tras un año venía otro año. Nada la hacía concebir la menor esperanza de que el antiguo orden volvería.

Se daba golpecitos en el pecho con el puño cerrado mientras balanceaba el cuerpo cual si hiciera acto de contrición y se lamentaba horrorizada.

—Suerte que te tengo a ti, Alfonsa. En este país todo el mundo se ha vuelto loco.

Engracia se torturaba imaginando que la obligaban a ceder sus tierras a los campesinos que las trabajaban como coyunteros. O que por culpa de la reforma agraria el Gobierno se las expropiaba aunque ella no quisiera venderlas.

Casi todos sus campos los trabajaba el hermano de Alfonsa a cambio de quedarse la mitad de la cosecha. Ese había sido el trato que hasta entonces habían mantenido sin que jamás se produjera desacuerdo alguno. Pero era un coyuntero.

La mujer empezó a tener la pesadilla recurrente de que se lo arrebatan todo.

En tales momentos de desesperación corría en busca de Pascual Martí, el hombre fuerte que la serenaba.

—Tranquila, señora Engracia, tranquila. Los que mandan no tienen tanta fuerza como ellos creen.

—Pero la reforma agraria de la que hablan, Pascual, me dejará sin nada.

—Aún tienen que empezar a deliberar sobre ella en las Cortes, y eso significa que pasará tiempo. —Sacudió la ceniza del puro y, torciendo la boca en una media sonrisa, añadió con firmeza—: No nos doblegarán tan fácilmente como creen. Nosotros no somos tan numerosos como los destripaterrones, pero somos más fuertes, y... poderoso caballero es don dinero.

—Sí, pero yo tengo coyunteros en todas las fincas, Pascual.

—La cosa es más complicada de lo que parece, señora Engracia. En primer lugar, el Gobierno del Verrugas —así llamaba él al presidente Azaña— deberá disponer del dinero suficiente para pagar todas las expropiaciones, y de momento no parece que las arcas les lleguen para costear tanta reforma.

Pascual Martí no estaba dispuesto a dejarse arrebatar ni un palmo de tierra, por más que lo dijera el ministro Largo Caballero o todos los destripaterrones del mundo reunidos en partidos y sindicatos.

Tras descartar a Jaime Siracusa para las pretensiones matrimoniales de su hija, se había decidido por Narciso Serina, el pisaverde hijo del alcalde de Llonera anterior a las elecciones municipales. El joven tenía amigos en Madrid y podía serle útil. No iba a permitir que Ofelia se quedase soltera. La falta de descendencia no entraba en sus cálculos.

La muchacha daba largas a su propuesta y, al darse cuenta de que no le estaba vendiendo con

suficiente sagacidad al pretendiente, Pascual cambió de táctica. Narciso era cinco años mayor que ella y había estudiado fuera, como todos los hijos de padres bien situados. Ofelia no había sido precisamente una asidua de los bailes y fiestas de sus amigas. Por tanto, la posibilidad de enamorarse había sido muy remota. Casi no conocía a Narciso. Solo era alguien a quien había visto de lejos.

A Ofelia el joven no le resultaba demasiado atractivo. Se peinaba con raya a un lado, sin que un solo cabello se le moviera del sitio. Parecía que los llevara pintados en el cráneo, igual que el muñeco con cabeza de porcelana que le había regalado su abuela cuando era pequeña.

Jamás se habría fijado en aquel hombre de no ser porque querían casarla con él. Cuando su padre lo invitó a casa para presentarlos, ella lo estudió a fondo. No era feo, pero no encontraba en él nada destacable que la enamorase.

Lo miraba y no podía evitar compararlo con Jaime.

Pascual Martí comprendió que en aquel ambiente de pueblo Ofelia no vería el menor mérito a un hombre como Narciso. Por eso decidió llevarla al terreno donde el muchacho se desenvolvía mejor, o sea, a Madrid. Allí, Narciso Serina se convirtió en su guía y la acompañó a museos, teatros, cabarets y restaurantes de lujo.

Hizo gala de sus habilidades de hombre de ciudad, presentándola en los círculos de sus amigos, siempre facilitando que la belleza de Ofelia resaltara en todas partes. Tras deslumbrarla todos los días con ramos de flores, salones de té, restaurantes caros, modistas y zapaterías selectas, Ofelia mordió el anzuelo. Empezó a entrever Llonera como un rinconcito provinciano y a Jaime como a un labrador con un encanto que en aquellos ambientes de la capital no habría sobrevivido ni un solo día. Dio la razón a su padre y decidió aceptar a Narciso. Al fin y al cabo, Jaime se había casado con Benita pese a haberle ofrecido ella su amor sin fisuras. Solo era un heredero destripaterrones y de poca monta.

Por su parte, Narciso tomó la precaución de no demostrarle una pasión excesiva a fin de no agobiarla. Optó por conducirla con delicadeza, limitándose a dejarle la cuerda justa para que no desapareciese de su campo de visión.

Hasta dos días antes de finalizar la estancia de Ofelia en la capital no se le declaró.

—Antes de pedirte que te cases conmigo, Ofelia, quería conocerte. Cada día que hemos pasado juntos me he enamorado un poco más de ti. Si me aceptas, me harás muy feliz y procuraré que tú también lo seas.

La respuesta de la muchacha lo sorprendió.

—¿Dónde viviríamos?

—Nunca se sabe adónde te acaba llevando la vida, cariño, pero mis aspiraciones no están en Llonera. No soy agricultor ni terrateniente. Como tampoco un comerciante de vino y trigo.

—Mi padre ama nuestras tierras y yo también —argumentó ella—. Creo que me acostumbraría

fácilmente a vivir aquí, con tantas cosas bonitas, Narciso, pero... ¿qué haré con la hacienda?

—Eres la propietaria, no una labradora. Las tierras deben producir y tú obtener sus beneficios. Solo necesitas un buen capataz y un administrador que te pase cuentas.

—Mi padre me ha enseñado a dirigirla. En cuanto a Jaime... —La voz le tembló al pronunciar su nombre. Luego prosiguió—: Siracusa es un buen capataz.

—Querida, jamás te impediré que dirijas tu hacienda. Pero si nos casamos, tendremos que vivir en Madrid. Aspiro a la jefatura de algún ministerio.

—¿Lo dices de veras, eso de que seguiré gobernando mis tierras como yo quiera?

—Si esta Constitución tan moderna os otorga a las mujeres el derecho a votar... no veo por qué no habrías de decidir sobre tus bienes a la muerte de tu padre.

Tras haber pasado tantos días a su lado, Ofelia ya no veía en Narciso a un pisaverde, sino a una persona interesante con habilidad para cultivar amistades influyentes y amante del arte y la buena vida.

La boda se celebró en Madrid al cabo de un mes. Tiempo suficiente para que Pascual buscara un piso para regalar a su hija mientras la señora Martí preparaba el resto de los detalles.

En el viaje de novios visitaron París e Italia.

Narciso tenía un interés especial en ir a Roma. Militaba en el partido Acción Popular de Gil-Robles, pero su olfato y lo que oía en los salones le hacían intuir que el futuro no era seguir con la Segunda República, sino que se impondría el modelo de Mussolini.

También Ofelia había descubierto un mundo nuevo, y le gustaba la manera con que su marido la quería. En algún momento perdido en que Jaime le venía a la mente, se daba cuenta de que su recuerdo más bien la molestaba.

Ahora bien, transcurridos los seis primeros meses, la pasión de los recién casados decayó. Narciso estaba más ocupado que nunca con sus contactos políticos. A finales de 1931, los enemigos de la Segunda República se habían dividido entre los que querían acabar con ella por medios legales y quienes pretendían derrocarla por la fuerza.

El joven no tenía claro hacia qué lado decantarse. Finalmente, hizo caso de un amigo entusiasta de Onésimo Redondo y apostó por dejar Acción Popular y militar en el partido fascista de las JONS.

Con tanta actividad política de su marido, Ofelia empezó a sentirse sola. Las calles y las tiendas habían dejado de fascinarla, y una noche, mientras esperaba vestida de fiesta a Narciso para ir juntos a una recepción, las lágrimas le resbalaron por las mejillas al recordar los campos de Llonera, los caminos polvorientos que recorría con la calesa, y a Jaime, descamisado, con el sombrero de paja.

Su cuerpo añoraba la fuerza y el tacto de las manos de su capataz.

Hasta julio no se le presentó la ocasión de volver a Llonera. Sería la primera vez desde que contrajera matrimonio. Sus padres viajaban a San Sebastián y ella se ofreció para hacer compañía a

su abuela.

En la estación de Mora los esperaba Pascual Martí con una sorpresa. Había comprado un coche, el primero del pueblo. El hijo de Picó, su antiguo capataz, era el chófer.

Mientras Narciso comentaba con su suegro las excelencias de aquel modelo, un Fiat Balilla blanco de veinte caballos con tres marchas, Ofelia contemplaba el paisaje por la ventanilla, al acecho de que apareciese en la lejanía la torre del pueblo.

Emocionada por volver a casa, cruzó los dedos con el deseo de que Jaime también estuviera.

Ocupada en cuidar a Veva, la Señorita ya no visitaba a Engracia con la misma asiduidad. Por eso aquel día de San Esteban, a punto de despedir el año 1932, había aceptado comer con ella mientras el resto de la familia lo hacía en casa de los padres de Lorenzo.

A principios de octubre, Lina había sido madre por segunda vez. En esta ocasión todo fue fácil. Eladio nació tras un parto rápido y sin complicaciones. Era un bebé tranquilo y dormilón al que Lina podía amamantar sola sin tener que recurrir a un ama de cría.

Carmina y Lorenzo lo miraban sin sacarlo de la cuna, le besaban la frente y lo dejaban dormir. Bastante trabajo tenían con vigilar a la niña, que estaba a punto de cumplir los dos años y no se quedaba quieta ni un momento.

Durante el día, para evitar que la pequeña se les escapara por los rincones más inesperados de la casa, su tía abuela le había cosido unos lacitos con cascabeles que le ataba a los zapatos. Tintineaban todo el día.

—¡Quítale eso, tía, o me volveré loca! —suplicaba Lina—. Por la noche, cuando estoy en la cama, aún los oigo en mi cabeza.

—O los cascabeles o la atamos, hijita. No puedo correr detrás de ella a todas horas. La chiquilla me agota.

Mientras Lina reía ante aquella solución, la tía quitaba de las manos a Veva los hilos que le había cogido del costurero.

Aunque era consciente de que aquello no serviría para nada, Carmina trenzó tres metros de cinta de raso. Ató un extremo a la cintura de su sobrinita nieta y el otro a la suya con la buena intención de controlar que no se le escapara. El escándalo de gritos y lloros que montó la pequeña al ver que no podía liberarse fue peor que el ruido de los cascabeles.

—¡No hay nada que hacer! —exclamó Carmina mientras cogía a la niña en brazos para consolarla—. Veva no ha nacido para estar atada.

—¡Ni callada! —añadió Lina riendo al tiempo que daba sendos besos en las mejillas mojadas de su hija—. Seguro que toda esa cháchara te viene de la leche que mamaste de la tía Benita, ¿a que sí, pequeñaja?

Feliz de caminar de nuevo libremente, Veva arrastraba por todas partes una muñeca de trapo. Agarrándola del pelo de lana, por la noche se la llevaba a la cama y hablaba con ella hasta que se dormía. Era en esos momentos de paz cuando a Lina le gustaba contemplarla. Acercaba una silla a la cama y la observaba en silencio, satisfecha.

Dormida era como un ángel.

Pero cuando de verdad sentía suya a aquella pitusa con tirabuzones, como la llamaba cariñosamente, era mientras le probaba vestidos. La subía a la mesa y la pequeña jugaba a tocarle la

cara y el cabello, le daba besos y se le colgaba del cuello.

Lina repasaba con las manos aquel cuerpecito para comprobar que las costuras se ajustaban, que las mangas estaban bien montadas, el frunce bien repartido y el bajo a la medida correcta. A Veva todo le quedaba bien. Su madre se sentía orgullosa de su labor y de aquella ratita presumida que se moría por los lacitos en el pelo y las diademas. Aquellos eran los ratos de mayor cercanía entre las dos.

Aquel San Esteban, mientras Carmina comía en casa de Engracia, en casa de los padres de Lorenzo estaban invitados los Siracusa acompañados de Rosa, así como el tío sastre y Consuelo. Entre todos adornaban la mesa festiva con risas contagiosas.

Ningún encuentro familiar habría sido lo mismo sin el humor y la socarronería de Miguel. Tenía una manera especial de contar las novedades que se aireaban en el pueblo. Les daba un toque de chanza que hacía reír a todos. Era el temperamento de los Torres, un punto de locura en la manera de enfocar la vida con el que algunos miembros de la familia nacían y otros no. Benita lo había heredado, y al parecer Veva, pese a lo pequeña que era, también.

En el otro lado estaban los Torres que nacían con la sensatez incorporada, como José, Lorenzo y, por la quietud que ya demostraba, quizás el pequeño Eladio. Un bebé blanco y rosado, entretenido en constatar que los dedos de la mano se movían.

Su amigo y consuegro Pedro Siracusa seguía la corriente al anfitrión. Ellos dos no sufrían, como Engracia, porque el Gobierno de la Segunda República les quitara las tierras. Se las trabajaban ellos mismos, y de grandes terratenientes no tenían ni un pelo. Eso sí, les parecía muy lamentable que unos señoritos de Madrid vinieran a decirles que en lo sucesivo, si necesitaban gente, tendrían que contratarla.

Los destripaterrones trabajaban con la consigna de que entre ellos no se alquilaban, sino que se ayudaban como buenos vecinos.

—No entiendo estas nuevas leyes... No las entiendo —repetía Torres.

—Tú no te preocupes, amigo —le dijo Pedro Siracusa mientras guiñaba el ojo a su consuegro—. Eso nos lo explicará Jaime, que se mueve entre gente rica. Di, hijo, ¿es cierto que hemos de contratar a jornaleros por cinco pesetas diarias?

—No es exactamente así, padre —objetó con un suspiro Jaime, que ya los veía venir. Los dos campesinos empezaban a estar ebrios y lo que les mandara el Gobierno se lo pasaban por el forro—. Se refiere sobre todo a los jornaleros que trabajan en latifundios.

—¿Lo has oído, consuegro? —saltó Pedro, mofándose—. Se me ocurre una cosa, a ver si estás de acuerdo: tú me contratas a mí y yo a ti. Al final hacemos cuenta redonda.

—¿Y a él quién le paga? —preguntó Miguel señalando a Jaime.

—¡Ojo! ¡El heredero es mío!

—¡Me cago en la sota de oros! Pues bien que duerme y come en mi casa.

—Tienes razón, amigo —convino Pedro Siracusa siguiendo la broma—. Tal vez deberíamos fijarle un precio.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer! —exclamó Miguel al tiempo que depositaba una baraja sobre la mesa—. ¡Nos jugaremos a tu hijo al guiñote! Di, Jaime, ¿qué opina de todo esto la gente instruida como Serina?

Jaime los dejó por imposibles. Cuando estaban en racha no había quien los parase. Se acercó a la chimenea para añadir un tronco y atizar la lumbre.

Su suegra y su madre habían preparado toda una canasta de pastelillos rellenos de cabello de ángel. Cogió uno y se sentó junto a la chimenea para comérselo, apartado de la mesa.

La observación de su suegro le había hecho pensar en el marido de Ofelia. Los Martí se habían ido a Madrid a pasar la Navidad en casa de su hija. Ofelia esperaba un hijo para la primavera y su madre tenía intención de quedarse con ella hasta que naciera la criatura.

Jaime se lamió los dedos salpicados de azúcar del pastelillo y después encendió un cigarrillo. No le gustaba pensar en ella cuando tenía delante a Benita. Pero tenía muchas ganas de verla.

Habían estado juntos cinco meses atrás. Los padres de Ofelia estaban de viaje. La señora Martí, Elvira, llevaba tiempo quejándose de que vivía como un pájaro enjaulado mientras que Pascual viajaba con frecuencia.

En julio se habían ido a San Sebastián.

Jaime no se arrepentía en absoluto de lo que había ocurrido entre él y Ofelia. El papanatas de su marido la había dejado sola en el pueblo con la abuela, con la excusa de que asuntos importantes del partido lo reclamaban en Madrid.

Jaime se encontraba en las cuadras cuando sucedió.

Tenía órdenes de Pascual Martí de que solo él debía ocuparse de su caballo. Después de cenar había salido a tomar un aguardiente con moscatel en el bar del Sindicato y a las diez, antes de volver a su casa, fue a echar un último vistazo a la cuadra.

Estaba a punto de irse cuando oyó un ruido cercano.

Apagó la luz y, agarrando una horca, se escondió a la espera de que el intruso saliera.

Al ver la sombra, se abalanzó sobre el ladronzuelo, lo tiró al suelo y lo inmovilizó con la herramienta sobre el vientre. Antes de poder preguntar quién era, un sonido gutural hizo que se apartase de un brinco y encendiera la luz.

Aquel chillido apagado no era el de un hombre. Ofelia estaba en el suelo, con ojos aterrorizados y jadeando del susto.

—¿Por dónde demonios te has colado? —preguntó altivo, apoyado en la horca—. La puerta que comunica con la casa está cerrada y el portalón de la calle también.

—Eso no es de tu incumbencia, mozo —replicó ella en tono altivo—. Estoy en mi casa.

Jaime frunció el ceño, decidido a soltarle un sopapo si volvía a llamarlo así. Ella le tendió la mano para que la ayudara a levantarse. Sin embargo, él no lo hizo.

Su falta de reacción hizo temer a Ofelia que el amor que se habían profesado tiempo atrás se hubiera evaporado.

—Jura que no dirás a nadie que me has encontrado aquí esperándote —rogó desde el suelo.

Jaime la miraba serio y en silencio.

—Por favor, Siracusa. Sería una vergüenza para mi marido —le suplicó de nuevo.

Jaime no necesitaba jurar. La amaba lo suficiente para no hacer nada que pudiera ponerla en peligro. Lo que le costaba era imaginar al cretino de Narciso manoseándola.

La levantó de un tirón y la besó. Después se la llevó al henil, al lado de las mulas y el caballo.

Sobre el heno la hizo suya por primera vez.

A partir de aquel encuentro, todas las noches ella aparecía sin que Jaime descubriera por dónde. Pero le traía sin cuidado. Le bastaba con saber que allí, entre las sombras, lo esperaba su amante.

Lorenzo se acercó a Jaime y lo despertó del hechizo del fuego.

—¿Crees que la cosa está jodida, cuñado? —le preguntó, creyendo que aún estaba pendiente de la conversación de la familia—. Me refiero al mar de fondo que dice la radio que existe entre los partidos.

—No lo sé, pero cuando oigo hablar al yerno de Pascual Martí se me ponen los pelos de punta.

—Pero la República la ha votado el pueblo. ¿Qué puede pasar?

—Pues que muchos no la quieren precisamente por eso, porque la ha votado el pueblo, Lorenzo. Parece ser que el poder no está en las manos que algunos desearían. Y los que gobiernan no parece que sepan ni dónde mean.

—Sea como sea, Jaime, nosotros no decidimos nada.

—Quiero advertirte de algo, querido amigo: no pases tanto tiempo con el curita que ayuda al Vara-vara.

Lorenzo se echó a reír. Hacía años que no oía aquel apodo. Cuando mosén Tomás amenazaba «¿Qué, chico, quieres vara-vara?», todos sabían que caería un bastonazo.

Ningún hijo de Llonera se había librado de sus castigos cuando eran niños. Un día u otro todos recibían. Incluso Lorenzo, que se quedaba embobado con el vuelo de una mosca. No se daba cuenta de que el cura le había hecho una pregunta hasta que con un varazo lo hacía bajar de la higuera.

—Solo coincidimos porque la iglesia está junto a la sastrería. El hombre se aburre todo el santo día al lado de mosén Tomás —respondió; no entendía qué mal había en que él y mosén Zamora pegaran la hebra todas las tardes—. ¿Sabías que tiene una hermana casada en Tarragona?

—¿Y eso qué tiene de raro? —se extrañó Jaime.

—Como mosén Tomás no tiene familia, o nunca le hemos conocida ninguna... Me sorprendió cuando el otro me habló de su familia. Creo que los echa de menos.

Jaime apreciaba a su cuñado. Desde pequeño había sido el amigo-hermano al que él protegía. Sus padres siempre juntos, y ellos también.

Siracusa se volvió hacia la mesa. Todos seguían armando jarana excepto Lina, que estaba sentada junto a la cuna.

—Me alegro de que esta vez el parto haya ido bien, Lorenzo.

Él le rodeó los hombros con el brazo. Después le dijo, agradecido:

—Nunca te he dado las gracias por los siete meses que tuviste aquí a mi hija, Jaime.

—No hay por qué darlas. Me gustó mucho tenerla por casa. ¿Te has fijado en cómo se parece a mi mujer?

Los dos miraron a Benita, que sostenía a Braulio en una rodilla y a Veva en la otra. Los dos chiquillos pellizcaban migajas de pastelillo de un plato y se las iban comiendo.

—Es un torbellino como ella y tendrá el mismo carácter campechano —afirmó satisfecho Lorenzo—. Ya apunta maneras.

Ambos se echaron a reír al recordar lo especial que era Benita.

Jaime la miró. Había tenido dos hijos con ella y seguía incitándolo en la cama. Era apasionada, firme como la tierra.

Ofelia, en cambio, era el polo opuesto: suave y etérea como el cielo.

Las dos lo volvían loco. A una la amaba como a una parte de sí mismo; a la otra, del mismo modo que se venera un sueño.

Los dos amigos se hallaban en lo alto de la pequeña colina, a la espera de que uno de ellos hiciera el suficiente acopio de ánimo para entrar en casa.

Mirando a Lorenzo de reojo, Jaime sacó la petaca. Lio un cigarrillo, pasó la lengua por el borde del papel y lo encendió. Todo con parsimonia. Luego se tumbó boca arriba a fumar con un brazo bajo la cabeza y las piernas dobladas.

A su lado estaba sentado su amigo, que se abrazaba las rodillas rumiando sus penas, con la mirada fija en la casa blanca de ventanas verdes rodeada de campos de trigo maduro.

En la parte de atrás, el tendedero estaba lleno de ropa negra secándose al sol de media tarde, como una hilera de pendones anunciadores de la desgracia.

El día de San Juan, todo el mundo había pensado que el agudo dolor de estómago de Carmina se debía tan solo a la mala digestión de la comida. Nadie sospechó que aquello fuera el presagio de un ataque al corazón.

Ahora, mientras fumaba, Siracusa se ensimismaba contemplando las nubes. Rememoraba las tardes en que él y Lorenzo, cuando eran pequeños, habían correteado por cerros y campos tras atrapar ranas en las acequias.

Aquel cigarrillo se le antojaba exquisito. Dio una larga calada antes de decir:

—¡Decídetes, Lorenzo! Tanto tú como Lina dais pena. Todas las muertes son tristes, pero hay que aceptarlas.

—La muerte de su tía y el cambio de casa son dos pérdidas demasiado grandes para mi mujer, Jaime. He de tener paciencia con ella.

—La vida sigue pese a todo, amigo —lo animó—. No le des más vueltas.

—Las personas no deberían dejar este mundo sin despedirse. Aún no le tocaba morir.

Jaime se incorporó y rodeó los hombros de su cuñado con un brazo. Los dos miraron hacia la casa, allá en el llano, a unos cien metros de la colina.

—Sin la Señorita no tiene sentido que viváis ahí —dijo Jaime señalando la propiedad con un movimiento de la cabeza—. Es del Ayuntamiento y tú tienes casa propia, Lorenzo. Serás el heredero de tu tío.

—Si fuera por mí, nos iríamos ahora mismo... Siento que Benita descuide vuestra casa para ocuparse de la nuestra.

—Mi mujer no descuida nada, cuñado. Pero será más fácil ayudaros si vivís en el pueblo.

—Por la noche volveremos a estar solos Lina, los niños y yo... como los últimos doce días —murmuró abstraído—. Sospecho que ella sigue encerrada en la habitación sin dejar de llorar. Y casi sin comer. Ni sus hijos consiguen que se mueva.

Jaime resopló y se puso de pie. Recogió piedras del suelo y se entretuvo haciendo puntería contra el tronco de un árbol, mientras su amigo se decidía a enfrentarse a la situación.

Pese a que el alcalde le había ofrecido quedarse, en caso de que Gabriel aceptara seguir en el piso cedido por Engracia, a Lorenzo no le parecía una buena solución. Sin Carmina, la casa sería un pozo de melancolía.

A espaldas de Lina había preparado un par de dormitorios en casa de su tío el sastre, uno para ellos y el otro para los críos. Ahora ya estaba todo a punto. Sabía que Jaime tenía razón: todo sería más fácil cuando vivieran más cerca. Aquel trajín de gente por la casa resultaba agotador para todos y no ayudaba a que Lina afrontase la realidad.

Cuando se cansó de tirar piedras, Jaime se sentó de nuevo en el suelo, con una ramita entre los dientes, decidido a quedarse allí el tiempo que su amigo quisiera.

—Ayer fui a ver a Gabriel —dijo Lorenzo—. Por poco se desmaya cuando, al abrirme la puerta del piso, le dije: «Aún no nos hacemos a la idea de que Carmina haya muerto, Gabriel.» Se quedó anonadado.

—¿Y eso por qué? —Jaime lo miró estupefacto—. Pero... ¡si fuimos todo el pueblo al entierro!

—Él estaba en Barcelona cuando ocurrió. Su hermano había tenido un nieto y, como hacía dos años que no visitaba a la familia, se marchó un mes a su casa aprovechando las vacaciones.

—¿Y qué cojones hacías soltándole la mala noticia a bocajarro? ¿Acaso querías cargártelo?

—No digas bobadas, hombre. Estaba convencido de que alguien se lo habría dicho al bajar del coche de línea el día anterior.

Jaime se rascó la cabeza arrugando la frente. De pronto dijo:

—A mí me parece que esos dos follaban, Lorenzo.

—¡Caramba, Jaime! Tú siempre pensando en lo mismo.

—Hombre, si me dan a elegir... me gusta más meterla que morderle la cabeza a un gorgojo.

Desde la colina vieron como la tía Consuelo salía por la puerta trasera de la casa, se acercaba al tendedero y palpaba la ropa que habían teñido de negro. Retiró algunas piezas y dejó otras que seguían húmedas.

Detrás de ella, dos chiquillos de cuatro y dos años la seguían como patitos. Eran Veva y Eladio. El pequeño cayó debido a un empujón de su hermana y sin duda se echó a llorar, porque la tía Consuelo se apresuró a levantarlo. Acto seguido la mujer debió de reñir a Veva, porque la niña fingió enfadarse y, como represalia, le atizó otro golpe a su hermano, que cayó de nuevo.

La chiquilla se escabulló de su tía abuela tirando de la ropa tendida. Al cabo de poco salió Benita con otro cubo de ropa negra. Veva corrió a protegerse detrás de ella mientras la tía Consuelo cogía en brazos a Eladio.

Jaime rio ante aquella escena tan familiar, que desde la distancia parecía un fragmento de

película de cine mudo.

—Dicen que de tal palo, tal astilla, Lorenzo, pero a ti la hija te ha salido calcada a mi mujer.

—Pienso como tú, Jaime. —Sonrió y, dando un golpecito en la rodilla a su cuñado, añadió—: Gracias por ser mi amigo.

A la mañana siguiente, domingo, mientras Lina y Lorenzo yacían despiertos en la cama y los niños aún dormían, él aprovechó aquel momento de intimidad para hablar de la situación con su mujer.

—No podemos aplazar más la mudanza, cariño. Hay que empacar la ropa, los cacharros de cocina y el resto de las cosas. Todo excepto los muebles. Forman parte de la casa y no son nuestros.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco. Lorenzo continuó sin evitar su mirada:

—Ya te he dicho que la casa es del Ayuntamiento, Lina. Dejaron que la tía viviera en ella al morir el maestro, pero nosotros no podemos quedarnos.

—Mientes porque quieres vivir con tus tíos. Si fuera como dices mi tía me lo habría dicho. Todo el mundo la llama la casa del maestro porque era de mi abuelo.

Lorenzo calló. Comprendía que su mujer no estuviera en disposición de escuchar ni de entender. Ella siguió buscando argumentos:

—Antes de casarnos me prometiste que nunca nos moveríamos. Ahora tienes que cumplirlo. Aquí estoy en mi casa, la única que he tenido.

Por primera vez desde que se habían casado, Lina no permitió que su marido la abrazase.

Al cabo de un mes, Jaime y Lorenzo descargaban las pertenencias en la sastrería.

Lina no disimulaba en ningún momento su descontento. Los primeros días caminaba por la casa con la manía supersticiosa de no pisar las juntas de las baldosas, como cuando era pequeña. A la muchacha le volvieron los temores del pasado respecto de los lugareños y apenas salía a la calle.

—Cariño, si ayudas a la tía en la tienda te distraerás —la animaba Lorenzo—. Inténtalo, por favor.

—¿Y quién vigilará a Veva? —inquiría molesta.

El dinamismo de la niña suponía un estorbo dentro de la casa. Lina acababa con los nervios destrozados y la tía Consuelo repetía sin cesar que la pequeña la mataría a disgustos.

Acostumbrada a moverse al aire libre, la nueva casa se le quedaba pequeña. Al contrario que a su madre, a Veva la desesperaba estar encerrada. Se asomaba al balcón y veía cómo jugaban las otras niñas. En cuanto podía, se escabullía con ellas.

A Lina aquellas huidas le daban pánico y culpaba a la tía Consuelo de que la niña se le escapase por la puerta de la sastrería.

—Dejad de discutir —intervino Lorenzo para poner paz en aquel rifirrafe diario—. Me la llevaré a la trastienda algún rato y así descansaréis de ella.

La chiquilla estaba encantada con la novedad, y no tardó en poner de manifiesto su fantasía. Un día, mientras Lorenzo estaba ocupado probando una chaqueta, la niña recortó el camal de los pantalones con las tijeras.

—¡Ya soy mayor! —se defendió de los gritos de su madre, llorando a pleno pulmón, con las velas colgándole de la nariz y la cara bañada en lágrimas—. ¡Quiero ayudar a padre!

Al cabo de un año de vivir juntos, los tíos se mudaron a la casa solariega de los Torres en busca de tranquilidad.

—Deja que vaya a jugar con las otras niñas, Lina —suplicó desesperado Lorenzo—. Nos volveremos locos si no la dejamos salir a la calle.

—Puede lastimarse. ¡Esta pitusa solo tiene cinco años!

—Como las otras, cariño. En Llonera lo hemos hecho todos cuando éramos niños. Nadie se queda encerrado en casa a la hora de jugar.

—Yo no vagaba por las calles, Lorenzo.

—Tú vivías apartada de todos —le reprochó él.

Lina lo miró dolida y su marido suavizó el tono:

—No debes preocuparte tanto por ella. Llonera es un pueblo pequeño y todos nos conocemos.

Las mujeres se sientan a la puerta a hacer ganchillo y les echan una mirada. Y tú... basta con que salgas de la tienda a controlarla de vez en cuando.

Lina se hacía de rogar. Seguía quitando el polvo de los estantes y poniendo bien alineadas las cajas de hilos y de cremalleras.

Él insistió:

—Veva no es una niña solitaria, cariño.

Finalmente, Lina claudicó y se restableció un período de paz en el hogar.

A principios de septiembre, Veva fue por primera vez a la escuela y Gabriel tuvo que sufrir, con mucho amor, a una segunda Benita.

Todas las tardes, al salir de clase, la niña se dirigía a casa de los abuelos Torres a merendar. Caminaba cogida de la mano de su primo Braulio, ambos vigilados por un juicioso primo Carlos, un año mayor que ellos y futuro heredero de los Torres y los Siracusa.

Benita los esperaba con una rebanada de pan con mantequilla y azúcar para cada uno, encantada de tener a sus tres pequeños cerca de ella.

Día a día, la casa de sus abuelos acabó convirtiéndose en el segundo hogar de la pequeña Torres y la calle de su tía pasó a ser el lugar de juegos compartidos con los primos Siracusa.

Lina comprobó que vender telas, cintas e hilos en la sastrería la complacía. Eladio era una gozada de niño de tres años al que podía dejar sentado en la alfombra que cubría el suelo entarimado, donde el pequeño se pasaba las horas sin molestar, distraído con maderas de colores y cajitas vacías de Fabra y Coats.

Fijaron los sábados como día para visitar la tumba de la tía Carmina. Lina dejaba a Eladio con Lorenzo y, acompañada por Gabriel y Veva, caminaba el medio kilómetro hasta el cementerio.

Tan pronto como entraban en el recinto, Veva lo recorría de punta a punta en busca de lápidas donde hubiera fotografías de niños. Cuando se cansaba, se mecía en la rama baja de un ciprés hasta que su madre la llamaba para que se despidiera de la tía. Entonces, las dos daban un beso a la fotografía de la Señorita, colocada en el centro de la cruz.

Debajo, una placa ovalada indicaba el nombre y los años de nacimiento y muerte. Entre ambos mediaban cuarenta y cuatro años.

A fin de quedarse solo ante la tumba, Gabriel se retrasaba unos minutos. Acariciaba con la mano la imagen de aquel rostro amado y recitaba los versos que un día lejano y preñado de esperanzas había escrito para ella:

*La vida huirá si esa luz se apaga,
y el día claro, oscura noche será
cuando herida de amor llorará el alma.*

El maestro y Lina regresaban tristes al pueblo. Ninguno de los dos intuía por entonces que aquella catástrofe inesperada en sus tranquilas vidas había sido solo el presagio de los negros años que no tardarían en llegar.

Envejecido por el reuma que le agarrotaba el cuerpo, Pedro Siracusa recorría el campo bajo el ardiente sol de la primera semana de julio. Llevaba de la mano a su nieto mayor, Carlos Siracusa Torres, que estaba a punto de cumplir siete años. Muy satisfecho, el abuelo le contaba que aquellos ya no eran los olivos de los Martí, que ahora eran suyos porque su padre los había comprado.

Mientras los dos caminaban por el bancal, Jaime fumaba pensativo, apoyado en el mismo ribazo donde diez años atrás Siuró se había lastimado. Pese a la promesa de venderle la finca, Pascual Martí había muerto sin cumplirla. Era Ofelia quien se la había regalado hacía casi dos meses. No obstante, solo ellos dos sabían que había sido a cambio de nada. En la transacción efectuada ante notario el 5 de mayo de 1936, tal como constaba en la escritura, ponía que el precio había sido satisfecho.

Jaime pensaba en ello mientras contemplaba cómo Llonera se perfilaba a lo lejos. La calma que aparentaba el pueblo, visto desde la distancia, no tenía nada que ver con la realidad. De un tiempo a esta parte, la villa era una olla repleta de rencores y agravios que bullía aderezada con odios. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una muestra a pequeña escala de lo que sucedía en el país.

Desde antes de las elecciones celebradas en febrero, España era un país sin matices. Todo se debatía entre dos polos: el Frente Popular de izquierdas y el Frente Nacional de derechas. En medio, como un retaco que da saltitos para ver lo que hay al otro lado de la valla, subsistía un centro carente de fuerza.

Sin embargo, otras dos pasiones ideológicas flotaban por encima de todos los partidos. Por una parte los anarquistas, que ni siquiera se habían presentado a los comicios, y por otra los falangistas, que no habían obtenido ningún escaño. Ambas formaciones, apartadas del juego parlamentario, campaban por sus respetos invocando románticamente la lucha. A pie de calle, el debate político se resolvía con argumentos acompañados de puños y pistolas.

Jaime miraba con pesar a su hijo y su padre: dos generaciones que se daban la mano. Estaba convencido de que para todo el mundo había empezado la cuenta atrás, antes de que todo saltara por los aires. En mayo no solo había recibido como regalo un olivar, sino que también había sentido en lo más hondo de sus entrañas que el descenso a los infiernos estaba muy cerca.

A finales de abril habían llegado de Madrid Ofelia y la pequeña Laura, de tres años. Jaime solo las había visto de lejos. Ella desaparecía del mapa cuando él se encontraba en los bajos de la casa. Tal vez fueron esas evasivas lo que lo enfureció cuando la heredera de los Martí envió a un mozo a buscarlo para que se presentase sin demora en el despacho.

La encontró sentada muy digna detrás del suntuoso escritorio que había sido de su padre. Sobre su cabeza colgaba el retrato que lo había enamorado.

Jaime recordó de pronto el día que la había tenido en sus brazos por primera vez. Al mismo tiempo, odiaba aquella estancia. El mero hecho de pisarla y tener que permanecer de pie le recordaba su puesto subalterno.

—¿Por qué estás tan huraño, Siracusa? —le preguntó Ofelia mientras depositaba el plumín al lado del tintero.

—No me gusta que me mandes venir al despacho.

—Te enfadas sin motivo, Jaime... Cada cosa tiene su lugar y su tiempo. ¿Acaso yo me quejé alguna vez por tener que acudir a la bodega o las cuadras?

Jaime inspiró hondo y bajó la vista. Reconocía que ella tenía razón.

—Siéntate, querido amigo, no es necesario que permanezcas ahí plantado como quien espera órdenes.

A continuación llenó dos copas de vino rancio y le ofreció una. Jaime la dejaba hacer, de pie y callado, mientras esperaba a que Ofelia le dijese lo que tuviera que decirle. Saltaba a la vista que entre ellos se había instaurado una distancia mucho más abrumadora que los kilómetros que los separaban nueve meses al año.

—Las criadas murmuran que los Martí aún no hemos cumplido la promesa de venderte la finca —comentó ella con un dejo de desprecio hacia el servicio—. Ahora ni siquiera se esconden de mí para hacerlo. Y por si no bastara con eso, la pelandusca de Tonia las está engatusando para que se hagan anarquistas como ella.

—Déjalas, Ofelia —dijo él mientras tomaba asiento y dejaba el sombrero de paja sobre el escritorio—. Lo que digan no tiene nada que ver con nosotros.

—De hecho les quedan pocos días de servir en esta casa. Cuando me marche a Alicante con mi madre y Laura, cerraré la casa y las echaré.

—Expíciate mejor —la apremió Jaime, intrigado por sus palabras—. Tienes la virtud de hacerme sentir como un mozo.

—He venido a Llonera solo para recoger a mi madre y arreglar dos cosas contigo.

—Habla.

—Va a armarse la gorda, Siracusa. El país está a punto de explotar.

—¿Y dónde está ahora el canalla de tu marido?

—Narciso está preparando los pasaportes para nuestra salida a Marruecos. Nos reuniremos en Alicante. Tal vez cuando se calmen los ánimos las cosas en este país vuelvan a ser como antes.

Jaime se levantó de nuevo y se paseó por el despacho aguantándose la rabia.

—Temo que no será así, Ofelia. —Dio una palmada en el escritorio, airado—. Hay un mar de fondo que lo está desbaratando todo. Nuestro pueblo se está perdiendo. Lo percibo en las trifulcas en el bar y la plaza. Existe una alianza, una mezcla casi criminal, entre algunos ricos y algunos pobres que me ponen enfermo.

—Tú mismo, hace años, te mezclaste con nosotros —objetó ella a fin de tranquilizarlo.

—¡No del mismo modo! He querido prosperar pero nunca he renegado de los míos. Los de ahora se reconocen saludándose con el brazo en alto.

—¿Y qué me dices de quienes lo hacen con el puño alzado?

—Que todo ello acarreará la desgracia, Ofelia. Tengo amigos a los que ni siquiera reconozco.

—Y tú, Jaime, ¿con quién estás?

—Con la tierra y los campos que me han visto crecer.

Los dos se quedaron en silencio. Ella jugueteaba con el borde de la copa. Jaime cogió el retrato de Laura de encima de la mesa. La pequeña era un calco de Ofelia, con sus mismos ojos azules pero con el cabello negro y una mirada que ambos reconocían muy bien.

La heredera le quitó el retrato de las manos y lo depositó de nuevo en el escritorio.

—Ya no somos aquellos jovencitos que se enamoraron, Jaime. Tenemos obligaciones. Laura tiene tres años y ella es mi responsabilidad.

Él la miró fijamente. Pensó en Pascual Martí. El hombre había muerto poco después que la Señorita. La caída del caballo había tenido consecuencias graves que se hicieron patentes cuando empezó a no coordinar el habla ni los movimientos.

Desde la cama, el terrateniente lo había mandado llamar. Hizo que se le acercase para decirle al oído, sin que nadie lo oyera, que estaba contento de que su nieta hubiera sacado sus ojos, aunque de color azul como los de su madre. Aquella confesión lo dejó estupefacto.

—¿Qué dos cosas has de arreglar conmigo, dueña? —preguntó, sacudiéndose de encima los recuerdos.

Ofelia le sostuvo la mirada. Tampoco a ella le gustaba que la llamase de ese modo.

—Tú elegiste a Benita y yo a Narciso —se defendió—. Ya no me apetece escabullirme a las cuadras.

—Los dos sabíamos desde un principio que no podríamos casarnos.

Haciendo un esfuerzo por cambiar de conversación, ella continuó:

—Vendrán mal dadas, Jaime. Ahora, más que nuestro amor, lo que me preocupa es nuestra vida. Te he hecho venir por dos razones. Una es venderte la finca de los olivos.

—No creo que ahora pueda pagártela, Ofelia.

—Fingiremos que me la has pagado, ¿de acuerdo? El notario lo tiene todo preparado. Nos espera mañana por la tarde. No lo he hecho venir a casa porque quiero que todos vean que entramos juntos en la notaría.

—¿Y la otra razón? —preguntó él, ocultando la emoción que de repente lo embargaba.

—Pedirte que guardes una llave de la casa.

—Quizá no pueda proteger tus pertenencias, cariño. Tu marido es falangista y debes saber que Llonera está llena de anarquistas. Hoy por hoy, ni siquiera yo sé ya quién sigue siendo amigo mío.

—Cuando nos marchemos todo quedará cerrado, pero antes quiero enseñarte un escondite. Tal vez tu lealtad hacia mi familia te pase factura. En Madrid ha habido disturbios muy graves y aquí también llegarán. Es una ola que se extiende y Llonera no se librará. —Adelantó la mano por encima del escritorio y él a su vez la suya—. ¿Puedes volver cuando haya oscurecido y esperarme en el sitio de siempre?

—Tengo turno de riego a medianoche. Vendré a verte.

—Será nuestra última vez, Jaime.

Esa noche, como todas las veces anteriores, ella apareció en la oscuridad de la bodega. No obstante, en lugar de quedarse allí, lo condujo al pequeño trastero que siempre estaba cerrado y sin luz.

Era un lugar que ni siquiera inspiraba curiosidad. Parecía un hueco de escalera aprovechado. Una vez que los dos estuvieron dentro, ella cerró con llave. Después, en la oscuridad, trepó por una escalera de mano pegada a la pared y que daba la impresión de haber sido arrumbada como inútil.

En el techo de aquel rincón, Ofelia empujó hacia arriba una trampilla.

Jaime estaba impresionado. Jamás habría sospechado que aquel cuchitril estrecho y de mala muerte llevara a alguna parte. La siguió escalera arriba, a tientas, hasta que se encontró dentro de un armario lleno de ropa de hombre. De allí salió directamente al vestidor de un dormitorio.

Una vez fuera del armario, Ofelia cerró la trampilla, que quedó perfectamente disimulada en los bajos entarimados. En una ranura que simulaba un nudo natural de la madera, hizo girar la llave, que se guardó.

Nadie de la casa tenía conocimiento de aquella entrada falsa. La había construido su abuelo. En otro tiempo, el dormitorio que ahora ocupaba ella, con el vestidor anexo, había sido el suyo. Nadie entraba en él sin su permiso.

—Jaime, ni siquiera mi madre conoce este escondite. Mi padre me lo enseñó cuando le entró miedo de que, tal como soplaban los vientos en la Península, algún día pudiera correr peligro. Me dijo que solo lo sabíamos los herederos, como responsables de la salvación del resto de la familia llegado el caso.

—¿Y tu madre y...?

—Mi marido no sabe nada —lo interrumpió ella—. Y mi madre tampoco. Solo es útil si se mantiene el secreto.

En un perchero de pie había unos pantalones perfectamente planchados y una camisa azul marino. En el bolsillo izquierdo, a la altura del corazón, resaltaban un yugo y unas flechas bordados con hilo rojo.

Pese a la derrota electoral de la Falange, en febrero del treinta y seis, muchos jóvenes militantes

de la CEDA decidieron unirse a José Antonio, hijo del exdictador Miguel Primo de Rivera. Tras la ola de violencia impulsada por los falangistas, su líder había sido detenido y se encontraba preso en la Modelo de Madrid. Las oficinas de la Falange habían sido clausuradas.

Aquel mes de mayo resultaría difícil de olvidar para Jaime. No solo había recibido de regalo una finca de olivos. En aquel dormitorio también había sentido un miedo cerval que se le pegaba a la piel. Era un miedo procedente de un enemigo al que desconocía y que por eso mismo lo atemorizaba tanto.

Tendido en aquella cama de sábanas de hilo blanco, puntas de encaje y largas hileras de tulipanes bordados, Jaime se torturaba pensando cuántas veces Narciso Serina habría hecho allí el amor con Ofelia.

El Primero de Mayo, la radio había retransmitido el desfile de la fiesta de los trabajadores. Las palabras de Largo Caballero habían inflamado los ánimos a conciencia. La izquierda quería demostrar a la derecha que no le tenía ningún miedo.

También aquel mayo los anarquistas habían celebrado su congreso anual en Zaragoza. El mismo mes en que Mola firmaba en Pamplona un plan estratégico para llevar a cabo la insurrección militar.

Toda aquella preparación no podía pillar por sorpresa al Gobierno. Meses atrás había sido avisado de las conspiraciones militares y por eso había enviado a Franco a las islas Canarias y al general Mola a Pamplona.

Alcalá Zamora había dimitido como presidente de la República y Azaña había ocupado su lugar.

Mientras la izquierda se preparaba para el golpe de Estado que ya veía venir, los socialistas seguían divididos. Hasta finales de junio no se habían fusionado con los movimientos juveniles comunistas. Cada cual se preparaba contrarreloj para tomar las armas, pese a que, si bien todos lo sospechaban, nadie acababa de confirmarlo.

El miedo a aquel enemigo desconocido era el que Jaime llevaba pegado a la piel. Quien podía huir, lo hacía. Y era esa estampida lo que más lo atemorizaba. Tenía la sensación de que quedaría atrapado con los suyos en una ratonera mientras esperaban a ser devorados.

El mismo Gabriel, el maestro, se había despedido de Llonera apenas acabado el curso. El hombre siempre había huido de los desórdenes políticos y esta vez no sería diferente. Con una sencilla maleta había subido una madrugada al coche de línea camino de Barcelona para embarcar hacia Venezuela, donde lo esperaban unos familiares por parte de madre.

Apoyado en el ribazo, Jaime contemplaba la silueta de Llonera recortada en el horizonte mientras su padre y su hijo recorrían satisfechos la nueva propiedad de la familia. Habría querido sumarse y ser él quien enseñara la tierra a su pequeño heredero, pero, como un animal que olfatea el peligro, presentía aterrado cuán cerca se hallaba el abismo.

Por San Fermín, el general Mola había cerrado el asunto con los carlistas navarros, dispuestos a defender a Dios, patria y rey hasta la muerte. También lo había hecho con los falangistas, que seguían las mismas premisas pero sin rey, mientras Franco se trasladaba a Marruecos desde las Canarias para ponerse al frente de la rebelión.

El día siguiente al 18 de julio cayó en domingo. La iglesia de Llonera estaba vacía y el joven mosén Zamora esperó en vano a que llegasen los dos monaguillos. Encerrados en casa, todos y cada uno de los lugareños rezaban para que ganasen los suyos.

La guerra fratricida estaba servida.

Una densa calima que se filtraba hasta los pulmones impregnaba el pueblo. El miedo había hecho cerrar portales y ventanas, al tiempo que la gran olla repleta de agravios, odios y peleas fermentados durante meses, tomaba la forma de parca.

Aunque en la calle reinaba un bochorno que quitaba las ganas de moverse, un envejecido mosén Tomás temblaba de frío. En su dormitorio, tapado hasta el cuello con una manta, sufría arcadas.

Miguel Torres se llevó a la casa solariega a Lorenzo y su familia. El viejo labrador era de la opinión de que, si estaban todos juntos, ocurriera lo que ocurriese, saldrían bien librados.

Esta vez Lina agradeció a su suegro que los llevara consigo. Lorenzo no veía la necesidad de irse de casa, pero su mujer tenía mucho miedo. Al dejar la sastrería, se dijo que nunca en su vida había oído un silencio tan doloroso.

No ladraban ni los perros.

A Veva tanta quietud la desasosegaba. Sus traviesos casi seis años no entendían aquella forzosa clausura dentro de la casa solariega.

Jaime había querido hacer lo mismo con los suyos, pero tanto sus padres como su hermana se habían negado a seguirlo. No querían abandonar su hogar.

El Siracusa estaba agotado. Toda la familia de su mujer, así como sus hijos, se encontraban en el piso de arriba. Él afilaba un hacha al tiempo que rememoraba episodios de su vida. Desde la bodega, vigilaba inquieto la entrada de la casa. Lo intranquilizaba que los anarquistas tomaran represalias contra alguien de la familia por su causa. Su cercanía con los Martí ya lo había obligado a plantar cara en más de una ocasión.

Se palpó el bolsillo donde guardaba la llave de la casa de Ofelia y del escondite. Pensó que si salía adelante, también él construiría un pasadizo secreto por donde salvarse.

Fue Tonia quien, una noche en que había ido a desfogarse con ella, le hizo saber que despertaba envidias.

Le costaba entender los motivos. Entre sus amigos era respetado y su opinión tenía peso. Jamás había dejado de sentirse parte del pueblo. Su deseo de prosperar en la vida no lo había vuelto

déspota ni estirado.

La voz de Lorenzo desde la puerta de la bodega rompió el deslizante sonido monótono del asperón contra la hoja del hacha.

—Jaime... ¿qué es lo que esperamos que pase?

—Que empiecen a caer las bombas, supongo —respondió con voz cansada, sin abandonar la tarea.

—Eso no sucederá, amigo mío. No sé qué partido puede sacar nadie de bombardear un pueblo como el nuestro.

Jaime solía sonreír ante la ingenuidad de su amigo, pero en aquellos momentos le costaba mostrarse indulgente. Le ordenó que volviera arriba con los demás.

Lorenzo obedeció. Él no se había decantado por ninguna ideología. Seguía su propio código ético para valorar a las personas, siempre fiel a no ensuciar su conciencia. Su única pasión eran Lina y sus hijos.

Las peleas entre conocidos lo entristecían enormemente. Un mes atrás se había visto obligado a intervenir en una reyerta para impedir que dos amigos suyos, Néstor y Adrián, llegasen a las manos.

Adrián era panadero y falangista. Se había convertido en uno de los sicarios que había reclutado en el pueblo el marido de Ofelia. No habían digerido el encarcelamiento de José Antonio, y su traslado en junio desde la Modelo de Madrid a la prisión de Alicante tenía a los falangistas aún más enardecidos.

—No hagas que te miren mal, Lorenzo —le había aconsejado su tío al ver que salía a la calle—. Cuando se tiene negocio abierto, no hay que tomar partido. Uno nunca sabe cómo pueden ir las cosas.

—Tengo el alma por los suelos, tío —se había lamentado, dando un puñetazo en el mostrador—. Todo este asunto es una locura. Estoy asustado y decepcionado.

Cuando oyó los gritos, tuvo que salir de la sastrería.

Adrián amenazaba a Néstor con un cuchillo y el sastre se interpuso entre los dos, protegiendo con su cuerpo a Néstor, que estaba arrinconado contra la pared.

—Quítate de en medio, Lorenzo —le ordenó Adrián—. La cosa no va contigo.

—Haced las paces, amigos —insistió él, afianzando los pies en el suelo para cerrar el paso a Néstor—. Los tres jugábamos juntos cuando éramos niños.

—Ahora somos demasiado mayores para jugar. ¡Hay que saber dónde está el enemigo! —exclamó el panadero—. Mójate de una vez, Lorenzo, y di de qué lado estás.

—Yo no veo enemigos, Adrian. No soy de ningún bando. Pero lo que está pasando no me gusta nada.

—¿Qué es lo que no está bien? ¡Di!

—La República es el gobierno legal, aunque no estés de acuerdo con ella.

—Pronto España se verá libre de rojos y maricas.

Néstor se había escabullido de detrás de Lorenzo y estaba a punto de lanzarse sobre el falangista cuando este, con un rápido movimiento, apoyó la hoja del cuchillo en el pecho de Lorenzo y lo amenazó:

—Cuando ganemos la guerra, sastre, iré a preguntarte de parte de quién estás. ¡Recuérdalo!

Pese a las amenazas y peleas, en el pueblo el disparo de salida sonó en agosto. Al cabo de un mes de empezada la guerra, una noche sacaron a mosén Tomás de la cama. Lo fusilaron a pie de carretera, junto al abrevadero de mulas.

Finalmente, sus premoniciones se habían cumplido.

Buscaron a mosén Antonio Zamora por todas partes y no lo encontraron. Entonces, la gente empezó a hacer especulaciones sobre su desaparición. Dudaban de si habría huido o lo habrían asesinado.

Algunas casas de ricos fueron saqueadas. No tardarían en serlo también las de los pobres.

En el zaguán de casa de Engracia se organizó un guirigay entre defensores y saqueadores, mientras Alfonsa empuñaba una horca de aventar y los amenazaba desde los escalones.

La criada defendió a su señora como una fiera. Y no estaba sola en el empeño. A su lado había viejos labradores y algunos anarquistas hijos de estos. La gente allí congregada no sabía si ponerse del lado de Alfonsa o en su contra.

Tonia, que figuraba entre ellos, gritó:

—¡Dejad a la vieja y a Alfonsa en paz! Vamos a casa Martí.

Nadie se atrevió a tocar ni un hilo de casa de Engracia.

La casa de los Martí, sin embargo, fue abierta y saqueada. Al cabo de dos días, Jaime se arriesgó a ir a ver cómo había quedado todo por dentro y poner un candado.

Recorrió sigiloso el piso de arriba. Estaba en el dormitorio de Ofelia cuando oyó un ruido. No tuvo tiempo de esconderse porque Tonia ya lo apuntaba con un fusil.

—¿Qué haces aquí, Siracusa, a oscuras como un ladronzuelo?

La hija de Filipa le hincó la boca del cañón en el estómago.

—Si vas a matarme, no hace falta que te responda.

—Al parecer, Alfonsa tenía motivos poderosos para defender a su señora. ¿Cuáles son los tuyos para morir por los bienes de otro, Siracusa?

Jaime se mantuvo en silencio. A decir verdad, no tenía ningún motivo para defender nada de lo que quedaba en aquella casa.

Deslizando el arma hasta la entrepierna, ella prosiguió:

—Te dejaré vivir si llevas un terrón de azúcar en el bolsillo.

Hacia trece años que Jaime había desvirgado a aquella muchacha. Lo recordaba muy bien porque había sido el día que él cumplía los dieciocho. Después de eso, Filipa había guardado a su hija como a una joya. No volvió a poseerla hasta que la chica cumplió los quince.

—¿Me matarías si no lo llevara? —preguntó Jaime al tiempo que lentamente le mostraba el terrón.

—Será la primera vez que no te cobre, Jaime. Hoy estás en mis manos. Yo te elijo.

Él le apartó un mechón que se le escapaba por debajo de la gorra de miliciana.

—¿Este era el dormitorio del hijo de puta? —preguntó Tonia mientras apartaba el arma.

—Solo lo vi el día en que Pascual Martí murió, y no era este.

Tonia quiso hacerlo en la cama del terrateniente.

Después de hacer el amor, la joven se durmió con el fusil apoyado en la mesilla de noche.

Jaime sonrió ante aquella falsa dureza con él. Fuera de la cama de alquiler, podía contemplarla con otros ojos. Conocía aquel cuerpo tan bien como el de su mujer y el de su amante. El cabello largo, rizado y crespo le daba un aire salvaje, y los pechos ya no eran los de aquella niña de trece años, que apenas despuntaban, sino redondos y firmes. Tonia tenía veinticuatro años.

Cuando despertó, él todavía la estaba contemplando.

—¿Sabes por qué mi madre quiso que me estrenaras tú, Jaime?

Él sacudió la cabeza.

—Yo solo era una niña y el cerdo de Pascual Martí no dejaba de insistir en que ella me pusiera un precio. Mi madre lo odiaba con toda su alma. Jamás olvidó que, cuando mi padre murió, había ido a pedirle ayuda y la forzó en su despacho. Después la echó, y desde entonces tuvo que prostituirse.

Siracusa recordó todos los terrones de azúcar que había dado a la chiquilla cuando él iba a acostarse con Filipa y preguntó:

—¿Y ahora me entregarás a tus compañeros para que me fusilen, Tonia?

—Eso jamás, Jaime.

—Entonces, querida amiga, es peligroso que sigamos aquí. Podrían presentarse los falangistas de Narciso. No tardarán en tomar represalias.

Al acabar de vestirse, ella se cargó el fusil al hombro y cogió del cajón del tocador un pintalabios usado que rodaba solitario.

Jaime sintió ternura por aquel gesto de coquetería en una chica vestida de miliciana. Se dijo que, de no haber tenido a Ofelia y Benita en su vida, habría amado a Tonia.

Se levantó de la cama y la atrajo hacia sí, aferrándola por la cintura y besándola con ardor.

—No te arriesgues, Tonia. Sobre todo no dejes que te maten.

—Tengo muchos números para que eso ocurra, compañero. Pero antes me llevaré por delante a tantos fachas y falangistas como pueda.

—¿Necesitas algo que yo pueda darte?

—Todo lo que preciso lo llevo encima. —Mientras le pasaba los dedos por el cabello, añadió—: No creo que volvamos a vernos, Jaime. Me marcho de Llonera. Ya no soy una puta.

Él esperó a que Tonia se alejara para salir de la propiedad.

Camino de casa, Jaime se dio cuenta de que estaba llorando. Tenía treinta y un años y notaba cómo se iba perdiendo a sí mismo sin remedio.

Llevaba noches soñando que alguien lo envolvía con una tela mientras una voz lejana decía: «Le queda muy bien la mortaja.»

Cuarta parte



Los aviones ensordecían con su vuelo y rasgaban el cielo dejándole una cicatriz blanca. El día que cayó la primera bomba en Llonera, todo el que tenía masía en el campo se refugió en ella.

Pensando en el montón de familia que eran, Jaime había explicado a Lorenzo que no podían ir todos juntos al mismo sitio. Demasiada gente. Él se llevaría a sus padres, a su hermana, a sus suegros y a los tíos José y Consuelo, además de Benita y los dos niños. No obstante, acompañaría con su carro a su cuñado, a Lina y sus hijos a la otra masía que tenían a media hora de la suya.

Lorenzo lo entendió, pero Miguel Torres blasfemó como un poseso.

—Suegro, en la casa grande viviremos nueve adultos y dos niños —se esforzó en hacerle entender Jaime—. No cabe más gente.

Miguel se maldecía cada vez que recordaba la poca resistencia que había opuesto a la hora de desheredar a su hijo. En los momentos de debilidad, aquella decisión le roía las entrañas como un cuervo.

El día anterior a su marcha, el contenido de la despensa de los Torres y los Siracusa fue repartido entre los carros de los que tirarían los mulos y las alforjas de las dos mulas. Había muchas posibilidades de que, cuando ellos no estuvieran, las casas fueran saqueadas por los combatientes.

Al rayar el alba ya estaban todos en la calle, preparados para abandonar sus hogares. No eran los únicos. Todo el pueblo de Llonera parecía estar de mudanza.

Jaime lo tenía todo organizado. Tras cerrar con llave el gran portalón, guiaría el carro propiedad de los Torres para trasladar a Lorenzo y su familia. El de casa Siracusa, cargado con los víveres y los dos niños, lo conducirían su padre y su suegro. Benita llevaría a una mula de la brida y José Torres la otra. Las mujeres los seguirían a pie.

Iniciaban ya la marcha cuando de pronto Miguel Torres detuvo al animal, pasó las riendas a su consuegro y saltó a tierra.

—Baja, Jaime, yo me voy con mi hijo. —Y dirigiéndose a su mujer, le ordenó—: Teresa, tú te quedarás con Benita para ayudarla.

Todos respiraron aliviados por aquella decisión. En el fondo, a nadie le gustaba la idea de que Lorenzo, Lina y los niños se quedaran solos en la otra masía.

Llegados a determinado punto del trayecto, los dos grupos se separaron. Por el camino polvoriento de la derecha, Miguel miraba los campos y calculaba cuánta cosecha se perdería aquel año. Era agosto y no veía cómo podrían recoger las almendras en septiembre, y lo mismo con las aceitunas en invierno. El trigo, aunque se encontraba en el granero, ya lo daba por perdido, si se confirmaban los rumores de que sería requisado en gran parte.

Aunque había acompañado a su hijo, el labrador estaba muy agradecido a Jaime. Nadie como su yerno para procurar el bienestar de la familia. Con él al frente, el futuro no se le antojaba tan

agobiante.

Traquetearon por espacio de dos horas al sol antes de llegar al lugar donde permanecerían el tiempo que hiciera falta.

A Lina se le cayó el alma a los pies al verlo. Era una construcción pensada para dormir a cubierto en la época de la siega, pero no disponía de armarios, fregaderos ni camas. Para cocinar, dentro de la casa se preparaba un sencillo fuego en el suelo. De las vigas sobresalían unos ganchos para colgar los cestos con los víveres. Se quedó horrorizada cuando su suegro le pidió que los tapara bien a fin de protegerlos de alimañas y perros hambrientos.

La primera noche la pasó en blanco, asustada por las coces de la mula al otro lado de la pared, tan cerca de ella que incluso podía oírla respirar. Los niños, en cambio, estaban encantados de dormir con el abuelo Miguel en un colchón en el suelo. Para preservar la intimidad del rincón donde dormían ella y Lorenzo, Lina había tendido una cuerda y sujetado con pinzas una sábana blanca bordada.

El labrador reía al ver la masía engalanada con tanta finura. Ni siquiera en su casa su Teresa gastaba sábanas tan finas como aquellas entre las que ahora dormía. «Cuando se lo cuente a mi mujer, se hará un hartón de reír», pensó. Y entonces Miguel echó de menos no tenerla al lado para tocarla y amarla.

Una vez al día, Lorenzo bajaba al río con su padre para llenar de agua los cántaros mientras Lina se quedaba sola con sus hijos, muerta de miedo. Cuando oía el rugido de los aviones, corría con un niño cogido en cada mano a refugiarse en el ribazo del bancal, obedeciendo las órdenes de su suegro de no quedarse dentro de la casa.

A continuación aparecían en el cielo aquellas máquinas de guerra. En una reacción instintiva, Eladio y Veva se acurrucaban debajo de su madre, cual si fuera una clueca, se tapaban los oídos y cerraban los ojos. Lina, asfixiada de angustia, miraba el cielo de reojo y lo veía denso, pesado, convencida de que de un momento a otro les caería encima.

En momentos así habría querido aferrarse a la cintura de Carmina y llorar protegida por ella, pero ya no la consolaban ni los recuerdos. Todo lo que había sido su vida se le desdibujaba como si jamás hubiera existido.

No tardaban en caer las bombas, con sonidos sibilantes cual chillidos agudos, que impactaban en los campos provocando explosiones de tierra y piedras.

Pese a todo, aquel mes y medio infernal en los campos de trigo segado también llegó a su fin.

Un buen día, las bombas enmudecieron. Como una terrible tormenta, la guerra avanzaba hacia el Ebro y ahora les tocaría sufrirla a otros pueblos. Ellos volvían a casa.

Miguel conducía pensativo. Sabía que en el pueblo se habían hundido algunas casas y corrales, pero, si le habían informado bien, sus propiedades seguían en pie. Se volvió para observar a su familia. Sentados en los colchones, entre los fardos, iban los nietos que le había dado Lorenzo. Recostada en el varal del carro con la barbilla sobre el brazo, Veva contaba con el dedo índice

enhiesto los árboles que iban dejando atrás. Aquella niña lo embelesaba y se sentía muy orgulloso de ella. «Es una Torres de los míos», pensaba. El pequeño de sus cuatro nietos, Eladio, dormitaba con la cabeza apoyada en el regazo de su madre. Tenía seis años y le recordaba a Lorenzo a su edad.

Pese a la amenaza de los bombardeos, al viejo labrador le había gustado pasar aquel tiempo con la familia de su hijo. Ahora estaba convencido de que Lorenzo y su mujer eran dos almas gemelas. Ni uno ni otra estaban hechos para trabajar en el campo. Agradeció de todo corazón que Lina lo amase tanto y también dio las gracias a Dios porque nadie de su familia hubiera resultado herido.

Camino del pueblo, los vecinos se iban saludando. Todos volvían a una Llonera que ya nunca sería la de antes de la guerra. En aquellos momentos, pocos eran los hogares que no lloraban alguna pérdida.

Muchos lugareños del bando republicano no tardarían en sumarse a otra caravana mucho más dura de sobrellevar: la del exilio.

En noviembre del treinta y ocho, la batalla del Ebro ya tenía vencedor.

El final de la guerra, en abril del año siguiente, supondría un segundo calvario para la población: las represalias y las denuncias fruto del miedo y la venganza.

La iglesia, con evidentes destrozos, empezó a ser restaurada con trabajos forzados. Asignaron un cura nuevo a la parroquia porque de mosén Antonio Zamora seguía sin haber rastro. A nadie le habría sorprendido que hubiera huido para evitar correr la misma suerte que mosén Tomás.

Fue de resultas de un interrogatorio cuando se reabrió el caso. Un vecino de Lorenzo que había destacado como furibundo anticlerical denunció un hecho. A menudo salvar la propia vida implicaba ofrecer a cambio la de otro.

—Les juro que el cura entró en la sastrería y no salió de ella —lloraba retorciéndose en el suelo como escoria—. De allí solo huyó pies para qué os quiero un desconocido.

Mientras en el cuartel de la Guardia Civil llenaban cuartillas con las confesiones, Lina recogía la ropa tendida en el patio. Lo que más le gustaba de la casa era que no estaba destinada a las labores del campo. Tenía el patio lleno de macetas.

Con frecuencia Benita intentaba convencerla de que debería tener gallinas y conejos. «La posguerra no es el mejor momento para plantar margaritas», le había dicho. Y aunque reconocía que su cuñada tenía razón, no habría sabido cómo arreglárselas con los animales. Por no tener, no tenía ni gato.

Hacía tiempo que sobrevivían con la ayuda de sus suegros. En casa del sastre no entraba dinero. Desde el comienzo de la guerra, Lorenzo no había recibido ni un solo encargo y en la tienda no se vendía ni un dedal. Miguel Torres los visitaba todas las semanas y nunca aparecía con las manos vacías. Desde la estancia en la masía, Lina profesaba un profundo afecto al padre de su marido.

A ella le gustaba ver la casa limpia y sin malos olores. No era de grandes dimensiones pero le bastaba. La anchura se reducía a un entramado de vigas de cuatro metros que iban de pared a pared.

No hacía falta ningún pilar que ocupase sitio.

La parte delantera de los bajos estaba ocupada por la sastrería, donde ella atendía a los clientes, y en la zona de la trastienda que daba a la parte trasera Lorenzo cortaba, cosía y probaba, y ella planchaba. El sol entraba por una ventana abierta al patio, al que se accedía desde la misma estancia.

Aquel rectángulo de tierra de cincuenta metros cuadrados, con un almendro en el centro, era su lugar predilecto. Estaba lleno de macetas con flores y una parra trepaba hasta el balcón del primer piso. Le gustaba sentarse allí a coser, calentada por el sol de la tarde y protegida del viento por las paredes de las casas vecinas. Un cuartito albergaba el lavadero y el retrete. Lo último que deseaba era llenar el patio de gallinas y conejos.

Mientras se firmaban confesiones ante un tricornio negro y charolado, Lina tendía la ropa y, en el comedor del primer piso, Lorenzo repasaba las sumas y restas que sus hijos debían entregar al día siguiente.

Niños y niñas ya no se juntaban en la misma clase como habían hecho siempre en Llonera. Ahora había un maestro para los niños y una maestra para las niñas.

Lorenzo corregía diariamente los deberes con sus hijos. Sufría por la timidez de Eladio y por la rebeldía de Veva. «Me los harán trizas a los dos», se decía entristecido cuando los veía pasar en fila de a dos dirigiéndose a cantar el «Cara al sol» en la Cruz de los Caídos que habían erigido detrás de la iglesia.

Para evitarles castigos, Lorenzo los aleccionaba todas las noches. Él, que nunca se había mezclado en política y que había sufrido por las peleas entre amigos, ahora les explicaba que los dos retratos que presidían sus aulas, detrás de la mesa del maestro, eran los salvadores de la patria: el Generalísimo don Francisco Franco Bahamonde a un lado del crucifijo y, al otro, el más joven, el héroe José Antonio Primo de Rivera, que había muerto a manos de los rojos.

Lorenzo instruía sobre todo a Veva. La chiquilla había sido la mimada de Gabriel y ahora se negaba a ir a la escuela. Casi a diario, su pequeña rebelde era castigada con golpes de regla. Su padre sufría, pero lo que más le dolía era que no podía ir a defenderla. Por eso siempre procuraba que llevaran los deberes bien hechos y las lecciones aprendidas. Al fin y al cabo, en la tienda no había otro trabajo.

Si más adelante no conseguía arreglárselas, tenía pensado pedir a Jaime que lo llevara consigo al campo. No podían pasarse la vida viviendo a su costa.

Lorenzo oía canturrear a Lina por el patio mientras corregía las sumas de Eladio, cuando unos golpes muy fuertes a la puerta de casa asustaron a toda la familia. Antes de que tuviera tiempo de salir a la escalera a ver quién subía, ya tenía a la Guardia Civil encima. Lo detuvieron.

Cuando Lina llegó, muy alterada, su marido salía encañonado con los brazos en alto. A punto de desmayarse, se tambaleó escaleras arriba en busca de sus hijos. Al no verlos se puso a gritar como una loca.

De detrás de uno de los dos sillones, ambos asomaron la cabeza, llorando asustados.

En el cuartel, Lorenzo, con la conciencia tranquila, se defendió con firmeza. Tenía ante él a su vecino, con la cabeza gacha, la ceja chorreando sangre y un ojo reventado.

—En mi casa no entró nadie —insistía Lorenzo, que no podía creer que estuvieran acusándolo de la desaparición de mosén Zamora—. Pueden venir y registrar lo que quieran. No encontrarán ni rastro de lo que me acusa este hombre.

Sin embargo, lo que Lorenzo no sabía era que, después de llevárselo, los guardias habían registrado su casa y encontrado una prueba que demostraba que él mentía y que el vecino decía la verdad.

Al fondo de la trastienda, ocultos detrás de un estante, aparecieron la sotana y el alzacuello del mosén.

Dos días de interrogatorios en el cuartel no consiguieron que Lorenzo se inculpara de lo que no había hecho, y entonces lo trasladaron a la prisión Pilatos de Tarragona. Al saber que se lo habían llevado, Jaime corrió a detener a Lina, que, enloquecida, se dirigía con sus hijos a pedir que se la llevaran con él y que en caso necesario la inculpasen.

Para disuadirla, Jaime le prometió que pediría ayuda a Ofelia Martí. Sabía que su dueña había vuelto de Marruecos para instalarse en el pueblo, aunque aún no había conseguido verla. Todas las tardes al capataz se le repetía la misma excusa: «La señora Ofelia está muy ocupada.» Ahora Llonera tenía un nuevo y ferviente alcalde, devoto del movimiento franquista: Narciso Serina.

Un asunto tan grave como el de Lorenzo no podía desatenderse, y Jaime esperó media hora en la antesala, que ya lucía sillas nuevas, hasta que finalmente Ofelia lo recibió en el despacho. Un collar de perlas, a juego con los pendientes, le colgaba sobre un jersey rosa pálido de lana de angora. Babeando a su lado había un chiquitín al que le asomaban los primeros dientes.

—No tengo mucho tiempo, Siracusa. Dime qué quieres —lo apremió reclinada en el sillón recién tapizado de cuero.

—Han detenido a Lorenzo por equivocación. Si tu marido hace una llamada, seguro que lo dejan libre.

—Me han dicho que está en la prisión Pilatos de Tarragona. ¡Mal asunto! —comentó, sorprendida por la petición—. Yo en tu lugar no me metería, Siracusa. No están los tiempos como para defender a sospechosos de matar a curas.

—Pero ¡tú lo conoces bien, Ofelia! Te lo ruego por él y por Lina.

—Si el cura está vivo, ya aparecerá. Eso demostrará que el sastre es inocente. En cuanto a Lina... que sepas que gracias a mí no la han hecho beber aceite de ricino antes de pasearla por el pueblo.

Jaime se tragó una protesta ante el gesto que Ofelia le hizo con la mano. Había sido un acto deplorable ver cómo las mujeres de los rojos, señaladas, habían sido paseadas por el pueblo siguiendo a la banda de música. Todas con la cabeza rapada y sin poder controlar la diarrea provocada por el aceite de ricino que las obligaban a beber.

Acto seguido, ella se levantó y se dirigió a la ventana. Movi6 la cortina fingiendo observar la calle y volvi6 al escritorio. Una falda de cheviot, recta hasta debajo de las rodillas, le marcaba una silueta que no se habfa deformado un 6pice con los dos embarazos.

—¡No cojeas! —se admir6 Jaime al comprobar su paso firme.

—En el Protectorado habfa un m6dico alem6n muy bueno. Resulta que mi problema no era un caso nada diffcil para un experto. —Tras jugar con un cenicero dorado con camellos repujados, a6adi6—: Ya ves, Siracusa, gracias a la guerra he dejado de ser coja.

—No te reconozco, Ofelia —se lament6 6l mientras la cogfa de un brazo—. Se dirfa que tambi6n te han operado el cerebro.

Ella carraspe6 para aclararse la voz al tiempo que se liberaba de un tir6n. Volvi6 a su asiento con parsimonia.

—Siracusa... es mejor para los dos que dejemos de vernos.

—Ya entiendo. Entonces, a partir de ahora, ¿a qui6n he de pasar cuentas por tus fincas?

—Mi hija Laura est6 encantada con su hermanito, el peque6o Federico —dijo ella, haciendo caso omiso de la pregunta, mientras le limpiaba una baba al ni6o.

—Quiero una respuesta, due6a —exigi6 Jaime inclin6ndose sobre el escritorio para mirarla fijamente a los ojos.

—¡Est6s despedido! —exclam6 ella alzando la barbilla, exaltada por su proximidad.

A Jaime ya no le cabfan m6s sorpresas ni decepciones. Se sac6 del bolsillo la llave de la casa y la que cerraba la entrada falsa y las deposit6 sobre la mesa.

—No te preocupes, Ofelia —le dijo sonriendo con sarcasmo y haciendo una mueca—. Jam6s descubrir6 tu secreto.

—Con el Caudillo en el poder, dudo mucho que alguien se atreva a intentar perjudicarnos. Pero gracias de todos modos.

Pese a su esfuerzo por parecer digno, Jaime se sentfa tan abatido que si ella le hubiera pedido que se arrodillase, lo habrfia hecho.

Antes de salir del despacho, apretando con la mano el pomo de la puerta, se volvi6 a mirar por 6ltima vez el retrato de Pascual Mart6. Aquel mangante soberbio y astuto habfa compartido con 6l confidencias y el gusto por la tierra. Todo un se6or de una 6poca perdida que nada tenfa que ver con la idiosincrasia del pisaverde de su yerno.

Al fin y al cabo, pens6, Mart6 podfa descansar en paz en su pante6n del cementerio, el m6s grande y pretencioso. Tambi6n habfa conseguido convertir a su hija en toda una heredera. No habfa dudado ni un instante en ordenar a su capataz, el mismo que la habfa adorado, que ahuecara el ala sin chistar.

Tambi6n ella mir6 el magn6fico retrato, ahora estropeado por los navajazos que lo cruzaban.

—Si me entero de quién ha acuchillado el retrato de mi padre, lo haré encarcelar —amenazó volviendo a mirar al capataz.

Jaime salió del despacho sin responder al comentario. Pensó que lo más probable era que Tonia ya estuviera encerrada en alguna cárcel.

Cuando se encontraba en el pasillo a punto de bajar la escalera, una niña de seis años con el cabello negro, preciosa como una muñeca de ojos azules, le pasó por delante. Con un «papá» lleno de alegría se lanzó a los brazos de Narciso, el nuevo y flamante alcalde de Llonera, que lucía el bigote de moda.

Antes de volver a casa, Jaime visitó a la mujer de Lorenzo para contarle que no había conseguido ninguna ayuda por parte de Ofelia Martí. Lina lo recibió con delantal y un pañuelo anudado en la cabeza. Llevaba a Eladio agarrado a la falda. Veva entraba del balcón, donde se pasaba el día esperando a que volviese su padre.

Jaime miró a sus sobrinos; se le partía el corazón al verlos en aquel estado de pobreza. Todos los días se producían en Llonera denuncias y detenciones. Mujeres a las que les habían rapado la cabeza, como Lina, eran obligadas a hacer coladas, limpiar casas y edificios públicos. Era el castigo que recibían por haber sido milicianas, tener al marido en el bando rojo o bien encarcelado por algún crimen de guerra. Sin que tuviera nada que ver, a Lina la habían señalado como a roja a causa de la detención de su marido.

Siracusa se estremeció al pensar que Benita y los niños pudieran correr la misma suerte. Le dolía aquella cobardía que se le estaba metiendo en el cuerpo.

Después de la visita a Ofelia, era consciente de que había perdido la protección de los Martí. Era evidente que la sombra de la acusación de Lorenzo planearía como un pájaro negro sobre el resto de la familia.

Por primera vez a sus treinta y dos años, el capataz se sentía un destripaterrones en el pleno sentido de la palabra.

Al volver a casa se encerró en la bodega. Se sirvió un vaso de vino y lo vació de un trago, luego otro, y otro, hasta que la cabeza se le puso turbia. Con la embriaguez apenas recuperó un poco de coraje. El necesario para implorar el perdón de Lorenzo en el pensamiento porque en lo sucesivo se comportaría respecto de él como un Judas.

Vació un último vaso de vino antes de jurarse que no haría un solo gesto que pusiera en peligro a su mujer y sus hijos.

La falta de ayuda acabó de hundir a Lina. Por su parte, la familia de Lorenzo estaba desesperada. Teresa se daba golpes, muy trastornada, y Miguel era un temblor con patas. Había envejecido veinte años de golpe. Se pasaba el día ante la chimenea golpeando el suelo con el bastón, como si también él hubiera perdido el juicio.

—La culpa es mía por haberlo sacado de casa —repetía una y otra vez para desesperación de Jaime—. ¡Mi primogénito! Primero desheredado y ahora en prisión.

Benita no daba abasto cuidando a padres, tíos, hijos y también serenando a un marido que era presa del pánico cada vez que llamaban a la puerta.

Jaime era un hombre vencido, prisionero perpetuo del miedo.

Al cabo de cinco meses, iniciado septiembre de 1939, la blanca piel de Lina parecía transparente. Las manos se le agrietaban con un dolor insoportable de tanto lavar ropa para los demás, y las piernas se le hinchaban debido a las horas eternas de plancha, mientras el corazón se le iba endureciendo con sucesivas capas de odio.

Únicamente el cabello que le habían rapado como castigo volvía a cubrirle la cabeza como antes.

Una tarde, después de la lluvia, había salido a buscar caracoles. Camino de casa se detuvo en el cementerio. Estaba completamente descuidado y lleno de hierbajos. Arrodillada en la tumba de Carmina, lloró sin medida hasta que una voz ronca a su espalda la hizo estremecer.

—La Señorita te quiso de verdad, muchacha. ¡Anda, levántate!

Al volverse la vio: arrugada como una pasa, con la tez cenicienta y vestida de luto como siempre. Allí plantada estaba Engracia. Le tiró del brazo con su mano huesuda.

—Acompáñame hasta la puerta de casa —le pidió—. Los que aquí descansan no pueden ayudarte.

Lina se secó los ojos y se dejó llevar. Castigada como todos los vencidos, hacía tiempo que había perdido el derecho a decidir lo que fuese.

Cruzaron juntas la plaza porticada ante la mirada escudriñadora de la gente. La mujer caminaba apoyada en su brazo para demostrar a todos que Lina gozaba de su protección. Al llegar al portalón de casa, antes de dejarla marchar, le dijo:

—Ven mañana, Alfonsa te dará ropa para que la arregles. La mujer que me cose no me gusta.

Estaba agotada. En su día a día no cabían más encargos de castigo.

Engracia lo percibió y se apresuró a aclarar:

—No te daré dinero porque no se te puede pagar, pero tendrás comida. ¿Te parece bien?

Habría querido darle las gracias más efusivamente, pero solo le salió un gesto de resignación y dolor. Se limitó a asentir con un movimiento de la cabeza casi imperceptible.

Camino de casa, recordó cómo la había impresionado aquella mujer el día que la conoció. Cuando era niña y algo la asustaba o veía a Carmina pesarosa, preguntaba: «¿Ocurre alguna engracia?», y su tía se echaba a reír: «No, pequeña. No ocurre ninguna desgracia.» Durante un tiempo había creído que Engracia y desgracia significaban lo mismo.

Al día siguiente era domingo. Como Dios había mandado que ese día de la semana se destinara a descansar y rendirle culto, Lina estaba liberada de trabajar para los demás y se dedicaba a las tareas de su hogar.

Cumplía el deber de la misa a primera hora a fin de ahorrarse las miradas de la gente. Iba a la iglesia acompañada de su suegra. La tía Consuelo llevaba tiempo guardando cama a consecuencia de

una apoplejía que le impedía salir. Benita recogía a Veva y Eladio y se los llevaba junto con sus hijos a misa mayor. Veva se sentaba en la última fila de las niñas y el resto en los bancos de los niños.

Ese domingo Lina hizo la colada, la tendió y, al acabar, se dirigió a casa de Engracia. Golpeó la aldaba con las fauces de león y empujó la puerta.

—¡Sube, criatura, y sígueme a la cocina! —dijo Alfonsa desde el rellano.

Recorrió aquel pasillo que tan bien conocía. Se le partía el corazón ante tantos recuerdos felices como la asaltaban.

La criada la hizo sentar a la mesa. Después le calentó un vaso de leche y se lo sirvió.

—Bebe. Nos la trae mi sobrino, es del rebaño de la señora Engracia.

—No puedo, Alfonsa. Mis hijos hace mucho que no toman. No me sentaría bien al estómago.

—Tus hijos necesitan que la tomes tú. Si te dejas vencer no tendrán a nadie.

Antes de poder dar un solo trago, Lina tuvo que llorar largo rato para deshacer todos los nudos que le obstruían la garganta. Transcurrió una hora antes de que los sollozos le permitieran aguantar el vaso sin derramar su contenido.

—Sé cómo te sientes y es injusto lo que te pasa, muchacha. Aunque tu marido fuera el asesino del pobre mosén Zamora, ni tú ni los niños os merecéis el castigo.

Mientras le acariciaba la mano, Alfonsa le contó por qué ella quería tanto a su señora. Su madre había temido por ella cuando su tío Macario Crispel hizo el juramento de matar a cualquier muchacha que se quedara embarazada fuera del matrimonio, en venganza por la muerte de su hija de resultas del acoso.

Alfonsa tenía trece años cuando murieron sus primos Crispel. Macario era el hermano de su padre, que a su vez era el pastor del rebaño de la señora Engracia. Su madre también trabajaba en la casa y pidió a la señora que se llevara a su hija Alfonsa como criada en vez de a ella aunque no le pagase nada.

El motivo era que, desde que había empezado a hacerse mujer, su padre la acosaba. La madre incluso tenía miedo de que un día la dejase preñada. Por defenderla, la mujer cobraba a menudo.

Un día en que la paliza fue más fuerte y violenta que de costumbre, decidió contar la verdad a su señora.

Engracia no hizo preguntas, se limitó a llamar a su presencia al pastor para hacerle saber que se llevaba a Alfonsa.

—Eso o la cárcel —le dijo.

El padre aceptó con la cabeza gacha y sin rechistar. A partir de entonces Alfonsa creció y vivió tranquila, y su madre también.

—La vida suele ser injusta, muchacha. Una vez te dije que las desgracias ocurren en unos segundos pero se cuecen mucho tiempo antes, ¿lo recuerdas?

—Sí, Alfonsa, y también recuerdo que, cuando me lo dijiste, yo era una inocente que me creía que un puñado de lentejas dentro de la bolsita de blonda, el día de mi boda, me traería suerte.

—Aún no se te ha acabado la vida, querida amiga.

Mientras la criada iba en busca de la canasta con la ropa, Lina se quedó mirando por la ventana de la cocina. Desde allí veía la fuente en medio del jardín, ahora sin agua pero con los mismos peces de piedra con la boca abierta como si estuvieran agonizando. Uno había perdido la cola.

—Tráela cuando la tengas lista, Lina —dijo dejándosela sobre la mesa—. Ya no tengo la misma vista que antes y tardo mucho en enhebrar la aguja. Saca la ropa con cuidado. En el fondo del cesto te he puesto comida y una lechera con un cuartillo de leche para los niños.

Lina, que tantas veces había tomado chocolate en aquella cocina mientras compartían confidencias, ahora no podía articular palabra. Abrazó a Alfonsa con lágrimas de gratitud.

Al llegar a casa, Veva y Eladio ya habían vuelto de misa y la esperaban sentados en la escalera como dos pequeños búhos. Solo tenían ojos.

—Tenemos hambre, madre —se quejó el niño.

Ella cerró la puerta de la calle, apoyó la espalda en la pared y miró a sus hijos entre agotada y emocionada. Sabía que, con permiso de su señora, Alfonsa ya no la abandonaría. Aquella pequeña bondad era como una estrella de esperanza en la oscuridad del abismo.

De pronto recordó que aquel era el día de su cumpleaños: cumplía veintinueve.

El encargo de Engracia tuvo consecuencias positivas. Las casas acomodadas aprovecharon la buena mano para la costura que demostraba la mujer del sastre. Eso la liberó de las coladas.

Por la noche, cuando los niños ya dormían, Lina cosía hasta que se le cerraban los ojos.

Una noche, a las dos de la madrugada, se acostó sin desnudarse. Solo quería descansar un rato y luego continuar, pero se quedó dormida.

A primera hora de la mañana la despertó Veva.

—¡Llaman a la puerta, madre!

Se alisó el cabello con la mano y se lo recogió en la nuca. Al ver que era la Guardia Civil, se quedó helada. En un acto formal, le entregaron la notificación del fusilamiento de Lorenzo por el asesinato del cura desaparecido.

El 7 de octubre había sido sentenciado a muerte por el Consejo de Guerra Permanente de Tarragona. La condena había sido ejecutada a las seis de la mañana de un frío viernes de octubre de 1939, en la colina de la Oliva, cerca del cementerio.

Lina perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Benita le frotaba la frente con un paño empapado en vinagre, mientras las lágrimas le resbalaban por la cara. Veva la había ido a buscar.

Lina no se levantó de la cama en todo un mes, deseando que la muerte también se la llevara.

Como un ángel protector, Benita no se apartó de su lado.

Ante las quejas de Jaime por la prolongada ausencia de su mujer, ella explotó:

—Escúchame bien, Siracusa. No sé qué cojones te ha pasado, pero ya no reconozco en ti al muchacho con el que me casé. Ahora ya no necesitas temer que mi padre se desdiga. El heredero de los Torres ha muerto. Ni se te ocurra impedirme ayudar a la familia de Lorenzo o no respondo de mí.

—Haz lo que quieras —replicó él aferrándola del brazo, tras dar una patada a la silla—, pero si te oigo hablar mal de alguien... Si te pones a la gente en contra, no te librarás de la paliza que te daré.

Acto seguido se marchó a la bodega de casa de su padre. El viejo Siracusa miraba a su hijo, sentado frente a él. Comprendía su sufrimiento y sabía que no había palabras que pudieran consolarlo por la muerte de su amigo. Solo él lo había visto llorar allí dentro, muchas veces, a escondidas de todos.

Pese a saber que su padre había muerto, Veva, que al cabo de dos meses cumpliría nueve años, seguía esperando que volviera. Todas las noches rogaba al Hijo de Dios que hiciera un milagro como los que contaba la catequista.

Una vez ejecutada la sentencia, las madres habían prohibido a sus hijas que jugasen con ella.

Castigada al ostracismo y con una madre desquiciada, se aferró al amor de su tía. Benita besuqueaba a su sobrina, la estrechaba contra su pecho como cuando la amamantaba de pequeña y la obligaba a cantar con ella. Todas las tardes se la llevaba al huerto grande que tenían junto a la carretera y allí le contaba cuentos y le enseñaba canciones.

—Tu padre es inocente, Veva. Que lo hayan matado no significa que sea culpable, ¿me has entendido?

Pese a sus esfuerzos por animarla, Veva iba languideciendo de tristeza. En contra de la voluntad de su cuñada, Benita llevó cinco gallinas ponedoras y una coneja preñada al patio.

—Saca a estos animales de aquí —ordenó ella fuera de sí al descubrirlo.

—No lo haré, Lina. Tu hija lo necesita. Tiene que ver que la vida sigue. Tocar seres vivos. La criatura vive como una apestada. ¿Acaso no te das cuenta?

—No quiero matanzas en mi casa, ni siquiera de animales.

—Las gallinas solo serán para poner. Me llevaré a la coneja cuando haya criado y solo le dejaré un par de conejitos para que los cuide.

No había manera de que llegasen a un acuerdo, pero Benita no estaba dispuesta a ceder. Y ambas sabían muy bien cómo las gastaba cada una desde que eran pequeñas. Lina volvió a ser testigo del ímpetu de aquella Torres de trenza gruesa y larga que le hacía la vida imposible en la escuela. Dio

una patada a la puerta del patio y sentenció con ánimo de herirla:

—¡Así se hunda Llonera con todos vosotros dentro!

El día de Reyes, casi tres meses después del fusilamiento, Benita trotaba por la calle a largas zancadas y forzando el cuerpo con un brusco balanceo.

Subió la escalera de casa de Lina profiriendo exclamaciones y gemidos.

—¡El cura está vivo, Lina! ¡Está vivo y ha venido al pueblo! Dicen que quiere devolveros la chaqueta y los pantalones que os cogió de la tienda para salvar la vida.

De repente se oyó un grito aterrador. Cuando Benita entró en el comedor, Lina se estaba dando de cabezazos en la pared.

Al oír el alboroto, los dos niños subieron corriendo del patio, donde jugaban con la camada de conejitos. Eladio se escondió detrás de su hermana, dos años mayor que él, asustado por los gritos y golpes de su madre.

—Idos a casa de los abuelos, Veva —ordenó Benita, que intentaba detener a su cuñada—. Yo me quedo con vuestra madre. Llévate a Eladio.

La niña se había quedado inmóvil, mirando aterrada, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¡Obedece! —gritó Benita.

La chiquilla cogió a Eladio de la mano y tiró de él hacia la calle. Cuando doblaron la esquina seguían oyendo los gritos de su madre en el balcón:

—¡Asesinos, asesinos!

Benita la arrastró a la cama. Después se tendió a su lado, aferrándola por la cintura.

—Déjame, déjame salir a maldecir al pueblo entero.

Pero la hermana de Lorenzo no la soltaba. Lloraba con ella y aguantaba las patadas de su cuñada.

A medida que avanzaba la tarde, el llanto de Lina fue remitiendo, hasta que el sueño la venció por agotamiento. Benita aprovechó ese momento para acercarse a su casa y comprobar cómo estaban los ánimos.

En cuanto entró, se encontró a Jaime, que volvía de tomar el café en el bar.

—¿Qué tienes que decir ahora, Siracusa? —increpó a su marido.

—Lo hecho, hecho está —repuso él, apartándola—. No vale la pena hacer que te miren mal.

Ella le dio un empujón.

—¿Quieres que me metan en la cárcel y quedarte viuda? —La sacudió—. ¿Con quién quieres que me enfrente? ¡No es el pueblo el que lo ha matado! Son los que mandan, que lo sentenciaron.

La mujer estaba agotada debido al sufrimiento. Lo más doloroso para ella era el abandono de

Jaime desde que se habían llevado a Lorenzo. Se había convertido en un marido ausente y extraño que no la protegía.

En el piso encontró a su madre, que lloraba abrazada a la nieta.

—Pobre chiquilla. Ahora sí que puedes gritar muy alto que han matado a tu padre sin motivo.

—¡Calla, Teresita! —ordenó Miguel acercándose a Veva—. No hagas caso a la abuela. Lo que dice es cierto, pero más vale que calles. Guarda la injusticia que han cometido contigo en tu interior.

Eladio, asustado, no se separaba de José Torres, su «abuelo sastre».

Carmen, la de Siracusa, no tardó en presentarse en casa de los Torres para brindar apoyo a sus consuegros. Benita le pidió que se ocupara de la cena, porque ella se iba de nuevo a la sastrería. Cuando se disponía a salir, Veva dejó al abuelo Miguel y corrió a ponerse el abrigo y la bufanda para irse con ella.

—Os quedáis a dormir en casa de los abuelos, Veva. Yo iré con tu madre.

—¡No! Deja que vaya contigo.

—Necesito que te quedes aquí. Has de consolar a la abuela.

La niña se había aferrado a su cintura y no la dejaba ir, buscando los brazos amorosos y entregados que la protegían. También su tía se agachó para abrazar aquel cuerpecito al que había criado y al que tanto quería. Finalmente, convenció a su sobrina.

Al llegar a la sastrería, vio que Lina no estaba en la cama.

Corrió a la cocina, temiendo que hubiera cometido alguna tontería, pero la encontró calentándose una sopa de tomillo como si no hubiera pasado nada.

Lina estaba transformada. Una línea de dureza rodeaba sus facciones. Benita temió aquel cambio repentino que encerraba un dolor inhumano.

—No te guardes el llanto, Lina. Las lágrimas se te pudrirán dentro si no las sacas. Dales rienda suelta.

—Las guardaré todas. No permitiré que nadie de este maldito pueblo me vea llorar. Dejaré que me cristalicen como vidrios dentro del corazón.

—Con tanto dolor dentro, ¿qué amor crees que podrás dar a tus hijos?

—¿Dónde están? —preguntó al ver que no habían vuelto con ella.

—Es mejor que hoy duerman en mi casa.

—Cuando me tome la sopa iré en busca de ese ladrón malnacido.

—Te acompañaré.

—Quiero ir sola. ¡Tú márchate!

Justo cuando Lina se disponía a ir a la rectoría para encararse con el cura que había arrebatado la

vida a su marido, él entraba en la casa por la puerta de la tienda. Mosén Zamora llevaba un paquete atado con un cordel.

Se quedaron plantados frente a frente. Él miró una silla y Lina la apartó con el pie sin dejar de observarlo de hito en hito.

—Si viene a buscar la sotana y el alzacuello, ya no están aquí. Tendrá que reclamarlos a la Benemérita, que se los llevó.

El cura no respondió, se limitó a dejar el paquete sobre el mostrador. Dentro había unos pantalones, una chaqueta y una camisa: las prendas que había robado para huir vestido de paisano. Él era el desconocido al que el vecino había visto saliendo a toda prisa. Sacó una carta del bolsillo y se la tendió a Lina.

—Me la dio el cura que atendió a Lorenzo cuando entró en capilla, tres horas antes de su ejecución.

A Lina le temblaban las piernas y tuvo que sentarse. Apretó con fuerza el sobre que contenía las últimas palabras de su amado.

—La guerra es una bestia salvaje, señora —prosiguió el sacerdote al tiempo que se arrodillaba ante ella, con la cabeza gacha y las manos juntas en acción de rogar—. Me enteré demasiado tarde de las consecuencias de mi hurto. Esa cruz la arrastraré de por vida en la conciencia. No puedo decirle nada más, solo arrodillarme a sus pies e implorar su perdón. Todos hemos perdido familia y amigos. Mi madre fue asesinada solo porque tenía un hijo cura. Ella tampoco se lo merecía.

—¿Cómo supo en qué cárcel estaba mi marido? —preguntó Lina con frialdad.

—Dios lo puso en mi camino. Mi hermana vive al lado de la catedral de Tarragona. La visité antes de despedirme para ir a la parroquia de Valencia, donde me han destinado. Cuando pasé por delante de la prisión Pilatos, camino de la estación, sentí curiosidad por leer la lista que cuelgan en los muros exteriores con los nombres de los que van a ser fusilados. Entonces vi su nombre. Indagué y, a través de algunas influencias, supe que no andaba errado al pensar que se trataba de él, y también conocí el motivo de su fusilamiento.

—Entonces... ¿por qué no lo detuvo? —preguntó ella con voz entrecortada, haciendo esfuerzos para que el aire de sus pulmones no se le quedara bloqueado en la tráquea—. ¡Era tan fácil como demostrar que estaba usted allí, vivito y coleando!

—Lamentablemente, ya no estaba a tiempo. Los cuarenta y dos nombres de aquella lista habían sido fusilados dos días antes.

—¿Y su cuerpo?

—Los muertos permanecen en ataúdes a la entrada del cementerio mientras se espera a que sean identificados y reclamados por su familia. Si no acuden, los entierran al día siguiente.

—¿Y viene a decírmelo ahora?

A Lina le temblaba la voz. Le entraron ganas de abalanzarse sobre aquel cura arrodillado ante

ella que le mostraba la tonsura.

—Ya no podía hacer nada. Lo siento en el alma.

—¡Salga de esta casa! Puede que Dios le perdone, pero yo no puedo. Mientras viva recordaré que mi Lorenzo yace en una fosa común por su culpa. ¡Y llévese el paquete!

Sentada en el sillón donde su marido había hecho tantas siestas, empezó a leer:

A mi amada esposa y mis queridos hijos: cuando esta carta llegue a vuestras manos, habré dejado de existir.

Moriré, queridos míos, con la misma dignidad con que he vivido. Tengo la conciencia tranquila y eso me da serenidad absoluta para llegar al último momento de mi vida. Dios sabe que soy inocente y que no he quitado la vida a nadie.

Recordadme con amor y no os colméis de rencores ni odios hacia los demás. La venganza os destruiría por dentro. Resignaos a vuestro destino a fin de seguir viviendo.

Te ruego, amada mía, que digas a mis padres que nadie habría podido criarme mejor que ellos y que me perdonen todos los sufrimientos que haya podido causarles.

Adiós, querida y adorada Lina, he besado cada palabra aquí escrita para que mi aliento se junte por última vez con el tuyo cuando deposites tus labios tan deseados en este papel, que contiene la emoción de mi corazón entero.

Adiós, hijos míos, recibid con esta carta el amor infinito que os profeso y guardad en vuestro interior el recuerdo de este padre que os idolatra.

Por siempre jamás,

LORENZO

El pasado cicatrizaba muy despacio. Corría septiembre de 1943 cuando Veva, tres meses antes de cumplir los trece años, tomó la decisión de dejar la escuela.

Yacía boca abajo en el arenal del río, protegida del sol por la sombra de un álamo. A poca distancia, el tío Jaime se daba chapuzones con los primos. Ese verano Carlos había cumplido catorce y Braulio trece. La tía estaba con ellos remojándose los pies, con la falda arremangada por encima de las rodillas.

La llamaron para que se sumara al jolgorio y se diera un chapuzón, pero no le apetecía bañarse. Quería estar sola. Sentía que en su cuerpo y su carácter se estaban produciendo unos cambios que no podía controlar. Discutía con su madre a diario. Por eso había decidido marcharse a la masía con sus tíos, para perderla de vista siquiera cuatro días.

Veva no podía hacerle entender que también ella echaba en falta a su padre, que aún lo lloraba muchas veces y que al menos habría querido saber adónde llevarle flores. Sin embargo, la chiquilla también tenía ganas de cantar, aunque eso la hiciera sentir culpable. Le resultaba doloroso no domeñar ese deseo. Muy al contrario, a medida que pasaba el tiempo se sorprendía a sí misma soñando con cosas bonitas y haciendo planes de futuro.

Aquella amalgama de sentimientos contradictorios la hacía llorar. Desde el río seguía llegándole el chapoteo y las risas de sus primos.

Veva se tumbó boca arriba con las rodillas dobladas y apoyó la cabeza en los brazos. Nubes como copos de algodón salpicaban el cielo azul y los vencejos la colmaban de placidez.

Hacía ya cuatro años que había acabado la guerra, pero ella la tenía muy presente. Más que el miedo a las bombas, recordaba con pánico el rechazo de sus amigas al saber que habían encarcelado a su padre y los insultos y golpes que tanto ella como Eladio habían recibido cuando lo fusilaron. La reaparición de mosén Zamora en Llonera no le había devuelto la vida, pero sí que había librado a su familia de la infamia. Desde entonces había sido readmitida en los juegos y la maestra la castigaba menos que a las otras.

Cerró los ojos con fuerza para alejar esos tristes recuerdos y respiró hondo con objeto de relajarse. La melodía de la corriente de agua se mezclaba con la tibieza del viento de septiembre, que hacía susurrar las hojas de los álamos. Aquella música de la naturaleza le sosegaba el alma.

En la finca de sus tíos quedaba un día más de labor para acabar la cosecha de la almendra. Llevaban tres días en la masía. Trabajaba con ellos en el campo a fin de corresponder su ayuda. Tanto su madre y su hermano como ella subsistían gracias a ellos y eso la angustiaba.

Un día que Veva estaba en casa de sus abuelos, oyó por casualidad una conversación entre sus tíos.

—El tiempo pasa y Lina no levanta cabeza, Jaime. ¿Qué vamos a hacer con ella y con nuestros sobrinos?

—No te preocupes, Benita, entre los dos criaremos a los hijos de Lorenzo lo mejor que podamos.

—Veva quiere pedir trabajo en casa de los Martí. Sabe que buscan niñera para Federiquito.

—¡Ni hablar! —exclamó Jaime—. Hemos de convencerla de que no lo haga.

—Si Lina fuera consciente de la situación, no sería necesario. Su subsistencia no me preocupa. Del huerto y el corral ya me encargo yo para que podamos alimentarnos todos. El problema es que ya no les queda dinero en casa. La semana pasada no pudieron comprar ni la ración de pan de la cartilla.

Jaime no podía quitarse de la cabeza el recuerdo de Filipa, cuando le hizo desvirgar a su hija de trece años para que Pascual Martí no la pillase por banda. No quería que Veva se expusiera a las exigencias de Ofelia, ni que se pusiera a tiro del pisaverde de su marido, que se había creado la fama de no tener suficiente con su mujer. Abusando de su poder, se aprovechaba de las mujeres acobardadas que aún tenían al marido en la cárcel.

Además, Veva se estaba poniendo muy guapa.

—No te lo volveré a repetir, Benita —zanjó con firmeza—. No quiero que la chiquilla trabaje en casa Martí. Lo impediré como si fuera hija mía.

Ella olfateó una tormenta familiar. Sabía muy bien que si su sobrina había tomado esa decisión, la llevaría a la práctica. En tozudez había salido a Lorenzo.

Por su parte, Benita había intentado por todos los medios que su cuñada cogiera las riendas de su casa, pero no parecía dispuesta a hacerlo. También el tío sastre, pese a que había envejecido, se había ofrecido a ayudarla a reflotar el negocio con ropa de mujer y de niño, pero Lina se negaba a coser ni una sola puntada para nadie del pueblo.

La actitud pasiva de su madre obligaba a Veva a tomar decisiones de persona adulta de cara a su futuro. Preocupada por la falta de dinero, había dejado la escuela aquel septiembre. De hecho, de los cuatro primos solo seguía en ella Eladio, que estaba a punto de cumplir once años.

Tanta amargura en casa se le hacía insoportable. Por eso huía a la de sus abuelos, donde podía explayarse sin sentimiento de culpa. Cuando hacía buen tiempo, la tía Benita y ella salían a la calle, plantaban las sillas junto a la puerta y estaban de palique con las vecinas. A la sastrería solo volvía a dormir.

La insistencia de su madre en que aprendiera a coser la sacaba de quicio. No soportaba la parsimonia del hilo y la aguja. Dar una puntada tras otra y esperar días para ver el resultado le destrozaba los nervios.

Ella quería aprender el oficio de cocinera, trabajar y ahorrar para montar un negocio propio como su padre. No obstante, para conseguirlo aún debía esperar algunos años. Tenía claro que emigraría a la ciudad como algunas hermanas mayores de sus amigas, aunque fuese para hacer de criada. Era un proyecto que no podía compartir ni siquiera con la tía Benita. Se habría enfadado con ella al saber que planeaba abandonar Llonera algún día.

El otro motivo para marcharse era su madre. Estaba convencida de que no la quería. Además, la ponía enferma que echara la culpa de todo a la tía Benita.

Estaba harta de que las dos mujeres cambiaran de conversación cuando ella aparecía. Justo antes de irse a la cosecha de la almendra las había pillado. Estaban tan concentradas en la conversación que no se habían dado cuenta de la presencia de la muchacha en el umbral de la puerta.

La tía recriminaba a su madre, como solía hacer.

—Dice que quiere trabajar de niñera en casa Martí. Más de una vez me ha dicho que no la quieres.

—¡Eso no es cierto! Es culpa tuya, Benita, que la dejas hacer lo que quiere y luego yo he de decirle que no. Mis hijos no tienen padre y me veo obligada a hacer de los dos.

—Pues, ya puestos, podrías ponerte a trabajar para mantenerlos y así no tendría que hacerlo la chiquilla. —Enseguida se arrepintió de sus palabras—: Por favor, Lina, no hagas caso de lo que acabo de decir. Lo que pasa es que me duele que estéis siempre a la greña.

—¿Por qué eres siempre tan ordinaria, Benita?

—No lo sé, no puedo remediarlo. Tú eres como una porcelana y yo, a tu lado, parezco un cántaro de barro.

Veva había intervenido justo en ese momento, dejándolas pasmadas a las dos.

—Yo prefiero los cántaros, tía. No te canses intentando convencer a mi madre.

Benita se avergonzó, al tiempo que Lina comprendía que su hija nunca sería del todo suya. Años después de que dejara a su bebé en manos de su cuñada para que lo amamantase, seguía siendo ella quien los alimentaba a todos, y eso la hundía en la miseria.

Todas las noches, Lina y sus hijos cenaban en silencio. Todavía imaginaba a Lorenzo, el amor de su vida, presidiendo la mesa. Al servir los platos, después de repartir, servía una cucharadita más a cada uno y pensaba: «Esta para Lorenzo.»

Cuando sus hijos ya estaban dormidos, acercaba una silla a la cabecera de Veva y la velaba unos minutos mientras dormía. Lo había intentado, pero no sabía cómo llegarle al corazón. Habría querido sentarse a su lado y bordar juntas, tal como ella había hecho con su tía Carmina. Pero hacía tiempo que había desistido.

Veva no sufría menos que su madre. Había noches en que le costaba conciliar el sueño.

«Te estás haciendo mayor», se repetía a sí misma.

Era algo que oía todo el santo día. La última vez que había podido jugar como una niña fue ese mismo verano, justo la tarde en que odió a su madre más que nunca.

Estaban de vacaciones y, hasta que salía a encontrarse con sus amigas, solía jugar en el patio con su hermano.

Veva le había hecho un columpio con unas cuerdas atadas a la barandilla del balcón. Y en uno de los empujones, Eladio salió disparado como un cohete. El aterrizaje sonó como si reventase una sandía. Su tía y su madre, que repasaban ropa en la trastienda para ahorrarse el calor de aquella hora, habían acudido muy alteradas. Eladio estaba espatarrado en los geranios aplastados, y un chichón le crecía en la frente.

Desternillándose de risa, Veva sostenía la cuerda rota en la mano.

—¿De qué te ríes, so mema? —la riñó su madre—. Tu hermano podía haberse lastimado.

—¡Ha sido él, quería que lo empujara más fuerte!

Y a su tía se le contagió la risa.

Su madre se enfadó aún más y le dio un pescozón.

Al volver de la masía, Jaime y los chicos descargaron las almendras. Después de saludar a sus abuelos, Veva se marchó. Una vez en casa, dejó el cesto sobre la mesa y dio un beso a su madre y su hermano.

—Nos alegra que hayas vuelto, hija. Te hemos echado de menos. ¿Te has cansado mucho en el campo?

—De lo que estoy cansada, madre, es de que tengan que mantenernos. Somos nosotros quienes deberíamos llenar nuestra propia despensa.

Lina hizo acopio de paciencia. Los días en que la muchacha había estado ausente, había reflexionado mucho. La agotaba tanta discusión.

—Podemos abrir la tienda si me ayudas. ¿Aprenderás a coser?

—¡Ni loca!

La propuesta de su madre hizo decidirse a Veva.

Al cabo de quince días ya era la niñera de Federico Serina, un malcriado de cinco años que hacía enfadar a todo el mundo.

Había lidiado sin demasiadas dificultades con la negativa de su madre de que trabajase para Ofelia, pero la reacción que más la sorprendió fue la de su tío Jaime. Desde que había puesto los pies en casa Martí ya no le hablaba. No obstante, ella no hizo ni caso.

Por su parte, Benita se sentía feliz de ver a sus hijos tan mayores y ayudando a su padre. La temporada de la almendra le había permitido tomarse un respiro de las obligaciones de la casa y la placidez del campo había ayudado a que Jaime y ella se reencontrasen.

Gustosa se habría quedado en la masía hasta que sanasen las heridas que la maldita guerra les había dejado en el corazón. Jaime volvía a desearla como antes de tanta desgracia que les había arruinado la vida, con la muerte de Lorenzo y el escarnio de Lina.

Siracusa ya no se comportaba como un animal herido. Aunque a paso lento, se iba recuperando.

También Benita se iba restableciendo. Se le había bloqueado la voz el día que encarcelaron a su hermano y, desde entonces, de su interior no había salido ni una melodía. Ahora, tímidamente, volvía a cantar.

Algunas tardes hacía compañía a Lina. Las dos se habían quedado muy solas desde que la chica trabajaba en casa de la Coja. Ya no tenían ocasión de disputársela.

Mientras hacía punto al lado de su cuñada, Benita aprovechaba para ponerla al corriente de los cotilleos del pueblo, los casorios apalabrados, los nacimientos, los lugareños que caían enfermos, los que mejoraban su fortuna... Todo con la intención de que saliera de su aislamiento.

Sin embargo, aquellas noticias no hacían sino acrecentar la amargura de Lina. Era un sentimiento que le subía del estómago.

—No quiero saber nada de esa mala gente, Benita —se quejaba—. Si pudiera los fusilaría a todos.

—Piensa en tu hija, Lina... Algún día bien que tendrás que casarla.

Bastante pensaba en Veva, aunque la muchacha se quejaba de que su madre nunca quería salir de casa ni acompañarla a ninguna parte.

Lina aún recordaba el paseo que la habían obligado a dar junto con las otras mujeres después de raparle el pelo. Había pasado vergüenza y miedo. Ella, que siempre había huido de las miradas, se había visto expuesta a ellas como una criminal.

Desde entonces se había negado a ir a cualquier parte donde se aglomerase gente.

Ahora bien, por su hija estaba dispuesta a cambiar. El miércoles siguiente Lina accedió a acompañar a Benita a comprar pollitos. Por la feria de diciembre se instalaba un mercado de ganado en Llonera, al que acudían a negociar agricultores de toda la comarca. Pegada a ella, aguantó con paciencia los aspavientos de su cuñada cada vez que los vendedores le decían el precio.

Cuando ya se iban, Benita frunció el ceño y observó:

—No te vuelvas, Lina, pero aquel hombre con la chupa de pana marrón no deja de mirarte.

—Con el escándalo que montas, ¡quién quieres que no nos mire!

Al llegar a casa, Lina entró directa en la trastienda.

Se acercaba el cumpleaños de Veva y quería hacerle un vestido de señorita. Su pequeña cumpliría trece años a finales de mes.

Las sobras de las piezas que le quedaban en la sastrería se estaban acabando, pero con ingenio encontraría la manera de hacerle un conjunto. Eligió una lanilla de pata de gallo para la chaqueta sastre y un retal gris para una falda plisada de tablas anchas.

Subió la tela al comedor, la extendió sobre la mesa y se dispuso a esperar a que su hija volviera del trabajo.

—¿Te gusta, Veva? Quiero que la Coja te vea bien vestida.

—No es coja —matizó sin demasiado énfasis al tiempo que miraba emocionada los dos retales

—. Me gusta la combinación que has elegido, madre.

—Hoy he ido con tu tía al mercado.

Veva la besó efusivamente, contenta con la noticia. En ese momento entraba Eladio. El niño, que ya había cumplido los once, arrojó la cartera sobre una silla y palpó la textura de los retales de tela.

El modo en que su hijo tocó el tejido y la expresión de su cara preocuparon a Lina. No estaba dispuesta a consentir que Eladio siguiera el oficio de su padre.

Lo que Lina no sospechaba era que esa mañana, mientras Benita regateaba el precio de los pollitos, su destino había asomado la nariz.

Faltaban solo nueve meses para que a la viuda de Lorenzo Torres la vida le diera un nuevo vuelco con el hombre de la chupa de pana.

La muerte de Engracia, en noviembre, convirtió a Alfonsa en heredera de todos sus bienes. Sin embargo, la criada siguió con su rutina de siempre como si el cambio de fortuna no la afectara en absoluto.

Mientras en la plaza porticada de Llonera celebraban la Fiesta Mayor de julio, Lina y Alfonsa pasaban la tarde en el viejo jardín, acompañadas por el canto monótono de la fuente de los peces.

—Si quieres, Alfonsa, puedo ajustarte los vestidos de la señora.

—Gracias, Lina, pero con los míos tengo suficiente para guardarle luto un par de años. Además, como la señora Engracia no era presumida, los tenía ya de color ala de mosca. No vale la pena gastar hilo ni tiempo.

Esa tarde Alfonsa no deseaba hablar de indumentaria, sino de un asunto al que daba vueltas desde el pasado enero. No quería aplazarlo más. El problema era que no sabía por dónde empezar para que su plan no se fuera al garete.

Dejó a Lina en el jardín y se dirigió a la cocina. Poco después volvió cargada con una bandeja de rosquillas de anís y la botella de mistela.

Una vez que hubieron vaciado el primer vasito, el cual no tenía mayor cabida que una cáscara de nuez, llenó el segundo. Entonces, sin pensárselo más, le soltó:

—Te he buscado un marido.

Del susto, Lina se vertió el licor en la falda.

Ruborizada, corrió a lavarse en la fuente. Aquellas palabras le habían sonado como una andanada de perdigones a traición.

—Hace cuatro años que soy viuda, Alfonsa. Voy de negro y no creo que deje de irlo jamás.

—Mi señora también guardó luto toda su vida, Lina, pero ella podía permitírselo. ¡Tú no! ¿De qué piensas vivir?

Lina agachó la cabeza. La avergonzaba que la mantuviese la familia de Lorenzo y que Veva tuviera que trabajar en casa de Ofelia.

Más de una vez había tenido la tentación de quitarse la vida, pero cuando la asaltaban pensamientos tan siniestros, corría al armario y olfateaba la ropa de sus hijos. Después miraba la fotografía de su madre, Natalia, y se juraba que ella no los dejaría huérfanos.

Muchas veces se había hecho el propósito de abrir la tienda, pero las buenas intenciones le duraban poco. Una fuerza más acuciante que la necesidad de subsistencia le impedía dar el paso. Nunca olvidaría cómo había sido humillada al acabar la guerra.

Con el fin de eliminar la amargura que la roía por dentro, se servía una copita del licor que elaboraba Veva para calmar las náuseas y pensaba: «Ya lo decidiré más adelante.»

Si existía un camino para salir de la miseria que jamás había acariciado era, precisamente, volverse a casar.

—No has dejado de ser la niñita asustada a la que encerraba en este jardín —le dijo Alfonsa—. ¿Te acuerdas?

Bastantes pérdidas había tenido ya en la vida para desear recordar nada.

Se levantó para irse, pero Alfonsa la obligó a sentarse de nuevo. Seguía empeñada en convencerla.

—¡Eres joven! Si no he perdido la cuenta, tienes la edad en que murió Cristo. Te queda mucha vida por delante. Al menos, hazlo por tus hijos. Sin Lorenzo no son lo que se dice un buen partido. A tu cuñada la dotaron con toda la hacienda y no recibiréis nada.

—Pero... el tío sastre dijo que todo lo suyo se lo daría a Lorenzo —balbuceó.

—Lo que pueda dar a tus hijos ya lo tenéis: la casa y la tienda, pero de eso no se come. Y te niegas a abrir el negocio.

—Tengo que pensarlo, Alfonsa. Pero no quiero casarme.

—Es cierto que debes pensarlo, pero tienes responsabilidades y no puedes esconder la cabeza bajo el ala. Siempre has vivido cobijada por los demás: el convento, tu tía, Lorenzo, Benita... y ahora Veva.

Lina frunció el ceño, pero Alfonsa no cedió.

—Sí, Lina, tu hija hace lo que tú no te ves con ánimos de hacer. Pero eso también la obliga a crecer demasiado deprisa.

—No me descubres nada que no me haya dicho yo mil veces.

—El labrador se llama Marcel —volvió a la carga Alfonsa—. Es un conocido de mi hermano. No me habría pasado por la cabeza hablarte de él si no fuera un buen hombre. Vive en Prats, a solo veinte kilómetros de Llonera. Ha cumplido los cuarenta y es propietario de casa y tierras.

—¿Y por qué no se ha casado todavía? Es raro que siga soltero a su edad.

—Eso es cosa suya... Hay quien no tiene ninguna prisa. Vivía con su padre viudo, que murió hace siete meses.

—No insistas, por favor. Ni yo conozco a ese hombre ni él me ha visto nunca.

Alfonsa esbozó una sonrisa esperanzada.

—Te vio el pasado diciembre en la Feria de la Purísima, en el mercado de ganado. Hizo un comentario sobre ti y le dijeron que eras viuda con dos hijos. Al cabo de un mes vino a preguntarme. No he querido decirte nada hasta ahora.

«¡Dios mío! El de la chupa de pana», recordó Lina de pronto.

—¡Basta, Alfonsa! Me moriré de vergüenza ante la familia de Lorenzo si se enteran de que me

estás buscando marido como una alcahueta.

—¡No te fastidia! En Llonera todas las bodas se apalabran antes —comentó divertida—. Al menos... hasta no hace mucho. Solo te pido que lo pienses.

Lina lo rumió tanto que pasó la noche en vela.

A la mañana siguiente creyó que ya lo tenía decidido: no se molestaría en hablar más de ello. No obstante, a mediodía, mientras comía con Eladio y Veva, ya lo estaba pensando de nuevo. Y lo hizo a lo largo de toda la semana. Incluso el domingo lo meditó durante la misa. Y también al salir de la iglesia, colgada del brazo de Benita, mientras se dirigían a la casa solariega.

Todos los domingos y festivos comían en casa de los Torres. Sentada a la mesa, procuró olvidarse de aquel desconocido llamado Marcel. Pero se sentía tan turbada que ni siquiera se atrevía a mirar a sus suegros.

Eladio, que pronto cumpliría doce años, armaba bulla en la mesa con sus primos. Como era el pequeño, tan pronto lo expulsaban del juego como lo aceptaban. Teresa ordenaba a sus nietos que se estuvieran quietos al tiempo que Miguel la reñía; le decía que los dejase reír tranquilos, que después de tanta desgracia ya les tocaba. El tío José iba y venía al dormitorio para ver cómo estaba Consuelo, que desde el ataque de apoplejía no había vuelto a ser la misma; cada día era más poquita cosa, y se iba apagando en la cama como una vela.

Veva salió de la cocina con la bandeja de la comida. Benita iba detrás con el cucharón. Las dos siempre juntas y bien avenidas. Lina seguía celosa de aquella complicidad.

En medio de todo ello, no dejaba de pensar en el tal Marcel. Estaba tan cansada que profirió un suspiro tan hondo y sonoro que todos se volvieron a mirarla.

—¿Te encuentras bien, madre? —le preguntó Veva.

Lina bajó la cabeza y, con las mejillas sonrojadas, dejó escapar un «sí» casi inaudible.

En aquella comida Veva estrenaba un vestido camisero que le había hecho su madre. Era estampado con margaritas sobre un fondo azul marino, con mangas raglán justo por encima del codo y cuello de piqué blanco. La falda era fruncida. Encima, para no ensuciarse, se había puesto un delantal amarillo ribeteado de volantes. El día anterior, Benita le había ondulado la media melena con las tenacillas de rizar.

En los últimos meses, Veva había dado un buen estirón y ya era tan alta como su madre. Tenía la fisonomía de los Torres: risueños ojos castaños, nariz pequeña y labios carnosos. Había sacado de Lina el castaño claro del cabello y un cutis immaculado que en su caso no se sonrojaba de timidez. Su carácter resuelto la hacía levantar desafiante la barbilla si algo no la convencía o no estaba de acuerdo. Tenía la misma tozudez que Lorenzo y el buen humor de Benita.

Veva sirvió la carne a su madre y acto seguido le dio un beso. De algún modo, madre e hija habían dado con la manera de demostrarse afecto. Entre las dos se había establecido un pacto tácito: Veva reconfortaba a su madre con la comida y Lina la contentaba con la costura. Ambas recurrían a

sus habilidades para compensar sus diferencias.

Como Lina era poco propensa a los arrumacos, Veva siempre recurría a su tía cuando necesitaba carantoñas. Tal vez por eso le gustaba tanto que su madre le probara la ropa. Sentía el tacto de sus manos cuando le ajustaba la prenda al cuerpo, mientras le sonreía acorazada con un montón de alfileres entre los dientes.

En momentos así la tenía tan cerca que olfateaba su piel, la cual, como decía su tía, parecía de porcelana.

Veva, en cambio, sentía afición por la cocina. Superaba con creces los platos que le enseñaba a preparar Benita. Era casi imposible no expresar satisfacción al probarlos.

No obstante, hacía meses que su tío Jaime se mostraba arisco con ella. No le había perdonado que lo desobedeciera y ahora trabajase en casa de Ofelia.

En cada comida, Veva esperaba un gesto por su parte que le demostrase que no era indiferente a sus guisos. Se había propuesto conseguirlo aquel 25 de julio, en que celebraban su santo. Para caramelizar la cebolla tal como había visto hacer a la cocinera en casa de la Señora, se había llevado a hurtadillas de casa de los Martí un puñado de azúcar.

Sus primos estaban a punto de apurar de la bandeja los trozos de carne que quedaban, cuando ella les picó a los dedos para que desistieran; después miró a su tío con una sonrisa traviesa.

—Ponme más, sobrina —ordenó él guiñándole un ojo—. Y tienes mi permiso para trabajar donde quieras. Ya veo que no será fácil que alguien te arranque la piel a tiras.

Todos rieron aliviados de que por fin se acabara el enfurruñamiento de Siracusa.

La aprobación de su tío la resarcía del disgusto que tenía por la bronca que le había pegado la Señora el día anterior, cuando la pilló en la cocina con Federico.

Ofelia se había presentado, muy altanera, y se encontró al niño jugando a preparar papillas.

—Si vuelvo a encontrar a mi hijo entre cazuelas, te echaré. —Y a modo de amenaza añadió—: Claro que, pensándolo bien, niñera, tal vez muy pronto tengas que sustituir a la cocinera. Me da asco ver cómo toca la comida esa vieja. Al fin y al cabo, tu familia está destinada a servirme.

Veva se juró que no envejecería entre las cazuelas de aquella cocina.

Al salir del trabajo, había llegado llorando a casa de sus abuelos. Al contarles lo que le había dicho su señora, Jaime dio un puñetazo en la mesa. Odiaba a Ofelia con la misma pasión con que un día la había amado, y maldecía el secreto de la pequeña Laura, una hija a la que nunca podría abrazar.

La chiquilla había cumplido once años y, exceptuando las vacaciones, se pasaba el año interna en las Teresianas de Tarragona. Seis días atrás, durante el pregón por la conmemoración del 18 de Julio, Jaime la había contemplado en el balcón del ayuntamiento. Se mantenía tiesa como un palo al lado de su madre, mientras Narciso Serina arengaba a la gente.

Al volver a casa, pese a que su tío había alabado su comida, Veva seguía enfurruñada. A Lina le preocupaba verla así.

—¿Qué te pasa, hija? Hace un rato se te veía contenta...

—Mañana vuelve a ser día de trabajo, y me gustaría no tener que ir —se quejó mientras sacaba de la despensa el mosto y el aguardiente que su tío le había dado para elaborar la mistela.

Luego se dirigió a la cocina con objeto de preparar el licor que tomaban cuando tenían náuseas o mareos. Ya solo les quedaba un culo de botella.

Esa tarde, ambas, madre e hija, estaban calladas, cada cual planificando su futuro. Lina miraba cómo Veva, abstraída, removía lentamente los cuatro litros de mosto que había puesto al fuego, mientras a ella el nombre de Marcel le martilleaba la cabeza.

Armándose de valor, dijo de pronto:

—Tal vez no será necesario que vuelvas más a casa de la Coja.

Veva no respondió. Era una conversación demasiado gastada y no le apetecía repetirla una vez más.

Cuando el mosto quedó reducido a la mitad, apagó el fuego para añadir las hojas de menta, el litro de aguardiente y las seis nueces verdes y enteras.

—Existe una posibilidad de que nuestra vida cambie y no tengas que volver a hacer de niñera, Veva.

—Te he dicho mil veces que no quiero aprender a coser, madre, si a eso te refieres...

Sin darse la opción de seguir escuchando, agarró la olla por las asas y la bajó al patio. La dejó tapada y protegida junto a una pared a fin de que la mezcla macerara durante veintiún días antes de colar el licor y verterlo en las botellas.

Lina esperó en el comedor a que Veva subiera de nuevo. Durante esos minutos rumió una y otra vez la decisión de no echarse atrás. No obstante, en el fondo de su corazón deseaba que su hija rechazara la propuesta que estaba a punto de hacerle.

—Siéntate, Veva —le ordenó cuando volvió—. Lo que debo decirte es importante que lo haga ahora que estamos solas.

La sorprendió la seriedad que había en la voz de su madre. No habría sabido definir su tono, pero aquella autoridad pausada no era habitual en ella.

—Hay un labrador de Prats que quiere casarse conmigo.

Veva se quedó estupefacta. Inmediatamente después le entró un ataque de risa.

Lina esperó paciente a que se le pasara el sobresalto. Cuando su hija se calmó, le contó todo lo que sabía de Marcel, añadiendo sus dudas y temores si aceptaba aquel destino.

Veva entrevió en su discurso todo el dolor que su madre había soportado a la muerte de su padre.

Dejó que acabase de hablar y, sentándose en su regazo, acurrucada como cuando era pequeña, le dijo:

—Quiero que lo conozcas, madre. Conoce a Marcel.

En el salón de casa de su amiga Alfonsa, Lina contemplaba la mirada vidriosa del halcón disecado, que, ajeno al paso del tiempo, se cernía sobre la rinconera. A su lado se hallaba sentado el pretendiente de Prats.

Se habían visto por primera vez hacía una semana y habían acordado encontrarse de nuevo para la Virgen de agosto. Entonces ambos se darían una respuesta.

Antes de tomar asiento, Marcel había dejado con cuidado la chaqueta colgada en el respaldo de una silla y el sombrero de fieltro caro sobre la mesa.

Sorprendentemente, Lina se sentía tranquila ante aquel hombre de anchos hombros y que le sacaba palmo y medio de estatura y la miraba con sonrisa franca. En las sienes empezaba a platearle el cabello. Aunque se veían curtidas, sus manos lucían unas uñas cuidadas.

Del bolsillo del chaleco le asomaba la cadena de oro del reloj. A Lina le gustó su gesto de quedarse en mangas de camisa, huyendo de convencionalismos.

Ni en esta ocasión ni en la precedente se sintió intimidada o inquieta.

De hecho, fue ella quien inició la conversación.

—¿Tienes mucha familia en Prats, Marcel?

Él acercó la silla antes de responder.

—Tengo tres primos, hijos del hermano de mi padre. El mayor se dedica al campo, como yo. Es soltero y vive con su hermana, Aurorita, también soltera. Entre los dos hay un tercer hermano que es cura.

—Y tú, Marcel... ¿tienes hermanos?

—Tuve uno que murió en África hace años. —Antes de que la conversación derivase hacia temas tristes, se palmeó las rodillas y añadió, divertido—: Como puedes ver, Lina, no somos una familia numerosa y, con tanta soltería, es imposible que lleguemos a serlo. Mi padre solo tenía un hermano. Mi madre ninguno.

—A mí también se me acaba pronto la familia —intervino ella—. Solo tengo a mis hijos y a la familia de mi... —La palabra «marido» se le atascó en la boca.

Marcel le cogió las manos.

—Pero podemos ampliarla si accedes a ser mi mujer. Si nos casáramos a principios de septiembre, tú y los niños os acostumbraríais a la casa y al pueblo antes de que llegase el frío.

Lina permitió que le mantuviera las manos cogidas. Se sentía como si conociese a aquel hombre desde siempre.

Sin ruborizarse, lo miró a los ojos y aceptó con un movimiento de la cabeza.

Arreglada la boda, ninguno de los dos consideró necesario prolongar el noviazgo. Al cabo de un mes de haberse aceptado, Marcel llegaba a Llonera en un coche alquilado con chófer, el mismo que después de la ceremonia los llevaría a Prats.

Lina, con un elegante traje de chaqueta de seda beis regalo del novio, junto con unos zapatos de tacón a juego, repasaba que no hubiera quedado nada dentro de la cómoda y se repetía por enésima vez: «Nos irá bien.»

Antes de salir hacia la iglesia, Alfonsa comprobó que su amiga llevara bien sujeta a la peineta la gran mantilla que había pertenecido a Engracia y que le colgaba por debajo de las caderas.

—Da tanto gozo verte como la primera vez, Lina —observó Alfonsa—. ¿Has metido las lentejas en la bolsita de mano?

—¡Ni loca! —replicó riendo y dándole un abrazo.

Los novios habían acordado que sería una ceremonia sin ninguna celebración posterior. Por parte de la familia estarían Benita y Jaime como padrinos, los hijos de Lina y los dos primos Siracusa. Los cuatro primos estaban sentados en el primer banco junto con Alfonsa.

Para Lina, dar la noticia a sus suegros había sido lo más difícil, pese a la ayuda de Benita y la complicidad de Veva. Miguel Torres se había acercado a darle un beso.

—Sé que mi hijo habría aprobado lo que haces, Lina —le dijo.

Teresa, en cambio, había huido a la cocina a llorar.

—A mí tampoco me gusta que se marchen, madre, pero hemos de entenderlo —la consolaba Benita.

—¡Lo que más me cuesta aceptar es que la vida siga sin tu hermano, hija!

Sentado a la mesa, con la cabeza gacha al lado de su tío abuelo José, Eladio pensaba en los planes de futuro que había hecho con él para que le enseñara el oficio de sastre.

—Ya no tendré tiempo de aprender, tío. El hombretón de Prats se me ha adelantado.

Eladio llevaba tiempo soñando con el día en que dejaría la escuela para trabajar y ocuparse de su madre.

Ante la expectación de los lugareños, que se habían acercado a curiosear, la nueva familia de Marcel Garnal subió al coche. Primero Veva y Eladio compartiendo el asiento del copiloto. Y los novios en el asiento trasero.

Antes de entrar, Lina abrazó emocionada a su cuñada y ambas solventaron en aquel instante los pequeños rencores del pasado.

Mientras el automóvil se alejaba de Llonera, Lina decía adiós desde el corazón a su tía Carmina, a Engracia, a Lorenzo... y también a la niñita con trenzas, huérfana y atemorizada, que había llegado al pueblo hacía casi un cuarto de siglo.

Pese a que llevaba días agotada por los nervios, se sentía bien. A su lado, su marido le cogía la mano.

A medio camino, Marcel pidió al chófer que se detuviera. Tenía la sensación de que todo había sucedido muy deprisa y quería pasear un rato con su mujer antes de llegar a casa.

—¡Familia, todos abajo! —dijo tras abrir él mismo la portezuela delantera—. Hala, vosotros dos id a estirar un poco las piernas.

—Si subimos a esa elevación, Marcel, ¿veremos tu pueblo? —preguntó Veva.

—Lo veríais si no lo tapase aquella colina de allí. Prats queda en el llano.

Pese a su explicación, los hermanos corrieron hacia el pequeño cerro. Lina hizo un gesto de preocupación al ver cómo se alejaban, sufriendo por si se estropeaban los trajes nuevos.

—Deja que se muevan, Lina. ¡Que se desfoguen! Seguro que están inquietos ante tanta novedad.

Marcel ofreció tabaco al conductor y encendió su cigarrillo y el del otro. Al ver el encendedor de su marido, Lina pensó que nunca había visto uno tan bonito. Era de plata y llevaba grabado el nombre de Marcel Garnal.

Dejaron al chófer fumando junto al vehículo y caminaron cogidos del brazo por la senda que separaba dos campos.

Cuando tomaron asiento en el banco de piedra situado junto a la entrada de una masía que estaba cerrada, él le rodeó los hombros con el brazo.

—Tal vez Eladio tarde en aceptarte, Marcel.

—Ya nos haremos amigos, no te preocupes. —Le apartó un mechón del rostro—. Aún no he dado un beso a mi mujer.

—Aquí no, Marcel. ¡Nos verán!

Antes de que tuviera tiempo de rechazarlo, Marcel la besó.

Se había enamorado de Lina al verla en diciembre durante la Feria de la Purísima, y en casa de Alfonsa no se había sentido decepcionado con la imagen que se había hecho de ella.

Siempre había deseado una mujer que se dejase cuidar.

Con la cabeza recostada en su hombro, ella habría querido preguntarle muchas cosas sobre lo que la esperaba en Prats, pero cerró los ojos, tal como había hecho toda su vida, dejando que fuera el destino quien mandase.

Al cabo de un cuarto de hora, con un silbido fuerte y prolongado, Marcel hizo volver a los niños.

Pasado el mediodía, el nombre de Prats bajo el enorme escudo falangista a la entrada del pueblo les indicó que ya estaban en casa.

Salió a recibirlos el mozo, un hombre que había dejado atrás los cincuenta. Marcel lo saludó con una palmada en la espalda.

—¿Habéis descargado los baúles, Juan? —Los había enviado por delante con una camioneta.

—Están en el rellano del primer piso. Ya mandará usted dónde los pongo.

El hombre hizo amago de ayudar a bajar del coche a Veva y Eladio para acompañarlos al interior de la casa, cuando el amo lo detuvo.

—Deja, Juan, yo me ocuparé de mis hijos.

A Eladio, que aquel hombre lo llamara hijo lo hirió como un puñetazo en el estómago. Veva, en cambio, respondió con un «Gracias, padre».

—Me parece que a Juan no le hemos gustado... —dijo Lina una vez en casa—. Está muy serio.

—Es hombre de pocas palabras. Desde el momento en que sois mi familia, os defendería de cualquiera.

—¿Vive aquí?

—No en la casa pero sí que ocupa el edificio pequeño que hay dentro de la propiedad. No te preocupes, Lina. Tendrás mucho tiempo para conocerlo todo.

—Pero ¿se hace la comida él mismo?

—Eso sí. No le gusta que le cocine Cecilia. Ella solo le lava la ropa. Mañana la conocerás. Viene todos los días a limpiar y cocinar. Quería estar aquí para recibirlos pero no se lo he permitido. Deseo que campes a tus anchas y descubras todos los rincones sin que nadie te controle.

Dicho lo cual, se dispusieron a comer lo que la mujer había dejado preparado. A continuación dieron permiso a los niños para recorrer la casa y el desván.

—Podrías enseñarnos tú la casa, Marcel. ¡Parece muy grande!

—Ahora he de ir a ver a los jornaleros, cariño. Mañana empezamos la vendimia y no tenemos tiempo que perder. Acabamos de terminar con las almendras.

—Tal vez hubiéramos debido esperar para casarnos, ¿no crees? Ahora es un momento de mucho trabajo para ti.

—Acompáñame —le ordenó al tiempo que la cogía por la cintura.

Se la llevó a una parte privada de la casa, separada del resto por una recia puerta. Cerró con llave a su espalda antes de dirigirse a otra estancia, que era la habitación de matrimonio.

—Llevo años ansiando encontrarte, amada mía. No hay almendra ni uva que valga más que tenerte a mi lado.

Después le hizo el amor.

Mientras se vestía, Lina sonreía al recordar las palabras de Marcel antes de que la dejara sola en el dormitorio. Ella se había demorado unos minutos más en la cama.

—No sois unos invitados, cariño, sino mi familia. Y tú, desde esta mañana, eres la señora de

casa Gernal.

Al salir de la habitación, Lina no vio a sus hijos por ninguna parte. Supuso que seguían investigando rincones.

Caminaba con pies de plomo. Con la precaución de quien revuelve en casa ajena, abría los armarios lentamente a fin de no hacer ruido. Desde un marco ovalado que colgaba en la pared, un hombre y una mujer vestidos de oscuro la miraban. Supuso que eran los padres de Marcel.

Las pisadas de Veva resonaron en el piso superior. Ella sí que trajinaba por el desván sin el menor remordimiento o timidez.

Encontró a Eladio en el balcón de la sala grande. Contemplaba cómo unos chiquillos jugaban a acertar con la herradura alrededor del palo. No respondió al saludo de su madre. Seguía enfadado por aquel cambio de vida que no deseaba. Maldecía al intruso que lo había trastocado todo.

—¿Por qué estás tan enfadado, Eladio? No entiendo qué ves en Marcel o aquí que pueda desagradarte.

—No quiero ser campesino, madre, y ni siquiera me lo has consultado. En Prats no tengo a ninguno de mis amigos ni a los primos Siracusa.

Lina lo hizo entrar y le riñó por su falta de consideración. Justo entonces oyó los gritos de su hija, que seguía revolviendo por arriba.

Creyendo que lloraba, subió a toda prisa, temiendo que se hubiera hecho daño. La encontró junto a una ventana abierta, doblada sobre el vientre como si se resintiera de un fuerte dolor de barriga.

—¿Qué te pasa, Veva? Me estás asustando.

—¡Me río de ti, madre! —respondió retorciéndose, mientras señalaba la ventana abierta—. ¡Te veo haciendo la matanza y desplumando gallinas!

Lina se asomó. Desde allí se veía el corral lleno de animales que nunca había deseado tener. Dos cerdos, cada uno en su pocilga, asomaban el morro por los barrotes. Una procesión de gallinas se paseaban muy tiesas por el corral. Cuatro jaulas metálicas repletas de conejos ocupaban todo el lado izquierdo. Para acabar de empeorar las cosas, una cabra con unas ubres hinchadas como odres ramoneaba ramitas.

—¡Ay, madre, ya te imagino despellejando conejos y atando longanizas! —Veva se desternillaba de risa—. Ahora eres la mujer de un labrador.

Lina fue a buscar dónde estaba la despensa, ya que en la anexa a la cocina solo había visto confituras y aceite. Subió a un segundo desván y, para su tranquilidad, allí, colgando de los clavos de los cuadrales, había toda una serie de embutidos de la última matanza.

Sobre unos cañizos se secaban tomates, orejones e higos.

Veva la seguía y, sin dejar de reír, repetía como un loro después de cada hallazgo:

—Se acabarán, madre, se acabarán. Para la matanza del cerdo te veo ensartando longanizas como

si bordaras.

De repente, Lina se tranquilizó al recordar a la mujer que trabajaba para Marcel.

—¡So boba, se encargará Cecilia!

—Ahora que Marcel tiene esposa... tal vez ya no la necesite y la despida.

Tras haber pasado tanto tiempo preocupada por sus hijos, en aquel momento reprimía las ganas de zurrarles a los dos.

La casa solariega tenía dos entradas. La principal y, en la misma fachada, un segundo portalón más ancho por donde se accedía al establo, a un gran corral al aire libre y, al fondo, a la casita de una planta donde vivía Juan.

Las dos partes de la finca se comunicaban por una segunda entrada interior. En los bajos se encontraba la bodega.

Lina había imaginado una casa solariega como la de sus suegros, pero la de Marcel, aunque mucho menos sofisticada, seguía los parámetros de casa Martí.

Era un edificio esquinero. Todas las habitaciones y salas tenían un balcón que daba a la calle. Ocho en total. El comedor familiar disponía de dos balconadas. La zona privada del matrimonio se componía de una sala, una antesala y el dormitorio. Entre los de Eladio y Veva había otro salón para recibir a las visitas.

La parte trasera se abría a un patio ajardinado, al que daban los balcones de la cocina, el baño, el cuarto de planchar y el lavadero.

En un lado de la cocina se encontraba la puerta de la despensa, con una gran artesa para guardar la harina y el pan. La parte superior, donde se amasaba, aún estaba espolvoreada de blanco.

Debía de hacer poco que la mujer que trabajaba para su marido había amasado, se dijo Lina.

Esa primera noche, a Veva le costó conciliar el sueño. Estaba entusiasmada con aquella despensa, que casi tenía las mismas dimensiones que la de la Señora. Al pensar que aquella era su casa, le entraban ganas de llorar de felicidad.

Cuando ya se le cerraban los párpados, de pronto notó en las piernas el roce de alguien que se le metía bajo las sábanas.

De un brinco saltó de la cama como una posesa.

—Soy yo, Veva... ¿Te he despertado?

—¡Jolín! Qué susto me has dado, Eladio. ¡¿Qué narices haces aquí?!

—No puedo dormir.

—¿Has probado a cerrar los ojos? —le preguntó ella, todavía con el corazón brincándole en el pecho.

—Se me hace raro que nuestra madre duerma en la misma habitación que ese hombre.

—¿Y con quién quieres que duerma, borrico? ¡Es su marido!

—Yo no quiero llamarlo padre. Y tú, cuando bajábamos del coche, ya lo has hecho.

—Marcel me cae bien. ¡No jorobes que me has despertado para decirme eso!

Intentó echarlo con unos empujoncitos.

—Déjame dormir contigo hoy, por favor.

—De acuerdo —concedió mientras abrazaba a su hermano por detrás y le daba un beso en la cabeza—. Pero solo porque es la primera noche. Si me despiertas de una patada, te vas a tu cama.

Mientras se entregaba al sueño tras un día muy largo, Veva pensó que en el fondo también ella echaba de menos Llonera.

Prats era completamente llano, lo cual le daba una fisonomía de pueblo ordenado, con sus lisas calles de tierra donde el agua de la lluvia jamás erosionaba el terreno. La plaza Mayor, como la llamaba todo el mundo aunque en una placa pusiera claramente que se llamaba «Plaza de España», estaba enmarcada por cuatro edificios emblemáticos: a un lado el ayuntamiento, enfrente la iglesia, el Casino en el tercer lado y, en el cuarto, el edificio que agrupaba la estafeta de correos y el Sindicato Agrario. En el primer piso se hallaba el local de la Sección Femenina.

La escuela pública y el cuartel de la Guardia Civil cerraban y abrían, respectivamente, los accesos al pueblo.

Justo en el centro de la plaza era donde se alzaba, majestuoso, el verdadero emblema de la identidad pratense: un olmo gigantesco que ni siete personas cogidas de las manos habrían podido abrazar. Era un árbol tan antiguo, milenario al decir de todos, que ni el más viejo de los lugareños lo había visto plantar.

Como si ese frondoso árbol fuera el eje del pueblo, el trazado de las calles seguía un esquema radial a partir de él.

La huerta abrazaba Prats, mientras que, en la lejanía, una cresta de montañas cubiertas de pinos lo rodeaba todo.

No era un pueblo que pudiera presumir de tener un río caudaloso. Su fuente de agua la constituían dos arroyos que no tenían otro nombre que «el de poniente» y «el de levante».

Si un gigante hubiera asomado la cabeza entre las cimas de la cresta, habría visto, al fondo, un pueblo tranquilo.

El marido de Lina, Marcel Garnal, procedía del campesinado acomodado de Prats. Su padre había sido descartado como heredero por ser el segundo hijo. Su aportación al matrimonio, más bien magra, consistió en un par de campos en la huerta, otros tres pequeños de secano y un derroche de simpatía. Tanta que la madre de Marcel, heredera de su casa, no había querido casarse con nadie que no fuera él, aunque se tratara del segundón de los Garnal.

Por su parte, ella había aportado al matrimonio toda la herencia de su familia, incluida la casa solariega. Así pues, era de la rama materna de donde procedía el patrimonio del marido de Lina.

Al día siguiente de llegar la nueva familia, la prima Aurorita Garnal se presentó en su casa ansiosa de conocerlos.

Era media mañana y Cecilia, escoba en mano, cantaba «te quiero más que a mi vida, más que al aire que respiro y más que a la madre mía».

Al oír los golpes con la aldaba, calló y corrió a ver quién llamaba.

Cuando Lina entró en el salón de las visitas, donde Cecilia había hecho esperar a la hermana soltera de la otra rama familiar de Marcel, el aire estaba impregnado de un intenso perfume. La

mujer, que pese al collarcito de perlas blancas que adornaba su cuello ya empezaba a lucir papada, se levantó de la silla al ver entrar a la nueva señora de la casa. Se alisó con las manos el traje de chaqueta azul marino, que llenaba hasta las costuras. Debajo destacaba una impoluta camisa blanca.

Con su vista de lince, la prima percibió en Lina la encarnación de la fragilidad y la sumisión que ella y sus camaradas luchaban por inculcar en las mujeres de la nueva y gloriosa España.

—Me satisface comprobar, señora de Garnal, que el apellido de la familia será llevado con dignidad —dijo Aurorita al tiempo que la abrazaba.

Lina se sintió intimidada por el ímpetu de aquella mujer envuelta en perfume Joya. Por mucho que Marcel le hubiera pedido que actuase como señora de la casa, con un solo día no le había bastado para asimilar la posesión de semejantes dominios.

Estaba invitando a sentarse a Aurorita, cuando de repente entró Veva, llena de curiosidad por conocer a la nueva pariente.

—Esta debe de ser la chica... —observó Aurorita, repasándola de arriba abajo—. Tu hija, Lina, ya es toda una pollita.

Antes de que Veva tuviera tiempo de quejarse por el apelativo, su madre le clavó tal mirada que solo se atrevió a hacer una mueca torciendo los labios.

—Sí, la niña se hace mayor —respondió Lina—. En diciembre cumplirá catorce.

—Mañana pasaré a recogerla —decidió la mujer mientras comprobaba que no se le hubiera torcido en la solapa el broche con el yugo y las flechas—. Vendrás a nuestra escuela del hogar, Veva. Allí harás amigas.

—Gracias, pero de momento prefiero quedarme en casa.

—¡Claro que iré, señorita Garnal! —exclamó Lina, contenta por el ofrecimiento y por que pasara por alto la ingratitud de su hija.

—Ya dejé la escuela el curso pasado, madre... —le recordó Veva—. ¿Por qué ahora tendría que ir a ese sitio?

—Allí aprenderás muchas cosas para ser una buena esposa y madre en el futuro —intervino Aurorita—. Además, jovencita... aprenderás reglas de urbanidad. Lo que has hecho de entrar sin llamar no son maneras.

—La próxima vez que venga usted, señora, pediré permiso para entrar en una habitación de mi propia casa.

Lina la habría estrangulado allí mismo, pero su hija, sin más dilación, volvió a la cocina, donde Cecilia la esperaba para enseñarle a hacer pastelillos de cabello de ángel.

—No te preocupes, Lina. ¡Torres más altas han caído! —susurró la prima en tono confidencial antes de añadir—: Me ocuparé de que tu hija tenga una buena acogida. Ahora es una de los Garnal, aunque no lleve el apellido.

Lina, impresionada por la prima de su marido, se limitaba a asentir con la cabeza.

Desde que se enteró de que entre sus nuevos familiares había una chiquilla de catorce años, la falangista se había entusiasmado. Estaba dispuesta a tomar a Veva bajo su protección y convertir a aquella sobrina llegada de improviso en una afiliada activa de la Sección Femenina. Por el hecho de haber pasado por la escuela superior de mandos, nada menos que en el castillo de la Mota, doña Aurorita tenía autoridad sobre las compañeras del Movimiento en Prats.

A sus treinta y siete años, presumía de haber abrazado la soltería para dedicarse plenamente a la causa. No obstante, la razón inconfesable era que el joven al que se había entregado en cuerpo y alma mientras él le juraba amor eterno, tras alistarse en la Marina se había casado con la hija de un militar en El Ferrol. Primero esperándolo y luego superando el fracaso, Aurorita se había convertido en una solterona. Entonces hizo suya la máxima de la Sección Femenina de la Falange según la cual el deber de las mujeres era escribir la letra pequeña de la historia.

Cuando al cabo de dos días Veva llegó acompañada de Aurorita a la escuela del hogar, unas quince muchachas de su edad, junto con algunas mayores, las esperaban formando fila delante de la puerta.

Dos mujeres, una de ellas muy gruesa con delantal blanco sobre un vestido azul marino, escoltaban la fila. En la pechera del delantal resaltaba, bordado en rojo, un gran escudo falangista.

A Veva la hicieron ocupar el primer lugar, delante de todas. Antes de despedirse, Aurorita ordenó a la mujer gruesa que entregara a la nueva un uniforme de su talla.

«Eso de ser la protegida de la jefa... tampoco está tan mal», pensó Veva.

La profusión de atenciones que recibiría aquel día y los siguientes hicieron flotar a Veva en una realidad que nada tenía que ver con la vida que había llevado en el pueblo del que provenía y sus amistades de allí. En Llonera había acudido todas las semanas a la sala parroquial de Acción Católica, aunque no había mostrado el menor fervor por ser catequista. Sin embargo, nunca había ido al local de la Sección Femenina de Llonera.

Aquel 1944 Veva celebró el día de la Madre por partida doble. El 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada, lo hizo al lado de doña Aurorita en un acto muy formal de la Sección Femenina, y a finales del mismo mes lo haría con las jóvenes de Acción Católica en la sala parroquial.

Marcel aprovechó que el Garnal cura también estaba en el pueblo para invitar a sus tres primos a la comida de celebración.

Lina estaba entusiasmada con tantas cortesías por parte de todos. Cuando ya se hallaban en los postres, Eladio le ofreció como regalo un frasco de perfume Maja. Lo había comprado con la ayuda de su padrastro, con quien había mejorado notablemente la relación.

Fue entonces cuando Aurorita preguntó a su protegida adolescente:

—Y tú, Veva, ¿no le das a tu madre el regalo que le has hecho?

—¡Nos lo hemos comido!

—¿Cómo? ¿El pañuelo bordado? —se sorprendió la prima.

—¡No! Yo le he cocinado los canelones.

—¡Y estaban buenísimos! —se apresuró a exclamar Marcel.

Por Reyes, Veva visitó en Llonera a sus tíos, primos y abuelos. Todos se sentaron a la mesa y escucharon, llenos de curiosidad, las novedades que había vivido la muchacha desde que dejara el pueblo.

La abuela Teresa le guiñó un ojo y le pidió:

—Anda, Veva, vuelve a cantarnos la canción de Aurorita.

A su tía Benita, que había añadido la copla a su repertorio musical sin abandonar los cuplés, le dio un ataque de risa al oírla por primera vez. Era la canción que su sobrina entonaba con las compañeras de Prats al acabar las actividades en la escuela del hogar.

—No te rías, Benita, y aprende de la niña —la riñó la abuela Teresa al ver que su hija se tapaba la cara con la servilleta, aunque también ella hacía esfuerzos por contener la risa.

Ante la expectación del resto de la familia, mientras degustaban los turrónes de almendra y huevo que había hecho su tía, Veva hizo como que se aclaraba la voz y acto seguido empezó:

Adiós, amigas mías,

me voy a retirar.

Espérate un poquito

que vamos a jugar.

Por hoy me es imposible.

Pues ¿qué tienes que hacer?

Lo que mi buena madre

se sirva disponer.

Me han dicho que en mi casa

en punto esté a las seis

y el motivo las niñas

no han de saber cuál es.

A casa vete al punto

pues es tu obligación.

Adiós, amigas mías.

Adiós, adiós, adiós.

Cuando iban por la mitad de la canción, los primos Siracusa se habían atado las servilletas como si fueran pañuelos de cabeza y habían empezado a bailar fingiendo ser dos jovencitas.

Todos se desternillaban de risa. Solo el abuelo miraba a su nieta muy afligido.

Las amistades de Aurorita habían pasado a serlo también de Lina. Se sentía cómoda con aquellas mujeres, tan diferentes de Benita, con las que compartía gustos y aficiones.

A la hora de saciar la curiosidad de sus nuevas amigas, Lina obvió todo aquello que le desagradaba de su pasado cual si se lo hubiera tragado la niebla. Ella misma se creía sus medias verdades a medida que las rememoraba.

Relató su infancia con las monjas como si hubiera sido una interna de pago.

«Al fin y al cabo, lo era en mis comienzos», se dijo mirando el retrato en que Natalia la llevaba en brazos. Su madre, vestida como una señora y ella, con faldones de encaje.

De hecho, tampoco necesitó fantasear demasiado para creer que de verdad había sido una señorita. Quitando los meses de castigo una vez terminada la guerra, Lina siempre había sido servida por los demás.

El nuevo enfoque dado a su pasado la alejó del recuerdo de la niña huérfana que había llegado a Llonera como una recogida.

Llegado el momento de referir el episodio de la muerte de Lorenzo, culpó del suceso a la traición del mal vecino que había mentido vilmente solo para salvarse él. Tanto en su conciencia como ante sus nuevas amigas, se habría dicho que a Lina no le quedaba ni un recuerdo de quién lo había sentenciado en realidad.

Lamentablemente, no podía seleccionar de otro modo los recuerdos si quería que el tiempo curase sus heridas. Empezó a honrar la memoria de Lorenzo como si fuera un santo del pasado. Todos los domingos, tan pronto como entraba en la iglesia, encendía una vela al Cristo del Perdón. Arrodillada en el almohadillado terciopelo granate del reclinatorio, bajaba la cabeza, cubierta con la mantilla negra, cerraba los ojos y rogaba:

«Por el alma de Lorenzo, el amado padre de mis hijos.»

Compartía con Aurorita dos tardes a la semana. Mientras Lina bordaba para la Virgen de los Dolores un manto ribeteado de hojas de acanto, la prima leía en voz alta la vida de santa Teresa de Jesús.

Pese a la insistencia de ambas, ninguna de las dos había conseguido que Veva se sumara a su entusiasmo. Ella prefería mil veces la compañía de Cecilia, con quien no necesitaba mantener tantas formalidades y que la hacía reír con los chistes que siempre tenía a punto.

—Para acarrear cazuelas ya están las criadas, Veva —le reprochaba Aurorita.

Ella no hacía caso. Cuando Cecilia cantaba, le recordaba a su tía Benita, y eso bastaba para reconfortarla de su ausencia. Superadas todas las novedades del cambio, se sentía saturada de tanta Aurorita a todas horas. No soportaba a aquella prima de Marcel que solo entendía la vida como un montón de normas y de disciplina.

A Lina, en cambio, los dos años que llevaba en aquel «pueblo adorable», como consideraba a Prats, se le habían pasado en un suspiro. Para ella Aurorita era un reflejo fiel de su tía Carmina. No se daba cuenta de que la rigidez de la prima era justo lo contrario de la flexibilidad de la Señorita. Una diferencia que Lina pasaba por alto y que resultaría fundamental en la futura relación con su hija.

Dentro de la nueva imagen que Lina había rescatado de sí misma, ahora veía en Veva a un ser que no se le parecía en nada. Las desavenencias entre madre e hija crecían día a día sin solución.

La prima de Marcel se había obstinado en modelar a la adolescente y hacerla abnegada. Tanta supervisión no conseguía sino asfixiar más a Veva y llevarla a un perpetuo estado de ansiedad que cada día la volvía más irritable.

En cuanto aparecía la prima, ella subía al desván. Veva respondía a la presión con mayor rebeldía.

El drama estalló el año en que la hija de Lina cumplía los diecisiete. El motivo del cataclismo familiar llegó en forma de pañales, pechitos y faldones de recién nacido. Toda la ropita de la canastilla que la joven debía coser para cumplir el servicio social.

Hasta ese momento había ido trampeando con los meses de formación teórica en la escuela, pero cuando llegó la hora de hacer la práctica, se negó en redondo a continuar.

Bien que le habría gustado compartir la predisposición de sus amigas, pero se sentía incapaz de enhebrar una aguja.

Desistió de encenderse la sangre y, para salir del paso, recurrió a su madre.

—¿Dónde está la ropita que me hiciste cuando nací, madre?

—¡No pienso dártela si es eso lo que pretendes!

—¿Por qué te molesta tanto que no me guste coser?

—Es importante para una mujer si quiere salir adelante.

—Las madres pobres estarán igual de agradecidas venga de donde venga la canastilla —replicó Veva—. Si lo hago yo, dudo que les sean de ninguna utilidad. ¡Me saldrá un churro!

Conociendo la animadversión de Veva por la costura, la solución habría sido tan fácil como llegar a un pacto con su hija, tal como hacían otras madres, y cosérselo ella.

El problema fundamental era que Aurorita no podía permitirse que su «protegida» y pariente incumpliera una obligación como aquella. Quería que Veva fuera un ejemplo, y también ansiaba lo que había convertido en una cuestión personal: doblegar la rebeldía de aquella muchacha díscola para que, llegado el día, se convirtiera en una joven juiciosa. Había presumido ante las camaradas de que haría de la hija de Lina una afiliada a la causa.

Tales pretensiones a Veva la sobrepasaban, y Aurorita suponía un estorbo permanente.

Algunas compañeras empezaban a tener novio, mientras que ella se quedaba con el grupo de «las solas».

—Tú eres diferente de las demás —le había dicho Aurorita un día en que Veva se quejó de tantos impedimentos para salir con las amigas—. El joven que pida tu mano tendrá que cumplir unos requisitos. No llevas el apellido de la familia pero eres de la casa.

—¿Y puede saberse qué requisitos deberá cumplir el pobre desgraciado que me quiera? —preguntó enfadada.

—Que no tenga menos hacienda que tú pero tampoco mucha más. Para que la cosa salga bien ha de ser una relación igualada.

Boquiabierta, Veva pensó que aquello era lo más absurdo que había oído en su vida, porque ella no tenía nada de nada.

Lina escuchaba sus discusiones manteniéndose al margen, sin intervenir con ninguna observación. Hacía tiempo que había delegado, complacida, la educación de su hija en la falangista.

A Veva la sacaba de sus casillas que su madre nunca se pusiera de su parte.

—Me ha dicho un pajarito que has faltado a la escuela del hogar... —prosiguió la prima cambiando de tema—. ¿Te das cuenta de que me haces quedar mal?

—¡No me apetece ir!

—Tienes que ser más sumisa si quieres que alguien te quiera —la sermoneó—. Te falta espíritu de sacrificio.

—Para empezar, no tengo ni novio. Y... hasta que me case no necesito ser la sumisa de nadie.

—Será mejor que no te cases. Eres una desobediente que harías de tu marido un hombre desgraciado.

Aquellas palabras de la prima fueron la gota que colmó el vaso. Veva era una jovencita de diecisiete años que no deseaba otra cosa que ser querida y admirada. Las sentencias de la falangista la herían.

Llena de impotencia, dio una patada a la caja de los hilos de su madre, que rodaron por toda la sala.

—¡Os juro por mi padre muerto que nunca coseré ni un faldón, ni una gorrita, ni camisitas ni nada de nada! —amenazó a las dos mujeres, asustadas por su reacción.

Después corrió a encerrarse en el desván. Lloró con tanto sentimiento que le costaba respirar y se atragantaba.

En su pensamiento, hacía tiempo que crecía como un objetivo feroz marcharse lejos de aquel pueblo.

El paso del tiempo la había afectado. De la adolescente llegada a Prats cuando justo dejaba atrás la infancia quedaba muy poco. La cara redondita de niña se había afinado, y también se le habían estilizado la cintura y las piernas.

En los vestidos de su ropero habían desaparecido los estampados para dar paso a los lisos. Ya no llevaban lazadas en el talle sino cinturones anchos con hebilla que realzaban su figura. Tampoco volantes que rodeasen el cuello para dar volumen al pecho infantil, sino escotes redondeados que se esforzaban por disimular unos pechos jóvenes y turgentes. Los zapatos habían dejado de ser de charol negro, abrochados con tirillas en el lado, para convertirse en blancos de salón, con puntera negra y un tacón moderado. También habían desaparecido los calcetines, para dar paso a medias que le ceñían las piernas por entero.

Ya no había en el cajón de la ropa interior enaguas infantiles rectas de batista o algodón, sino combinaciones de piel de ángel o satén, de la talla idónea para ajustarse a la silueta.

Tampoco el cabello le llegaba ya hasta los hombros, rizado con tenacillas y adornado con un lazo en la coronilla. Ahora lo llevaba justo por debajo del lóbulo de las orejas, con una raya lateral bien recta. Sujetaba los mechones rebeldes a un lado con horquillas para que no le tapasen los ojos, que seguían tan vivos como siempre.

Veva conservaba de la infancia un cutis immaculado que no necesitaba colorete de bote para verse saludable.

Pese a que era una de las muchachas más bonitas de Prats, ningún chico se atrevía a decirle nada. Era como si llevara colgado un cartel que pusiera: SOBRINA DE DOÑA AURORITA. Veva era un deseo que se codiciaba y basta. Si para los hijos de los campesinos humildes la joven constituía una aspiración demasiado alta, los que tenían padres mejor situados ni siquiera la tenían en lista.

La hijastra de Marcel Garnal no sería heredera, ni tenía propiedades ni posibilidades de tenerlas. Ella lo sabía y no se resignaba a ver cómo iban pasando los años.

De lo que estaba segura era de que se cumpliría la sentencia de Aurorita sobre su futuro marido: «Ni más que tú, ni menos que tú.»

En los largos momentos de melancolía, cada vez más frecuentes, pensaba: «¿Y yo qué valgo?»

A su confusión se sumaba el entusiasmo de las chicas que habían emigrado a la ciudad y volvían de vacaciones. Veva escuchaba embelesada cómo hablaban de las salas de baile con orquesta, de grandes cines con películas recién estrenadas.

—¡Ni te lo imaginas, Veva! Ni punto de comparación con la sala del cine parroquial de Prats — decía su amiga Marga.

Cuando volvían de la ciudad, incluso los vestidos les quedaban diferentes. Parecían más ceñidos, con faldas pegadas a las nalgas y zapatos con tacones de aguja altos y delgados.

Veva no recordaba que antes de la emigración hubiera tantas jóvenes rubias como las que ahora volvían.

Desesperada, ya se imaginaba convertida en la segunda Aurorita de la familia.

Como una carcoma adherida a su cerebro, la roía la pregunta de su amiga Marga, que servía en una casa de Tarragona donde la había recomendado la falangista.

—¿Qué te ata a Prats, Veva? —le había preguntado al venir de vacaciones.

A decir verdad, no había nada que la atara al pueblo. Además, se sentía enfadada con toda la familia, que nunca tenía en cuenta sus deseos.

Su presencia ni siquiera resultaba útil para apoyar a Eladio. El muchacho, que al principio no había querido saber nada de su padrastro, ahora lo seguía en todo.

Hacía muy poco que Eladio había cumplido los dieciséis y ya no quedaba en él ni sombra de la criatura insegura que había sido. El sol del campo lo había bronceado y aclarado el cabello, que tenía casi rubio. El cuerpo se le había musculado con las labores del campo y daba gozo verlo.

Lo que Veva presentía como una tragedia era que ni su madre ni Marcel le permitirían irse jamás.

Maldecía a todas horas haber nacido mujer, porque de nada le serviría sumar meses y años.

Ante sus reiteradas quejas, su tía Benita le había propuesto que volviera a Llonera con la familia, que ya convencería ella a su madre.

—Hasta que no tenga veintiuno no seré mayor de edad para decidir, tía. Entonces ya seré vieja para hacer lo que sea.

En el fondo, Llonera tampoco era la solución que deseaba. Aunque amaba aquel pueblo más que a Prats, un horizonte de veinte kilómetros le resultaba demasiado estrecho para cambiar de aires.

Las explosiones de rabia por parte de Veva se hicieron frecuentes y preocupaban seriamente a Marcel. La chiquilla tan risueña y dispuesta a ayudar en todo a la que había conocido en un principio se marchitaba delante de sus narices. El hombre no entendía la tozudez de su mujer en que aprendiera a coser si no le gustaba.

Él mismo había tenido que aceptar que Eladio jamás sería un buen labrador por mucho que lo atase al arado.

—Debes decirme si quieres dedicarte al campo, Eladio —le había pedido su padrastro un año atrás, harto del ceñudo hijo de su mujer—. Has cumplido quince años y este curso has querido dejar la escuela, ¿qué harás ahora?

—Seré labrador, si es eso lo que mi madre quiere.

—No te he preguntado eso, chaval —le aclaró Marcel, apoyando una mano en su hombro—. No quiero que mi casa sea un infierno y nos pasemos la vida haciéndonos la pascua.

Eladio no respondió. Con la cabeza gacha, hacía dibujos en el suelo con la punta del zapato, inquieto por el dilema que se le planteaba.

—No necesitas responderme ahora, hijo, pero debes pensar en ello. Es hora de que te decidas. Solo se vive una vez, Eladio. Tienes que averiguar en qué quieres emplear tus días.

Aquel respeto por su voluntad hizo que Eladio viera a su padrastro desde otro ángulo. Se dio cuenta de que no odiaba las labores del campo tanto como había imaginado. Cuando por fin entendió que Marcel no constituía un obstáculo para que fuera sastre, comprobó que en realidad conocía mejor

el oficio aprendido a su lado que el que su tío abuelo podría enseñarle jamás.

—¿Crees que puedo ser un buen campesino, Marcel?

—Tienes más madera de lo que crees. Y sabes mandar y pedir ayuda con buenas maneras. Me basta con ver cómo te aprecia Juan, el mozo.

Aunque no le salía llamarlo «padre», Eladio descubrió que casi lo quería como si lo fuera.

A Marcel le resultaba más complicado resolver el caso de su hija. No deseaba meterse y hacer enfadar a Lina y Aurorita, que, como eran mujeres, no admitían intromisiones en la educación de Veva.

El padrastro se sintió aliviado cuando, al cabo de unos días, encontró a Lina recortando unos patrones de ropa de recién nacido.

—Está muy bien que ayudes a tu hija con la canastilla, cariño. Me preocupaba mucho toda esa historia.

Con semblante de felicidad, Lina dejó las tijeras y le dio un beso.

—La ropita es para el hijo que espero, Marcel. Estoy embarazada.

Su marido la alzó en volandas. La hizo bailar, cubriéndola de besos, y le habría dado el mundo entero si se lo hubiera pedido.

Después de tanto tiempo de casados, ya no esperaba que Lina le diese un heredero.

A finales de noviembre a Veva se le presentó la ocasión de jugar una mala pasada a su madre. El matarife, el mozo y otros ayudantes estaban en la calle, delante de la puerta, preparados para sacrificar al cerdo cebado en la pocilga.

Lina nunca se hallaba presente en el momento de la matanza. Se negaba a ver ese espectáculo. Se tapaba los oídos con algodón a fin de no oír los aterradores chillidos del animal y no aparecía hasta que el matarife había concluido su trabajo.

Era bien sabido por todos que la mujer de Marcel ni siquiera podía ver cómo Cecilia mataba a una gallina.

Esta vez, sin embargo, bajó antes de hora tras haber preguntado a Veva y que esta le dijera que podía salir tranquila a la calle porque ya estaba todo hecho. Lina llegó justo cuando lo abrían en canal. Soltó un chillido tan feroz que los asustó a todos.

El matarife estuvo en un tris de rebanarse el dedo en redondo. Y Cecilia, que revolvía la sangre para que no cuajase y poder elaborar la morcilla, casi se cae dentro del barreño del susto. Entretanto, Marcel, que salía de la leñera cargado con un tronco grueso para añadirlo a la lumbre, lo soltó alarmado y se pilló un pie. Por su parte, Eladio, que se había entretenido poniendo orden en el corral, acababa de salir de él cuando, al oír el grito, corrió a encerrarse en la bodega, convencido de que el animal se les había escapado y volvía a la pocilga.

Acabado aquel alboroto, en un silencio sepulcral, todos miraron a Lina, que seguía inmóvil en el

umbral de la puerta.

Señalando al cerdo, esta dijo:

—¡Está muerto!

Con la reacción de su madre, a Veva le dio un ataque de risa y los demás se contagiaron.

Esa misma noche de noviembre de 1948, Lina se puso de parto y en la madrugada nació Julia.

Durante los seis meses siguientes reinó la paz. Veva se volcó en atender a su hermanita y en colmarla de todas las atenciones que ella echaba de menos recibir.

No obstante, en mayo la tranquilidad y los días apacibles llegaron a su fin.

Para el Corpus su madre siempre le cosía un vestido nuevo, pero faltaba un mes y aún no había hecho ni un comentario al respecto. Después de las últimas peleas, a ella ni se le había ocurrido insinuarlo.

Por eso, cuando Lina la invitó risueña a que entrara en el cuarto de planchar, se le aceleró el corazón. Bajaba del desván tras tender la colada.

—Te he comprado un corte de tela, Veva —dijo su madre mientras desenvolvía el paquete—. ¿Te gusta?

Emocionada, la joven la abrazó muy fuerte.

—¿Cómo me lo harás, madre?

—Esta vez te lo coserás tú misma. Yo te ayudaré. Debes aprender tal como hacen las otras chicas.

De la boca de Veva no salió ni un comentario. Se limitó a caer en una férrea indolencia y en casa se instaló de nuevo el mar de fondo habitual.

Colmada su paciencia, Marcel decidió que no podía seguir cruzado de brazos y tomó partido:

—Prima, dime qué donativo he de hacer a Auxilio Social —ordenó, cartera en mano—. Comprad de una maldita vez la ropa de recién nacido para llenar media docena de canastillas si es necesario.

—Malcrías a tu hija, Marcel. Pero se hará como deseas.

El nacimiento de Julia había llenado de esperanza a Aurorita, que ya estaba harta de aquella joven desconsiderada.

Al cabo de unos meses, entregaba a su primo el certificado expedido por el delegado provincial, con el visto bueno del delegado nacional, el cual rubricaba que Genoveva Torres había cumplido el servicio social de la mujer.

Aunque la cuestión quedaba resuelta, el gesto de Marcel no sirvió para que Veva olvidara su propósito de abandonar aquella casa y el pueblo.

—En eso no pienso transigir, Veva —dijo serio y distante su padrastro—. No se te ha perdido

nada en la ciudad, sola y trabajando por cuatro cuartos.

En el momento más inesperado, ocurrió un milagro con el que la muchacha no contaba: Aurorita propuso una solución.

—Veva podría trabajar de niñera, primo. Unos amigos míos de Tarragona tienen tres hijos y la chica que cuida de ellos se va. Allí trabaja Margarita y estarían juntas.

—Al menos la tendríamos en casa de gente conocida, Marcel —añadió Lina, esperanzada.

—Me gustaría ir, padre.

—Dejemos que pruebe —insistió su madre.

Él miró a su hija, enfadado.

—Haz lo que quieras, muchacha —le soltó—. ¡Entre las tres me tenéis más que hartos!

Aquella tarde de verano hacía un calor insoportable. Veva había subido al desván como siempre que quería estar sola. Se subía a la pequeña ventana por la que se salía al tejado y observaba los alrededores y el campanario, casi pegado a la casa.

Cuando bajó, su madre estaba en la cocina dando la merienda a la pequeña Julia, que ya tenía ocho meses.

—Aún puedes cambiar de idea, Veva —le dijo su madre—. Quédate en casa con nosotros. No necesitas vivir con extraños.

—Hace tiempo que no me siento de ninguna parte, madre. Aquí no tengo nada que me ate.

Lina dio una cucharada de la papilla de fruta y galletas a la niña, que abría la boca como un pajarito y comía con glotonería.

—Si pudiera, Veva, te daría la luna.

Ella acarició la cabecita de su hermana, que estaba embadurnada de comida hasta la nariz. Se disponía a salir de la cocina cuando, en el umbral de la puerta, se volvió para responder:

—Tú y yo, madre, nunca nos daremos la luna. Pero algún día... te devolveré el mismo amor que me has dado.

Lina se estremeció.

Quinta parte



Casi tres años después de su llegada a la ciudad, Veva contemplaba el mar, que se extendía silencioso hasta el horizonte. Se aferraba a la barandilla del Balcón del Mediterráneo para vencer el vértigo que le producía la altura. La fascinaba que desde allí arriba no se oyese el ruido de las olas, ni el rumor de aquella inmensidad de agua.

Pese al buen tiempo de aquella primera semana de mayo de 1952, lo que la hacía sudar en aquel momento no era el sol luminoso de la costa sino el tacto del sobre que guardaba en el bolsillo y no se atrevía a abrir. Sabía que la lectura de su contenido marcaría un punto y aparte en su vida.

Con mariposas en el estómago, Veva había cruzado la plaza de la Fuente hasta el ayuntamiento a fin de recoger en el registro el acta de defunción de Lorenzo Torres. El siguiente paso, cuando se viera con ánimos, sería preguntar por la tumba de su padre, si es que existía.

La suave brisa del mar le acariciaba el rostro. Se perdía entre pensamientos nostálgicos como una excusa para aplazar el momento de abrir aquella carta que le había entregado el funcionario. La sacó del bolsillo y la sujetó con ambas manos. Inquieta, le dio un beso y guardó el sobre de nuevo.

Un viernes de septiembre de tres años atrás, Eladio y Marcel habían subido al coche de línea para acompañarla hasta la estación de ferrocarril de Mora. Minutos antes de subir al tren, Veva se había abrazado muy fuerte a los dos.

—¿Va todo bien, hija? —le había preguntado Marcel desde el andén mientras le tendía la maleta.

Ella había asentido con la cabeza porque tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Le gustaba que Marcel le hiciera de padre.

Cuando sonó el silbato del jefe de estación, su padrastro le hizo una última advertencia:

—Vas a trabajar de niñera, Veva, pero recuerda siempre que no eres la esclava de nadie.

Ahora, mientras recordaba su despedida, le entraban las mismas ganas de llorar que había tenido cuando su padre y su hermano le decían adiós con la mano, cada vez más lejanos y diminutos, mientras el tren se la llevaba hacia el futuro.

Los días anteriores al viaje, su padrastro había estado enfurruñado. Seguía sin aceptar de buen grado que se marchara. Ella, en cambio, era consciente de que se adentraba por un camino nuevo y que solo volvería al pueblo de visita.

Ya sola en el vagón, habían aparecido los nervios, mezcla de emoción y miedo. A trancas y barrancas, el tren llegó a Reus y allí se detuvieron más de tres cuartos de hora. Temía que su amiga Marga hubiera dejado de esperarla a causa del retraso. En el monedero llevaba las cien pesetas que le había dado Marcel y que a ella se le antojaban todo un capital, pero eso no aliviaba su inquietud.

Sería la primera vez que pisaba una ciudad. En realidad, no conocía otras calles que las de Prats y Llonera, y ambos pueblos eran tan pequeños que uno no podría perderse ni queriendo.

—¿Falta mucho para Tarragona? —había preguntado, preocupada, al pasajero de al lado.

—No queda muy lejos, si es que esta cafetera arranca algún día.

—La Guardia Civil está revisando las vías —intervino otro pasajero del compartimento—. Desde el atentado de febrero en Mora no las tienen todas consigo.

—¡No hable de lo que no sabe! —le reprochó un hombre que viajaba con ellos—. Aquello fue un descarrilamiento por culpa del terreno.

Los otros pasajeros callaron. Cualquier comentario que reflejase desafección al régimen de Franco podía suponer una amenaza.

En febrero del año en que Veva se dirigía a Tarragona, 1949, los maquis habían hecho descarrilar el tren Madrid-Barcelona a la altura de Mora la Nueva. Habían muerto cuarenta personas y hubo numerosos heridos.

Nerviosa por todo aquello, Veva había comprobado que dentro del bolso llevara también la carta para la señora Coia Ferran de Rovira que le había escrito Aurorita. Por si la perdía, había memorizado el número y el piso de la Rambla de San Carlos.

Todos sus temores se verían confirmados al llegar una hora más tarde de la prevista, que debían ser las cinco de la tarde. Al bajar al andén, no la esperaba nadie.

Se sentó en un banco frente a las vías mientras buscaba a su amiga mirando en todas direcciones. Transcurrida media hora, decidió que intentaría encontrar la casa por sí sola.

El jefe de estación le había indicado que cogiera la Bajada del Toro.

Erróneamente, ella supuso que debía ir calle abajo. Tras caminar cinco minutos, al ver que se alejaba de las calles transitadas, se apresuró a desandar el camino.

Vio el cielo abierto al oír la voz de Marga, que la llamaba desde la puerta de la estación. Veva la abrazó fuerte y le preguntó:

—¿Cómo es que no me has esperado?

—Han avisado que el tren venía con mucho retraso y he vuelto a casa para avisar a la Sargenta.

—¿Y esa quién es?

—Nuestra cocinera, Camino. Pero es como si fuera el perro del amo, porque lleva sirviendo en la casa toda la vida.

A Veva le resultaba difícil asociar a una cocinera con un perro malcarado. Siempre había pensado que la tía Benita y Cecilia eran amables precisamente porque les gustaba la cocina.

Para Veva, cocinar y cantar eran dos cosas que iban ligadas. Así eran su tía y Cecilia: dos amantes de los fogones, cariñosas y cantarinas. Cecilia tenía la teoría de que todos los malos humores procedían de la tripa, y que si se la contentaba con buenas comidas todo se hacía más soportable.

Cargada con la maleta, Veva admiró a su paso la altura de los edificios, las calles asfaltadas y la

cantidad de tiendas llenas de productos.

Todo se le antojaba desmesurado.

Marga reía porque ella se había sentido igual de impresionada cuando llegó.

Al dejar atrás Méndez Núñez, mientras cruzaban la Rambla del Generalísimo, su amiga le había dicho muy contenta:

—El domingo, al salir de misa, te enseñaré el mar. Te llevaré a ver el balcón más grande que has visto nunca.

—¿Dónde está, Marga? ¡Vamos ahora, por favor!

—Está allí, pero desde donde estamos no se ve —dijo señalando la zona alta de la Rambla—. Ahora no podemos entretenernos.

Siguieron por Conde de Rius hasta la Rambla Vieja. Allí entraron por un portalón que le pareció altísimo. Mientras esperaban en el rellano del principal a que la tal Camino abriera, Veva se decía que era imposible estar de mal humor si se vivía en un edificio tan bonito como aquel.

—Pensaba que os habíais perdido —bramó por todo saludo una mujer que aparentaba frisar los sesenta.

Echando atrás la cabeza y arrugando la frente, la mujer escrutó a Veva con detenimiento. Su conclusión, antes de que la muchacha tuviera tiempo de dejar la maleta en el suelo del recibidor, fue:

—No sé si me gustarás... Tienes demasiada pinta de señorita. No tienes cara de criada.

—Si nos deja seguir, Camino, le enseñaré a la nueva su habitación —dijo Marga antes de añadir con sarcasmo—: Tal vez cuando mi amiga se ponga el uniforme le vea usted más cara de sirvienta.

—Tú sigue haciendo el burro, Margaritita... —Y la amenazó con el dedo antes de alejarse muy garbosa—. Un día me pillarás de mala hostia y saldrás por esa puerta.

Veva observó cómo contoneaba un culo grande pegado a una cintura demasiado estrecha. No parecían pertenecer a la misma persona, de no ser porque la tira blanca del delantal, con una raquílica lazada, juntaba ambas partes del cuerpo. Los hombros de Camino también eran estrechos, en consonancia con la parte del torso, pero las pantorrillas eran tan carnosas como el culo, seguramente porque sostenían toda su masa.

Si se había quedado impresionada con la cocinera, eso no era nada en comparación con el impacto que recibió al ver su dormitorio.

—Esta será tu habitación —le indicó su amiga como si le enseñara una suite—. Es pequeña pero será solo tuya. No tendremos que compartirla.

—¡Esto no es una habitación, Marga, es un armario! No tiene ni una mísera ventana. La despensa de casa de mis padres en Prats es más grande.

—¡Ale, pues! Más vale que te acostumbres... Te dejo para que deshagas el equipaje, amiguita. Yo

tengo trabajo. La bestia a la que has conocido hace un momento me espera para mondar patatas.

Veva se sentó en la silla que había en el único rincón libre. Desde allí contempló sus espectaculares dominios. Apenas cabía una cama de cuatro palmos arrimada a la pared, con un crucifijo sobre la cabecera, una mesilla de noche y aquel asiento.

En la pared opuesta a la puerta había un armario empotrado.

«Si me diesen un empujón desde la puerta, no tocaría el suelo. Iría a parar directamente al catre», se dijo con un suspiro.

El cuarto daba a un pasillo lleno de armarios para la ropa blanca. Era el corredor de las criadas. A él daban las demás habitaciones del servicio: la de Camino tenía una ventana abierta a un estrecho patio de luces, y la de Marga era una ratonera como la suya.

La pieza más amplia en los dominios de las sirvientas era la cocina, con el cuarto del lavadero y de plancha adosado. El cuarto de baño del servicio seguía los mismos parámetros raquíticos que las habitaciones: váter, lavabo y palangana.

Al final del largo y oscuro pasillo estaba la puerta que comunicaba con el piso de los señores. Pero la zona noble no la vería hasta el día siguiente.

Cuando al final del día se acostó en aquella cama extraña, Veva se estremeció solo de pensar que en aquel cuchitril no se disponía a pasar una sola noche, sino que podían ser años, incluso el resto de su vida.

Marga la oyó sollozar en el cuarto contiguo y fue a consolarla.

Ya más calmada, Veva le preguntó:

—¿Y los niños? No los he visto.

—Acabamos de pasar la fiesta de Santa Tecla. Si hubieras llegado antes, me habría ahorrado llevarlos yo al festival infantil en la plaza de toros. ¡Me quedé sin mi día de fiesta!

—¿Son muy traviesos?

—Están bien educados. Hasta que empiece el curso se quedarán con sus abuelos en la masía de Reus. También los fines de semana. Se van los sábados a mediodía y no vuelven hasta el domingo.

—¿Y los señores...? ¿No han querido saber cómo soy ni si les gusto?

—¡A ellos les da igual! Si no les gustas te echarán sin contemplaciones.

—¿Por qué se fue la otra niñera?

Marga se encogió de hombros por toda respuesta.

A las siete de la mañana, Marga la hizo levantar deprisa y corriendo. Se habían dormido e iban justas de tiempo.

—¡Date prisa, Veva!

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—La Sargenta te lo dirá.

Y la dejó mientras se ponía el uniforme negro con delantalito y cofia blancos.

En su primer día de trabajo Veva no tenía criaturas que atender. No tardaría en descubrir que, además de niñera, haría de todo y más. De momento solo sabía que debía recibir órdenes de Camino.

—No busques a tu amiga, señorita —dijo la cocinera al verla aparecer ya uniformada—. Ha ido a comprar. ¡Siéntate aquí!

Acto seguido le sirvió un tazón de leche y le puso delante pan y azúcar por si quería hacerse sopas.

Veva percibió en ella un talante más amistoso que el día anterior.

—He de entregar la carta de doña Aurorita a la señora Ferran —dijo, sacando el sobre del bolsillo del uniforme.

—La señora Coia todavía duerme, ya lo harás cuando yo te diga. De momento te explicaré cuál es tu trabajo.

Una vez más, Veva comprobó que ser pariente de doña Aurorita le confería un rango diferente.

Sin la presencia de Marga, la cocinera se mostró estricta pero educada.

Supo que había ido a parar a una familia que eran propietarios de un restaurante en la calle de Apodaca. Lo primero que le sorprendió fue que los señores también trabajaban en el establecimiento. Eso hacía que pasaran poco tiempo en casa.

Según las indicaciones de Camino, ella se ocuparía de los tres hijos de la familia: dos niñas de diez y ocho años y un niño de siete. Los acompañaría y recogería del colegio cuatro veces al día: las niñas iban a las Teresianas, el niño, a los hermanos de La Salle.

Antes, había proseguido la cocinera, les serviría el desayuno y los ayudaría a asearse, peinarse y vestirse. Los zapatos debían quedar lustrados la noche anterior. Después de dejarlos en el colegio, se ocuparía de ordenar sus habitaciones. Recogería la ropa, los libros y los juguetes.

También les serviría comida, merienda y cena, y los bañaría una vez por semana. Los llevaría a las fiestas de cumpleaños de sus amiguitos, los sacaría a pasear por la Rambla, los acompañaría a la iglesia, detrás de sus padres, los domingos y festivos en que no fuesen con sus abuelos a la masía de Reus.

Mientras el señorito y las señoritas Rovira Ferran estuvieran en el colegio, acompañaría a Marga al Mercado Central a hacer la compra para el restaurante.

Como había llegado un viernes y los niños aún estarían una semana con sus abuelos, Veva tuvo tiempo de acostumbrarse a la casa y a la ciudad.

Tal como le había prometido Marga, pasearon lentamente por la Rambla Nueva. Al asomarse al

que su amiga había denominado el Balcón del Mediterráneo, vio una extensión infinita de agua que se ondulaba como una sábana de seda agitada por el viento. Aquella imagen la cautivó para siempre — hasta entonces jamás había visto el mar— y supo que ya no volvería a vivir tierra adentro.

También se juró que no se pasaría la vida sirviendo en casa de Coia Ferran a las órdenes de la Sargenta y que su oscura habitación de criada solo sería el trampolín para saltar al mundo.

Los dos primeros meses en la ciudad fueron intensos. Al principio todo la admiraba: la altura de los edificios, la longitud y anchura de las calles cementadas, las aceras, la Rambla, todos los comercios, pero lo que más le gustaba eran los dos cines, tanto el Tarragona como el Moderno.

Veva pronto aprendería a conocer las calles, algunas rebautizadas después de la guerra con nombres que casi nadie utilizaba. La plaza de José Antonio Primo de Rivera, donde estaba el ayuntamiento, seguía siendo para todo el mundo la plaza de la Fuente. La Rambla de San Carlos nunca había dejado de ser la Rambla Vieja, al igual que a la del Generalísimo seguían llamándola Rambla Nueva.

El monumento que honraba a los caídos en la guerra del Francés, cada cual lo simbolizaba con un heroísmo hecho a medida. Si para unos recordaba la lucha del pueblo contra el extranjero, para otros emulaba la valentía de los nacionales. Sin embargo, nadie se había atrevido a retirar de la Rambla la desnudez de cuerpos que exhibía.

Más allá de tales divergencias, todo tarraconense coincidía en que las calles, por empinadas que fuesen, no se llamaban «subidas» sino «bajadas», y que «los Armados», la escolta romana de la procesión del Santo Entierro, debían elegirse entre los estibadores y basureros debido a su corpulencia.

La Tarraco romana seguía viva dentro de la Tarragona actual. Al modo de las muñecas rusas, las construcciones de dos mil años atrás seguían prisioneras entre paredes maestras y cimientos. Era como si la ciudad tuviera insertado en su interior lo que había sido.

La Navidad de 1951 había provocado cambios importantes en la aburrida cotidianidad de Veva. Entre el 24 y el 27 de diciembre, la familia Rovira Ferran siempre se reunía en la masía de Reus con los padres de Coia. Allí les bastaba con los masoveros y Camino, que se sentía poco menos que de la familia.

Aprovechando que se cerraba el restaurante, los propietarios daban fiesta a todo el personal hasta el día siguiente de San Esteban, fecha en que el establecimiento abría de nuevo sus puertas. Entonces empezaba el ajetreo para preparar la cena de Fin de Año con baile y orquesta.

Veva, tal como había hecho las dos Navidades anteriores, aprovechó aquellos días para volver al pueblo.

Al bajar del coche de línea, Eladio la esperaba con las solapas del abrigo subidas hasta las orejas y frotándose las manos para librarse del frío. Ella, incrédula, tuvo que mirarlo dos veces antes de constatar que aquel joven que la abrazaba era su hermano. La superaba un palmo. Recordó con nostalgia al niño que ocho años atrás se le había metido entre las sábanas la primera noche que

pasaron en Prats.

Los tres días siguientes sirvieron para que su otra hermana, la pequeña Julia, que había cumplido tres años en noviembre, volviera a acostumbrarse a ella. Tras tantos meses sin verla la había olvidado y prefería estar al lado de Aurorita.

A la comida de San Esteban, sus padres habían invitado también a Dolores, que ya era la novia oficial de Eladio. Sentada frente a ella, Veva pensó que parecía una muñeca como las de cartón, de mejillas sonrosadas, cabello rizado y cara de luna llena, con una nariz chata que casi no sobresalía de la cara.

Sintió una punzada de celos al ver cómo su hermano se había adaptado a Prats, cosa que ella no había logrado.

Veva contemplaba a todo el mundo en la mesa y se sentía casi como una forastera. Aquellos cuatro días no daban para mucho, pero le bastaron para saber que no lamentaba haber marchado dos años atrás.

Observando la felicidad que rebosaban su madre y su hermano, Veva no conseguía olvidar la ausencia de su padre. Cuando acabara aquel 1951, ella ya sería mayor de edad. Entonces iría a solicitar en el registro de Tarragona el acta de defunción de Lorenzo Torres.

El intenso trabajo de los últimos días del año y la enfermedad de Camino a principios de 1952 habían hecho que su propósito se aplazara. Finalmente lo había cumplido. En el bolsillo llevaba el sobre de color crema que acababa de entregarle el funcionario.

Decidida a no postergarlo más, leyó con el corazón desbocado de emoción:

En Tarragona, provincia de íd., a las dieciséis horas y treinta minutos del día veintiuno de Octubre de mil novecientos treinta y nueve, ante D. Esteban Balagós, Juez municipal accidental, y D. Fernando Montforte, secretario habilitado, se procede a inscribir la defunción de D. Lorenzo Torres Sura, de edad treinta y dos años, natural de Llonera, hijo de Don Miguel y de Doña Teresa, domiciliado en el mismo, de profesión sastre y de estado casado. Falleció en esta Ciudad el día de ayer, a las seis horas, a consecuencia de hemorragia interna, según resulta de oficio y certificación facultativa recibidos y reconocimiento practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de esta Ciudad.

Después de leer el acta de defunción, Veva lloró de cara al mar, apoyada en aquella balconada mucho más grande que la de la calle Mayor de Llonera, donde había esperado el regreso de su padre, día tras día, durante un triste otoño de casi trece años atrás.

Junio llegó cargado de sorpresas y cambios. Hacía apenas una hora que Veva y Marga habían dicho adiós para siempre a Camino. De la manera más inesperada, había subido al tren para volver a su tierra natal, Tortosa.

Desde que la mujer enfermara, las jornadas de Veva siguieron un horario aún más rígido: todos los días trabajaba en el restaurante de diez de la mañana a cinco de la tarde, excepto los lunes. No era ella quien había elegido la nueva ocupación, por lo cual se sentía como una esclava. Todos sus planes de futuro quedaban postergados sin fecha límite.

Meses atrás, a media mañana del 30 de diciembre de 1951, había sonado el teléfono del servicio.

Tras dejar sola a su amiga, que lloraba sin tregua porque se sentía responsable de la enfermedad de la cocinera, Veva atendió la llamada.

Al reconocer la voz de la niñera, la señora Coia le preguntó sin preámbulos:

—¿Cómo se te dan los fogones, Veva?

—Me defiendo bien.

—Entonces, este año, en lugar de servir mesas con Marga, ayudarás en la cocina la noche de Fin de Año.

—Pero ¿así de repente? ¿Qué tendré que preparar... y para cuánta gente?

—Tú solo harás de ayudanta. La que había hasta ahora ocupará el lugar de la cocinera. Por suerte, Camino lo tenía todo medio preparado.

Veva colgó el aparato malhumorada. Ni la señora le había preguntado si estaba de acuerdo, ni ella si recibiría más paga por el trabajo extra. Para la dueña de la casa, el servicio era como los manteles: se ponían donde era necesario y se sustituían cuando se rompían. Y lo único que le importaba en aquel momento era salir del lío que le había acarreado la ausencia de Camino.

A Veva ya le molestaba bastante tener que celebrar su cumpleaños el día 31 sirviendo comidas y copas a los clientes como para, encima, tener que hacerlo ahora entre cazuelas. Y más aquel, en que pasaría a ser mayor de edad.

—Todo el mundo celebrará el Año Nuevo con vestido de fiesta y yo con delantal y cofia —había rezongado al colgar el auricular.

A la cena, seguía el baile con orquesta. Ese día tanto a la criada como a la niñera les tocaba servir mesas al precio de un par de medias y una caja pequeña de pañuelos de regalo que Coia ya tenía encargados en Las Medias.

Cuando faltaban menos de cuarenta y ocho horas para la cena que despedía 1951 y la fiesta que inauguraría 1952, «la generala» del restaurante parecía que se moría.

Mientras servía el desayuno, Veva había alertado a la señora del estado de salud de Camino,

justo cuando ella hacía su pregunta habitual:

—¿Cómo va todo por ahí dentro, Veva?

Como todas las mañanas, el señor Rovira bajó el periódico para mirar a la muchacha de hito en hito por encima de las gafas, a la espera de su respuesta.

—Camino tiene mala cara y no se ve con ánimos para levantarse de la cama —respondió mientras dejaba sobre la mesa el café, la leche y la torta—. Se queja de que le duele la tripa y el costado.

—¿Le habéis hecho una tisana? —inquirió el hombre.

—Una sopa de tomillo, y la ha vomitado. No para de devolver.

—¡Vaya momento que ha elegido para ponerse enferma! —se lamentó la señora—. ¡Justo a dos días de Fin de Año!

—¿Y si llamamos al médico, Coia? —sugirió el señor Rovira.

—Que siga con las sopas de tomillo. Esa glotona se atiborra demasiado y algún día reventará.

Veva se retiró. El comentario ofensivo y el escaso interés por la salud de la cocinera le dolieron. Aunque no le resultaba simpática, Camino le daba lástima por cómo se arrastraba delante de su señora.

Al acabar de desayunar, el matrimonio se dirigió al restaurante y Veva salió a hacer recados.

Marga, con remordimientos por haber deseado la muerte de la cocinera el día anterior, no se apartaba de su lado. Se negaba a dejar a la mujer sin vigilancia.

—Y todo por las malditas gambas que me olvidé de encargar a la pescadera... —se lamentaba.

Con el fin de celebrar las fiestas de Navidad con su familia, las dos amigas se habían marchado a Prats. El 28, día de los Santos Inocentes, volvieron a Tarragona.

Recién llegadas de la estación, apenas entrar en el piso, Marga y Camino tuvieron una agarrada descomunal. Antes de irse al pueblo, la muchacha había olvidado encargar en el mercado las gambas grandes para el menú de Fin de Año.

Camino, cocinera oficial del restaurante, vivía con pasión aquella fecha. Contenta de salir de la monotonía culinaria del resto del año, ponía los cinco sentidos para lucirse. Esa noche, en la cocina del restaurante no se sentía como una sargenta, sino como una generala con todas las de la ley.

Por suerte la pescadera había preguntado a Camino cómo era que aquel año no querían las gambas.

Ante el gesto de cansancio de Marga por aquel sermón que no le apetecía escuchar, la cocinera le soltó la amenaza de siempre:

—Margaritita, ándate con ojo, que un día me pillarás de mala hostia y saldrás por esa puerta para no volver.

—¡Así te mueras antes de que acabe el año, maldita vieja! —contraatacó Marga.

Al día siguiente la cocinera no se tenía en pie.

Por más que Veva dijese a su compañera que los vómitos de Camino no tenían nada que ver con un mal deseo, Marga no cesaba de rogar a Dios que le perdonara todas las veces que había deseado que a la Sargenta le cogiese un dolor de vientre que la matara. Ahora le rogaba de todo corazón que salvara a la «pobrecilla» Camino.

A las dos y media de la tarde, niñera y criada entraron de nuevo en su habitación y se quedaron heladas al verla. Camino tenía la cara desfigurada por el dolor y respiraba con dificultad.

—Hemos de avisar a la señora Coia, amiguita —decidió Veva—. La Sargenta está peor.

—No me atrevo, Veva. A estas horas debe de tener el restaurante lleno y, sin Camino, no hay duda de que su ayudanta va de culo. Lo raro es que no nos hayan mandado ir a una de las dos.

—Entonces llamaré a la madre de la señora —dijo Veva muy resuelta.

—¡Te pueden echar por llamar sin permiso!

—Me trae sin cuidado, Marga. Ya encontraré otro sitio. Estoy hasta las narices de celebrar mi cumpleaños sirviendo mesas y viendo lo bien que se lo pasan los demás mientras yo miro.

Tras agradecerles que no hubieran molestado a su hija, Rosita Jover les prometió que enviaría al médico de la familia.

La mujer conocía a Camino desde que ambas eran niñas. La muchacha había entrado a trabajar en la casa cuando era una chiquilla de trece años. Era la hija mayor de los masoveros que los abuelos de Coia tenían en Tortosa. A petición de la propia madre de la muchacha, el señor Jover se la había llevado con ellos a Tarragona tan pronto como Camino tuvo edad de servir.

Al casarse la única hija del señor Jover, Rosita, le cedieron a la criada cual si se tratase de una pieza más del mobiliario. De esa manera pasó a ser cocinera en el nuevo hogar de la madre de Coia.

Cuando la señorita Ferran se casó con Ernest Rovira, sus padres dejaron al joven matrimonio la criada y el piso de la Rambla Vieja, mientras que ellos se instalaban definitivamente en la masía de Reus.

El facultativo tardó dos horas en aparecer. Entró en el piso sin ocultar cuánto lo importunaba dejar la sobremesa con los suyos por el dolor de tripa de una cocinera.

No obstante, al examinar a Camino cambió de expresión. Descubrió que se trataba de una apendicitis grave. En pocas horas la operaban en el hospital San Pablo, a apenas unos metros de la casa de sus señores.

Habían transcurrido seis meses desde la operación de Camino. Si bien había recuperado la salud hacía tiempo, subsistieron otras heridas incurables que tenían su origen en el agujero que deja la ingratitud.

Aunque Camino ya estaba en condiciones de incorporarse a su trabajo, Coia se resistía a

devolverle el mando de la cocina en el restaurante. Su señora estaba harta del protagonismo de la mujer y aprovechó la coyuntura para quedarse con la nueva cocinera y con Veva como ayudanta.

El domingo, cuando las dos amigas volvieron de la sesión de cine, la encontraron hecha un mar de lágrimas en la cocina.

—Me quiere jubilar, chicas. Me ve vieja con sesenta años... «Tienes derecho a descansar, Camino. Ya te toca», me ha dicho. ¡He servido a la familia durante cuarenta y siete años y ahora me dan la patada!

—¿Te quedarás en Tarragona? —preguntó Marga.

—Vuelvo a Tortosa. Mi hermana quiere que viva con ella y su familia, pero yo prefiero vivir por mi cuenta. Alquilaré un piso grande para poner una pensión.

Hacía ya una hora que se habían despedido de Camino en el andén. Marga se apresuró a dejar listo el trabajo porque esa tarde había quedado para tomar una horchata con un chico que había conocido y del que estaba enamorada, Pedro.

Antes de volver a casa, Veva caminó un rato por el Paseo de las Palmeras. La mañana resplandecía con esa claridad mediterránea que tanto le gustaba.

Quim entró en la vida de Veva el mismo día que ella se interesó por el cartel de SE TRASPASA colgado a la puerta de un bar.

Desde que había empezado a trabajar en el restaurante, ya ni siquiera disponía de las tardes de domingo enteras. Se habían acabado los paseos por la Rambla con Marga para después meterse en el cine. Volvía tan cansada del trabajo que solo le apetecía dejarse caer en la cama.

No era dueña de su tiempo y por eso se sentía como una condenada. Su sueño de libertad se convertía en un espejismo.

La oportunidad del cambio le salió al encuentro al bajar la escalinata de la catedral, justo en la plaza de las Coles, cuando vio el bar con el cartel colgado.

A lo largo de toda la semana sopesó aquella posibilidad.

El aprendizaje adquirido en la cocina del restaurante le hizo acariciar el sueño de tener su propio negocio, y aquel bar podía ser su oportunidad. Solo necesitaba saber las condiciones para calibrar si disponía de suficientes ahorros o si tendría que pedir un préstamo para el traspaso.

De las setenta y cinco pesetas que le pagaban cada semana, solo gastaba veinte entre cine y pequeñas necesidades. Desde el principio, Marcel se había negado a recibir ni un céntimo del sueldo de su hijastra.

—Guárdalo, Veva, algún día lo necesitarás —le había dicho cuando la acompañó al banco a abrir una libreta.

Después de tres años de gastar lo mínimo y ahorrar como una hormiguita, ahora disponía de diez mil pesetas. Le parecía toda una fortuna.

Ella no pretendía invertirlo en un local grande y lujoso como el de los señores Rovira. «Con cuatro mesas, una pequeña cocina y una barra de bar tendría suficiente para empezar», soñaba despierta. Cuando lo tuviera todo bien atado, propondría a Marga que fuese a trabajar con ella.

Rumió durante dos días el proyecto sin atreverse a dar el paso. Al tercero, mientras se sujetaba la cofia frente al pequeño espejo de su cuarto, decidió pasar a la acción.

Esa misma tarde, al salir del restaurante, se dirigió a casa para quitarse el olor a fritanga y caldo que le impregnaba hasta el último poro de la piel.

Una vez limpia y con ropa de paseo, enfiló la Bajada de la Misericordia con el corazón acelerado por los nervios. A fin de postergar el momento, se entretuvo comprando sellos en el estanco de la calle Mayor.

Justo al salir, una colilla encendida cayó a su lado. Miró hacia arriba y vio en el balcón del segundo piso a un joven en mangas de camisa, arremangadas por encima del codo, y con la pechera abierta, que la miraba con cara de espanto.

—No se mueva, señorita. ¡Ahora bajo!

No lo esperó. Veva siguió su camino acelerando el paso hasta llegar a la plaza de las Coles.

Tan pronto como entró en el local, la veintena de parroquianos —unos acodados en la barra, otros jugando a las cartas en las mesas— hicieron mutis para mirarla. El hombre calvo del mostrador dejó de remover el mondadientes que apretaba entre los labios y se quitó el paño roñoso que llevaba en el hombro derecho. Se irguió con parsimonia a la espera de saber lo que quería aquella muchacha.

Ante tanta mirada masculina, Veva deseó que la tierra la tragara. Allí no había ni la sombra de una mujer. Maldijo su atrevimiento por haber ido sin compañía.

—Vengo por lo del cartel —dijo con fingida firmeza.

El hombre la observó golpeando el mostrador con el paño, como quien se ocupa en matar moscas. Carraspeó antes de decir.

—Que venga su marido a preguntar, señora.

—No tengo.

—Entonces váyase, señorita. Este no es lugar para usted.

—Antes me gustaría saber las condiciones que pide.

—¿Sabe su padre que quiere regentar un bar? —preguntó uno de los clientes, como si la cosa también fuera con él.

—Detrás de la barra no quedaría nada mal, Perales —añadió otro, dirigiéndose al dueño por su mote. ¡La muchacha alegraría mucho más la vista que tú!

Todos rieron y se animaron a decir la suya, hasta que el puñetazo que el propietario del local dio en el mostrador los hizo callar.

—Esto es un negocio de hombres, señorita —zanjó—. ¡Búsqese un buen marido que la mantenga en lugar de pensar en ganarse la vida aguantando a granujas como estos!

—¡Si le traspasas el bar, Perales, yo me caso con ella! —gritó un desdentado al tiempo que enarbolaba una baraja de cartas.

Veva no quiso oír más. Dejó a los parroquianos riendo el chiste mientras salía avergonzada de aquel bar con el suelo lleno de colillas y tapizado de serrín para absorber los escupitajos de la clientela.

A su espalda todavía oyó:

—¡No sé adónde iremos a parar! A algunas mozas habría que atarlas más corto.

Volvía hacia casa furiosa por la humillación cuando, al doblar la esquina de la Bajada de la Misericordia, encontró al joven del cigarrillo recostado en la pared de la casa.

—He esperado por si volvía a pasar de nuevo —dijo él cerrándole el paso.

—¿Y puede saberse por qué motivo?

—Quería disculparme por la colilla que casi le tiro encima. Cuando he bajado, usted ya no estaba.

—Gracias, disculpas aceptadas. Ahora déjeme pasar.

—¿Puedo acompañarla, señorita?

—Lo siento, pero tengo prisa —respondió con ganas de darle un empujón para quitárselo de delante.

—No importa, yo camino deprisa. Por cierto, me llamo Quim.

Veva rechazó la mano que el joven le tendía para saludarla.

—¡Es usted un descarado! Apártese de mi camino.

—Y usted una preciosidad. ¿No me va a decir su nombre? —le preguntó mientras caminaba a su lado.

—Pues ya ve que no se lo diré. ¡Y déjeme en paz!

—Entonces caminaré detrás de usted. —Al gesto amenazador de Veva, respondió con el dedo en alto—: Oiga, encanto... ¡que la calle es de todos!

Después de la vergüenza que había pasado en el bar, lo último que Veva deseaba era llamar la atención.

Al llegar al portalón, subió de cuatro en cuatro los escalones hasta el principal temerosa de que la siguiera. Entró en el piso como alma que lleva el diablo cuando Marga le abrió. Sin saludar, corrió a refugiarse en el cuarto de dormir. Desde el principio se había negado a llamar «dormitorio» a aquel habitáculo minúsculo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su amiga desde el otro lado de la puerta.

—Sí, pero necesito descansar. —Y gimoteando en voz baja para que no la oyera, añadió—: Estoy hecha trizas.

Aquel episodio le enseñó que, aunque viviese en Tarragona, aquella era una sociedad cortada por el mismo patrón que la de todas las «Auroritas» del mundo, donde la mujer no tenía otro papel que servir con sumisión a su marido.

Como mujer se le negaba incluso el derecho a preguntar. Y, encima, tras haberse armado de valor y engalanado como si fuera domingo, aquel canalla que olía a pescado frito la había tratado como si fuera morralla.

Esa noche, con la cabeza oculta bajo la almohada, lloró amargamente aquella derrota.

Su sueño se había esfumado, pero quien no desapareció de su pensamiento fue el tal Quim del cigarrillo, que se pasaba por el forro la voluntad de los demás.

Tras el fracaso del bar, Veva cayó en una permanente apatía. Mantenía un mutismo antipático, a menudo rayano en la mala educación.

Rechazaba cualquier intento de ayuda por parte de Marga, que desconocía los motivos de tal cambio de conducta y por ello Veva se sentía la más miserable de las criaturas. No veía más salida que continuar con la esclavitud del trabajo o volver a Prats a obedecer las reglas que quisiera imponerle la falangista.

Con veintiún años, renegaba de sí misma por sentirse una inútil incapaz de conformarse con la vida que llevaba todo el mundo.

Dejó de preocuparse por su aspecto. Le daba igual ponerse un vestido u otro. Le traía sin cuidado si estaba planchado o arrugado. Se peinaba sin la menor gracia, y los mechones que le caían sobre la cara se los recogía con horquillas o pinzas, lo primero que le viniera a mano.

Sus días seguían una monotonía mortal. Llegó a pensar que tal vez Aurorita tuviera razón, al fin y al cabo, cuando aseguraba que el destino de las mujeres era escribir la letra pequeña de la historia.

Con todo, no conseguía domar su corazón. En un visto y no visto se le rebelaba. Marga se desesperaba al ver cómo se marchitaba su amiga.

—No puedes encerrarte en casa todos los domingos, Veva. Vente al cine con Pedro y conmigo. ¡Tengo ganas de presentártelo!

—Salgo demasiado cansada del trabajo. Déjame en paz.

—Acabarás siendo una amargada como Camino.

No salió del pozo por los consejos de Marga ni tampoco por revolcarse día tras día en su propia miseria.

Había adquirido la costumbre de caminar sola por el Paseo de las Palmeras todos los lunes, su día de fiesta, a primera hora de la tarde. Aquel día de junio, junto a la escalinata de piedra, vio una escena que la conmocionó.

Una mujer de edad indefinible lloraba acurrucada en un rincón. Tenía una ceja partida y llena de sangre seca. Un ojo estaba cerrado por la inflamación y la mejilla derecha llena de moretones. Tenía los labios tan lastimados que Veva pensó que era imposible que se llevara nada a la boca, ni siquiera agua, sin soltar un grito de dolor. Vestía como una pordiosera y su cabello liso estaba lleno de claros. Iba sin medias y por una alpargata le asomaba la uña del dedo gordo, ennegrecida.

Se acercó a ofrecerle ayuda y la mujer la rechazó con malos modos.

Impresionada, siguió su camino, cuando de repente unos chillidos y llantos hicieron que se volviera a mirar.

Un hombre asestaba patadas a la mujer, que intentaba ahorrarse alguna aferrándosele a los pantalones.

Veva corrió a pedir ayuda a un matrimonio de mediana edad que paseaba por el lugar.

—Debe de haber hecho algo muy gordo para que el hombre se lo tome así —observó el marido.

—No te metas, muchacha, cada cuál se sabe lo suyo —aconsejó ella—. En todo caso, no está

bien que se peleen en la calle. Los trapos sucios se lavan en casa.

Días atrás, Veva se había encontrado ante una situación completamente distinta. Una pareja de jóvenes se besuqueaban cerca de la estación. La chica llevaba un fardo colgado del brazo y Veva pensó que seguramente se iba de viaje. Ambos estaban en un lugar lo bastante oculto de las miradas, si el hombre fisgón que los descubrió no se hubiera acercado a comprobar lo que hacían. Corrió a avisar a la pareja de la Guardia Civil que patrullaba por la estación, y los dos tricornos se los llevaron detenidos por conducta inmoral en un espacio público.

Por ello Veva no comprendía que el hombre que asestaba golpes a la pobre mujer en el Paseo de las Palmeras no fuera detenido con más razón.

Aquella crueldad aceptada como algo natural de la vida hizo que Veva tomase de nuevo conciencia y decidió que a sus veintiún años no se daría por vencida, y en lo sucesivo se administraría mejor las ilusiones.

Añadió un juramento a su colección: «Jamás permitiré que nadie me maltrate.»

Todos los martes, en los cines cambiaban las dos películas. La sesión siempre era doble. A partir de las seis proyectaban la primera, después venía un descanso de quince minutos y, a continuación, la segunda. Como la buena era la última, tampoco pasaba nada si algún domingo se perdía parte de la primera para descansar un poco al salir del restaurante.

En la primera salida después de la reclusión que se había impuesto, Marga le presentó a su amigo. No podía decirse que Pedro hiciera suspirar. Tenía una nariz afilada y la cara más bien estrecha, con unos ojos grises llenos de bondad, eso sí.

Tras las presentaciones, las invitó a una horchata en la Planelles. Veva no tardó en comprender por qué aquel muchacho desmañado había enamorado a su amiga. Estar al lado de Pedro suponía reír sin parar de las sartas de chistes que le salían uno detrás de otro.

Un domingo, mientras las chicas hacían cola para comprar las entradas de *Cantando bajo la lluvia*, apareció Pedro acompañado de un amigo.

—Os presento a Rigoberto —dijo rodeándole los hombros con el brazo—. Trabaja conmigo en la Tabacalera.

—Podéis llamarme Rigu —se apresuró a añadir el joven.

A Veva aquel intento de buscarle pareja no le gustó ni pizca.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó al oído a Marga mientras los muchachos compraban sus entradas.

Ella negó con la cabeza de un modo que Veva consideró poco convincente.

Una vez dentro de la sala, Rigu se apresuró a ocupar un asiento al lado de Veva.

«Si intenta propasarse, le doy con el bolso», pensó ella cuando se apagó la luz. Rigu debió de intuirlo, porque no se movió ni para ofrecerle cacahuetes.

Con la sintonía del NO-DO, el tal Rigu empezó a mondarlos.

Mientras la voz en *off* relataba cómo el nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini, procedía al acto de la coronación canónica de la Virgen patrona de la ciudad de Palencia, ante la mirada devota de la multitud, Rigu, repantigado en la butaca, pelaba cacahuets con cuidado de no hacer ruido.

Cuando apareció en la gran pantalla la palabra «Deportes», acompañada del cambio de sintonía, el muchacho removi6 el culo en el asiento y enderez6 la espalda. A la vez que los espectadores conocían la primicia de que España era vanguardista en el mundo entero en la utilización de la pista descubierta para la carrera ciclista de seis días, Rigu hacía crecer con entusiasmo el número de cáscaras en el suelo.

Con el título «Fiesta Brava», que daba entrada a las imágenes de la plaza de toros de Las Ventas, en Madrid, Rigu añadió a la deglución de cacahuets la repetición de nombres del comentarista: «Pedrés, Atanasio Fernández...»

Veva, que buscaba un caramelo en su bolso, tuvo un sobresalto cuando Rigu exclamó: «¡Que lo pilla el toro, que lo pilla!», seguido de un «¡Silencio!» por parte de un espectador enfadado. Cuando el toro recibió las banderillas, Rigu volvió a la plácida tarea de pelar.

Con los nervios a punto de estallar, Veva se volvía hacia Marga, pero a ella y Pedro la «faena» del torero les traía sin cuidado. Hacían manitas disimuladamente cuando el acomodador pasaba con su linterna, como buen guardián de la moral pública.

Rigu estrujó el cucurucho tras comprobar que no había olvidado un solo cacahuete en el fondo, mientras el «maestro» clavaba «el estoque en lo alto del morrillo».

La inauguración de la vigésima Feria de Barcelona, por parte de «Su Excelencia el Jefe del Estado y su esposa», debía de entusiasmar poco a Rigu, porque relajó la espalda en la butaca mientras arrojaba al suelo el cucurucho vacío.

Se mantuvo en silencio hasta el momento de leer en voz alta las palabras en la pantalla que daban por finalizado el documental: «El mundo entero al alcance de los españoles.»

Entonces el chico sacó del bolsillo de la americana un segundo cucurucho.

—¿Acaso piensas comerte tú solo un saco de cacahuets? —preguntó Veva, desesperada, cuando estaba a punto de empezar la primera película.

—Lo siento, me había parecido que no querías.

—Y no quiero, pero ya no aguanto más el «crec crec» que haces cuando los pelas.

Sin el menor comentario, el muchacho se los volvió a meter en el bolsillo.

Durante el cuarto de hora de descanso, ella se mostró igual de tensa.

Al llegar a casa, Marga le metió bronca por haber estado tan antipática toda la tarde.

—Si Pedro tiene que venir con ese, no hace falta que se siente a mi lado —se quejó Veva.

—Mira, bonita, si quieres seleccionar a los que entran en el cine, tendrás que comprar todas las entradas —replicó enfadada antes de dejarla sola en la habitación.

Por San Magín, el 19 de agosto, cuando salía del restaurante se topó con Quim. El joven moreno, que llevaba la camisa arremangada y el primer botón desabrochado, la cogió del brazo cuando se disponía a cruzar la calle. Estaba sentado en una Montesa.

—Y ahora, reina, ¿me dirás cómo te llamas? —preguntó mientras encendía un Celtas medio entornando los ojos para que no le entrase el humo de la calada.

—Veva. —Le ofreció la mano y una sonrisa mientras repetía—: Me llamo Veva.

Y Quim supo que aquella preciosidad ya era suya.

A partir de aquella tarde de verano, Quim la esperaba ante el portalón de su casa todos los sábados y domingos.

Subida a la moto y agarrada a la cintura del muchacho, Veva conoció las fiestas mayores de todos los pueblos en treinta kilómetros a la redonda. Bailó boleros en todas las verbenas y comió garrapiñadas y trozos de coco en todas las ferias.

Durante cinco fines de semana, Veva desobedeció a escondidas la orden de la señora sobre que de aquel piso no se salía ni se entraba de noche sin su consentimiento explícito.

Marga estaba a punto de sufrir un síncope. Al llegar el sábado ya temblaba. Su amiga la había hecho cómplice de sus entradas a deshora y debía estar al acecho para abrirle la puerta de servicio sin que nadie se diera cuenta.

—Me echarán si lo descubren, Veva. ¿Acaso Tarragona se te queda pequeña, que tienes que irte fuera?

—Por favor, Marga. No me amargues, que soy muy feliz.

—También yo lo soy con Pedro sin necesidad de dar vueltas por medio mundo.

Pasada la fiesta de Santa Tecla, en septiembre, Veva y Quim sentaron la cabeza y se convirtieron en una pareja estable con cine y aperitivo hasta que llegó la primavera.

El lunes de Pascua el restaurante estaba cerrado. Los Rovira se marchaban a la masía de Reus y todos los trabajadores comían la mona en el Puente del Diablo, la Fuente del Lorito, la montaña de la Oliva o donde quisieran ir.

Veva observaba ansiosa la calle por si lo veía aparecer. Pedro y Marga ya estaban en el portal de casa. Los tres esperaban a que llegara Quim, que, por una vez, tendría que prescindir de la moto. Estaba previsto que los cuatro recorrieran a pie el trayecto de una hora hasta el Puente del Diablo.

Sin embargo, eran las once de la mañana y Quim seguía sin aparecer.

—Idos vosotros, Marga —dijo Veva—. Yo me quedo a esperarlo. Ya os alcanzaremos.

Los amigos se fueron y ella subió al piso muy preocupada.

Era mediodía cuando sonó el timbre. Abrió la puerta al tiempo que se ponía la rebeca para ganar tiempo.

—Ya se han ido, Quim... Si coges la moto, llegaremos al mismo tiempo que ellos.

Cuando Veva se disponía a cerrar la puerta, él interpuso el pie para que no se cerrase.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó mientras la empujaba hacia dentro.

—Todos están fuera. ¿Por qué lo preguntas?

—Quiero ver dónde vives.

—No puedo dejarte pasar a la parte que ocupan los dueños, Quim —repuso ella, indecisa.

—Tampoco lo necesito. Me basta con ver dónde vives tú.

A Veva le desagradó la exigencia de su amigo y el tono en que hablaba. De repente le entró mucho miedo, tanto de perderlo si lo echaba como de permitirle seguir adelante.

Como el primer día que la había seguido sin su permiso, Quim la apartó del paso y caminó por el pasillo hasta la cocina.

—¿Quieres que te prepare un café con leche? —le ofreció ella.

—Ahora no, reina...

Acto seguido empezó a desabrocharle el vestido.

Ella lo detuvo.

—Bailemos como si estuviéramos en la pista los dos solos, sin nadie que nos mire —dijo él al tiempo que la abrazaba por la cintura—. Me muero de ganas de quererte sin tener que escondernos, Veva.

Ella disfrutaba de aquellas palabras acompañadas del tacto de sus manos. Necesitaba tanto ser amada...

Bailaron hasta su habitación.

Una vez allí, cayeron juntos sobre la colcha, dándose besos a la vez que él le desnudaba los pechos. Mientras se los besaba, la mano de Quim buscó la desnudez de sus piernas bajo el vestido hasta las nalgas.

Entonces ella se la retiró con un «No». Pero él siguió, y ella dijo de nuevo «No». Los labios del muchacho cubrieron los suyos con un prolongado beso y todos los «No» siguientes quedaron enredados entre sus lenguas.

Su cuerpo se resistía inútilmente bajo el peso de Quim.

Él seguía adelante. Sordo y ciego a la voluntad de su reina, le quitó las bragas, inmune a su llanto.

De repente ella temió a aquel hombre que con besos silenciaba su boca mientras la forzaba y, loco de excitación, repetía: «Te quiero, reina mía, te quiero.»

Veva le mordió el labio y Quim soltó un grito.

Al tocarse la herida, levantó la mano para pegarle, pero se detuvo al ver cómo ella lo miraba muy asustada.

Entonces la penetró.

Vencida, Veva recordó a la mujer que en el Paseo de las Palmeras se aferraba a los pantalones del hombre que le pegaba.

Después ya no hubo palabras, ni se reunieron con los amigos en el Puente del Diablo.

Cuando se quedó sola, Veva sacó la cajita de madera donde guardaba sus juramentos y buscó el último que había escrito: «Jamás permitiré que nadie me maltrate.»

Una vez leído, lo rompió en mil pedazos.

Sabía muy bien que nunca podría contar a nadie lo sucedido con Quim. La echarían de la casa si la señora se enteraba de que había dejado entrar a un hombre en su habitación. Incluso la denunciarían por permitir la entrada de un extraño en el piso. Quién sabe si también a él lo culparían de algún falso intento de robo y lo meterían entre rejas.

No se lo habría perdonado jamás. Con el encarcelamiento y el asesinato de su padre había tenido suficiente.

Tampoco soportaría la vergüenza que supondría para su madre que Coia, amiga de Aurorita, le hiciera saber que Veva se había dejado deshonrar.

Cuando vivía en Prats, se había hartado de oír en el local de la Sección Femenina que las mujeres debían llegar vírgenes al matrimonio y que la honra era más importante que la propia vida. A esa máxima se había atenido santa María Goretti y otras mártires, que habían preferido morir antes que perder la virginidad.

Lo que más dolía a Veva era que, pese al abuso de confianza de Quim, no dejaba de pensar en él.

Al fin y al cabo, tampoco serían los primeros, ni los últimos, en celebrar la Pascua antes de Ramos si se daba el caso de que se quedaba embarazada. El verdadero problema era que Quim se había ido de su habitación sin hacerle ninguna promesa de matrimonio.

Y no solo eso, sino que el joven desapareció del mapa a partir de ese día, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Un mes después, respiró aliviada al constatar que no se avecinaba embarazo alguno.

No fue hasta julio, tres meses después de aquel lunes de Pascua, cuando él la esperó de nuevo a la puerta del restaurante, como si la última cita hubiese sido el día anterior.

Muy tranquilo, fumaba un Celtas sentado en la Montesa.

Llena de ansiedad, Veva le preguntó:

—¿Qué hay entre tú y yo, Quim?

—Lo que tú quieras, reina.

—Entonces, cástate conmigo.

—Hecho —respondió él como si acabara de cerrar un trato.

Al cabo de dos meses, Quim fumaba en su habitación de la fonda de Prats mientras esperaba a que se hiciera la hora de ir en busca de Veva para llevarla al altar.

En la habitación de al lado, una peluquera peinaba a Lucía, la futura suegra de Veva, antes de

ponerle bien la chulona, como denominaban en Tarragona la mantilla con peineta. El vestido negro de raso colgaba preparado en una percha.

Lucía frisaba la cincuentena. Era una viuda de guerra que había criado sola a su hijo. Procedían de un pueblo del Baix Camp. Durante unos años, la mujer siguió llevando la taberna que había regentado con su marido. Pero cuando Quim llegó a la adolescencia, decidió que estudiara comercio, contabilidad y mecanografía para que tuviera un oficio mejor que aquel.

Dicho y hecho, arrendó el negocio y la casa familiar para trasladarse a Tarragona. Acostumbrada a vivir rodeada de campos, a Lucía le costaba meterse en un piso oscuro, y encontró lo que buscaba en la calle Mayor, en un edificio esquinero donde daba el sol de lleno. Desde allí su chico había visto a Veva por primera vez.

El resto de las propiedades heredadas, Lucía ni siquiera había intentado arrendarlas. En el término de Vila-seca tenía casi tres hectáreas de campo sin ningún valor. Estaban junto al mar y, debido a la salobridad del terreno, no eran buenas para el cultivo. Solo en la parte inferior del campo había una quincena de algarrobos que nadie cuidaba. Toda la finca estaba llena de matojos.

Como hijo de viuda, Quim se había librado de hacer el servicio militar y a sus veintisiete años ya era un buen partido.

El año 1954 estaba siendo su año afortunado. En abril una compañía aseguradora le había ofrecido un puesto de comercial. Los tres meses que había desaparecido, tras haber forzado a Veva aquella primera y única vez, se dedicó de lleno a recorrer los pueblos del Tarragonès y el Baix Camp con la moto para hacerse una cartera de clientes. Las horas de carretera le sirvieron para aclarar sus ideas y decidir que quería casarse con aquella chica que le gustaba tanto.

Madre e hijo habían llegado a Prats para la boda el día anterior. A Veva, que llevaba una semana en el pueblo con el fin de ultimar los preparativos, le había parecido una estupidez que su futuro marido y su suegra no pudieran pernoctar en casa, habiendo habitaciones de sobra. Pero Lina se había negado, alegando posibles habladurías si los novios dormían bajo el mismo techo sin estar casados.

Habían acordado que, acabada la fiesta, Lucía se quedaría una semana en la casa solariega, invitada por sus consuegros. Entretanto, los recién casados se dirigirían ese mismo día en taxi a Llonera, a la casa de la sastrería donde Veva había vivido con sus padres.

Que su sobrina quisiera pasar allí la noche de bodas colmaba a Benita de felicidad. Había limpiado la vivienda como si fuera para uno de sus hijos.

Al volver a Llonera, Veva pretendía hacer las paces con su pasado en un día tan importante para ella. También quería que sus abuelos conocieran a Quim. Ninguno de ellos asistiría a la boda. Consuelo había muerto hacía dos veranos y tanto sus abuelos como su tío abuelo José se habían negado a asistir. Sabían que en un momento como aquel sufrirían por el recuerdo de Lorenzo por ver a su nieta llevada al altar por el padrastro.

Quim habría deseado pasar la luna de miel en Barcelona, donde ya había planeado asistir a una

función de cabaret en El Molino, pero acabó acatando la voluntad de Veva.

El joven comprendía aquellos formalismos y no malgastaba ni tiempo ni buen humor en contravenirlos. Por otra parte, le hacía ilusión el ritual de ir a buscar a la novia para llevarla a la iglesia, seguidos por el cortejo de invitados. Él no aportaba mucha gente a la fiesta; de hecho, eran muy pocos, solo su madre y su amigo Pedro. Por eso Veva había decidido que todo el mocerío — amigos, primos y sus novias— acompañase al novio cuando fuera a buscarla.

Mientras, en la fonda, la peluquera ponía la mantilla a Lucía para salir, Veva apareció en el salón de casa de sus padres, donde la esperaba el resto de la familia para empezar el cortejo.

Lina se emocionó al ver a su hija. El vestido entallado, con escote redondo y mangas de gasa, era un modelo corto que le llegaba por debajo de la rodilla. Encima, una torera con encaje superpuesto. Todo el conjunto era de un blanco roto. No había querido mantilla española, sino un velo de gasa que se sujetaba en la cabeza con una pequeña tiara de perlitas falsas. En las orejas le brillaban los pendientes de turmalina verde que habían pertenecido a una abuela de Lucía. Del cuello le colgaba una cadena de oro con la medalla de la Virgen. Los zapatos, de tacón alto, estaban forrados de la misma tela que el conjunto.

Si había un vestido que Lina habría querido coser a su hija era el de novia, incluso había pensado el modelo. Con bastante antelación, había hecho lavar y planchar la mantilla que Alfonsa le regalara en su día. Sin embargo, Veva se había negado con tozudez a que su madre le cosiera el vestido.

Todo lo había encargado ella en Tarragona, acompañada de Lucía y Marga.

No obstante, al recoger el vestido en la modista de la plaza Fortuny, Veva se había jurado que aquel sería el primer y último vestido que se haría a medida.

Cuando la modista la probaba, sentía remordimientos por haber excluido a su madre. A su pesar, debía reconocer que echaba de menos que fuera ella quien la mirase con la boca llena de alfileres, y que fuesen sus manos las que le alisaran las arrugas, ajustasen las pinzas y montaran las mangas.

Su ausencia, en aquel momento fundamental, le había hecho daño.

Al ver entrar de buen humor a Aurorita en el salón, Veva respiró tranquila. El día anterior había dado un buen disgusto a la falangista.

Todo había sido a consecuencia de uno de los dos regalos que le había hecho por su boda. El primero fue media docena de copas de plata. Veva no negaba que tuviesen su valor, pero a ella le recordaban el cáliz que utilizaba el sacerdote en la Eucaristía. Calló ese pensamiento y le agradeció el detalle diciendo que eran muy bonitas.

—Tengo otro regalo —prosiguió la prima de Marcel, muy contenta, al tiempo que le entregaba un libro envuelto—. No olvides, Veva, que la feminidad es sumisión y espíritu de sacrificio. La mujer debe ser la sombra del marido.

—¡Basta, Aurorita! —la atajó Veva, antes de amenazarla—: Deja de decir esas cosas o no permitiré que te me acerques.

No hubo tiempo de iniciar una discusión, porque en ese momento la pequeña Julia entró corriendo a dar un beso a la tía Aurorita. A Veva la sorprendía constatar cuánto quería su hermana a aquella mujer y cómo esta se dulcificaba con la pequeña.

Dejando a la falangista plantada en el comedor, llevó los regalos a su dormitorio de soltera. Sentada en la cama, desenvolvió el libro. No esperaba que le gustara, pero lo que vio superaba con creces su imaginación. En la cubierta se leía: *Guía de la buena esposa: 11 reglas para mantener a tu marido feliz.*

—¡Qué bonitos dibujitos! —exclamó Julia, que la había seguido para saber qué contenía el envoltorio.

—Pues será para ti, nenita. ¡Recórtalos!

La niña se marchó muy contenta a buscar las tijeras en el costurero de su madre.

Al oír un grito, supo que Aurorita había descubierto que aquellas memorables páginas se estaban convirtiendo en recortables.

Veva corrió a salvar a la chiquilla.

—No te enfades con ella, Aurorita. Apenas ver el libro, yo misma se lo he dado para que recortase las «mujercitas». Son como muñecas y a mi hermana le gustan mucho.

—¿Cómo puedes ser tan mala con la prima de Marcel? —la riñó Lina, que consolaba a Aurorita del disgusto que tenía—. Hay que agradecer los regalos.

—Como ya es mío, madre, hago lo que quiero con él.

—Nunca tendrás la suficiente sensatez, hija. Quién diría que mañana te casas...

Marcel, que había oído el rifirrafe y tranquilizaba a Julia, guiñó el ojo a Veva.

La pequeña Julia, que cumpliría seis años en noviembre, era una chiquilla encantadora, dulce y espabilada. La niña trataba con infinita ternura las muñecas que le regalaba Veva. En sus manos parecían criaturas de verdad. Nadie dudaba de que cuando tuviera hijos sería toda una madraza.

Con la familia de Llonera, los Siracusa Torres, había venido también Alfonsa y las novias de los dos primos. Lina y Benita se habían reencontrado al cabo de diez años. Veva contempló a las dos abrazadas y por un instante percibió en su madre la fragilidad de otros tiempos, la ternura que pese al sufrimiento había mantenido hasta que aquella falangista la había convertido en su adepta.

A Veva le costaba aceptar que su madre quisiera de verdad a Aurorita, como tampoco comprendía que la pequeña Julia se le colgara del cuello en cuanto la veía.

Para la ceremonia, la prima de Marcel llevaba un vestido bastante femenino, menos militarizado que los trajes de chaqueta con que Veva la recordaba. Era un camisero de fondo azul marino con estampado de lunares blancos. La novia intuyó que detrás de aquella confección estaban las manos de su madre.

Alguien avisó que el novio ya se encontraba en la calle. Para Veva, aquel fue el momento más

emotivo. Tras bajar la escalera cogida del brazo de Marcel, cuando vio a Quim, más elegante y seductor que nunca, se agarró aún más fuerte del brazo de su padrastro.

Marcel se volvió a mirarla, emocionado.

—Tengo miedo de que algún día deje de quererme, padre —le dijo ella bajito al oído—. ¡Me gusta tanto ese chico!

—Tranquila, hija. Nosotros siempre estaremos aquí si alguna vez nos necesitas.

A Veva seguía gustándole que Marcel le hiciera de padre.

Al salir casados de la iglesia, bajo una lluvia de felicitaciones, Quim llevó a su mujer hasta el olmo plantado en mitad de la plaza, que lo había dejado boquiabierto por su magnitud.

Bajo sus ramas, le hizo una promesa:

—Te prometo que nuestra felicidad, reina mía, será tan grande como este árbol.

Le dio un beso discreto en la comisura de los labios.

El cortejo no tuvo que caminar ni veinte metros para llegar al local donde se celebraría el banquete. Marcel había pedido permiso para utilizar el salón del Sindicato Agrario, que ocupaba uno de los cuatro lados de la plaza.

Desde la mesa presidencial, Veva observaba a su familia y sus amigos. Tenía la sensación de que toda su existencia se reflejaba en aquella sala. Ciertamente, faltaban seres queridos, pero casi todos los que habían compartido con ella algún episodio de su historia se hallaban presentes.

Quim estaba a su lado. Le cogía la mano por encima de la mesa y le acariciaba el dorso con el pulgar; no obstante, su mirada se perdía, ausente, entre los invitados que bailaban.

También ella se perdía al recordar las palabras del cura acerca de que, como mujer, tenía el deber de obedecer siempre a su marido. Ella había sonreído en respuesta a la mirada de Quim, pero por dentro había dicho: «No.»

Desde que alcanzara la mayoría de edad, solo había mandado sobre sí misma desde el 31 de diciembre de 1951 hasta el 15 de septiembre de 1954. Ahora pertenecía de nuevo a otro.

El hombre que le acariciaba la mano y del que estaba profundamente enamorada era, legalmente, su dueño y señor.

Unas sillas más allá, los primos Siracusa y Eladio charlaban animadamente, mientras sus novias conversaban entre ellas. Parecía que congeniaban. Veva pensó que hasta la sosa de Dolores daba gozo con su vestido nuevo.

Al volver la cabeza vio a Marcel, que bailaba un pasodoble con Julia en brazos. Le hacía gracia tener una hermana tan pequeña. Su madre se había esmerado en coserle un vestido con calados y tablillas.

Acabada la fiesta, la familia volvió a casa. Agotada tras tantas emociones, Veva descansó en un

sillón mientras Cecilia y Juan cargaban en el taxi las maletas y los regalos.

En un lado del salón veía a su tío Jaime, que lucía sus cuarenta y cinco años con la misma seducción que si tuviera veinte. Todo él transmitía el brío de siempre. Hablaba con Marcel sobre campos y cosechas.

Veva los miraba con nostalgia y agradecimiento. Cada uno de ellos había colmado en su día el vacío que la ausencia de su padre había dejado en ella.

Cuando Quim se sumó a la conversación de Jaime y Marcel, se dio cuenta de que su marido tenía una manera de moverse y una mirada, negra y penetrante, que le recordaba al tío Jaime. Cada uno sostenía una copa de coñac en una mano y en la otra un cigarrillo.

De repente se sentía sorprendida de ser una mujer casada. A menudo había mirado la fotografía de boda de sus padres que le había dado Lina para que la guardase. Eran tan jóvenes y vestían de manera tan antigua que le resultaba difícil asociar a su madre con aquella jovencita de mirada tímida. Su padre parecía una copia de Eladio.

Aprovechando que todos estaban distraídos, subió al desván a mirar por la pequeña ventana que daba al tejado, la misma por la que tantas veces había observado el campanario y sus sueños.

Durante la luna de miel en Llonera, Quim no paraba en casa en todo el día. Acostumbrado a la vida de ciudad, el pueblo suponía para él un cúmulo de novedades.

Jaime y los primos de Veva se lo llevaban a todas partes. Aunque los recién casados dormían en la sastrería, como aún la llamaban todos, las comidas las hacían en la casa solariega de los Torres. Él, que se había criado a solas con su madre, estaba encantado de encontrarse con una familia que eran nueve a la mesa, incluidos ellos dos, y que armaban gresca por el menor motivo.

Todos los hombres de la casa trabajaban en la vendimia. Incluso el abuelo de Veva, Miguel Torres, y el padre de Jaime, Pedro Siracusa, salían con ellos.

Tras descargar la cosecha del día, aunque hubiesen trabajado de lo lindo, ni Jaime ni sus hijos perdonaban el carajillo en el bar después de cenar.

Quim se levantaba de buena mañana y se daba prisa para que no se fueran al campo sin él. Disfrutaba como un niño que descubre un rincón desconocido. Veva reía feliz cuando lo veía saltar veloz de la cama.

A ella le iba bien pasar largas horas en la que había sido su casa. Estaba agradecida a la tía Benita por que la hubiera mantenido en buen estado. En la casa de Llonera y en la de los abuelos Torres era donde Veva se sentía más ella misma.

Ese mediodía, sentada en la trastienda donde su padre la había entretenido tantas veces mientras cortaba patrones, esperaba a que la tía Benita bajara de la parte alta de la casa.

Llegó muy enfadada porque había encontrado humedad en el suelo y eso significaba que, con el chaparrón de la noche anterior, había entrado agua por ese punto.

—No puedo dejar que se formen goteras... Si no cuidamos el tejado, la casa se echará a perder.

Veva quería mucho a aquella mujer que solo había dejado de cantar cuando le habían asesinado al hermano. La misma tía que la había apoyado cuando se peleaba con las otras niñas de la escuela porque le decían que era hija de un «matacuras». Quería a su tía porque jamás había dejado de estar presente día a día durante su infancia cuando su madre no levantaba cabeza.

Benita compartía con su sobrina idéntico sentimiento. Desde que se habían ido a vivir a Prats, había hecho mucho más que ventilar y quitar el polvo a los muebles de la casa que algún día heredarían los hijos de su hermano. La había mantenido y reformado como si un día tuviera que ser para los suyos.

Recurriendo a parte del dinero del tío José en beneficio de sus sobrinos, no había descuidado modernizarla cuando se hizo el alcantarillado en las calles de Llonera y se canalizó el agua hasta las casas. Ahora ya no era necesario ir a buscarla a la fuente ni llenar la cisterna con el agua de lluvia.

Todos los años podaba la parra del patio a fin de mantenerla viva. Allí pasaba largos ratos recordando las tardes con Lina. El día en que toda la familia se marchó a Prats, lloró allí encerrada

hasta que Jaime fue a rescatarla.

Si entornaba los ojos, aún veía a Lorenzo con la cinta métrica colgada del cuello, mientras le decía que estaba de acuerdo en que ella fuera la heredera y que él renunciaba de buen grado a serlo.

Su hermano solo había tenido una pasión: Lina. El amor por aquella muchacha recogida, estirada y antipática que no le tenía la menor simpatía fue suficiente para que ella decidiera quererla también. A partir de aquel día la protegió de quien fuera contra viento y marea.

Había llorado amargamente al ver cómo la hacían pasear por la calle al lado de las otras con la cabeza rapada. Odió con toda su alma a Ofelia Martí, *la Coja*, que no había movido un dedo por salvar a su hermano.

Cuando se llevaron de Llonera a su Veva, la pequeña a la que había amamantado al nacer, lloró de nuevo.

No era solo para quitar el polvo y detectar goteras por lo que iba a la sastrería. Allí se refugiaba de todos los desconsuelos que en presencia de los suyos no podía mostrar. Era el único lugar donde no necesitaba cantar para simular que todo iba bien.

Ahora las dos estaban allí, juntas, y la casa había recuperado la alegría. Su pequeña ya era una mujer casada.

—Me entristece que el tío José envejezca tan mal, tía.

—Hace tiempo que olvida las cosas... Ahora le ha dado por hablar de la tía Consuelo como si aún estuviera viva —le contó Benita—. Hemos de estar siempre pendientes de que no salga solo de casa. Una tarde se nos perdió y sufrimos todos de lo lindo. ¡Medio pueblo lo buscó toda la noche!

—¿Y dónde estaba?

—Hecho un pollito, acurrucado entre unas balas de paja en la era. Lo encontramos al día siguiente. Fue una suerte que fuera verano.

Veva apoyaba la cabeza en el hombro de su tía.

—Salgamos al patio a ventilar tanta añoranza —propuso Benita ante el letargo de su sobrina—. No quiero ponerme triste ahora que estás aquí. Por cierto, ¿te ha dicho tu primo Carlos que se casa el próximo marzo? Irán a vivir a la casa solariega de los Siracusa.

—¿Y qué dice de eso el tío Jaime? De hecho, la casa será de su hermana.

—Como Rosa se ha quedado para vestir santos, está encantada de que su ahijado vaya a vivir con ella y los abuelos.

—El tío Jaime ya no tendrá que sufrir por que la casa solariega de los Siracusa quede separada de la hacienda familiar.

Benita apartó de la frente de su sobrina un mechón que le tapaba un ojo.

—Me parece que el campesinado tal como lo conocíamos, hijita, se está acabando. Este invierno

hubo una gran helada y medio pueblo se marchó a trabajar a las fábricas. Los que se van de Llonera solo vuelven de vacaciones. Incluso temo que tu primo Braulio haga como tú y se marche también.

—Pero ¡aunque sea de vacaciones, seguimos viniendo!

—Tienes razón. Me hace feliz que hayas venido a Llonera, Veva... Lo que pasa es que me habría gustado que te casaras con un muchacho del pueblo.

—¿Por qué? ¿No te gusta Quim?

—Lo que no me gusta es la idea de que no vivas aquí nunca más.

Veva tenía claro que el deseo de su tía jamás se habría cumplido, ni con Quim ni sin él. Ella siempre había querido volar lejos. Su deseo de libertad se había incrementado como un contrapeso del ideario de Aurorita. No obstante, aun sin la falangista, tampoco se resignaba a ser una mujer que viviera a la sombra de su marido como hacían su tía y su madre.

—Tía... en Tarragona fui al registro a buscar el acta de defunción de mi padre.

—Echa el cierre al pasado, hija —le rogó abrazándola—. O el corazón se te carcomerá como la pata de la cama.

La observación de Benita la pilló desprevenida. Veva se echó atrás antes de exclamar, avergonzada:

—¡Le dije a Quim que no lo contara! ¡Y lo ha hecho!

Benita se aguantó la risa, tapándose la boca con la mano, antes de prorrumpir en carcajadas.

El episodio en cuestión había ocurrido la noche de bodas.

Después de que el taxista ayudara a Quim a entrar maletas y paquetes, cerraron la puerta de la calle y subieron al primer piso. Benita ya les había preparado la cama en la que había sido la habitación de matrimonio de sus padres.

Allí seguían los mismos muebles que cuando se habían trasladado a vivir a la sastrería tras la muerte de Carmina. De hecho, Lorenzo y el tío sastre habían aprovechado los antiguos muebles de los abuelos, de manera que ahora ya tenían más de cien años.

Mientras Veva se quitaba el vestido de novia y se ponía el camisón nuevo, Quim se había quedado fuera, en respuesta al deseo de su mujer. Aprovechó para remojarse la cabeza porque, bajo el traje de novio, había pasado calor.

El joven entró en el dormitorio con el torso desnudo y secándose la cabeza con una toalla.

De repente quedó impactado al ver a Veva.

—¿Te gusta? —había preguntado ella con coquetería, dando vueltas sobre sí misma y mostrando el camisón que llevaba.

Él rompió a reír.

—¡No esperaba meterme en la cama con un monaguillo, reina mía!

Ofendida, se quitó el camisón blanco de tela fina, adornado con un palmo de blonda en el bajo y las bocamangas. Todo era de longitud media: las mangas amplias y sin puños acababan por debajo del codo, y el bajo, justo por debajo de la rodilla. Según la dependienta que se lo había vendido, el modelo había sido diseñado lo bastante holgado para poder moverse con comodidad.

Enfadada por las risas de su marido, Veva lo había tirado al suelo y, completamente desnuda, se metió en la cama.

De un brinco, Quim había hecho lo mismo y una de las patas, demasiado carcomida, se rompió. Debido al desequilibrio y el sobreesfuerzo, a continuación se partió la de al lado. Solo aguantaron las dos de la cabecera.

—¡Hostia, qué susto! —exclamó el muchacho, con las manos aferradas a las sábanas, cuando la cama acabó de hundirse.

—¡Ni se te ocurra contárselo a mi familia, Quim! —lo amenazó montándose encima de él. Ya lo verán cuando nos vayamos. Les serviríamos de diversión las dos semanas que pasaremos aquí. ¡Tú no sabes cómo las gastan en casa de los abuelos a la hora de hacer mofa!

—¿Y ahora cómo dormiremos? —preguntó él mientras le aferraba las nalgas y se la subía hasta el sexo.

—Con el colchón en el suelo.

—¿Qué?! —Quim volvió a reír—. ¿Quieres que duerma toda la luna de miel en el suelo?

—No se está tan mal —dijo ella mientras le recorría el cuerpo a besos.

Pese a las advertencias de Veva, entre los abuelos y los primos se encargarían de que Quim les contase algo de la noche de bodas.

Al día siguiente del casamiento, cuando Veva despertó como de costumbre a las siete y media de la mañana, él dormía como un tronco.

Se levantó llena de curiosidad a abrir uno de los regalos. Tras ajustarse la bata para cubrir su desnudez y protegerse del fresco de la madrugada, se dirigió al comedor.

Entre las cajas estaba aquel paquete envuelto en papel de estraza y atado con un cordel fino. Antes de subir al taxi que los llevaría a Llonera, Cecilia le había dicho:

—Ten cuidado de no perder este paquete, Veva. Lo que hay dentro es precioso. No debería decírtelo porque ya lo verás, pero es el regalo de tu madre.

Eran dos juegos de cama con bordados Richelieu, un mantel de doce servicios y media docena de toallas con sus iniciales bordadas en punto de cruz, todas acabadas con una cenefa de labor de ganchillo.

Veva se emocionó. Lina nunca le había dicho que se lo estuviera haciendo.

«Toda la fiesta de ayer ya es pasado. Nunca podré volver atrás. Estoy casada para siempre», se dijo ante los regalos de bodas.

Los brazos de Quim a su espalda, rodeándole la cintura, hicieron que se volviese hacia él. Veva agradeció el calor de su cuerpo.

—Te creía dormido.

—Qué suerte que aquel día tirase la colilla justo cuando pasabas, reina mía. Por cierto... ¿adónde ibas con tanta prisa? Parecía que te hubieras encontrado al diablo.

—¡Casi! Ahora te lo cuento.

Él se dejó caer en el sillón y Veva se sentó en sus rodillas. Mientras Quim le recorría con la mano el cuerpo desnudo bajo la bata, ella le contó cómo su sueño de coger un bar en traspaso se había hecho añicos y la respuesta de aquel borde.

—Ahora ya no tendrás que trabajar nunca más, reina mía —murmuró él mientras le besuqueaba el hoyuelo del cuello hasta el nacimiento de los pechos y deslizaba la mano hacia abajo—. En adelante solo trabajaré yo.

Veva se levantó como impulsada por un resorte, cuando él estaba a punto de mordisquearle los pezones.

—Espera, Quim... He de enseñarte algo.

Acto seguido corrió a buscar la carpeta donde guardaba papeles y documentos importantes.

De un sobre sacó tres trozos de papel de la medida de un tercio de cuartilla.

—¿Qué es eso? —preguntó él, molesto por la interrupción.

—Son mis juramentos. Hasta ahora he escrito tres y hay uno que creo que debes conocer. —Veva se sentó de nuevo en su regazo.

Quim le arrebató los tres papeles sin esperar a que ella se los diese y leyó:

1. Nunca coseré.

—¿Y si se me cae un botón? —preguntó él.

—Un botón sí, pero nada más.

2. Nunca seré la esclava de nadie.

—¡Ah! —dijo riendo mientras le desataba de nuevo la bata—. ¿Y cuando el cura dijo aquello de que debías obedecer a tu marido...?

—Por dentro dije: «No.» ¿Me oyes, Quim? Dije que no te obedecería siempre.

Él siguió leyendo, dando la callada por respuesta a las últimas palabras de su mujer:

3. Nunca más me haré otro vestido a medida. Los compraré hechos.

—Este tercer juramento me lo hice justo cuando recogía el vestido de novia —explicó ella.

—Es una tontería, pero en lo tocante a la ropa haz lo que quieras.

—Había otro, pero lo rompí. ¿Quieres saber lo que ponía?

—No me hace falta —respondió él.

Dejó caer con desdén los tres papeles y siguió acariciando a Veva allí donde lo había dejado.

Las dos semanas en Llonera transcurrieron en un suspiro. El domingo, mientras toda la familia tomaba el aperitivo en un bar del paseo como despedida, Quim se quedó embelesado con una joven.

Veva miró por quién se había quedado mudo su marido y vio a una muchacha de una belleza que era difícil pasar por alto. Caminaba cogida del brazo de Ofelia Martí.

—¿Quién es la chica que va con ella, tía?

—Su hija Laura, ¿quién quieres que sea?

La joven tenía veinte años. Después de la guerra había estado interna en las Teresianas de Tarragona y Veva solo la recordaba de cuando trabajaba en casa de los Serina Martí como niñera del pequeño Federico. Por entonces Laura era una niña que solo iba al pueblo de vacaciones, con vestidos muy caros y tan estirada como su madre.

Jaime soltó una tosecilla para recuperar la atención de Quim y que le explicara su trabajo en la aseguradora.

No le gustaba nada que los hombres mirasen con lujuria a su hija secreta. Debía tragarse todos los comentarios que hacían los cazurros en el bar y que se guardaban mucho de repetir en presencia de Narciso Serina, el padre de Laura a ojos de todos. El marido habría matado a Ofelia de haber sabido la verdad.

Más de una vez Jaime habría querido emigrar, como otros lugareños, pese al amor que profesaba a su tierra, solo para evitar que el corazón le rebotase contra las costillas cada vez que veía a una de aquellas dos mujeres.

No conseguía dejar de odiar a Ofelia. La odiaba tanto que a veces, cuando ya no podía odiarla más, se iba al campo de olivos que ella le había regalado y allí mismo imaginaba que la azotaba hasta hartarse. Después se reconciliaban fundidos en ardientes besos y volvían a hacer el amor como locos.

Para Jaime lo más doloroso era saber que Ofelia era consciente de ese sufrimiento. Cuando pasaba por su lado, la hija de Pascual Martí no perdía ocasión de saludarlo con un «buenos días, mozo».

Él había cumplido cuarenta y seis y ella uno menos, pero mientras que a Jaime el espeso cabello empezaba a plateársele, a Ofelia aún le brillaba como hilos dorados.

Siracusa sabía que, aunque transcurriera medio siglo, él seguiría estancado en 1928, cuando tuvo lugar la boda de su amigo Lorenzo con Lina. El mismo día que besó a Ofelia por primera vez en la bodega. Y tenía clavado en el alma como un cuchillo el año 1932, cuando la poseyó por completo sobre la paja. Había recibido la estocada final en 1939, cuando ella lo echó y después no movió un dedo para salvar a Lorenzo.

Desde aquel primer beso, cuando sus esperanzas estaban intactas, el país había visto la dictadura de Miguel Primo de Rivera, el exilio de Alfonso XIII, la Segunda República, la Guerra Civil y los quince años de dictadura que llevaban con el Caudillo.

Aunque pareciera un contrasentido, Jaime seguía odiando a muerte a la mujer que todavía era el amor de su vida.

Veva contemplaba desde el balcón el imponente rosetón de la catedral. Desde ese mismo lugar, dos años atrás Quim había arrojado la colilla que casi le había caído encima.

Aún le costaba imaginarse como una mujer casada: «Señora de Verdú», se repitió a media voz mirándose el anillo.

Mientras había trabajado en casa de los Rovira, su día a día transcurría desde la Rambla Vieja hacia el Serrallo más que hacia la catedral. Que el restaurante estuviera ubicado en la calle de Apodaca favorecía que comprase en el Mercado Central de la plaza de Corsini. Todos los alimentos que llegaban al piso de la Rambla Vieja procedían de la cocina del restaurante.

Con Lucía no solo descubrió unos comercios que ignoraba, sino que también conoció otra forma de entender la feminidad.

La madre de Quim era de complexión menuda, puro nervio, pero se mostraba firme en sus convicciones. Los bajones de la vida no la habían amedrentado. Al contrario, había aprendido a hacerse valer. Huérfana desde la adolescencia, había soportado el machismo de su padre y después el de su hermano. Al enviudar, había decidido que jamás volvería a permitir que otro hombre manipulara su vida.

Aparte de eso, su corazón bombeaba afabilidad y huía de los chismorreos malévolos. Eso sí, bajo la mantilla con peineta batallaba una republicana convencida.

Tras la boda de su hijo, Lucía se reservó su dormitorio como único espacio privado.

—Monta la casa como te apetezca —había indicado a su nuera cuando esta regresó de la luna de miel—. Menos este rincón, que es mi santuario.

El reino privado de Lucía era una estancia rebosante de calma, limpia y luminosa. En el balcón que daba a la Bajada de la Misericordia tenía dos macetas con geranios muy bien cuidados, rojos y frondosos. Solo uno a cada lado, porque en medio quería espacio suficiente para asomarse sin ningún estorbo.

Lo que convertía la habitación en un lugar sagrado para Lucía era la librería de tres palmos de ancho por cinco de alto. Albergaba títulos de Blasco Ibáñez, Galdós, Unamuno, Guimerá, Dumas, Maragall y algún poeta español. Casi todos habían salido de librerías de viejo, salvo un volumen más grueso: las *Obras completas* de Alejandro Casona, que había pertenecido a su marido y tenía las cubiertas de piel y los cortes dorados.

En el libro depositado en una mesa redonda de escasa altura, al lado de un sillón, Veva leyó en la cubierta: *La Regenta*. Del interior sobresalía una cinta verde que marcaba el punto donde Lucía había interrumpido la lectura.

Aparte de aquella librería y de la cama con sus mesillas, un armario de luna y una cómoda completaban el mobiliario de los dominios que se había reservado para ella.

Sobre este último mueble descansaba la Virgen de la Soledad, una figura de yeso pintada con manto de terciopelo bordado con hilos dorados. Era una réplica de la que había en la parroquia de Nazaret. A la izquierda, la fotografía de la boda de su hijo bajo el olmo gigante de la plaza de Prats.

Aparte de la lectura reposada, Lucía disfrutaba con la radio como una niña. Todos los domingos por la tarde seguía el *Magnet Pelacañas* en Radio Tarragona. Aquel niño radiofónico de talante travieso y bondadoso, que contestaba a las preguntas del maestro Tarrasa, le despertaba la risa de la inocencia.

«A ver si esta la sabe, Magnet. ¿Dónde hay agua?»

«En el mar... En la fuente... En el aire...»

«¿Y dónde más?»

«En la leche y en el vino.»

Ella se sumaba a las carcajadas de los pequeños que, en teoría, escuchaban el programa en directo.

«¡No sabe usted nada, Magnet! A ver, dígame, ¿qué es sintaxis?»

«Es la calamidad con la que nos encontramos al salir de los toros, el teatro y el fútbol.»

A Veva, que había escuchado a menudo el programa con los hijos de los Rovira, le hacía gracia ver cómo Lucía se partía de risa. Al terminar, se iba a leer a su santuario, mientras cantaba por el pasillo:

—«Soy Magnet el travieso, invisible locutor, de los niños quiero ser alivio de su dolor.»

A la suegra de Veva, que era capaz de pasárselo en grande con un programa infantil, le había costado aguantar toda una semana en Prats. Pese a que había advertido desde el primer momento que tenía muy pocas cosas en común con la madre de Veva, quien de veras la había molestado era Aurorita, con sus teorías sobre el papel de la mujer en la sociedad. Habría reído de buena gana de haberse tratado de una película o una obra teatral cómica. Como no era así, las palabras de la falangista le daban náuseas. Sus argumentos suponían para ella la violación de todos los derechos que habían conseguido las mujeres con la República.

Con el fin de escabullirse de conversaciones en las que no quería opinar, en Prats Lucía se había hecho amiga de la pequeña Julia. Cuando le dijo que quería conocer el pueblo y caminar por los campos, la niña no se hizo de rogar. Se convirtió en una guía amable y experimentada, pese a que solo contaba seis años. Era uno de esos chiquillos que parecen haber nacido enseñados.

Después de los cuatro años vividos a las órdenes de Coia Ferran, a Veva la casa de Lucía se le antojó el paraíso. Desde el primer momento admiró a su suegra, aquella mujer camaleónica tan diferente de su madre, su tía y Aurorita.

—¿Cuándo me tutearás, hija? —le había preguntado el segundo día de vivir juntas.

—Me cuesta, Lucía...

—Pues a ver si empiezas pronto, porque me haces sentir como si fuera la señora de la casa.

Sin embargo, por mucho que la tuteara, a su lado Veva se sentía poco más que una ignorante. La seguridad en sí misma que demostraba Lucía, su falta de prejuicios y sus conocimientos la desorientaban. No sabía cómo catalogar a la madre de Quim. Era una mujer contraria al gobierno de Franco, que exhibía sin complejos la mantilla española.

—Lamento que tuvieras que ponerte la chulona para la boda, por aquello de las apariencias —le había comentado Veva, a sabiendas de que Lucía no era amiga de convencionalismos.

—Los símbolos solo te afectan si te los crees, Veva. La mantilla es una pieza de vestir que me gusta. Me la regaló la madre de mi marido, junto con un mantón de Manila. Más que una suegra, la abuela de Quim fue mi mejor amiga. Ese es el significado que doy a la chulona o la manola, llámala como quieras.

A la muchacha la sorprendía también que aquella mujer con tanta personalidad escuchara todos los días en Radio Barcelona los consejos sobre amores y desamores de Elena Francis. Unos consejos que Lucía no habría seguido jamás.

El primer día que Veva se sentó a escuchar el programa con ella, mientras las dos limpiaban de piedrecillas las lentejas, descubrió a una Lucía desconocida.

«Recurro a usted, señora, para que con su lúcida visión de las cosas me ayude a aclarar estas dudas que cada vez me preocupan más.»

Lucía saltó:

—¡Ya lo creo que te ayudará, pobre infeliz!

Mientras limpiaba las lentejas, atenta al programa, por un momento Veva creyó que con aquel ímpetu se dirigía a ella.

«Mi novio insiste en contraer matrimonio y yo no me acabo de decidir porque es más bajo que yo y mis amigas se ríen de mí.»

—¿Y eso, so mema, no puedes decidirlo tú sola, tienes que escribir a la radio?

Veva comprobó que su suegra se ponía hecha una furia con la musiquilla que anunciaba que la Francis estaba a punto de tomar la palabra.

Esa vez, no obstante, Lucía le tomó la delantera:

—Prepárate, muchacha, que Elena te solucionará la vida en un abrir y cerrar de ojos.

Desde aquel momento hasta el final, empezaba una competición entre Lucía y la Francis. Las interrupciones eran continuas.

«Mi querida amiga, el problema que me planteas puede corregirse con el tiempo...»

—¡No te joroba! ¿Cómo narices quiere que el novio le crezca *con el tiempo*? Como no le crezca eso que tiene escondido...

«... Cuando de la idealización pases a la realidad y veas en tu marido otro tipo de belleza.»

—¡En eso, nena, sí que está en lo cierto la maestra! Con el tiempo ya te aseguro yo que le descubrirás un *tipo de belleza* que ni siquiera sospechabas.

Al acabar el programa, Lucía estaba agotada de tanta excitación.

—¿Por qué lo escuchas, Lucía? —le preguntó Veva entre divertida y sorprendida—. ¡Con cada intervención te pones enferma!

—¡Lo escucho para recordar lo que no he de hacer ni decir jamás!

Suegra y nuera se habían repartido las tareas domésticas como buenas camaradas. Lucía las consideraba necesarias solo en su justa medida, para mantener el orden con el que quería vivir. Se reservó para ella la colada y la plancha, dos tareas que podía hacer sola y en el momento que lo deseara.

Mientras se ocupaba de ello, Veva descubrió que le gustaba cantar.

Lucía amaba tanto la zarzuela como la tía Benita los cuplés.

Cuando Veva oía que «por el humo se sabe dónde está el fuego, del humo del cariño nacen los celos», de *Doña Francisquita*, ya sabía que, o bien se estaba haciendo la cama, o planchaba la ropa en su habitación. En cambio, si Lucía cantaba que «Marinela, Marinela, con su triste cantinela se consuela de un olvido maldecido», eso significaba que estaba haciendo la colada o se disponía a hacerla.

A Veva le reservó la cocina y la compra. Como la madre de Quim no tenía paciencia para esperar su turno en las tiendas, se sintió encantada de que, a partir de aquel momento, se ocupara la nuera.

—De todos modos, si quieres, puedes ir a otras tiendas. Solo vuelve de vez en cuando para que no se enfaden —le recomendó mientras caminaban por la calle Mayor.

Lucía llevaba el capazo colgado de un brazo y a Veva apoyada en el otro. Caminaba con rapidez, como si tuviera prisa por acabar la compra. Mientras señalaba las tiendas, iba indicando:

—Me gusta el pan del horno de Roberto y los huevos de la tienda de Pedro. Hoy pasaremos de largo de la frutería de las Valencianas porque compraremos en las paradas de las payesas, en la plaza del Fórum.

Bajo los pórticos de la calle de la Mercería compraron la leche en la tienda de Petra. En la de aceites, justo al final del soportal, no se pararon, pero la suegra le dijo que allí compraba el petróleo para el hornillo. Asomó la cabeza por la cortina de la puerta para informar al hombre de que aquella chica tan guapa era su nuera. El vendedor, que en ese momento llenaba una lata de cinco litros a una cliente, la felicitó por la boda del hijo.

Supo que Quim se había hecho el traje de novio, con chaleco y todo, en la sastrería del Gitano, que estaba en el lado derecho de la calle.

—Aquí está el zapatero remendón, Veva —indicó Lucía tras dejar atrás el entramado de los

soportales—. Cuando el hombre no repica campanas, arregla zapatos.

—¡Ese dicho no lo conocía! —exclamó la joven, animada por que la suegra insuflara por fin un poco de humor a tanta información.

—Lo que quiero decir, Veva, es que el zapatero también es el campanero de la catedral.

A continuación, se soltó del brazo de la joven para entrar en la carnicería de Ferrarons. Antes le advirtió:

—Fíjate bien en todos los sitios para cuando vengas sola. Al salir de la carne, iremos a la bodega de Tomaque.

De repente, la muchacha sintió añoranza de Marga. Su amiga hacía los preparativos para su boda con Pedro. Vivirían cerca de la estación, de modo que les costaría coincidir en las tiendas.

A aquel aterrizaje por los comercios siguieron siete meses de aleccionamientos graduales. Si la intención de Aurorita había sido instruirla en la sumisión, la de Lucía era concienciarla de todo lo contrario.

—Tienes que valerte por ti misma, Veva, y no depender por completo de mi hijo. Los hombres quieren hacernos creer que valemos menos que ellos, pero no es verdad.

La joven asentía con la cabeza como una buena alumna, pero la realidad era que en abril del año siguiente, 1955, le daba igual seguir las orientaciones de Aurorita o las de Lucía.

Se marchitaba de soledad.

Poco a poco, Quim había vuelto a ocupar su tiempo libre tal como hacía de soltero. Cuando no trabajaba, estaba en el gimnasio del Nàstic o en el bar La Queveda, hablando de fútbol con los amigos.

Ella solo había pisado el campo del Nàstic en una ocasión, el año anterior, cuando en noviembre se había celebrado el Congreso Mariano. En las instalaciones deportivas se concentraron un montón de Vírgenes. La de la Pineda la llevaron sobre un carro arrastrado por ocho mulas.

Por Semana Santa, Veva comprobó, muy sorprendida, que Lucía mostraba el mismo fervor religioso que Aurorita.

—No te olvides de los tres cirios del Viernes Santo, Veva —había salido a recordarle desde la escalera.

Aquel miércoles la muchacha cumplió el encargo antes de comprar hielo en la tienda de Teresina: un trozo de cuatro reales, la medida justa para que cupiese en la nevera. El de peseta y media era para un aparato más grande y no cabía. La novatada ya la había pagado al casarse, cuando después de comprar un pedazo de peseta y media tuvo que esperar a que se fundieran dos reales de hielo en el fregadero.

Con el hielo envuelto en papel de periódico dentro del cesto y los cirios en la mano, Veva resoplaba mientras subía la escalera de casa. Al abrir la puerta del piso, le dio de lleno en la cara el

sol radiante que iluminaba aquel espacio henchido de calma.

«Esto es tan tranquilo como el cielo», se dijo. A continuación se le coló un segundo pensamiento: «Porque vivimos como muertos.»

Fue al dormitorio de Lucía a darle los cirios mientras la mujer planchaba los vestidos negros. Las dos chulonas ya estaban preparadas sobre una silla, a punto para visitar los monumentos el Jueves Santo.

—¿Te ha dicho Quim si vendrá a cenar? —preguntó la suegra.

Veva se encogió de hombros por toda respuesta. Hacía tiempo que había dejado de preguntar. «No me controles, reina» se había convertido en la expresión predilecta de su marido.

Al principio se la decía mientras la abrazaba y retozaba con ella. Le daba un beso en los labios y se marchaba. Sin embargo, después de Año Nuevo la sonrisa de Veva ante sus advertencias ya se había hecho tan pequeña que solo era la sombra de un gesto. Ahora, en vísperas de Semana Santa, Quim se limitaba a decir: «Salgo.» Ella le respondía con una mirada seca y la barbilla desafiante. A cambio, él le brindaba un resoplido desde la puerta antes de irse.

Antes de salir, Quim comprobaba en el espejo del recibidor que fuera bien peinado. El muchacho habría servido para hacer de Armado. Aunque trabajaba en una aseguradora, no era un joven enclenque con cara de oficinista. Jamás se saltaba la sesión diaria de pesas en el gimnasio del Nàstic.

Le gustaba vestir bien. Por el momento le hacían los trajes en el Gitano, en la calle de la Mercería. No obstante, pese a su buena calidad, él aspiraba a vestirse en casa Malé, de la Rambla Vieja, que gozaba de mayor renombre.

Con tanta independencia y libertad de que hacían gala madre e hijo, a Veva ya no le apetecía ni cocinar. En aquel hogar, ella era la única que se sentía prisionera. Sus ideales eran como un ovillo lleno de nudos. Su suegra le hablaba de la libertad que debía exigir una mujer, pero ni siquiera le había preguntado si quería ponerse la chulona y el vestido negro.

Ambas piezas resaltaban, ya preparadas, sobre la colcha blanca.

Casi de manera imperceptible iban cambiando las tornas entre Lucía y ella, como si cada cuál se contagiara de la esencia de la otra. Mientras Veva se endurecía y cada vez tenía más ganas de ser independiente, Lucía se suavizaba y se dejaba ayudar.

—¿Puedes bajar el cubo, Veva? Ya viene el *tut-tut*... —gritó Lucía desde su dormitorio—. Estoy ocupada.

Esa era la señal que hacía el basurero con su trompeta. Vaciaba los desperdicios en el carro y arreaba la mula siempre atento al freno, tensando los músculos para que no rodara todo por la Bajada de la Misericordia.

El Viernes Santo aquel hombre no sería el basurero, sino uno de los Armados que haría figuras con los compañeros delante de los pasos y marcaría el ritmo con toques de lanza en el suelo. Eso lo

enorgullecía.

El día anterior, Lucía reventaba de júbilo porque iría a visitar iglesias acompañada de su nuera.

—Vamos, Veva. Ponte la chulona en la cabeza y cubre esa preciosidad de cuerpo que tienes con el vestido negro —dijo desde la puerta de la habitación de su nuera—. Iremos a visitar monumentos.

—¿En qué le he fallado, Lucía? —preguntó de pronto Veva, refiriéndose a Quim—. ¿Qué hago mal? ¿Tal vez es porque no me quedo embarazada?

—¿Te ha dicho él que es por eso?

—No imagino qué otra cosa podría ser.

—Si quieres un consejo... No hagas como las memas que escriben a la Francis. No ganarás nada encendiéndote la sangre. Tú no eres culpable de nada, hija mía.

Se sentó ante el tocador y dejó que Lucía le sujetase la peineta al cabello. Engalanada con la mantilla negra, Veva se sentía como una de las palmas que habían bendecido el domingo anterior, las que adornaban la Custodia dorada en la capilla del Santísimo.

Se resistía a aceptar que sus sueños se hubieran hecho añicos en tan poco tiempo. No quería morirse de asco a los veinticuatro años.

Esa noche Quim tampoco apareció a la hora de cenar. En cuanto volvió de visitar monumentos, Veva se encerró en su dormitorio. Se durmió sobre la colcha blanca cual esfinge en reposo, con las manos cruzadas sobre el vientre. Todavía llevaba puesto el vestido negro ceñido y la mantilla con peineta.

A las dos de la madrugada la despertó el peso de Quim sobre ella, el cual la besaba con deseo y olor a whisky mientras descubría la blancura de sus piernas bajo la ropa enlutada.

A primera hora de la mañana, Veva apareció por la cocina al oír que su suegra trajinaba en ella. Quim dormía como un tronco.

—Prepárate, hija, hemos de ir a buscar tomillo a la ermita de la Salud.

—¿Es necesario que vayamos hoy, Lucía? —preguntó con pereza.

—El Viernes Santo es el mejor día, hijita, porque la planta está florida.

Mientras la suegra le servía una taza de café con leche, las dos oyeron a Quim gritar desde la habitación.

—Un momento, Lucía, voy a ver qué quiere... Estaré a punto en un periquete.

—Mientras te vistes, iré a la capilla del Santísimo —dijo Lucía al tiempo que cogía uno de los tres cirios que Veva había comprado en casa Corderet.

Cuando acabaron de comer, él desapareció de nuevo. Veva habría podido seguir la procesión desde el balcón de casa, pero Lucía quería estar en la plaza del Rey para ver llegar los pasos escoltados por los Armados.

Detrás del Santo Entierro y los soldados romanos, Veva vio las paredes de la prisión de la torre Pilatos, donde había estado su padre hasta que se lo llevaron de allí para fusilarlo.

El ambiente de la plaza la impresionó. De repente le faltaba el aire y las piernas le flaqueaban. No tuvo tiempo de sentarse ni de articular palabra antes de desmayarse.

Despertó sobre una manta extendida en el suelo de un portal. La acompañaban Lucía y dos mujeres más. Una de ellas le mojaba la frente y la otra le levantaba las piernas para que le volviera la sangre a la cabeza.

De nuevo en casa, tumbada en la cama, Lucía la miraba entre preocupada y feliz.

—Es posible que ahora... ¡sí que esperes un hijo!

—Mi padre estuvo encerrado en la prisión de Pilatos —le aclaró ella para desmentir su suposición.

La mujer se quedó estupefacta. Había cosas de las que nunca hablaban. Con un fondo sonoro de trompetas y tambores, que ya habían pasado por delante del Palacio Episcopal y entraban ahora por la calle Mayor, Veva le relató lo que sabía de la historia de su padre. De él solo quedaba la imagen de las fotografías de un tiempo remoto.

—Por cierto, ¿por dónde anda mi hijo? —preguntó Lucía.

Veva se volvió de espaldas para que su suegra no viera cómo se secaba las lágrimas.

El piso no era tan grande como para que la mujer no oyera las discusiones del matrimonio desde su habitación.

El lunes de Pascua, Quim despertó de buen humor. Antes de levantarse, dedicó a su mujer todos los besos, halagos y caricias que le escatimaba cada vez más.

Ella se había propuesto ser feliz. Quería creer en sus promesas de cambio para no caer en un pozo de desilusión.

Al terminar de hacerle el amor, él se fumó un cigarrillo.

Veva le pidió que le dejara dar una calada para probar el sabor de aquello que se tragaba su marido. Él le acercó el cigarrillo a la boca, divertido por el experimento de ver a su chica fumando como si fuese una actriz. Ella tosió fuerte antes de levantarse, entre carcajadas, con el fin de preparar en la cocina la cesta para la excursión al Puente del Diablo.

Quim la arrastró de nuevo a la cama y, tras darle una palmada juguetona en el culo, la poseyó otra vez.

A las diez y media tenían que encontrarse con Pedro y Marga bajo el portal del Rosario. Ese año no necesitaban ir a pie para comer la mona de Pascua. Pedro se había comprado una moto con sidecar. Cuando Quim y Veva llegaron con la Montesa, Marga se hallaba sentada dentro del cochecillo como si estuviera en una cesta, con el pañuelo en la cabeza para no despeinarse.

Dos días después Lucía entregó un paquete envuelto a su nuera.

—Ábrelo. Es un regalo.

Dentro del envoltorio apareció una santa de yeso. Era una monja que tenía en mitad de la frente una espina clavada, pintada de rojo como si fuera sangre.

—Es santa Rita, la patrona de los imposibles, Veva. Ponla sobre la cómoda de tu dormitorio.

La muchacha asintió con la cabeza. Estaba cansada de todo.

En las Galerías Comerciales de la Rambla Nueva había visto un cartel en que solicitaban una dependienta. No se lo pensó dos veces. Había decidido trabajar de nuevo.

—¿Estado civil? —preguntó el contable, mirándola fijamente por encima de las gafas.

—Casada.

—Supongo que traerá firmada la licencia marital...

—¿Qué es eso?

—Ya estamos otra vez. ¡Una más! —protestó el hombre del peluquín, mientras dejaba caer la pluma sobre el escritorio—. El documento, señora..., el documento donde pone que su marido la autoriza a trabajar.

—No sabía que necesitaba ese papel —se disculpó Veva.

—Vuelva cuando lo tenga y no me haga perder el tiempo.

De manera sorprendente, cuando Veva se lo pidió, Quim se negó en redondo.

—No necesitamos el dinero y no quiero que digan que mi mujer trabaja porque yo no puedo mantenerla.

—¡Me aburro, Quim! No puedo pasar todos los días de mi existencia así.

—Ve al Auxilio Social y ofrécete voluntaria.

—¡No digas tonterías! No estoy tan desesperada como para convertirme en otra Aurorita. Quiero tener mi propio trabajo, Quim.

Él desmenuzaba las migas de pan sobre la mesa. Habían terminado de cenar. Lucía, como era su costumbre cuando veía que el matrimonio hablaba de sus cosas, se había encerrado en su dormitorio.

—Por favor, Quim.. —suplicó Veva al tiempo que le aferraba las manos—. Si no quieres que trabaje en la tienda de otra persona, deja que ponga la mía. Aunque sea pequeña, ya la haré crecer. Ni siquiera te pido dinero, puedo empezar alquilando el local con lo que tengo en la libreta de cuando trabajaba. Ya sabes que lo guardaba todo para cuando tuviera una oportunidad.

—Mi madre ya tuvo un negocio. Una bodega. Tener tienda propia es muy esclavo. Además de trabajar, quiero vivir y... encontrar a mi mujer en casa cuando llego del trabajo.

—¡Será para volver a marcharte corriendo!

—Haz labores como todas las mujeres. No coses ni lees como mi madre. ¡No haces nada, Veva!

Es normal que te aburras.

—¡No me gusta! Quiero tener un negocio. No quiero pasar el tiempo entreteniéndome.

—Lo siento, reina mía, pero... no pienso firmarte el permiso —zanjó él, al tiempo que se levantaba de la mesa para irse. Desde el umbral, apoyado en el marco de la puerta, añadió—: Deberíamos tener un hijo.

—¡Ya que tienes tanta práctica, házmelo! —replicó ella enfadada, y descargó un golpe sobre la mesa.

Quim se marchó de nuevo a trabajar, mientras Lucía seguía encerrada en su habitación.

Veva no soportaba la soledad de aquel lugar que podía llamarse cualquier cosa menos «hogar». Lavó los platos y salió de casa para dirigirse a la calle del Claustro.

Entró en la capilla del Santísimo, su parroquia dentro de la catedral. Era un lugar tranquilo que la serenaba. Con aquel silencio, podía pensar y estar sola sin llamar la atención.

Al salir, bajó a casa de Marga, que ya esperaba un hijo. Sentía envidia al ver lo bien que se entendían Pedro y ella.

—Marga, ¿nunca has tenido ganas de volver a trabajar?

—¡Ni loca! Ya tuve bastante... Estoy bien en mi casa, preparando el nidito para cuando Pedro vuelve de la Tabacalera. ¿Sabes que el mes que viene estamos invitados a la boda de aquel chico que te cayó tan mal, Rigu?

—Pues espero que a la novia le gusten los cacahuets y los toros —dijo la muchacha antes de echarse a llorar.

—Ay, Veva, te veo tan triste como en aquella época, en casa de los Rovira. Qué manía tienes de poner un negocio. ¿Quim no te da dinero?

—Me sobra tiempo. Yo no salí de Prats solo para casarme con Quim. Me gustaría ser como tú, Marga, pero no lo soy. ¡Y no sabes lo difícil que resulta ser diferente de la mayoría! Yo pensaba que cuando me casara sería más libre y mandarí­a sobre mí misma, pero no ha sido así.

Cuando esa noche destapó las sábanas, de debajo del cojín saltó una caja pequeña, envuelta y con un adhesivo dorado: PLATERÍA FELIU.

Dos meses más tarde, sentados en el Principal de la Rambla Vieja, a punto de ver *Ulises*, con Kirk Douglas y Silvana Mangano, Veva susurraría al oído de Quim que el médico le había confirmado que estaba embarazada.

Para la verbena de San Juan de 1956 nacía Amelia Verdú Torres. La pequeña y dulce Meli.

Cuando el mar del país fue bautizado con nombres nuevos, dio la impresión de que el sol lucía sobre la arena con más esplendor que nunca. El litoral tarraconense se convirtió en la Costa Dorada, como dorados serían los cambios que se producirían y los sueños de sus habitantes.

Al entrar los turistas de allende los Pirineos, los españoles descubrirían que, mientras que Europa caminaba bien calzada, España iba con alpargatas hechas un asco.

El deseo de ser como los extranjeros se filtraba por todos los poros de la piel y del alma.

Si bien al principio las democracias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial habían aislado al régimen español, como castigo por haber sido amigo de Hitler y Mussolini, un día de 1953 la Europa democrática y los Estados Unidos de Eisenhower decidieron que la dictadura de Franco podía tolerarse sin excesivos problemas de conciencia.

Solo se requería que, a cambio, el Caudillo les concediera un favor: la instalación de bases militares estadounidenses en la Península. Un enclave geográfico lo bastante apetecible por si la guerra fría con la Unión Soviética se calentaba.

Los vestigios de los gobiernos autonómicos de la Segunda República (banderas, documentos y esperanzas), que se guardaban más allá de las fronteras de la piel de toro, podían esperar un poco más.

Con la entrada de 1957, Veva, a sus veintisiete años, insistía en ser algo más que un ama de casa, siquiera fuese durante unos meses.

Aquel verano había tenido la oportunidad de trabajar de cocinera en la Ciudad Residencial de Educación y Descanso, un complejo turístico propiedad del Estado con doscientos apartamentos unifamiliares. Al precio de veinticinco pesetas por persona y día, con descuento para los niños y gratuidad para los menores de dos años, una familia podía pasar dos semanas de vacaciones.

Edificada a cuatro kilómetros de Tarragona, la Ciudad Residencial gozaba asimismo de servicios comunes de comedor, pistas deportivas y capilla.

Sin embargo, por segunda vez, Quim le había negado la licencia marital para trabajar, con la excusa de que la pequeña Meli solo tenía un año.

Ese argumento no había bastado para que Veva se resignara a seguir siendo ama de casa. No soportaba que su marido decidiera por ella. Con todo, tuvo que aplazar sus proyectos para más adelante.

Con el plan gubernamental de estabilización de 1959, liderado por los ministros del Opus Dei, y que seguía las directrices del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, empezó el crecimiento económico de España al precio de recortar el gasto público, abrir la economía al exterior y devaluar la peseta.

Una vez pinchado el globo del estricto intervencionismo de Estado que había ahogado al país, en

1961 la economía había empezado a despegar. Los inversores extranjeros, atraídos por los bajos costes salariales, llegaron a España al tiempo que las estaciones de tren se llenaban de trabajadores camino de destinos allende las fronteras.

Si bien el verano del sesenta y dos la pequeña Meli ya había cumplido seis años, por exigencia de su marido Veva seguía aplazando su decisión de trabajar.

Él, mientras tanto, ascendía en el trabajo. Gracias a la plena dedicación y a su habilidad para las relaciones, estaba considerado uno de los mejores comerciales de la compañía. Lo cual le había permitido ser uno de los pocos vendedores que disponían de un Seat 600 de la empresa para desplazarse.

Con el fin de que su esposa y su madre estuvieran contentas, llenó la casa de electrodomésticos que les hicieran la vida más cómoda. Si con el gas butano se habían acabado los fogones de petróleo y había llegado el agua caliente, con el frigorífico se acabó el hielo de la tienda de Teresina.

El día que Quim llegó a casa con dos operarios que cargaban un televisor, a Lucía le faltó poco para ponerse a bailar de alegría.

Hacia meses que un transistor había desbancado a la radio de toda la vida. El armatoste se había quedado mudo en el comedor, oculto bajo el tapete de ganchillo y con un jarrón de claveles de plástico encima, como si fuese un cachivache. Para no molestar a Veva, que a aquellas alturas ya no soportaba los seriales que Lucía seguía religiosamente todas las tardes, la mujer no solo se encerraba en su habitación para escuchar el transistor, sino también para leer *La Codorniz* y el *TBO*.

Con sesenta y tres años cumplidos, la madre de Quim había dejado de lado las novelas. La vista había comenzado a fallarle y tanta letra la cansaba.

El televisor en blanco y negro devolvió la presencia de Lucía al comedor. Hasta Veva se mostró entusiasmada una temporada, mientras veía a la pequeña Meli correr a sentarse embobada en el sofá cuando la ventrílocua Herta Frankel hablaba con la perrita *Marilín*.

Fue la época en que Lucía escuchó menos zarzuela. Se hizo seguidora de Raphael, el joven que había ganado el Festival de Benidorm aquel año y, sobre todo, de aquellos dos chavales que salían con frecuencia en la pantalla, el Dúo Dinámico.

Veva y Marga, junto con sus maridos y los niños, seguían yendo los domingos al cine. Con *Agente 007 contra el doctor No*, los hombres quedaron fascinados por aquel nuevo tipo de agente secreto que seducía a las mujeres, y ellas tomaron buena nota de aquel traje de baño que se llamaba bikini y que lucía Ursula Andress. Aunque en las playas españolas estaba rigurosamente prohibido.

Un verano más, Veva tenía la impresión de que se le escapaban la juventud y la inocencia.

La temporada del sesenta y tres, las playas se llenaron todavía más. Cámpings, tiendas y restaurantes proliferaban por doquier.

Quim, ocupado en vender pólizas a las urbanizaciones y apartamentos del litoral tarraconense y el Baix Camp, casi no aparecía por casa. Veva se pasaba las mañanas en la playa con Marga y los

hijos de ambas, que eran inseparables: Peret había cumplido los ocho, y Meli, siete.

Aquel inoportuno miércoles de julio, las dos madres y los niños habían cogido el autobús que las devolvía a casa desde la playa del Miracle. Los pequeños iban rebozados de arena hasta las orejas, y Marga intentaba poner paz entre ellos, porque se estaban peleando por una concha de más.

Veva, con la cabeza apoyada en la ventanilla, sintió que el corazón le daba un vuelco al ver a Quim conduciendo el 600 de la empresa. De copiloto iba su compañero de oficina, un chico al que ella conocía. En el asiento trasero llevaban a dos extranjeras rubias, coloradas como gambas. Reían divertidas, y una de ellas pasó la mano por el pelo de Quim y lo despeinó.

Nadie habría dicho que aquel hombre moreno y muy atractivo, que desplegaba encantos de seductor mientras conducía, era un hombre casado.

Al detenerse los dos vehículos en el semáforo de la Rambla Vieja, sus miradas se habían cruzado unos segundos antes de arrancar. Sabían que se habían visto.

Su matrimonio nunca había sido plácido. Convivían dos temperamentos fuertes y ninguno de los dos renunciaba nunca a decir la última palabra.

No obstante, desde la última pelea daba la impresión de que Quim se había centrado. Veva desconfiaba de tanta firma de pólizas en los chalets y apartamentos como él decía. Le había jurado que todo eran imaginaciones suyas. La prueba de que no hacía otra cosa que trabajar, según él, la tenía en el bienestar de que gozaban en casa, y en el aumento de las cifras en la libreta de ahorros.

Pero a Veva todo aquello la traía sin cuidado, porque por más que la comprara con comodidades, nunca sabía dónde estaba su marido ni a qué hora llegaría a casa.

Lo cierto es que Quim nunca había dejado de ser como era. Igual que hacía de joven, a los treinta y seis años seguía yendo a la suya. Todavía se metía en la cama de madrugada y, sin la menor delicadeza, despertaba a su mujer y se la comía a besos con sabor a whisky.

Seducía a Veva sin dificultad. A ella la rabia se le evaporaba en cuanto caía en sus brazos, en el mismo momento que Quim le decía «reina mía» mientras le apretujaba los muslos debajo de él.

Toda sospecha de infidelidad había sido tan solo eso, una sospecha. Tal vez por esa presunción de inocencia que ella le había otorgado, ver a Quim tontear con las extranjeras la hirió como un golpe bajo.

Al llegar a casa, dejó a Meli con la abuela Lucía para acercarse a las oficinas de la aseguradora en busca de Quim.

—No lo esperes, Veva —salió a decirle la chica de recepción—. Hoy tu marido visitaba a unos clientes y no volverá.

Ella tampoco volvió a casa enseguida. No se decidió a hacerlo hasta las tres y media. Lucía estaba hecha un manojo de nervios por la tardanza.

Encontró a Quim leyendo el periódico en el sofá nuevo del comedor, con la niña sentada sobre sus rodillas, siguiendo con el dedo las letras grandes de los titulares.

—Voy a pedir vacaciones, reina mía —dijo él sin levantar la vista del papel mientras pasaba la página—. Prepara las maletas. Mañana cerraré una firma y pasado mañana nos iremos a Llonera.

—Tus vacaciones puedes pasarlas aquí con las extranjeras. A Llonera me marcho yo con mi hija, y por mucho tiempo.

Lucía cogió a Meli, que no quería separarse de su padre. Quim se la quitó de encima mientras se incorporaba.

Cuando Lucía consiguió que la niña la siguiera a la calle con la promesa de cine y helado, Quim y Veva seguían en el comedor. Los dos de pie. Quim apoyado en la mesa y Veva, a menos de medio metro.

—No te llevarás a Meli —disparó él primero—. Y... no te irás a ningún sitio sin mí.

—Intenta impedírmelo.

—¡No me obligues a ponerte una denuncia, bonita!

—¿De qué hablas si puede saberse, cabrón? Pienso instalarme en Llonera con mi hija, tanto si quieres como si no.

—Si te llevas a Meli, te denunciaré por abandono de hogar —dijo él, al tiempo que imitaba con los dedos índice y pulgar la forma de una pistola—. ¡Piensa bien lo que haces!

Veva dio un manotazo al arma ficticia y se encaminó a la habitación. Puso la maleta abierta sobre la cama con brusquedad y empezó a llenarla con la ropa del armario.

—Yo diría que la ropa de invierno que pones no es solo para pasar el agosto en Llonera —observó Quim mientras la asía por el brazo.

—¡Detenme si puedes! —gritó Veva al tiempo que se liberaba de él.

Entonces, Quim le dio un empujón que la hizo caer en la cama. Acto seguido, ella se escurrió, cogió de la cómoda la santa Rita que le había regalado Lucía y se la tiró a la cabeza.

Cuando él regresó con la brecha cosida de la clínica Monegal, donde había explicado que se había dado un golpe con el borde de una mesa, encontró a Veva en el mismo sitio donde la había dejado y con la maleta hecha.

A la mañana siguiente, cuando volvía de la central de la Telefónica, Veva se detuvo en el Balcón del Mediterráneo.

No había dejado de ir allí a «tocar hierro» cada vez que debía tomar una decisión importante. Antes de pedir la conferencia con su madre y la tía Benita, había ido al médico. Albergaba la sospecha de que estaba embarazada, y no quería marcharse a Llonera sin saberlo con seguridad. Antes había tenido la precaución de ir a un ginecólogo que no era el suyo. De conocer su estado, estaba segura de que Quim la obligaría a quedarse por todos los medios a su alcance.

No había comentado nada a nadie. Ni a Marga.

Tener un segundo hijo no le hacía ninguna ilusión. Suponía aplazar a perpetuidad sus planes. Antes de ir en busca de la maleta, se había parado en el Balcón para ganar tiempo. Allí, frente al mar, recordó su llegada a Tarragona con diecinueve años y la ilusión de convertirse en una mujer independiente. Por más que se había jurado que no sería esclava de nadie, lo seguía siendo.

Se sentía esclava de Quim, quien además no la merecía.

Desde entonces habían pasado catorce años. Lloraba a lágrima viva.

Mientras contemplaba el horizonte, albergaba la esperanza de que la inmensidad del mar la haría desistir de su propósito. Quería tomar conciencia de lo pequeñas que eran las cosas, y de que no valía la pena encenderse la sangre, como Lucía solía decir.

Pero esa vez no le funcionó como en otras ocasiones. Veva se dijo que no podía conformarse y pasar página. Tenía que tomar la decisión más importante de su vida: o se escapaba, aunque eso significara abandonar a Meli durante un tiempo, o caería enferma.

Desde lo sucedido el día anterior no había podido meterse bajo las mismas sábanas que su marido. En Quim solo veía a un enemigo. Había pasado la noche sentada en el sillón del dormitorio. Bien sujeta entre las manos tenía lo que quedaba de la santa Rita decapitada por el golpe.

Cuando él se fue a trabajar por la mañana, sin dejar de recordarle la amenaza de denunciarla si se llevaba a su hija, Veva llevó a Meli a casa de Marga para que la tuviera distraída con Peret.

De casa de su amiga fue al ginecólogo y después a la Telefónica, a pedir una conferencia con Prats para hablar con Lina. A continuación, habló con Benita.

Ya solo le restaba concretar las cosas con Lucía, que se quedaría a su hija, antes de volver a la estación con la maleta. Solo disponía de hora y media antes de que saliera el tren.

Encontró a su suegra llorando en el comedor. En ningún momento le había preguntado por la herida que su hijo llevaba tapada con gasa y esparadrapo.

—He de irme, Lucía.

—¿Y Meli? ¡Piensa en la niña, por favor!

—No he dejado de hacerlo.

—No te vayas —suplicó mientras le aferraba las manos. Después exclamó furiosa—: ¿Qué ha pasado entre vosotros dos, maldita sea?

—Quim y yo nos estamos destruyendo, Lucía. ¿Entiendes que tengo que irme?

—Todos los matrimonios tienen problemas... Con el tiempo, las cosas se arreglan.

—¿Quieres que escriba una carta a Elena Francis, suegra?

Lucía estrujó contra su pecho las manos que le tenía asidas.

—¿Qué voy a decirle a Meli?

—Dile que mamá ha tenido que ir a cuidar a la tía Benita —respondió, destrozada por dentro y

luchando por no venirse abajo. Era consciente de que se marchaba sin dar un beso a la pequeña, y eso la martirizaba—. Quiero que todos los lunes por la tarde la lleves a la Telefónica y me pongas una conferencia. Yo estaré esperando en la centralita de Llonera.

—¿Qué ha dicho Lina del hecho de que no vayas con ella? —preguntó Lucía, muy sofocada.

—No le gusta que haya elegido Llonera en lugar de Prats, pero es donde tengo la casa y quiero estar sola.

—Es posible que la distancia os beneficie a los dos y vuelvas pronto...

—Ahora no pienso en eso. —Se miró instintivamente el vientre, con el hijo que llevaba dentro.

—Sabes que te quiero como si fueses mi hija, pero no me gusta la decisión que tomas, Veva. Tendrías que pensar en Meli antes que en nadie. ¿Cómo quieres que una niña de siete años entienda que su madre la ha abandonado?

—¡Basta, Lucía! —dijo mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. No puedo quedarme. Y te recuerdo que es tu hijo quien no deja que me la lleve. Aunque él no se reprime a su vez de ir con otras mujeres, dice que me denunciará si me voy. ¿Cómo quieres que duerma todas las noches con él y permita que me toque?

—En las peleas se dicen cosas que después no se hacen... Yo sé que te quiere mucho, Veva. Dale tiempo, por favor.

—Ya he perdido bastante tiempo —replicó con acritud, antes de suavizar el tono—. Te confío a mi hija, Lucía. Cuídamela porque es lo que más quiero en este mundo. Y pienso recuperarla.

Sexta parte



Por Navidad, ni Quim ni Veva habían hecho el menor esfuerzo por verse. A ella le dolía que durante aquellos cinco meses su marido no hubiera intentado ponerse en contacto ni una sola vez, pese a haber averiguado que esperaba un hijo suyo.

Desde un principio, Veva se había instalado en el piso de arriba de la sastrería de Llonera, que ahora era ya de su propiedad.

Su tío abuelo José había muerto en septiembre. Cumpliendo la palabra dada a su hermano, había nombrado herederos a los hijos de Lorenzo. La abuela Teresa había intentado que el dinero del tío fuese a parar a Jaime y Benita, pero esta vez Miguel Torres no había cedido a las pretensiones de su mujer.

—A cada cuál lo suyo, Teresita. El patrimonio de mi hermano era la herencia de nuestro Lorenzo.

—Quien nos mantiene a todos es Jaime, y ya sabes que el campo está muy jodido.

—¡La puta de oros! Esta vez no te saldrás con la tuya. Desheredé a mi hijo cuando estaba vivo y no permitiré que le hagan lo mismo ahora que ha muerto. Sus hijos tienen todos los derechos.

No obstante, en el momento de aceptar la herencia Veva descubrió que para hacerlo necesitaba, una vez más, la autorización de su marido. En este caso fue el notario quien envió el documento a Quim para que consintiera que su mujer heredase. En menos de una semana llegó a la notaría la carta certificada con la licencia marital firmada.

Veva había temido que Quim utilizara aquello para obligarla a volver. Que le hubiera firmado el papel sin ninguna condición le daba una brizna de esperanza.

Tanto Veva como Eladio convinieron en no compartir la propiedad. Ella se la quedaba toda y el hermano heredaba las cien mil pesetas ahorradas por su tío abuelo, algo que en 1963 no era ninguna fortuna.

Por otra parte, el acuerdo implicaba que Veva disponía de sus diez mil pesetas, que había conservado prácticamente intactas. Una cantidad que con la inflación y los años ahora resultaba insignificante.

El día de San Esteban, después de la comida en casa de sus abuelos, llamó Meli. Era la primera Navidad que no pasaba con su hija y se moría de ganas de abrazarla. La tranquilizaba que fuera Lucía quien se ocupara de la niña. Nunca agradecería lo bastante a su suegra que su primera acción, al marcharse ella en julio, hubiera sido solicitar a la Telefónica una línea para que la niña pudiera hablar desde casa con su madre.

Eran las seis de la tarde y las calles de Llonera estaban nevadas. La blancura del suelo contrastaba con la oscuridad del día. Era un blanco sucio, que reflejaba el tono amarillento de las miserables iluminaciones de la calle, simples bombillas que iluminaban lo justo para no tropezar.

Al llegar a casa, añadió leña a la estufa. Después, Veva se dejó caer en el sillón y lloró.

Una pelea salvaje de dos gatos en la calle rompió el silencio.

A medida que transcurrían los meses, notaba en casa de sus abuelos una tirantez angustiosa.

Hacia solo unos días, aquel diciembre, Tarragona había salido en la televisión mientras estaban sentados a la mesa. Se conmemoraba el decimonoveno centenario de la llegada de san Pablo a la ciudad. Al ver la calle Mayor con los militares de alta graduación que se dirigían a la catedral, Veva se echó a llorar de repente y corrió a la cocina.

El tío Jaime, a quien no le cabía en la cabeza que hubiera abandonado casa, marido e hija, se mostraba seco y poco indulgente con ella. Quim siempre le había caído muy bien.

—Estas mujeres de ahora no aguantan nada —había dicho Siracusa, muy enfadado, como si Veva no estuviera presente—. ¡Me haces tú lo mismo, Benita, y te devuelvo a casa a latigazos!

Su mujer no le seguía la corriente. Abrigaba el firme propósito de ayudar a su sobrina como fuera. Aun así, Veva había dejado de ir a comer todos los días.

—No tomes en cuenta las palabras del tío, Veva. Últimamente está de mal humor, porque le gustaría que tu primo Braulio volviera de Suiza.

—No me siento bien fuera de la sastrería, tía. Me quedaré aquí a esperar a que nazca el niño.

—Debes hacer algo más, hija. A todos se nos ha hecho trizas algún sueño, y tú has de pensar también en Meli.

—Ya lo hago. En todo caso, no quiero ir a vuestra casa porque no me gusta que el tío me trate así.

—No es solo por Braulio. Hay muchas cosas que le están saliendo mal. Las malas cosechas hace ya demasiado tiempo que duran. Tanta «pertinaz sequía», como dicen en el parte de las noticias, acabará con todo.

Desde que había empezado la emigración del campo, el mundo de los herederos, tal como había pronosticado Benita, se estaba acabando. Los segundones eran ahora los que prosperaban fuera. A Llonera empezaban a llegar forasteros con 600 y 4 Latas, mientras que Jaime apenas podía hacer frente por sí solo a las dos haciendas.

Hacia cinco años que Braulio había emigrado a Suiza para trabajar en una fábrica. Siracusa sufría temiendo que su primogénito, Carlos, lo dejara también plantado.

Poco a poco, el mundo de Veva se fue reduciendo a las cuatro paredes de la sastrería. Se pasaba días enteros en la cama. Solo mantenía la salida de los lunes a la centralita para hablar con Meli.

Si bien no era propensa a las supersticiones, Benita llegó a creer que la sastrería estaba maldita. Pese a ser una mujer activa y luchadora, Veva se estaba hundiendo de la misma manera que Lina en la posguerra. Volvía a ser la tía quien se ocupaba a diario de que no le faltara nada.

A finales de febrero de 1964, muy cerca de la fecha del parto, Quim seguía sin dar la mínima señal de reconciliación.

Cada vez que Veva oía a su hija al otro lado del hilo, su mundo se hundía. Entonces se maldecía

por no haber seguido los consejos de su suegra y aguantar lo que fuera por la niña. Había llegado al convencimiento de que era la peor de las madres.

Cuando faltaba una semana para el parto, solo deseaba morir. Pese a la insistencia de Benita, se negaba a mudarse a la casa solariega de los abuelos. Finalmente, la tía, preocupada por si se ponía de parto sola en casa, decidió pasar las noches con la obstinada sobrina.

Mientras Benita y Veva discutían el asunto, llegó una visita inesperada.

Lina subía la escalera del hogar que había abandonado dos décadas atrás, jurando que jamás volvería a pisar aquel lugar trágico. Acababa de enterarse de la situación por Alfonsa.

—Ven a Llonera, Lina. Tu hija te necesita como no te puedes ni imaginar.

Al verla, Benita la abrazó, muy aliviada.

El 8 de marzo de 1964 nació Violeta. Al día siguiente, la niña estaba preparada para mamar toda la leche de la madre, tanto si esta tenía ánimos suficientes como si no.

—¡Mira qué bonita es, Veva! —insistía Benita a la apática madre.

—Será mejor que no me encariñe con ella... Su padre se la quedará como se me ha quedado la otra. Y quizá sea mejor así, porque pronto no podré mantenerla.

Lina se quedó muy preocupada al oír aquellas palabras. De repente revivió sus años de orfandad en Lérida. En el sufrimiento de su hija vio reflejado lo que había padecido su propia madre.

No estaba dispuesta a que su descendencia repitiera la historia. Por eso corrió a telefonar a casa de Lucía.

Esta vez fue Quim quien se puso al aparato.

—Has tenido una hija, muchacho. Se llama Violeta —dijo en tono distante.

Tras un silencio interminable, que Lina soportó sin interrumpirlo, Quim preguntó:

—¿Cómo está Veva?

—Eso, yerno, tendrás que venir a comprobarlo tú mismo. Dentro de una semana me las llevaré a las dos a Prats. Y te aseguro que no te llevarás a la pequeña si no es acompañada de su madre.

Acto seguido colgó.

Lina esperó inútilmente durante toda la semana a que Quim apareciera por Llonera a buscarlas.

—Quizás es un poco pronto para que salgan de casa, Lina —observó Benita—. Veva todavía está débil.

—No exageres, Benita. Prats solo está a veinte kilómetros y ya he avisado al taxi. Si espero a que Veva esté más fuerte, ya no podré con ella. He de aprovechar ahora que está más floja.

Benita se echó a reír.

—Estoy muy contenta de que hayas venido, Lina.

—Yo también, cuñada. Pero me pasaré la vida celosa de ti. Es duro que una hija prefiera a su tía.

Antes de regresar a Prats, Lina se acercó paseando a la casa del maestro, donde había vivido. También ella debía cerrar heridas mal cicatrizadas.

En la plaza, las mujeres seguían charlando con el cesto colgado del brazo, como en otros tiempos. Al cruzar la plaza porticada, vio el coche de línea, mucho más moderno que el que un día se la había llevado a ella. Los quintos, de vuelta al cuartel, se despedían de las madres con el petate verde caqui al hombro.

Al pasar por delante de la notaría, miró hacia el balcón que había sido de Gabriel Allisá. Siguió adelante hasta el puente del río. Una vez cruzado, giró por el sendero de la izquierda.

Al cabo de cinco minutos vio la casa. Seguía siendo blanca y la parra empezaba a brotar. No daba la impresión de que la ocupara nadie.

Se sentó en el mismo sitio junto a la verja donde cuarenta y cuatro años atrás una pequeña huérfana de trenzas raquílicas y vestida de luto se secaba las lágrimas con la manga. Allí mismo había esperado a que una recién conocida tía Carmina decidiera si se la quedaba o la devolvía con Anastasia al orfanato de Lérida.

Caminó hasta la era contigua a la casa donde había bailado con Lorenzo el día de su boda. Lina aspiraba a fondo toda la nostalgia que le evocaba el lugar. En los campos, la primavera empezaba a asomar con timidez.

De repente se sentía contenta de haber vuelto a Llonera y poder dar rienda suelta a las emociones que la oprimían.

Se acercó al cementerio. En la tumba de Carmina, la cruz de hierro oxidada indicaba el inexorable paso del tiempo. Hasta la cara de su tía en la foto tenía un aire de las mujeres de antaño.

Siempre que Lina miraba a la hija que había tenido con Marcel, Julia, veía a su tía. Desprendía la misma bondad hacia los demás, la misma calma. No tenía la belleza de Veva, ni tampoco su decisión. Pero era firme y, con modales más dulces, sabía convencer.

—Julia te habría gustado, tía —dijo mientras limpiaba con el pañuelo la cruz y la fotografía—. Cumplirá diecisiete en noviembre. Ahora está aprendiendo el oficio de peluquera. Tampoco me ha salido muy amante de la costura... Aunque un poco más que Veva, eso sí. —Al nombrar a su hija mayor, recordó lo traviesa que era de pequeña y, con una sonrisa, añadió—: A Julia no habrías tenido que ponerle cascabeles en los zapatos como a Veva. Es una criatura dócil como un ángel.

Cuando estaba a punto de irse, vio que entraban dos mujeres de luto. Se detuvieron ante una tumba que todavía conservaba flores frescas.

Lina pensó en lo triste que era la muerte y se vio a sí misma años atrás, apoyada en el brazo de Gabriel, de quien no había sabido nada desde que se fuera a Venezuela.

Durante todo el tiempo que llevaban separados, cada vez que pensaba en Veva, Quim no dejaba de acariciarse la cicatriz que tenía en la cabeza. Gustoso habría permitido que le estrellara una

segunda santa, si así regresaba a su lado.

Hacía ocho meses que no la veía y se moría de ganas de tenerla a su lado y conocer a su hija.

Camino de Prats, con Meli en el asiento trasero, la cual no se cansaba de preguntar «¿Falta mucho, papá?», meditaba en la propuesta de negocio que deseaba hacer a su mujer.

Eso, sumado a Meli y a su amor, se le antojaba suficiente para que Veva perdonara su ceguera.

—Recuerda que hay que dejar al otro espacio para respirar y para vivir —le había aconsejado su madre antes de que partiera hacia Prats.

Lucía había preferido quedarse en Tarragona.

Que Veva no hubiera querido hablar con él le había impedido ir antes a buscarla. No deseaba recuperarla contra su voluntad, y el miedo al rechazo lo había frenado.

—Quim, no recuperarás a Veva solo con besos y lágrimas —le había advertido Lucía—. Hay mujeres que no han nacido para estar atadas, y ella es una de esas.

—Meli la necesita tanto como yo —replicó él, mientras buscaba un argumento para conseguir que volviera.

—No os servirá de nada a ninguno de los dos volver a estar juntos si antes no dejáis a un lado vuestra guerra.

Faltaba poco para llegar a Prats. En el paisaje que se extendía ante él también se había librado una guerra cuando era pequeño. Desde las sucesivas curvas cerradas de la carretera se veía la llanura al fondo, con los campos bien cuadrículados, dibujando matices de verdes y ocres.

Quim se preguntaba en qué palmo de aquel lugar descansarían los huesos de su padre. Lo pensaba desde el primer viaje que había hecho con Veva a Prats.

Él tampoco había sabido nunca dónde llevar flores a su padre muerto en el campo de batalla. Tenía nueve años cuando su madre le dijo que ya no volvería.

Mientras conducía el 600, contemplaba los campos que se extendían en el llano y se decía que en algún punto de aquellas tierras del Ebro se ocultaban sus restos. Alguna noche había despertado con la pesadilla de que un campesino, mientras labraba, los desenterraba con el arado.

Al igual que Veva, también Quim pertenecía a la generación de los niños de la guerra.

Meli volvió a preguntar:

—¿Falta mucho, papá?

Quim pensó agradecido en su madre, Lucía. Solo había vivido para él. Ahora, una vez más, intentaba solucionarle la vida.

Todos los lunes, cuando esperaban la llamada de Veva, él había estado allí, sentado en el sofá, fingiendo leer el periódico pero atento a captar hasta el mínimo hilo de voz que le llegara desde el teléfono. Por las respuestas de Meli adivinaba las preguntas de Veva, y escuchaba con ansia.

Lucía contemplaba a su hijo llena de tristeza cuando Meli colgaba el auricular y corría a sentarse en las rodillas de su padre.

—¿Va todo bien, Meli? —preguntaba él.

A veces la niña contestaba, pero otras no.

—Ella no quiere volver, madre, de lo contrario ya habría pedido hablar conmigo —se justificó Quim cuando Lina le anunció que había tenido una niña—. No me necesita.

—Tengo la solución, Quim, si ella la acepta... —dijo Lucía al tiempo que le pasaba la mano por el pelo como cuando era pequeño.

—¡Haré lo que sea!

—Escúchame, pues. ¡Me daría de bofetadas! Teníamos la solución delante de nuestras narices y yo sin caer en ello, hasta que tu primo de Vila-seca me preguntó por las tierras que tenemos junto al mar, allá en Salou. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Quim miró a su madre y la abrazó.

Para el campesinado de la costa, la situación era similar a la que vivía el del interior. Los segundones que habían heredado las peores tierras cerca del mar las vendían ahora a precio de oro para construir apartamentos, hoteles y cámpings con vistas a la playa. Se hacían ricos con unas tierras que, pocos años atrás, eran cañaverales que nadie quería.

En cambio, muchos herederos estaban a un paso de dejar yermas las fincas de sus antepasados, tierra adentro, para convertirse en jardineros de las urbanizaciones que empezaban a crecer como setas en los términos municipales. Y los campos de algarrobos próximos a la costa se convertían en terrenos parcelados.

—Ve a buscarlas a Prats, hijo. Y ofrece los terrenos a Veva. No pongas condiciones, que sea ella quien decida si quiere construir un cámping o lo que sea. ¿Qué te parece? Ya ves... ¡los tres podemos ser socios!

Mientras Quim conducía con el corazón en un puño, Veva se probaba todos los vestidos que tenía en el armario. No conseguía decidir con cuál le gustaría más. Desde que había sabido que venían, las horas se le hacían eternas, ansiosa por comerse a besos a Meli.

Julia estaba a su lado y le iba diciendo «este vestido sí, este no». Con la música a toda pastilla, cada vez que terminaba un EP su hermana corría a su habitación, donde tenía el tocadiscos, y ponía otro.

Todo el tiempo que estaba en casa se lo pasaba escuchando al Dúo Dinámico.

—Por favor, Julia, esas letras me remueven de pies a cabeza. ¡Quita el disco! —le había suplicado Veva al llegar con su madre y Violeta a Prats.

—¿Por qué? ¡Son muy bonitas!

Y volvía a girar la cara del EP sin dejar de cantar:

*Nadie, nadie sabrá jamás cuánto te quise,
nadie, nadie comprenderá qué nos pasó,
aunque el mundo sea feliz yo estaré triste
esperando el retorno,
esperando el retorno,
esperando el retorno de nuestro amor...*

—Si lo vuelves a poner, te rompo el disco, Julia —llegó a amenazarla—. Me ponen la piel de gallina cuando las oigo...

—Tampoco hace falta que me lo rompas, Veva, ya lo quito —respondió mientras le daba un beso y un abrazo.

La dulzura de Julia la desarmaba. A diferencia de ella, era una adolescente que no se enfadaba nunca. Su hermana pequeña había conseguido devolverle las ganas de reír.

La acariciaba y mimaba como nadie. Además de peinarla a diario para hacer prácticas de peluquería, según decía, Julia también le había presentado a Ernesto.

—Ya somos novios formales —le dijo, abrazada a la cintura del chico.

El «novio formal», Ernesto, era fontanero. Aprendía el oficio con su padre, mientras su madre se ocupaba de la tienda de electrodomésticos.

Era un gran amante del pop y el rock. Tenía decoradas las paredes de la tienda de sus padres con pósters de Elvis Presley, los Sírex y Raphael. En lugar preferente del escaparate tenía al Dúo Dinámico, porque eran los favoritos de su Julia.

Ernesto la proveía de *singles* y EP de cuatro canciones. Sin embargo, el tocadiscos se lo había regalado Aurorita, que reía como una criatura cuando su sobrina Julia la cogía de las manos y la obligaba a bailar con ella el twist.

A la falangista, la hija del primo Marcel le había sublimado el sueño perdido de ser madre. A veces todavía fantaseaba con que su enamorado aparecía por Prats para demostrarle la veracidad de las palabras que un día lejano le había escrito:

Aunque los designios del destino lo lleven a uno a cumplir con hombría las obligaciones, fruto del deber y la moral, a las que todo hombre de bien está obligado, mi corazón, adorada Aurorita, permanecerá siempre leal a tu lado.

Ella se negaba a recordar que el hombre estaba casado en El Ferrol, y que tenía hijos y nietos. Para Aurorita siempre seguiría siendo el muchacho al que un día, cuando era joven, había entregado el corazón y la virginidad.

—¿Cómo es posible que te entendas con esa mujer, madre? —le había preguntado Veva.

—Es amiga mía. Con ella me siento bien.

—Aurorita te cambió, madre...

—No ha hecho que fuera distinta de como soy en realidad, Veva.

No obstante, lo que más la sorprendía era la predilección que mostraba Lina por la pequeña Violeta. Ni con Meli ni con Ángela, la hija de Eladio, se había entregado de aquella manera.

—Ese colorcito de piel que tiene... Esa pelusilla de cabello y los ojitos tan claros... ¡Me parece que será pelirroja!

—A todos los recién nacidos les cambia el color de los ojos y el pelo, madre. Es demasiado pequeña para saber cómo será.

A Veva la complacía que Lina mirase con tanto amor a su pequeña. En cuanto acababa de darle el pecho, ya se la quitaba de las manos para acunarla ella.

Veva volvió a consultar el reloj. Ese lunes ya le daba igual que Julia pusiera el Dúo Dinámico y todas las canciones melodramáticas del mundo, porque estaba sentada en el sillón del salón, con Violeta en la cuna, dormida plácidamente a su lado.

Esa tarde Veva no tendría que marcar ningún número de teléfono para hablar con su hija.

Al oír en la calle el 600, Julia salió disparada al balcón con un:

—¡Ya están aquí!

Veva se quedó pegada al asiento porque le temblaban las piernas.

Después de los quince días más felices que Veva era capaz de recordar, volvieron los cuatro a Tarragona.

Desde que Quim le había ofrecido las tierras de la costa, Veva no había dejado de proyectar su camping. Tendría que solicitar los permisos en Vila-seca y hablar con los albañiles para decidir dónde colocar los lavaderos, lavabos y duchas. Habría que parcelar el terreno para las tiendas, y también ubicar la recepción, el supermercado y el restaurante.

Mientras conducía atento a la carretera, Quim guiñó el ojo a Veva por el retrovisor.

Se sentía fascinado por aquella mujer tan capaz a la que estaba descubriendo y que, cegado por su prepotencia, no había sabido ver antes. Su reina nunca había brillado tanto como ahora, cuando hablaba de los proyectos de futuro.

Antes de subir al coche, las había llevado a la plaza de Prats. Quería fotografiarse con las tres bajo el olmo que tanto le gustaba.

—Te prometo, reina mía... —le dijo entonces.

—No nos hagamos promesas, Quim, ya están hechas —le pidió ella sin dejarlo acabar.

Violeta había abierto los ojos y esbozado un gesto que parecía una sonrisa al darle en la cara un rayo de sol que se filtraba entre las hojas. Movi6 los deditos como si quisiera tocarlo.

Los otros tres sonrieron y Quim había envuelto en el mismo abrazo a toda su familia. Al fin y al

cabo, treinta y cuatro y treinta y siete años eran una buena edad para volver a empezar.

Bajo el frondoso follaje de las moreras se cobijaban las caravanas y tiendas de los campistas. A primera hora de la mañana, el sueño perezoso de los veraneantes mantenía el camping en calma.

Veva había salido a la terraza de su habitación, como todos los días al levantarse. Se preparaba un té y lo tomaba sentada en la tumbona, protegida bajo una mantita del frescor de la brisa marina.

Le encantaban las alboradas de verano.

Alguna vez había visto coincidir el sol y la luna, como dos amantes hechizados que solo pueden verse un instante. Escuchaba el rumor de las olas desde la primera planta del chalet, desde la cual observaba la playa en calma, todavía vacía de bañistas.

Quim ya había salido hacia su trabajo en Tarragona. Al crear el negocio, había dejado muy claro a Veva que él le echaría una mano cuando hiciera falta, pero que solo era uno de los socios. Quería seguir trabajando en la aseguradora. Por entonces ya era jefe de equipo y el trabajo le gustaba.

Veva consultó el reloj: las siete y media. Dejaría dormir a Violeta una hora más y después entraría a despertarla para marcharse a Prats. La noche anterior la niña había tardado en dormirse, nerviosa por el viaje.

En junio de 1973, aquella era la octava temporada que funcionaba el camping Las Viñas. Hacía dos años que vivían en el chalet que se habían hecho construir allí mismo.

Dos años antes habían dejado Tarragona. El piso de la calle Mayor se les había quedado pequeño. Las dos niñas se hacían mayores, y Meli, que ya había cumplido los quince, reclamaba una habitación para ella sola, separada de Violeta. La pequeña tenía siete años y ocupaba casi todo el espacio con sus juguetes y otros trastos.

Veva comprendía perfectamente el deseo de su hija mayor. No era fácil convivir con el mundo fantástico de Violeta. Y menos para una jovencita como Meli, siempre tan ordenada y aplicada.

El día que tuvo que presentar un trabajo de Historia, ya pasado a máquina, con una cenefa de soles y lunas multicolores que había añadido Violeta sin su permiso, estuvo a punto de estrangularla. Cuando Veva y Lucía entraron en la habitación, asustadas por los gritos, Meli estaba hecha una furia. Daba escobazos debajo de la cama para obligar a salir a Violeta, que chillaba como si la estuvieran destripando.

Tuvieron que echar a Meli para que la pequeña accediera a salir de su escondite. Violeta tenía el rojo cabello despeinado y encrespado como un gato arisco.

Desde los cinco años la niña pasaba los veranos con sus abuelos y la tía Julia en Prats. Ahora ya tenía nueve, pero sentía tanto cariño por la abuela Lina que habría montado un escándalo si la hubieran privado de ir al pueblo.

En marzo, para su cumpleaños, había pedido de regalo un teatrillo de madera. Ella misma lo había diseñado para que su madre lo encargara al carpintero.

Con aquel teatrillo, Violeta inició la creación de marionetas, decorados y vestuario. Su mundo imaginario pasó entonces a ocupar un espacio físico. Su dormitorio se convirtió en un almacén rebosante de materiales que Veva tenía prohibido tocar, lo cual dificultaba cada día más la limpieza. Fue entonces cuando decidieron que necesitaba un taller y le cedieron el almacén de la planta baja.

Separado del resto de la casa, se entraba por el jardín trasero. El ventanal, que ocupaba dos tercios de la pared, estaba encarado hacia el sudoeste y le daba el sol desde el mediodía. En la puerta, con letras grandes, la niña había bautizado el espacio como ZÉPPELIN. Sin embargo, toda la familia lo llamaba «el País Secreto de Violeta».

Como regalo de Reyes, su tía Julia le había obsequiado el pasado enero un cuaderno para que plasmara las historias que se inventaba. Se podía cerrar con un pequeño candado. En la tapa, la niña había dibujado con letras doradas: TRALAB.

Era el nombre de la que había sido su amiga imaginaria. No hacía mucho que Violeta había dejado de jugar a eso.

A Veva le resultaba más fácil complacer a Meli, pero no podía dejar de admirar a la pequeña, que todo lo convertía en una historia fantástica.

Cierta vez en que la castigaron a quedarse en su habitación toda la mañana, Violeta decidió prolongar la reclusión hasta la noche. Tuvieron que dejarle la bandeja con comida delante de la puerta. A lo largo de todo el día jugó a ser la cautiva de una familia de piratas.

Cuando la chiquilla estaba en Prats con los abuelos, Veva iba todos los días un ratito al País Secreto para combatir la añoranza de no tenerla cerca. En la estantería, bien ordenados, estaban todos los cuentos y el cuaderno de Tralab.

Violeta había empezado a jugar con su amiga imaginaria a la edad de cinco años. Se encontraba en el pueblo, durante las primeras vacaciones que pasaba sin sus padres.

Mientras jugaba a recoger un rayo de sol con el dedal que le había regalado la abuela Lina, Tralab había surgido repentinamente del interior y le había saltado a la mano.

Las primeras horas de la tarde siempre se le hacían eternas. Entonces, el mundo quedaba sumido en el silencio provocado por el calor de julio y todo el mundo aprovechaba para hacer la siesta. Todos menos aquella pitusa pelirroja de ojos verdes como esmeraldas y grandes como almendras, que quería jugar a todas horas.

Se tumbaba en el suelo, sobre la estera, y esperaba a que los habitantes del sol, como los llamaba, bajaran por los rayos de luz que se filtraban entre los ventanales entornados.

Gracias a su imaginación, Violeta no tardaba en verlos a todos deslizarse, en forma de bolitas esponjosas, hasta la palma de su mano. La última en llegar era siempre Tralab. Aquella amiga imaginaria llevaba un vestido largo y dorado, tenía el cabello de color lila y las pupilas como dos pepitas negras de sandía.

Cuando llegaba la hora de la merienda, la tía Julia le untaba una rebanada de pan con mantequilla

y azúcar, y la dejaba bajar a la calle a encontrarse con su amigo Santi, un niño de siete años que vivía unos portales más arriba. A él le daba igual que fuera verdad o mentira lo que le contaba Violeta, lo que realmente le gustaba era escuchar las historias que narraba su amiga.

—¿Hoy has visto a Tralab? —preguntaba el niño, ansioso de novedades.

—¡Claro! Pero ha venido con el cabello verde y los dientes azules. Solo se le ponen de ese color cuando está enfurruñada.

—A lo mejor quería merendar... —aventuraba el chiquillo, con la boca llena de bocadillo de Nocilla.

—Ella come chispas de luz mientras se desliza por el rayo. Me parece que está de morros porque mañana no podrá venir. Estará nublado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tenía el vestido apagado por las puntas de abajo.

Violeta explicaba a Santi que Tralab vivía en la montaña grande que había detrás del cerro de la Ermita, allí donde al anochecer se escondía el sol.

—Se llama el País Secreto, Santi. Allí viven también los iris, y todos son como Tralab.

—Si es tan pequeña, ¿cómo consigues verla?

—Cuando me salta a la mano, Tralab crece hasta la medida de mi dedo pulgar. Pero... solo la veo yo.

—Y cuando se va el sol y es de noche, ¿cómo vive?

—En el País Secreto siempre es de día —explicaba ella muy seria—. Los campos están llenos de girasoles, y los iris se alimentan de pipas y chispas de luz. Solo beben batidos de fresa que manan de una fuente mágica. Y para dormir se acomodan sobre la flor que más les gusta. A Tralab le gustan los tulipanes.

—¿Y si llueve?

—Allí no llueve nunca.

Con Santi solo había jugado un verano. Al cabo de un año su amigo se había marchado con sus padres a vivir a Barcelona.

Dentro de su fantasía, no obstante, también tenía cabida la parte tenebrosa de los miedos. La oscuridad era uno de ellos, porque en su interior acechaban los fantasmas. Para superarlo se inventaba antídotos contra las pesadillas. Como el que servía para asustar al fantasma de la noche.

Se tumbaba en el suelo, justo donde iba a dar el rayo de luz, y abría la boca.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Meli un día que la encontró tendida boca arriba, muy quieta y con los ojos firmemente cerrados.

—Me bebo un rayo de sol porque así, cuando esté en la cama, brillaré y el fantasma huirá sin

molestarme.

Pese a que la ponía enferma, Meli quería a su hermana. A veces se la encontraba en su cama, con el pijama puesto y fingiendo dormir.

—¿Qué pasa, pitusa, hoy no te has bebido el sol?

A Violeta no le gustaba tener una habitación para ella sola. Dormía mejor cuando Meli estaba en la cama de al lado.

A las ocho de la mañana, Veva decidió que ya era hora de despertar a Violeta. Tenían por delante tres horas de carretera hasta Prats y no quería que las pillara el calor de mediodía.

Dentro de la habitación de Meli se oía el agua de la ducha.

Su hija mayor había sido la nieta favorita de la abuela Lucía. Durante todos aquellos meses en que había vivido separada de Quim, abuela y nieta se habían hecho mucha compañía. Lucía solo había vivido medio año en el chalet del camping. Su muerte supuso una gran pérdida para todos, pero fue Meli la que tardó más en superarlo.

—Al hacerse mayores, las personas mueren, hijita —intentó consolarla Veva, en vano—. Es ley de vida.

—No era necesario que muriera la abuela Lucía. Si tenía que morir alguien, podría haber sido la abuela Lina.

Veva se quedó impresionada por la respuesta de su hija. Meli solo se mostraba furiosa cuando se sentía víctima de una injusticia.

—No tendría que haberlo dicho, Veva —aceptó entristecido Quim—, pero Meli está muy afectada. Quería mucho a mi madre.

Para él había sido un golpe muy duro, no solo su pérdida sino los cuatro meses de sufrimientos mientras el cáncer le roía los huesos.

—Pero ¡mi madre también es su abuela, Quim! ¿Por qué le desea la muerte?

—Lina solo tiene una nieta, reina mía: nuestra Violeta. Ni Ángela ni Meli le importan demasiado.

Fue entonces cuando Veva cayó en la cuenta de que aquella predilección era patente. Había preferido ignorarla, porque el amor de Lina hacia Violeta la compensaba de lo poco querida que se había sentido ella.

Por fin había dado a su madre algo que la complacía. Violeta era suya y Lina quería con locura a un ser que Veva había traído al mundo.

Lina sentía predilección por aquella nieta tan parecida a la que fuera la bisabuela de la niña, Natalia. La quería de una manera especial.

Se parecía muchísimo a la madre joven de la fotografía que un día le había dado la tía Carmina para que la guardara. Pelirroja y con los ojos verdes como dos esmeraldas. El día en que la pequeña

le confío que tenía una amiga que venía del sol, recordó todo lo que le había contado su tía Carmina de Natalia, de lo fantasiosa y especial que era.

Lina quería a las demás nietas y a los hijos que había tenido con Lorenzo, pero por quien sentía verdadera predilección era por Julia, un ángel amoroso como su tía Carmina, a quien se parecía, y por Violeta, la niña fantasiosa que era una copia de Natalia.

Con ellas dos, Lina vivía la ilusión de que el pasado regresaba.

En cuanto acababa el curso, Violeta corría a llenar la bolsa de viaje con cuentos y juguetes para irse a Prats con los abuelos.

Si existía una forma de ganarse el amor de Violeta era con cuentos, y en eso Marcel había demostrado ser un maestro. Incluso había conseguido que sintiera devoción por el olmo de Prats. En la pared de su estudio, Violeta tenía la fotografía que Quim había hecho a la familia cuando fue a recuperarlas a las dos, un feliz marzo de hacía nueve años.

—Este árbol no pueden cortarlo nunca, Violeta. Es la esperanza del pueblo.

—¿Por qué, abuelito?

—Si lo cortan, Prats desaparecerá.

Y cuando Marcel decía «Verás...», ella se ponía cómoda porque aquella palabra mágica significaba que, a continuación, el abuelo Marcel le contaría un cuento.

«Verás, Violeta, hace muchos años, el pueblo de Prats era famoso por el baile de los gigantes. Representaba un tiempo antiguo en que judíos, moros y cristianos se invitaban unos a otros a sus fiestas.

»Cuando sonaba la última campanada de la medianoche del 21 de diciembre, las horas se detenían. Entonces, el pueblo quedaba encerrado bajo una campana de niebla, el frío helado del invierno desaparecía y el árbol de la plaza dejaba de ser un olmo para transformarse en una filigrana de oro y plata. Quedaba cubierto de frutas confitadas y flores, cuyos pétalos desprendían el olor que cada cuál deseaba.

»A la hora prevista, todos los habitantes de Prats se concentraban en la plaza al abrigo del árbol de la felicidad y la hermandad. Quince doncellas, cinco moras, cinco judías y cinco cristianas, describían círculos alrededor del inmenso tronco. Cogidas de las manos, iniciaban la danza que invocaba a la diosa de la tierra para que los campos dieran sus frutos en primavera.

»Acabada la danza aparecían los tres gigantes coronados, reyes protectores del pueblo, y sentados en sus respectivos tronos destapaban la tinaja que cada uno acarreaba. Entonces vaciaban sobre los habitantes del pueblo todas las esperanzas guardadas durante el año.»

Después de oír aquello, era imposible que Violeta volviera a ver el árbol de la misma manera.

Mientras Veva repasaba que no se le quedara nada fuera de la maleta, escuchaba la discusión de sus hijas. Meli había visto en el pelo alborotado de su hermana unos clips que eran suyos. Eso significaba que la pequeña se había colado para fisgonear en su lavabo.

Aquella verbena de San Juan, Meli había cumplido diecisiete años, y le complacía que su madre le dijera que le confiaba el mando del camping mientras ella llevaba a Violeta a Prats. Eso la hacía sentirse mayor.

Toda la gente que trabajaba en el camping era de confianza. Desde que se había inaugurado, Veva conservaba los mismos temporeros verano tras verano, casi todos extremeños. Tres de ellos, la cocinera Remedios, el fontanero y el albañil, ya se habían instalado definitivamente en Vila-seca al acabar la primera temporada, en 1965.

Antes de subir al coche, Veva y Violeta fueron a despedirse de Remedios a la cocina del restaurante.

La mujer repetía el mismo ritual a diario. Era la primera de todos los trabajadores en llegar. Subía las persianas, se anudaba el delantal blanco sobre la bata y, antes de encender los fogones para poner a calentar la olla grande llena de agua, apretaba la tecla del radiocasete.

Al cabo de unos segundos, Nino Bravo empezaba a cantar «Libre» y ella se santiguaba por él, porque su ídolo había muerto en un accidente de carretera en abril.

Era una mujer que cantaba mientras trabajaba, y eso le gustaba a Veva, tal vez porque le recordaba a la tía Benita, a Cecilia y a Lucía, que también lo hacían.

Las tres eran mujeres que la habían ayudado.

A las nueve y media de la mañana, Veva le dio al contacto de su Seat 127 rojo.

Violeta iba en el asiento trasero con la bolsa llena de cuentos, la *Nancy* que le había regalado Meli, el cartapacio con folios y el estuche de colores para diseñar marionetas y vestidos. Al cabo de media hora de camino se había dormido.

Veva encendió un cigarrillo y puso una cinta en el radiocasete. Donde más le gustaba escuchar música era en el coche. Conducir la tranquilizaba, porque no podía hacer otra cosa que seguir adelante y mirar el paisaje.

En invierno, a veces cogía el coche para ir a algún lugar solitario donde los cañaverales todavía eran los dueños del terreno, lejos de las urbanizaciones. Apagaba el motor y, sin salir del vehículo, contemplaba el mar y veía cómo el viento levantaba olas que rompían en la arena.

Encendía un cigarrillo y se sentía libre, y por fin en paz consigo misma.

Tal vez era cierto que su madre no quería tanto a Meli como a Violeta, ni a ella tanto como a Julia, pero ya no sentía los mismos celos de cuando era jovencita. Al parto de Violeta había acudido sin que nadie la llamara. Y también había conseguido que Quim volviera a su lado.

Se volvió para mirar a la niña dormida. Tenía el flequillo empapado en sudor. Subió un poco la ventanilla para que no le diera el aire y se resfriase. Ella también sudaba, y eso que llevaba el pelo corto. No tendría que haberse puesto vaqueros.

Ya se divisaba la llanura con los campos como dibujados al fondo del terraplén, cuando Veva se puso a tararear «L'aguila negra», que sonaba en el radiocasete.

La España de 1979 se hallaba en pleno cambio eufórico y se encendía llena de esperanza con la reciente democracia, pese a que el paro aumentaba vertiginosamente, mientras Meli elegía el vestido de novia y hablaba con albañiles, pintores, tiendas de muebles, restaurantes e imprentas para preparar su boda civil con Víctor en junio del año siguiente.

El novio era un periodista de veinticinco años. Ya de estudiante había conseguido entrar en *El Noticiero Universal* como colaborador, pese a que su nombre raras veces salía impreso. Era un joven que tecleaba catorce horas diarias en la redacción sin quejarse nunca.

Había conseguido su primer contrato en 1975, mientras Franco agonizaba, al tiempo que el teletipo escupía noticias sobre la Marcha Verde en Marruecos. Un artículo suyo sobre que España abandonaba el Sáhara Occidental mientras era invadido por Marruecos y Mauritania lo había hecho subir varios puntos en la redacción.

Después de aquello, había permanecido muy activo con artículos de opinión, como el del referéndum de diciembre de 1976 sobre la reforma política en España. En enero del año siguiente había escrito un reportaje exhaustivo sobre la matanza a tiros de cinco abogados laboristas de Madrid a manos de un grupo de ultraderecha.

Las noticias salían en cascada de un país que revivía semana tras semana. Daba la impresión de que, de repente, a España se le habían abierto de par en par todas las ventanas para airearse con ilusión y esperanza.

En junio de 1977 Adolfo Suárez había ganado las primeras elecciones generales, con un joven socialista, Felipe González, pisándole los talones.

Cuando, en 1979, el ayatolá Jomeini expulsó al sha de Persia, Víctor hizo un reportaje sobre los jóvenes iraníes que llegaban a Barcelona solicitando asilo político.

Un año antes, Víctor se había enamorado de la recepcionista del camping Las Viñas de Salou, y Meli le había correspondido.

Violeta pasó como una exhalación con el ciclomotor por delante de recepción. Le gustaba entrar a toda velocidad entre las dos agujas de la barrera, aprovechando el escaso espacio libre que quedaba en medio.

—Un día nos encontraremos al retaco pelirrojo despatarrado en el suelo —gruñó Meli, cabreada por aquel numerito diario.

Los dos chicos que la ayudaban en recepción reprimieron las carcajadas. Cuando pasaba Violeta, estaban alerta por si aparcaba la moto para pararse a saludar. Los dos muchachos de diecisiete años estaban secretamente enamorados de la hija pequeña de la dueña.

Ese día Violeta tenía prisa y entró directamente en el despacho de su madre para darle la noticia.

—Lo he aprobado todo, mamá. Podré empezar BUP. Ahora quiero ir a Prats.

—Muy bien por las notas, Violeta. Pero no te irás hasta agosto. Necesito que nos ayudes durante las horas de las comidas.

Corría 1978 y aquel era su primer verano de trabajo. Tenía catorce años y también era la primera vez que no se marchaba a Prats después de San Juan. Violeta había mantenido la esperanza de que, si superaba el curso con una media alta, su madre cambiaría de parecer y la dejaría ir.

Sin embargo, en lugar de eso Veva le entregó una bolsa. Contenía un uniforme de su talla por estrenar.

—¿Delantal blanco encima de vestido negro? ¡Qué falta de originalidad, mamá! Es para asarse de calor. Puedo diseñar un modelo más fresco que este.

Se sentó a su lado, cogió un folio y un rotulador y con cuatro garabatos hizo un boceto.

—Una cosa así nos iría de maravilla. Aire ibicenco y algodón blanco.

—Guárdate las innovaciones para ti, Violeta. Aquí llevamos el uniforme clásico, y tú también.

—Puedo sacar un patrón de cada talla y coserlos mientras esté en Prats —insistió—. Me ayudará la abuela Lina.

—Lo último que se me ocurriría, hija mía, sería coser los uniformes del personal en casa.

—¡Pues el año que viene, mamá, el uniforme te lo pondrás tú! No pienso pasar otro verano en el camping.

Mientras lo decía, ya había recogido el diseño y la bolsa y salía hacia el chalet.

Con el caluroso uniforme en la bolsa vaquera que llevaba colgada en bandolera, Violeta subió a su habitación. Estaba situada en la primera planta del chalet y tenía una pequeña terraza que daba al jardín y la piscina; más allá ya comenzaba la playa.

Se puso el bikini y bajó el toldo. Tendida en la tumbona, miró el cielo. No había ni una nube que quebrara el azul.

Durante la hora que le quedaba antes de estrenarse sirviendo comidas, siguió leyendo *Las nieblas de Avalón* desde el punto donde lo había dejado. Llevaba días haciendo bocetos de vestuario y decorados para los caballeros de la Tabla Redonda y el rey Arturo.

Violeta consideraba que aquel era su verdadero trabajo, aunque su madre no pudiera entenderlo.

Al día siguiente, 2 de julio, Violeta descubrió un motivo para no ir a Prats ni arrastrada por la fuerza.

Fue un enamoramiento repentino.

Mientras estaba en bikini en la terraza, protegida bajo el toldo para evitar que le salieran más pecas, se asomó a la barandilla y vio a un joven que salía de la piscina sin utilizar la escalera, a pulso y marcando músculo.

El muchacho se sacudió el agua del cabello, largo hasta los hombros, agitando la cabeza.

Permaneció allí plantado con las piernas abiertas para que el sol lo secara. Miró hacia arriba y la saludó con la mano antes de enviarle un beso.

Violeta casi se derritió. Acababa de encontrar a su Lancelot.

Al anochecer, cuando se iba con la moto para encontrarse con unos amigos en Salou, lo vio de nuevo. Él volvió a enviarle un beso y le guiñó el ojo. Vestía vaqueros y una camiseta negra con letras blancas donde se leía: LORD BYRON.

Al día siguiente Violeta bajó a la piscina diciéndose que no le importaba tener unas cuantas pecas más.

Cuando la vio en el agua, el chico le tiró una pelota hinchable. Violeta rio al recordar lo que decía la abuela Lina: «Quien tira piedras a la ventana, busca jarana.»

Con Lancelot jugó a salpicarse y darse zambullidas, hasta que Violeta se marchó para poner las mesas.

Esa misma tarde la muchacha paseó por el camping con la esperanza de localizarlo en la parcela donde había averiguado que tenía la tienda. Pero allí no había nadie.

No obstante, respiró aliviada al ver que la canadiense seguía montada en su sitio.

Al anochecer, cuando se disponía a salir hacia Salou, Meli le pidió que esperara unos minutos. Quería hablar con ella.

—Solo será un momento —dijo, asomando la cabeza sobre el mostrador de recepción.

—Ahora no tengo tiempo, Meli. Llego tarde.

Violeta arrancó el ciclomotor y dejó a su hermana con la palabra en la boca.

A las nueve y media, Violeta se encontraba con sus amigos en La Cage de Medrano de Salou, donde bailaron hasta la una. Como todas las noches, acabaron charlando en la playa hasta casi las dos.

También como todas las noches, Quim y Veva esperaban en la terraza contando estrellas hasta que oían la moto detenerse ante la puerta del País Secreto.

Entonces respiraban aliviados.

—Tú la quieres aquí, Veva —se quejaba Quim—, pero... a mí me parece que pasa un verano menos desmadrado cuando está en Prats. ¡Solo tiene catorce años!

—Quiero que se acostumbre a trabajar. A su edad, Meli ya sabía que quería estudiar Información y Turismo, y la pitusa sigue diciendo que se dedicará a ser titiritera.

A las once de la mañana siguiente, al levantarse, Violeta recordó de repente que el día anterior su hermana había querido decirle algo.

—¿Dónde está Meli, mamá?

Veva se encontraba en el despacho detrás de recepción, haciendo números con la calculadora.

—Tiene el día libre. Tu hermana tiene que hacer unos recados en Tarragona.

—¿Qué clase de recados? ¿Todo el día? Pero... si la Hormiga no falta al trabajo aunque se muera de dolor de barriga.

—Quítate de en medio, Violeta. Tengo trabajo.

Esa noche, mientras bebía un cubalibre en La Cage de Medrano, la esperaba un buen descalabro.

Sonaban las canciones lentas y no le apetecía bailar con un chico de Salou que no se cansaba de pedirle que saliera con él. Fue entonces cuando Violeta se fijó en una pareja que bailaba muy acaramelada en la pista.

El corazón le dio un vuelco al reconocer a Meli y al chico de la piscina, que se comían a besos.

—¿Qué haces aquí, Violeta? —se sorprendió Meli, pillada in fraganti—. ¡Te faltan cuatro años para los dieciocho! ¿Cómo es posible que te hayan dejado entrar?

—¡No lo saben! Aún no invito a los gorilas a mi cumpleaños. Y tú... ¿qué haces morreándote con este?

—Ayer quería presentarte a Víctor, pero te fuiste.

—Ya nos conocemos —repuso airada, sin dejar de mirar a su Lancelot.

Esa noche Quim y Veva se fueron a dormir pronto.

A la semana siguiente, Violeta desapareció del mapa. Se encerró a trabajar en el estudio todas las horas que tenía libres.

En el País Secreto se asaba de calor y se sentía una estúpida por quedarse allí para no tropezarse con él en vez de largarse a la playa.

El «Golden Years» de David Bowie que escuchaba en el tocadiscos se mezclaba con «Se llamaba Charly», que sonaba en el transistor del jardinero.

Cerró las ventanas y encendió el ventilador.

Admitido ya como novio oficial de Meli, Víctor se pasaba todo el santo día en el camping. A Violeta le reventaba que, además de encontrárselo hasta en la sopa, de repente él la tratara como si fuese su hermana pequeña.

—¿Así que esta leonera es tu País Secreto? —observó, mientras levantaba una marioneta a medio fabricar.

—Es mi espacio privado, Víctor. Y no te he invitado a entrar.

—Oye, Violeta... No te enfades conmigo, mujer, que pronto seremos cuñados.

—¿Y qué hacías flirteando conmigo en la piscina?

—¡Para, chiquilla! —dijo, al tiempo que le tocaba la punta de la nariz con el dedo—. Solo intentaba caerte bien.

Violeta lo echó de su estudio a empujones y se encerró. Tras correr las cortinas, se lanzó sobre el colchón cubierto de cojines que tenía en el suelo y rompió a llorar.

El segundo descalabro llegaría antes de fin de año, pero en aquel momento aún ignoraba que el abuelo Marcel no podría contarle ni un cuento más.

Avanzada la noche de San Juan, cuando fuera todavía se oían los últimos vestigios de la verbena, Violeta daba vueltas en la cama, desvelada por los remordimientos.

Aquel 23 de junio de 1991 no solo lo recordaría por lo que acababa de hacer, sino también por la sonrisa cínica de su prima Ángela. Su mirada de gata hipócrita le impediría conciliar el sueño muchas noches.

La aventura la había empezado Víctor en la misma mesa donde toda la familia celebraba el treinta y cinco cumpleaños de Meli. Ese año Veva había invitado a Las Viñas a su hermano Eladio, junto con su mujer y su hija. Se alojaban en uno de los ocho bungalós que estrenaba el cámping ese verano.

Violeta llevaba un vestido marrón oscuro que, pese a ser largo, un corte lateral le dejaba descubierta al caminar parte de la pierna. Era de un tono que la favorecía y le destacaba el color del cabello. En contra de su costumbre llevaba un ligero maquillaje de ojos que la feminizaba. Incluso había cambiado las bailarinas planas por unas sandalias de tacón que la estilizaban.

Acabada la cena se reuniría con los amigos de Salou para la verbena. Ya se había vestido de fiesta para no perder tiempo cambiándose después.

Para una titiritera como ella, que vestía camisas holgadas, bailarinas o bambas y nunca se pintaba los labios, su presencia aquella noche era espectacular. Un cambio que no podía pasar inadvertido a un hombre como Víctor.

A Violeta la complacía sentirse deseada, pero al mismo tiempo la inquietaba. Su ideal de celebración de la noche más larga del año, el mágico solsticio de verano, no era lucir como una reina.

En la cocina, al coincidir con su cuñado para dejar los platos, él no ocultó su deseo. Cuando Víctor la miró, un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

Los gemelos de cuatro años de Meli, Pau y Mar, pedían con insistencia bajar a la playa. Allí se lanzarían los fuegos artificiales y el abuelo Quim encendería bengalas y fuentes de colores.

Víctor estaba entretenido haciendo unas llamadas a la redacción del periódico, e hizo una seña a su mujer para que fuera pasando con los niños.

—Cuando acabe el trabajo me reuniré con vosotros.

Al cabo de cinco minutos, el comedor quedó vacío de gente y lleno de serpentinas, confeti y envoltorios rotos de los regalos de Meli.

Violeta subió a su habitación a buscar la bolsa y las llaves del coche para irse con sus amigos.

Se disponía a salir del dormitorio cuando se topó con Víctor, que le cerraba el paso, apoyado con una mano en el marco de la puerta.

La muchacha se dijo que no había perdido la apariencia del Lancelot que, trece años atrás, la

había enamorado en la piscina.

—Déjame pasar, Víctor.

—¿A qué vienen esas prisas?

Con el corazón desbocado, lo empujó para pasar.

Víctor la agarró de las muñecas y la empujó a su vez hacia dentro, para luego cerrar la puerta a su espalda.

Violeta se quedó sin aliento.

Podría haberlo rechazado con mayor contundencia, de no ser porque ya la estaba besando y ella lo correspondía. No quería abrir los ojos y que se desvaneciera el sueño que había acariciado durante tantos años, a solas en su cama.

—Estamos abriendo una puerta prohibida, Víctor.

—Lo sé... —susurró él mientras la apretaba contra su sexo, sujeta por las nalgas, y la conducía a la cama.

Mientras la familia admiraba en la playa las estrellas atronadoras y multicolores que chisporroteaban en el cielo, ellos dos se fundían en su abrazo.

Una vez se hubo corrido dentro de ella, a Víctor le entraron las prisas por irse.

Dio un beso de despedida en los labios a Violeta, que seguía medio desnuda en la cama, antes de abrir la puerta y salir presuroso.

La explosión de una traca cercana hizo retemblar todos los cristales del chalet.

Inmóvil en la cama, Violeta no sabía qué sentir ni qué pensar. Habría deseado no disfrutar, incluso haberlo rechazado. Pero no había sido así. El deseo y el placer se habían apoderado de ella.

Mientras se juraba a sí misma que aquello no volvería a suceder, todo su ser deseaba que su Lancelot la amara de nuevo donde fuese.

Cuando los fuegos se extinguieron, el cielo quedó en paz, pese al intenso olor a pólvora quemada.

El mar había recuperado las tonalidades nocturnas.

Salió a la terraza. Desde donde ahora contemplaba el horizonte plateado por la luna, Violeta había visto por primera vez a su enamorado. Entonces era una adolescente y leía *Las nieblas de Avalón*.

Mientras miraba las estrellas, pensó: «Hoy, Lancelot y Ginebra han dormido en el bosque. Esperemos que el rey Arturo no clave jamás su *Excalibur* junto a los amantes mientras duermen en señal de que ha descubierto la infidelidad de su reina y la traición de su mejor amigo.»

Ya había renunciado a pasar la verbena con sus amigos. Se duchó para que el agua le devolviera un poco de calma. Mientras el olor de su amante desaparecía de su cuerpo, de nuevo se juró que aquello no volvería a suceder jamás.

Antes de meterse en la cama, bajó a la cocina para beber un vaso de agua fresca.

Al encender la luz del salón, descubrió que Ángela estaba allí a oscuras, sentada en el sofá con los pies sobre un puf. Fumaba lentamente un cigarrillo.

—Me dan miedo los fuegos artificiales, primita —le dijo sarcástica, antes de que Violeta le hiciera ninguna pregunta.

—¿Has estado todo el rato aquí sola, Ángela?

—Ahora estoy contigo... Hace un rato he visto irse a Víctor.

—Ah, ¿sí? Yo estaba en la cama. Me ha dado migraña... Debe de ser el cava.

Pero no dudaba de que Ángela conocía su secreto y que aquella noche de amor furtivo se acabaría descubriendo. Al igual que la bruja Morgana, esperaría su oportunidad para delatarlos.

Cuando finalmente al amanecer Violeta logró conciliar el sueño, una decisión se había afianzado en su cabeza: a sus veintisiete años, se iría de casa de sus padres para evitar el malvivir permanente que implicaría encontrarse con su hermana como si nada hubiera pasado.

Al cabo de una semana, una amiga le realquilaba su habitación en un piso de estudiantes de Barcelona.

La noticia pilló por sorpresa a Veva, que le echó en cara:

—¿Cómo puedes irte a las puertas de julio? Ahora tendré que buscar a toda prisa a alguien que te sustituya.

—Que Meli vuelva a trabajar.

—¡Ya está bastante ocupada con los críos!

—Tú no dejaste de trabajar nunca cuando yo era pequeña, mamá. No puedo quedarme —insistió.

Las comidas familiares ya no tenían sentido, pensó Violeta, ya que nunca más se atrevería a mirar a los ojos a su hermana.

Mientras cargaba la ropa y las cajas de marionetas en el Seat Ibiza, Veva todavía intentó disuadirla.

—¿De qué piensas vivir?

—En cualquier parte se pueden hacer marionetas, mamá.

—No te entiendo, hija... ¿Qué te falta aquí?

—Lo mismo que te faltaba a ti cuando te fuiste de Prats, supongo: campo libre.

—Ya basta, Veva —intervino Quim—. ¡No se va al fin del mundo! Barcelona está aquí al lado.

Veva se pasó toda la mañana en la tumbona tapada con una manta, mientras daba vueltas a aquella decisión repentina de su hija.

Nunca había sabido acertar con los gustos de aquella chiquilla menuda que en verano aún se cubría de pecas.

Con la excusa de que se celebraban los Juegos Olímpicos en Barcelona, aquel verano Violeta tampoco hizo acto de presencia en el camping de Salou.

A principios de otoño, Veva había hablado con Lina. Esta aceptaba por fin ir a vivir con ellos al chalet.

—Se me acaba el tiempo, hija —le había dicho en octubre—. Los ochenta y dos me pesan, y no me siento con fuerzas para vivir sola.

Para Veva, los tres últimos años habían sido un duelo continuo. La casa solariega de los Torres en Llonera era solo una sombra del pasado. Benita había muerto a los ochenta años y a Jaime se lo había llevado su hijo mayor a vivir con él a la casa solariega de los Siracusa.

Conservaba cerrada todo el año la vivienda de la sastrería. Ninguna de sus dos hijas iba por allí. Para Meli, la casa de Llonera significaba el triste recuerdo de cuando esperaba con ansia la llamada de su madre todos los lunes y colgaba el auricular llena de tristeza y deshecha en lágrimas.

Toda la herencia que un día había dado tanto trabajo y quebraderos de cabeza a la abuela de Veva, Teresa de casa Torres, ahora se llenaba de telarañas, olvidada por todos.

A Veva, que su madre se hubiera decidido por fin a vivir con ella le quitaba un peso de encima. Lo había intentado sin éxito a la muerte de Julia. A su hermana y su marido los había embestido un camión a solo tres kilómetros de casa, cuando volvían de vacaciones.

De vez en cuando Veva todavía ponía un CD del Dúo Dinámico para recordar a Julia. No obstante, un día cayó en la cuenta de que, mientras lo escuchaba, su cabeza se distraía con el menú del restaurante del camping. Eso le dolió. Significaba que también Julia empezaba a ser un recuerdo congelado en una fotografía.

Mientras el paso del tiempo iba borrándolo todo sin compasión, a Veva le dolía el distanciamiento que se había producido entre sus dos hijas. Desconocía el motivo, por más que había insistido a Meli que se lo contase.

Aquel día de difuntos, mientras colocaba la ropa de su madre en las maletas para marcharse a Salou, esperaba a que Violeta regresara de Barcelona.

Si algo bendecía de la asamblea que habían organizado en Prats para salvar el olmo de la plaza era que sus hijas se reunirían de nuevo. Faltaba un mes para Navidad y Veva rogaba que aquel año toda la familia se reuniera alrededor de la mesa como antes.

Cuando aparcaba delante de la casa solariega de los Garnal, Violeta vio el coche de Meli. Eso significaba que había venido con sus padres. Mientras conducía hacia Prats, alimentaba la secreta esperanza de que no estuviera.

Hacía más de un año que no se veían, y lo último que deseaba era que le pidiera cuentas delante de todo el mundo, si Ángela se había ido de la lengua.

Hasta entonces Violeta había conseguido escabullirse de todos los encuentros familiares. Las Navidades anteriores las había pasado sola por las calles de Roma, con la excusa de que tenía que encontrarse a sí misma.

—¿Y es necesario que te busques en Italia? —le había espetado Veva, muy enfadada.

Cuando entró en casa, Meli estaba viendo con su padre las noticias de la comarca. Después de besar a sus padres y saludar con un seco «hola» a Meli, fue en busca de la abuela.

Estaba en la salita que daba al patio de las flores. El sol pegaba de lleno a aquella hora de la mañana. En su regazo dormía una gata hecha un ovillo.

Violeta acercó una silla para sentarse al lado de Lina. Las dos hablaban a menudo por teléfono, y la tarde anterior la abuela había llamado a su nieta para asegurarse de que esta vez acudiría.

—¿Has visto a Meli?

—Solo nos hemos saludado.

—Tendrías que hacer las paces con tu hermana, Violeta... —dijo la mujer, abundando en el tema de conversaciones anteriores—. Dile que lo que pasó...

—Ángela jamás debería habértelo contado —la interrumpió ella.

—Ya sabes cómo es tu prima. Le faltó tiempo para venir a decírmelo. Sin duda pensó que, cuando lo supiera, te expulsaría de mi lado.

—Te quiero por no haberlo hecho, abuela.

—Siempre he elegido a quién abrir las puertas de mi corazón, y tú estás siempre en él, Violeta.

Dos semanas atrás, la joven se había encontrado en el buzón la carta de Prats: «Asociación Salvemos el Olmo.» La convocaban a una asamblea el 2 de noviembre, en la que se decidiría el destino del olmo de la plaza por votación popular.

A algunos vecinos del pueblo los estorbaba que estuviera allí en medio cuando circulaban. Se había suscitado una controversia sobre si cortarlo o no, que empezaba a enfrentar a los pratenses.

Faltaban tres cuartos de hora para el comienzo del acto, cuando Meli entró en la salita donde estaba la abuela con Violeta.

Al ver a su nieta mayor, Lina cerró los ojos para no tener que mediar en lo que tuviera que pasar entre ambas hermanas. Se balanceaba y rascaba la cabeza de la gata, que ronroneaba satisfecha.

—Violeta, podríamos ir a dar una vuelta antes de acudir a la sala de plenos... —sugirió Meli.

Violeta asintió con la cabeza y se puso el abrigo. Nunca se había sentido tan hermana pequeña como entonces.

Una vez fuera de casa, tomaron por la calle de la derecha, que conducía al arroyo de poniente. Tras caminar largo rato en silencio, se detuvieron en el hayedo.

—Dime de una vez lo que tengas que decirme, Meli —le pidió de repente—. Este silencio me

está poniendo enferma.

—Me separo, Violeta. Los papás aún no lo saben, pero ya hemos iniciado los trámites.

Violeta se agachó a recoger una ramita seca del suelo para ocultar su sorpresa. No eran esas las palabras que esperaba oír.

—Lamento haber roto tu matrimonio, Meli. Fui una inconsciente.

—Tú solo fuiste una más de las muchas que ha tenido Víctor. Eso sí, cuando la arpía de Ángela vino a contármelo, me quedé hecha polvo.

—¿La creíste sin más?

—Sabía que Víctor era muy capaz de eso. Hacía tiempo que buscaba motivos para no abandonarlo, que si los niños, que si los papás... Que tú fueras una más en su lista de conquistas me decidió del todo.

—No me dijiste nada...

—Estaba muy enfadada. —La respiración de Meli era agitada—. Puedes entenderlo, ¿verdad?

Violeta rompía la ramita en trozos pequeños cuando su hermana le preguntó:

—¿Por qué me traicionaste con el hombre al que amaba? —preguntó con rabia contenida.

—Me enamoré de Víctor antes de saber que era tuyo.

—¡Nunca ha sido mío! En realidad, Víctor solo sabe darse a sí mismo.

Con inesperada calma, Meli le rodeó la cintura con el brazo y Violeta apoyó la cabeza en el hombro de su hermana.

—Añoro a mis sobrinos, Meli.

—No los conocerás de lo mucho que han crecido. Ven a casa, ¿de acuerdo? Ya estoy harta de decir que la tía vive lejos y que por eso no viene.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Violeta con los ojos húmedos.

—Con su padre. Se quedarán con él un par de días.

Cuando llegaron a la plaza, el olmo estaba rodeado de gente cogida de la mano. Violeta pensó en las doncellas moras, judías y cristianas del cuento del abuelo, el de los tres gigantes que vaciaban de las tinajas todas las esperanzas del año.

En la sala de plenos del ayuntamiento no había un alfiler.

Violeta se fijó en un chico de la última fila de asientos. Él la saludó con la mano.

—¿Lo conoces? —preguntó Meli con curiosidad.

—Creo que sí... —Dudó un momento—. Jugábamos de pequeños.

Al salir de aquel hormiguero después de la votación, Santi y ella solo se saludaron un momento.

Pero fue suficiente para que quedaran en verse al día siguiente allí mismo, en la plaza.

—¿Y ahora qué hacemos, Meli? —preguntó Violeta.

—Cruzaremos los dedos para que no talen el olmo. Me gusta la foto de familia que tenemos debajo de sus ramas y la de la boda de los papás.

Mientras esperaba a que sus hijas volvieran de la asamblea, Veva se sentó en una silla al lado de su madre.

—Te he preparado el estudio de Violeta. Es un sitio soleado que ella ya no utiliza. Así no tendrás que subir escaleras. Tienes una salida al jardín para ti sola, madre. He hecho instalar una puerta que comunica el estudio con el salón del chalet, para incorporarlo a la casa.

Lina asintió con la cabeza y cogió las manos de su hija entre las suyas.

—Antes de que me lleves, Veva, debo decirte que, cuando muera, dejaré esta casa a Violeta.

—Pero... ¿y Meli?

—Estoy muy vieja para pensar en todo. Ocúpate tú de tu otra hija.

Lina había cerrado tres casas a lo largo de su vida, y cada una había supuesto un motivo de duelo debido a los recuerdos que dejaba atrás entre sus paredes: Carmina, Lorenzo, Marcel y Julia.

Cuando miró su equipaje, preparado en el pasillo, se dijo que, después de haber vivido tanto, al final de su vida todo le cabía en dos maletas.

Al día siguiente, cuando Violeta se encaminó a su cita con Santi, la plaza estaba abarrotada de gente eufórica.

El olmo se había salvado.

Él la esperaba leyendo en uno de los escalones de la iglesia, con la cremallera del anorak subida hasta el cuello. Al verla llegar, se guardó el libro en el bolsillo y se levantó.

Violeta se fijó en que la superaba muy poco en estatura. Los hombros y las miradas de ambos quedaban casi a la misma altura. Si los hubiera visto juntos, la abuela Lina habría dicho que Santi era un chico que le iba a la medida.

La calefacción del bar los reconfortó del frío de noviembre. Violeta se sentía feliz de cómo había ido el viaje, sobre todo por la reconciliación con Meli. Y ahora delante de ella tenía al amigo de la infancia al que no creía volver a ver jamás.

Tal vez era por el pelo corto, oscurecido por los años, y la frente despejada por lo que no lo había reconocido al primer vistazo. Al fin y al cabo, había jugado con un niño de siete años que comía bocadillos de Nocilla y lucía un flequillo que casi le tapaba los ojos, como un pequeño beatle.

—Me sorprendió mucho que me reconocieras después de tantos años de no vernos, Santi —le dijo.

—Jugaba con ventaja —respondió él con una sonrisa—. Te vi hace un par de años en la Librería

de la Rambla, en Tarragona.

—¿Y por qué no me saludaste?

—No estaba seguro del todo de que fueras tú... En realidad, te reconocí por un gesto que hiciste.

—¿Y lo recuerdas de cuando tenías siete años?

—¡Es el mismo que estás haciendo ahora! Inclinas el cuello hacia el hombro derecho y haces una mueca con los labios. De manera intuitiva pensé: «Es Violeta.»

Ella rio con la descripción y el joven añadió:

—Cuando recibí la carta para el acto de ayer, no me lo pensé dos veces, por si acaso aparecías.

—¡Fuiste tú quien desapareció del pueblo! —replicó Violeta, volviendo al pasado—. A mí era fácil encontrarme aquí.

—A mi padre le ofrecieron un trabajo en Barcelona. Después, las familias se distanciaron, cosas que pasan, y no volvimos nunca más al pueblo. —Santi la miró repentinamente serio—. Las raíces se pierden, ¿sabes? De mayor solo he vuelto un par de veces para ver a mi prima. Nos reencontramos en la universidad y dejamos de lado los problemas de los viejos.

Santi calló mientras la camarera dejaba sobre la mesa dos cafés con leche en vaso largo. Tras añadir medio sobrecito de azúcar, reanudó la conversación al tiempo que enrollaba con los dedos una servilleta de papel.

—¿Todavía hablas con aquella amiga imaginaria que bajaba del sol?

Violeta meneó la cabeza, antes de lamer la cucharita con que había removido la bebida.

—Me encantaban tus historias —prosiguió Santi—. A ti y a la pequeña biblioteca de Prats debo mi vocación. De adolescente me entró una afición loca por leer y escribir. Entonces decidí que sería bibliotecario y escritor.

Ella se alisó un mechón de cabello rizado mientras, fascinada, le preguntaba:

—¿Y lo has conseguido?

—Solo soy bibliotecario.

Cuando terminaron, sacó un libro del bolsillo del anorak y se lo dio.

—Lo traje por si tenía la suerte de encontrarte.

—Gracias, pero... ¿por qué lo haces?

—Por todas las historias que me regalaste cuando jugábamos.

—*Momo* —dijo ella sonriente al leer el título en la cubierta—. Me gustará volver a leerlo.

Violeta clavaba los ojos en los de Santi mientras él hablaba. Era en aquella mirada, que no le había cambiado, donde reconocía al amigo de la infancia.

Cuando salieron del bar, la plaza ya estaba vacía. El frío había conseguido que todo el mundo volviera a su casa.

Antes de despedirse, se acercaron al olmo.

—Es una suerte que se haya salvado un árbol tan mágico como este, ¿no te parece, Violeta?

—El mes que viene, cuando el veintiuno de diciembre suene la última campanada de medianoche, Santi, las horas se detendrán. Entonces, el pueblo quedará encerrado bajo una campana de niebla, el frío desaparecerá y este árbol dejará de ser un olmo para transformarse en una filigrana de oro y plata. Quedará cubierto por completo de frutas confitadas y flores que desprenderán el aroma que cada cuál desee.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Santi con los ojos entornados.

Violeta acercó los labios a los suyos y le respondió con un beso.

A Veva le había gustado ver a Lina trajinar en el jardín del chalet. Ya se había acostumbrado a la fragilidad de su madre. Cuando le daba el beso de buenas noches, la veía menguada entre las sábanas como un bulto diminuto.

Lina era consciente de que su existencia se apagaba.

El día antes de morir le había contado que la hermana Dolores, de quien Veva jamás había oído hablar, se le había sentado al lado, y que después Benita se había puesto a embotellar tomate.

Veva pensaba en todo ello mientras regresaban del cementerio de Prats. Habían enterrado a Lina al lado de Marcel y no muy lejos de Julia. A la hija le costaba hacerse a la idea de que su madre hubiera muerto.

De repente recordó otro cementerio de cuando era pequeña, el de Llonera, donde ella jugaba. Había en él un ciprés del que colgaban dos ramas díscolas que se negaban a dirigirse hacia arriba y besaban el suelo cuando soplaba viento. Dos ramas lo bastante bajas para que Veva, con cinco años, se agarrara a ellas de un brinco y se columpiara, mientras su madre, vestida de negro, lloraba ante una tumba y limpiaba con un pañuelo el retrato de una tía que se le había muerto, Carmina.

Daba la impresión de que hubiera transcurrido una eternidad desde entonces. Ahora, al lado de un ciprés al que no permitían tener ramas díscolas, sería Veva quien iría a limpiar primero el retrato de Lina y, a una distancia de cuatro pasos, el de Julia.

Antes de regresar a Salou con su marido y su hija mayor, Veva subió al desván desde donde había contemplado tejados, campanario y sueños durante tantas horas de su adolescencia.

Aquella jovencita que trazaba su destino se había convertido en una empresaria de sesenta y cinco años.

Asomada a la misma ventana encontró a Violeta, con los ojos esmeralda anegados en lágrimas.

—Mamá, la abuela Lina me dijo que hay personas que solo saben querer desde el silencio.

—Lo sé muy bien, hija.

Le dio un beso en la cabeza mientras la estrechaba contra su pecho.

—Si pudiera, te daría la luna, Violeta.

—¡Ya lo sé, mamá! Tú y yo siempre nos daremos la luna.

Corría junio de 1995, y Violeta, después del entierro, había decidido quedarse todo el verano en Prats. También para decidir qué haría con la casa que su abuela le había dejado en herencia.

Esa noche fue la primera vez que dormía sola entre aquellas paredes. El silencio la hería.

Despertó cuando el sol se filtraba por los cristales del salón. Abrió el balcón para salir a olfatear el aire tibio del día en el patio de las flores. Los rosales que un día había plantado la abuela Lina no sabían nada de lutos.

Una vez dentro de nuevo, entreabrió el postigo y un rayo de luz se posó en la palma de su mano.

—¿Dónde estás, Tralab? —musitó con un suspiro henchido de nostalgia una Violeta de treinta y un años.

No tardó ni dos segundos en aparecer con su túnica de hilos dorados.

—Estoy dentro del infinito, Violeta. Un tiempo sin límites que ocupa más siglos de los que sois capaces de contar los humanos.

—¿Y tú cuándo acabarás? —preguntó Violeta, mientras pensaba en los seres queridos a los que había visto morir.

—Yo soy eterna. Pertenezco al tiempo de la imaginación. Siempre habrá una pequeña a lo largo de los siglos que me permitirá revivir. Viví con tu bisabuela Natalia. He estado contigo, y después... alguna descendiente tuya me encontrará.

La segunda noche, la tristeza por el entierro de su abuela aún no la dejaba dormir. Salió a caminar pese a lo avanzado de la hora. Cuando cruzaba la plaza, el reloj del campanario dio la una de la madrugada.

Sin darse cuenta se encontró en las afueras del pueblo. Vio que las sombras de los árboles se agigantaban. Esa madrugada los campos tenían voz. La luna le alargaba la sombra en el camino de tierra cuando, de repente, descubrió otra sombra que se superponía a la suya.

Muerta de miedo, Violeta se adentró en el campo de melocotoneros. La claridad de la noche quedaba por encima de las copas de los árboles y debajo todo era oscuridad.

Una rama rota le arañó la cara y Violeta cayó al suelo.

No podía verlo, pero sí oía los jadeos del monstruo.

Levantó la vista a tiempo de ver como una silueta oscura se agachaba y la alzaba por los brazos hacia ella.

Cuando la sombra la apretó contra sí, Violeta chilló.

Entonces, la mano de la sombra la aferró por la cintura, mientras con la otra le tapaba la boca.

—¿Qué haces sola por los caminos en noche cerrada, Violeta? —preguntó una voz de hombre—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Y tú qué haces aquí, Santi?

—Estoy pasando unos días en casa de mi prima. He salido a dar una vuelta porque me gusta caminar de noche cuando hace buen tiempo. He visto que tomabas el camino del cementerio.

—¿Por qué no me has dicho nada al verme? ¡Casi me muero de miedo!

Por toda respuesta, Santi la rodeó con sus brazos y le dio el prolongado beso que hacía tiempo que ansiaba.

Ella le pidió que la acompañara a casa y, cuando llegaron a la entrada, le pidió que también la

acompañase a su habitación.

A la mañana siguiente Violeta descubrió que el otro lado de la cama estaba vacío. Ignoraba cuándo se había marchado su amigo.

Se volvió hacia la pared con la intención de seguir durmiendo toda la mañana, todo el día o una semana entera, si era preciso. Decidió quedarse en la cama hasta que las almas de los difuntos amados vinieran a decirle:

«Te queremos, Violeta, pero no volveremos a verte nunca más. ¡Vive!»

Sintió el tacto de unos dedos suaves que le recorrían la cabeza acariciándole el cabello. Cerró los ojos para adivinar si era el espíritu de la abuela Lina, de Julia o del abuelo Marcel.

—Seas quien seas... cuéntame un cuento, por favor.

Entonces, una voz llena de amor le habló al oído, mientras se metía bajo las sábanas a su lado.

—Cuando te conocí, princesa, no medías ni un metro. Apenas tenías cinco años.

Violeta sonrió al recordar un retrato que le habían hecho en aquella época. Su cabecita estaba forrada de una espesa mata de pelo rojo recogido en dos coletas altas, separadas por una raya y sujetas con sendos lazos azul celeste, que le caían sobre los hombros como un ramo de tirabuzones menudos. Con media frente cubierta por un flequillo, cortado recto, de dos dedos de ancho para que no le tapara los ojos.

Se dio la vuelta, perezosa, para encontrarse con los ojos del hombre, que la acariciaban del mismo modo que lo hacían sus dedos.

—Estoy contenta de que no te hayas ido, Santi.

—Deja que me quede contigo para siempre, princesa. Inventaré todas las historias que desees.

—No sabes dónde te metes, amigo... ¿Tienes idea de lo que significa vivir en un mundo lleno de fantasías?

—Cuando me fui de Prats con mis padres, apunté el nombre para no olvidarlo si alguna vez venía a verme: «Tralab.»

Violeta se acurrucó, abrazada a su cuerpo.

—Si de verdad me quieres, Santi, dame la vida tal como viene. No seas mi caballero, ni mi príncipe, ni mi sueño. Sé mi compañero con traje de diario, sin armadura.

—Como ordenéis, princesa.